

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN

Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR
BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

TOMO CUARTO



BUENOS AIRES

VOLU 89 MEN



HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA



BIBLIOTECA DE «LA NACIÓN»

HISTORIA
DE
SAN MARTÍN
Y DE LA
EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

—
TERCERA EDICIÓN
—

Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.

*Máxima de
San Martín.*

TOMO CUARTO



BUENOS AIRES



CAPITULO XXVII

La expedición libertadora del Perú.—(Apertura de la campaña sobre Lima).

1820-1821

Doble campaña militar y política.—La expedición zarpa de Pisco y llega al Callao.—Ostentación de fuerzas de San Martín.—Bloqueo de las costas del Perú.—Amago de desembarco en Ancón.—Combate de «Casa Blanca».—Desembarco del ejército expedicionario en Huacho.—Revolución de Guayaquil.—Concierto entre San Martín y Bolívar.—Toma de la fragata «Esmeralda» por Cochrane.—San Martín ocupa la línea de Huaura.—Combate de Chancay.—Pringles.—El batallón «Numancia» se pasa á los independientes.—Apurada situación de los realistas.—El norte del Perú.—Pronunciamiento de Trujillo y Piura.—Avance de San Martín sobre Retes.—Plan de ataque de los españoles.—Repliegue de San Martín.—Organización de guerrillas patriotas.—La división de la Sierra se da la mano con el ejército invasor de la costa.—Reglamento provisional de Huaura.—Tres meses de campaña.

I

El generalísimo de la expedición libertadora del Perú llevaba de frente dos campañas: una militar, cuyo plan guardaba en su cabeza: otra política, cuyos hilos secretos él sólo manejaba. La primera describía un círculo que trazaban á lo largo de las costas marítimas las quillas de Cochrane, y en las fragosidades de la sierra los pies ligeros de la columna volante de Arenales. Este círculo, abierto en Pisco, debía cerrarse al norte del Perú, estrechando á Lima,

La segunda era más complicada. Tenía por base poner en actividad las fuerzas morales de la opinión, fomentando la insurrección del país, sin lo cual la empresa era imposible, dada la desproporción respectiva de las fuerzas militares. Desde su cuartel general de Pisco inició sus trabajos en este sentido. Durante las negociaciones de Miraflores, y después de despachar la expedición de Arenales, ocupóse en levantar el espíritu cívico de los naturales, promover la defección en las filas enemigas, concertar un plan para apoderarse de las fortificaciones del Callao, preparar el levantamiento del norte del Perú á la vez que del interior por la parte de la montaña, y dar organización é instrucciones á sus agentes secretos en Lima para asegurarse elementos de movilidad y subsistencia en el punto por donde meditaba abrir su campaña militar. «No se ha perdido el tiempo que hemos estado en Pisco, escribía á O'Higgins, al reembarcar. Mis relaciones con Lima las he asegurado en términos que el día menos pensado pueden darle un mal rato al enemigo. Si no tenemos algún contraste que no esté en la previsión humana, muy en breve veremos recompensados nuestros trabajos con la libertad del Perú.»

El 24 comenzó el reembarco y el 25 quedó terminado. La expedición tomó el rumbo del noroeste. A los tres días de navegación, con vientos propicios y calmas tropicales, avistóse la isla de San Lorenzo (29 de octubre). El general quiso hacer una ostentación de fuerzas que hiriese la imaginación del pueblo limeño, tan propenso á espectáculos teatrales. Dispuso que una parte de las tropas se trasladase á los transportes desocupados por la división de Arenales, vistiendo diversos uniformes. La escuadra penetró á la bahía del Callao, desplegando en primera línea fuera

del tiro de cañón ocho buques de guerra en actitud de combate, y en segunda línea, diez y siete transportes cuajados de soldados. Como el terreno en el espacio de quince kilómetros desciende gradualmente en plano inclinado desde el pie de las montañas que forman el fondo del escenario, divisábanse distintamente desde el surgidero las torres y las murallas de la ciudad, con sus alturas coronadas de espectadores. En el intervalo se desarrollaba en línea recta el camino carril que une el puerto á la ciudad, con su magnífica alameda que remata en la portada principal de las fortificaciones y sus pintorescas casas de campo desparramadas en el ameno valle regado por el Rimac. Al pie de este anfiteatro veíase la población del Callao, dominada por los altos muros del castillo del «Real Felipe», con sus inmensos torreones, flanqueado por los dos castillos laterales de San Miguel y San Rafael erizados de cañones; y apiñados bajo los fuegos de las baterías, á flor de agua, que se extendían á lo largo de la ribera, los buques españoles de guerra y mercantes, con una línea de cañoneras, á vanguardia, protegida por defensas flotantes. Como lo dice un testigo presencial de esta animada escena: «La expedición libertadora y la capital del Perú estaban en mutua exhibición.»

Una parte de la escuadra permaneció bloqueando el Callao, y el resto de ella con el convoy se dirigió á la bahía de Ancón, treinta y seis kilómetros al norte de Lima (30 de octubre). Un destacamento de 200 hombres de infantería y 40 cazadores á caballo, mandados por el capitán Federico Brandzen, fué echado á tierra, bajo la dirección del mayor Andrés Reyes (peruano), con el objeto de ocupar la inmediata villa de Chancay, y proporcionarse cabalgaduras y subsistencias para el ejército en los próximos valles

de Chancay y de Sayán, de acuerdo con los agentes secretos de la comarca, de antemano prevenidos.

El ejército realista, que, reforzado con una división traída del Alto Perú, se había reconcentrado en el campamento de Asnapuquio, á diez kilómetros de Lima, desprendió sobre Chancay una columna compuesta de cuatro compañías del batallón Numancia, los escuadrones Dragones de la Unión y Dragones del Perú, sumando un total de 600 hombres, al cargo del afamado coronel Jerónimo Valdez. El mayor Reyes, apercebido, evacuó la posición y emprendió su retirada á lo largo de la costa, poniendo en salvo los ganados recolectados. El camino que seguían los independientes, es en parte montuoso, y al desembocar á la planicie del norte, se encuentra, á la altura de la hacienda de Casa Blanca, una estrechura, á la sazón cerrada por altas tapias, que sólo permite pasar doce caballos de frente. Brandzen, que con el teniente Paulino Rojas y sus 40 jinetes sostenía la retirada, aprovechándose de este accidente del terreno, supo igualar la desproporción de las fuerzas con la táctica y el arrojo. Al ver comprometerse al enemigo en el desfiladero, cargó con ímpetu, sable en mano, derrotó á los Dragones de la Unión, que ocupaban la cabeza, y envolvió á los Dragones del Perú que seguían, hasta obligarlos á refugiarse en precipitada fuga bajo los fuegos de su infantería parapetada por las tapias, dejando en su trayecto cinco prisioneros heridos y tres muertos, entre éstos el comandante de la caballería española Vermejo, que Brandzen mató de un pistoletazo (8 de noviembre). El destacamento independiente pudo así continuar su retirada con todos sus ganados, sin que el enemigo se atreviera otra vez á medirse con él, á pesar de su superioridad numérica.

En el intervalo habían ocurrido dos acontecimientos

importantes y que aseguraban la preponderancia terrestre y marítima de los independientes: Guayaquil se había pronunciado por la revolución, y el almirante Cochrane habíase apoderado á viva fuerza en el puerto del Callao de la fragata «Esmeralda.»

II

La provincia de Guayaquil, dependencia en un tiempo del Perú, era en la época á que hemos llegado, parte integrante de la capitanía general de Quito, que correspondía al virreinato de Santa Fe ó la Nueva Granada. Empero, por su posición geográfica y por las exigencias de la guerra, estaba subordinado en lo militar, y accidentalmente en lo político, al virrey del Perú. Era el arsenal y el único astillero de la España en el Pacífico, y bloqueado el Callao, el último refugio de sus naves dispersadas en aquel mar por el almirante Cochrane. Colindante con el Perú por el norte, estaba incluido en el plan de defensa de sus costas contra las agresiones terrestres y marítimas de los independientes, y Pezuela se había desprendido de uno de los gruesos batallones de su ejército para asegurarlo. Por lo tanto, su posesión era de una importancia capital para la España colonial.

Quito fué una de las colonias hispanoamericanas donde se hicieron sentir en 1809 los primeros estremecimientos revolucionarios con tendencias de independencia y propósitos orgánicos; pero la provincia de Guayaquil, inmediatamente dominada por el Perú, había permanecido en quietud hasta 1820. El único síntoma que revelara en sus habitantes un fermento de espíritu público, fué anticiparse á proclamar la

constitución española, aun antes de recibir órdenes del virrey Pezuela. La reconquista de Nueva Granada en 1819 y el sucesivo avance de las tropas de Bolívar hacia el sur, aproximándose á las costas del mar del sur (abril de 1820), á que se siguió casi inmediatamente la invasión del Perú por San Martín (septiembre de 1820), precedida del dominio del Pacífico por Cochrane, aislaron militarmente el territorio quiteño.

Por este tiempo gobernaba la audiencia de Quito el mariscal de campo Melchor Aymerich, militar de alguna reputación, en calidad de presidente y capitán general, apoyado por un ejército como de 5.000 hombres incluso una gruesa división de los derrotados en Boyacá que lo cubría por el norte, y de la guarnición de Guayaquil. Esta constaba de 1.500 hombres, en su mayor parte veteranos, y 7 lanchas cañoneras para la defensa del puerto con 350 tripulantes. Al anuncio del desembarco de San Martín en Pisco, estalló el 9 de octubre la revolución de Guayaquil, encabezada por una parte de la guarnición y sostenida por el pueblo, triunfando instantáneamente sin oposición. Toda la provincia se uniformó con el movimiento, declaró su independencia, formó una junta de gobierno de que fué nombrado presidente el inspirado poeta José Joaquín Olmedo, y organizó un ejército para sostener su actitud. Los revolucionarios se pusieron bajo la protección de las armas de San Martín y de Bolívar. Guayaquil, independiente, se convertiría de este modo en una manzana de discordia entre los dos libertadores.

Mientras tanto, la revolución sudamericana se dilataba y el terreno de la resistencia colonial se circunscribía. La guerra quedaba reducida á tres puntos:—Venezuela, donde Morillo luchaba sin esperan-

zas con los últimos restos de su gran ejército casi destrozado:—el Perú, donde Pezuela se sostenía con el último ejército realista encerrado dentro de sus montañas:—Quito, aislado, entregado á sus solos recursos, estaba amenazado por dos ejércitos poderosos. El plan ideado por San Martín en 1814, daba sus resultados. Los dos libertadores del sur y del norte convergían hacia el centro. Ya no era solamente el instinto de la primera impulsión el que los guiaba: un concierto habíase establecido entre ambos, y sus marchas estaban trazadas en el mapa de la América independiente con rumbos seguros. En Quito operarían su conjunción, buscándose de mar á mar y de un extremo á otro del continente. El libertador de Colombia, después de atravesar los Andes ecuatoriales y triunfar en Boyacá, había escrito al director de Chile, tres meses antes de la expedición del Perú: «Un ejército de Colombia marcha contra Quito, con órdenes de cooperar activamente con los ejércitos de Chile y Buenos Aires contra Lima.» Un mes después de verificada la expedición, decía en su nombre su ministro de Guerra: «Se acerca el día de la independencia del sur de América. El Perú va á recibir la libertad por las armas de Chile y de Buenos Aires. Las armas de Colombia cumplirán sus deberes libertando á Quito, y satisfarán sus votos empleándose luego en favor de los hijos del sol.» San Martín contestaba á su vez desde su campamento de Huarura al gobierno de Colombia: «Convencido de los mismos principios de la república de Colombia, la expedición del Perú, ha sido el gran pensamiento que me ha ocupado desde que tuve el honor de recibir al pie de los Andes el primer homenaje que la fortuna rindió al valor de mis soldados; pero, aun cuando ella sea tan constante como los que me acom-

»pañan, yo habría tenido igual complacencia en saludar triunfante al que me hubiese precedido en esta empresa, mucho más, si al renombre de «Libertador» de Venezuela, hubiese añadido el que yo deseo merecer. Anhele entablar las más estrechas relaciones y dar á nuestros nativos recursos un punto de contacto que aumente su poder por la unidad del impulso que reciban, porque hallándose pendiente de ambos los grandes intereses que agitan la presente generación, es un deber suplir por la combinación las medidas que retardan inevitablemente el tiempo y la distancia.»

III

El otro acontecimiento á que nos hemos referido, es una proeza fabulosa, ejecutada por el almirante Cochrane. Los mares ya no ofrecían campo á su actividad. Lo que constituía la fuerza de la escuadra española en el Pacífico, estaba reducido á las fragatas Prueba, Venganza y Esmeralda. De éstas, las dos primeras, después de conducir de los puertos del sur una división del Alto Perú que reforzara el ejército de Lima, no pudieron volver á penetrar en el Callao, bloqueado por la escuadra chilena, y errantes por las costas del norte, se habían refugiado en Guayaquil, donde debían sucumbir al fin. La Esmeralda se encontraba á la sazón en el Callao, acompañada de otros buques menores. El almirante concibió el atrevido proyecto de apoderarse de la escuadra enemiga dentro del mismo puerto, desafiando los fuegos de sus 250 piezas de mar y tierra. Dos objetos se proponía con esta empresa: concurrir eficientemente á las operaciones del ejército de tierra, movido por la emulación, y atraer á San Martín hacia Lima, comprometiéndolo

en movimientos más atrevidos con arreglo á su primitivo plan. El generalísimo, á quien comunicó confidencialmente su idea, reservándose la iniciativa, la aceptó con entusiasmo.

Hemos descrito antes el puerto del Callao y sus fortificaciones (véase cap. xxii, párrafo ii), las que habían sido considerablemente aumentadas después de la segunda tentativa de Cochrane contra ellas. Bajo los fuegos fijantes y rasantes de los castillos y de las 200 piezas de las baterías de tierra estaba anclada la Esmeralda, con 44 cañones y 320 hombres de tripulación; y además, la corbeta Sebastiana, dos bergantines y dos goletas más, con tres buques mercantes armados en guerra. Una doble línea semicircular de veinte lanchas cañoneras estaba establecida á vanguardia sobre la grande entrada del puerto. A su frente se extendía una especie de estacada de maderos flotantes, cerrada por gruesas cadenas, que rodeaba todos los buques y que sólo tenía una angosta entrada por la parte del norte. Tal era la línea que el almirante se proponía forzar teniendo por principal objetivo la Esmeralda.

Al efecto hizo aprontar 14 botes tripulados por 160 marineros y 80 soldados de marina. A la invitación de que se presentasen voluntariamente los que quisieran acompañarlo en la empresa, las tripulaciones de todos los buques del bloqueo se presentaron en masa. Fué necesario que él, usando de su autoridad, eligiese los hombres que necesitaba. Tres días consecutivos se emplearon en preparar la flotilla. En la noche del 4 distribuyóse una instrucción escrita en inglés y castellano, que fué leída en alta voz por el patrón de cada una de las embarcaciones, contestando á ella con ¡vivas! y ¡hurras! los soldados chilenos y los marineros ingleses que las tripulaban. «Los botes ó chalupas—

»prevenía la instrucción, — avanzarán en dos líneas paralelas y separadas una de otra á distancia de tres botes. Los oficiales y soldados deberán llevar chaqueta blanca, é ir armados de pistolas, sables, puñales ó picas. Cada bote debe tener hachas afiladas que los guardas cargarán á la cintura. Tomándose posesión de la fragata, los marinos chilenos no harán oír las exclamaciones que tienen de costumbre, sino que para engañar al enemigo deberán gritar : ¡ Viva el rey ! Si el vestido blanco no bastase para distinguir á los asaltantes por la obscuridad de la noche, las palabras de seña y contraseña serán : « Gloria », á que se responderá por « Victoria. » En la misma noche se ensayaron las maniobras que debían ejecutarse, reconcentrándose los expedicionarios al costado de la O'Higgins.

Amaneció el día 5 destinado para dar en la noche el atrevido golpe. Para burlar la vigilancia del enemigo, ordenóse que la Lautaro, la Independencia y la Galvarino saliesen mar afuera, quedando sólo la O'Higgins al frente del bloqueo. La capitana chilena, cubierta por la isla de San Lorenzo, ocultaba á su costado opuesto los botes prontos á la primera señal. En vista de estos movimientos, los españoles se preparaban á pasar tranquilamente la noche, festejando con un banquete, á bordo de la Esmeralda, la primera cesación del bloqueo, que ya daban por cosa hecha. El más absoluto silencio había sido recomendado en la escuadra chilena después de ponerse el sol, y al anoecer del mismo día, circulaba de mano en mano, en medio de un entusiasmo comprimido por la disciplina, una proclama del almirante : « ¡ Soldados y marineros ! Esta noche vamos á dar un golpe mortal al enemigo. Mañana os presentaréis con orgullo delante del Callao. Todos vuestros compañeros envidia-

»rán vuestra buena suerte. Una hora de coraje y resolución es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. »Recordad que habéis vencido en Valdivia, y no os »atemoriceís de los que huyeron de vuestra presencia. »El momento de gloria se acerca, Espero que los marineros chilenos se batirán como tienen de costumbre, »y que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su país y fuera de él.»

A las 10 de la noche, el heroico almirante, vestido con la chaqueta blanca del marinero, con una faja azul atada al brazo—que era el distintivo del combate, —y un puñal y dos pistolas al cinto, con el machete de abordaje en la mano, bajaba á la lancha que debía ir á la cabeza de la expedición, rodeado de la admiración y el entusiasmo que su gallarda presencia despertaba en las horas de peligro. A las 10'30, los 14 botes emprendieron la marcha, formados en dos líneas paralelas, á la distancia prevenida en la instrucción. La primera línea era mandada por el capitán Crosbie. La segunda iba á órdenes del capitán Guise. A la cabeza de ambas, marchaba el almirante Cochrane. La noche era sumamente oscura. Las embarcaciones se deslizaban como sombras por la superficie tranquila de las aguas. Ningún rumor se percibía. Los botes llevaban sus remos embozados de manera que no producían ningún ruido. A poco andar, viéronse á corta distancia dos sombras inmóviles. Eran las fragatas de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, la *Hiperion* y la *Macedonia*, que en calidad de neutrales ocupaban un puesto al exterior de la estacada flotante. Cochrane, haciendo dar un golpe al timón, dirigió la proa de su lancha hacia la popa de la *Macedonia*.

Los buques de los Estados Unidos que en aquella época visitaron la América del Sur, fueron mensaje-

ros de amistad y de confraternidad, que bajo la bandera neutral estudiaban los hombres y las cosas de las nacientes repúblicas, alentándolas en su lucha y difundían en ellas ideas de independencia y libertad. Bien que la Gran Bretaña participase como nación de estos sentimientos, los jefes de su marina en el Pacífico miraban de reojo á lord Cochrane, á quien perseguían con el odio de su gobierno lejos de la patria, aun cuando algunos de sus oficiales y marineros protestasen contra esta acerba agravación del ostracismo. La conducta de los dos mencionados buques en esta ocasión correspondió á estos encontrados sentimientos. A bordo del buque norteamericano, un guardia marina, que más tarde publicó sus recuerdos sobre el suceso, contaba á sus camaradas que en la tarde, al regresar de tierra en un bote, había notado el descuido con que se hacía el servicio á bordo de la Esmeralda, fondeada á 1.500 metros del muelle, con sus cañones fuera de batería. «Para mí, decía, es un buque condenado. No colgaría yo mi hamaca en el mejor de sus baos.» A lo que repuso un oficial: «Son unos locos en divertirse, teniendo á Cochrane á dos tiros de cañón.» En aquel momento, al asomarse por encima de la borda, distinguieron las dos líneas de lanchas tripuladas que avanzaban rápidamente. «El escocés anda en las aguas, dijo el guardia marina. Apostaría mi cabeza á que Cochrane está en el primer bote.» Todos seguían con vivo interés el movimiento de las embarcaciones que se aproximaban. «Y como los tripulantes estaban vestidos de blanco y sus botes caminaban tan en silencio que ni el ruido de los remos se sentía (dice el oficial norteamericano de quien tomamos estos detalles) parecían más bien que hombres mortales, una banda de espíritus que se movían misteriosamente sobre el insondable pié-

«lago.» Al pasar por el costado, oficiales y marineros, les desearon en voz baja buen éxito. El último de los botes de Cochrane detuvo su marcha bajo las ventanas de popa de la Macedonia, y asegurándose de la cadena del timón permaneció allí oculto, á pesar de los ruegos y amenazas del que lo mandaba. Cuando los oficiales de la fragata vieron que aquella embarcación desertaba su puesto, dirigieron á la tripulación increpándole su cobardía. Nada pudo decidirla á seguir adelante, y la noche tapó con su velo aquel oprobio. Mientras tanto, Cochrane, seguido sólo de trece botes, pasaba á corta distancia de la Hiperion: los centinelas dieron la voz de alerta, que felizmente no oyeron los españoles. Un oficial inglés, entusiasmado al ver el valeroso avance de Cochrane, dió un hurrah en honor de su ilustre compatriota, y fué puesto arrestado por su comandante, conducta de que con razón se queja amargamente de parte de un antiguo compañero de armas, el dos veces héroe británico de la isla de Aix.

IV

La flotilla continuó avanzando, formada siempre en dos líneas paralelas, con el bote de Cochrane á la cabeza. A las 12 de la noche en punto se hallaba frente al boquete de la estacada, tras la cual se abrigaba la primera línea española, formada por las 20 cañoneras. Una lancha cañonera guardaba la entrada. Al aproximarse Cochrane, que se había adelantado á una distancia como de seis botes, el centinela de la lancha española gritó ¿Quién vive? A una señal del almirante, los marineros se tendieron sobre los remos y con impulso vigoroso salvaron la distancia que mediaba entre las dos embarcaciones, antes que el

eco del «quién vive» se hubiese apagado. ¡Silencio ó todos mueren! fué la intimación de Cochrane, con esa voz sorda y concentrada que repercute en el silencio y penetra en las almas cuando el coraje ó la amenaza le imprime sus profundas vibraciones. Las armas de los guardianes de la estacada cayeron de sus manos. Allanado este primer obstáculo, la flotilla siguió adelante y penetró al recinto fortificado.

Las dos líneas apercebidas al combate vanzaron resueltamente sobre la Esmeralda. Cochrane, con los botes de la O'Higgins, tomó el costado de estribor: Guise, con los de la Independencia y la Lautaro, el de babor. Muy luego se hallaron á los costados de la fragata enemiga, que envolvieron silenciosamente en un fatal abrazo, sin que sus descuidados centinelas diesen la voz de alarma. El comandante de la Esmeralda, Luis Coig, envuelto todavía por los humos del banquete, jugaba á los naipes en la cámara con sus oficiales y convidados. La tropa dormía tranquilamente en sus cuadras. Cochrane se hallaba en aquel momento bajo las ventanas del alcázar de popa, cuyas luces se proyectaban en la densa obscuridad de la noche. Dióse la señal del asalto.

El valeroso almirante lanzóse el primero por las amarras de popa, y trepó como un atleta hasta alcanzar la borda de la fragata. El centinela español que allí estaba, lanzando el grito de «¡Alarma!» le dió un culatazo en el pecho, arrojándolo de espaldas á uno de los botes. En su caída recibió una herida cerca de la espina dorsal al chocar sobre un tolete. Animado de nobles iras, se puso instantáneamente de pie, y subió por segunda vez al asalto, seguido de su tripulación electrizada por su ejemplo. El centinela hizo fuego, y un momento después caía muerto á sus pies. «¡Arriba muchachos! ¡Ya es nuestra! (Up my lads she's

ours)» gritó á los de las chalupas. Apenas hacía un minuto que pisaba el puente de la fragata, cuando alzó los ojos hacia lo alto de los mástiles, y gritó con la serenidad del que manda una maniobra ordinaria: «¡Oh de las cofas!» ¡Prontos! Contestaron varias voces de lo alto de la verga del trinquete. ¡Prontos! repitieron otras voces de lo alto de la cofa del palo mayor. Todo había sido previsto, hasta el hecho mismo ordenado. Era un destacamento de gavieros, que trepando por los obenques, se habían apoderado de las cofas. Este fué el golpe maestro del abordaje. Los asaltantes eran dueños de las velas del buque. La situación llegó, empero, á ser peligrosa para ellos. Toda la tropa de servicio que se hallaba arriba de cubierta, había acudido á las armas á la voz del centinela. Reunida en número considerable habría tal vez dado cuenta de los pocos que en aquel trance rodeaban á Cochrane. En este momento decisivo, Guise con los suyos, asaltaba la fragata por el costado opuesto. Los de estribor gritaron ¡Gloria! Y los de babor respondieron ¡Victoria! Los asaltantes de uno y otro costado encontráronse entonces reunidos en el castillo de popa. Cochrane y Guise, que eran rivales y se odiaban mutuamente, arrastrados por un movimiento generoso, se dieron allí las manos, como hermanos de armas y de gloria, olvidando por el momento sus resentimientos. Esta reconciliación debía ser pasajera desgraciadamente.

La guarnición de la Esmeralda, sorprendida, habíase mientras tanto reconcentrado al castillo de proa. Desde allí rompió el fuego de fusilería sobre los asaltantes, barriendo el puente con sus proyectiles. Una bala traspasó á Cochrane un muslo. Sentóse impávido sobre un cañón, extendió la pierna sobre una hamaca, y atándose la herida con un pañuelo, ordenó que se

llevase el asalto al arma blanca sobre el castillo de proa. Soldados y marineros avanzaron resueltamente, trabándose en la obscuridad un combate cuerpo á cuerpo á golpe de hacha y machete. En este primer ataque los asaltantes fueron rechazados. No fueron más felices en el segundo, en que volvieron á ser rechazados, quedando Guise herido. Hacía un cuarto de hora que duraba la refriega de popa á proa. El puente estaba cubierto de cadáveres, los piés resbalaban en la sangre, y el cañonazo de alarma había sonado desde lo alto del torreón del Real Felipe. Era urgente dominar la fragata. Un nuevo y vigoroso esfuerzo dirigido personalmente por Guise, decidió la victoria. Los independientes la saludaron al grito de ¡ Viva el rey ! Una parte de la tripulación derrotada se ocultó en el entrepuente y la bodega, y el resto buscó su salvación arrojándose al agua. Entre éstos se encontraban los comandantes de dos buques españoles, que estaban á inmediación de la Esmeralda, y que, organizando la resistencia en ellos, impidieron que toda la escuadra del Callao cayese quella noche en poder de Cochrane. Una de las cañoneras realistas, dirigiendo sus fuegos sobre la fragata, hirió gravemente al comandante Coig, y á su lado cayó un chileno y dos ingleses. La cañonera fué inmediatamente tomada.

Extendida la alarma por toda la bahía, herido Cochrane—que había delegado el mando en Guise, herido también,—ya no era posible atacar el resto de la línea, como el primero lo había pensado. Su plan era perseguir á los españoles de buque en buque, hasta apoderarse de todos ellos, incendiando los mercantes surtos en la bahía. Guise no creyó posible, ó no consideró prudente, persistir en esta parte accesoria del plan, combinado, y mandó en consecuencia picar las amarras de la Esmeralda, para ponerla en salvo. La

fragata, desplegando sus velas, empezó á navegar marinada por los independientes.

Los buques de guerra españoles y los castillos y baterías del Callao rompieron en aquel momento un terrible fuego que iluminó el teatro de la acción con sus ardientes resplandores. Algunas balas de cañón pasaron por encima de la Macedonia y la Hiperion. Ambos buques izaron los faroles convenidos para distinguirse en la noche como neutrales; pero continuando el fuego, levaron anclas, desplegaron sus gavias, y se pusieron fuera del alcance de la artillería de los fuertes. Cochrane había previsto hasta esta circunstancia. Inmediatamente, la Esmeralda enarboló las mismas señales, y continuó navegando hasta salir fuera de la estacada. A las 2'30 de la mañana del día 6 la fragata capturada echaba el ancla frente á la isla de San Lorenzo. Los botes expedicionarios, llevando á remolque dos lanchas cañoneras tomadas al abordaje, completaban el convoy triunfal de la Esmeralda, tripulada por los vencedores.

La pérdida de los expedicionarios fué de 11 muertos y 30 heridos, contándose entre éstos á Cochrane y Guise. Los realistas perdieron como 160 hombres entre muertos y ahogados, dejando en poder de los chilenos 200 prisioneros.

Los realistas, despechados por haber perdido tan vergonzosamente uno de sus mejores buques de guerra, bajo la protección de las más formidables fortificaciones de la América, atribuyeron el éxito de la empresa á la complicidad de los neutrales, y principalmente á la tripulación de la Macedonia, cuyas simpatías por la causa sudamericana eran conocidas. Habiendo ido á tierra el bote de este buque con el objeto de hacer sus provisiones diarias, el oficial que lo mandaba con toda su tripulación indefensa, fueron bárba-

ramente asesinados por un grupo enfurecido de la población del Callao. El comandante Downes de la Macedonia, á la vez de reclamar enérgicamente del virrey la reparación de este atentado, escribía al general San Martín: «Felicito muy sinceramente á lord »Cochrane por la captura de la Esmeralda. Nunca se »ha ejecutado con mayor habilidad una hazaña más »brillante.»

El almirante aprovechándose del estupor que causó su prodigiosa victoria, envió un parlamentario á tierra proponiendo un canje de prisioneros. El orgulloso virrey, al reconocer por la primera vez á los americanos como beligerantes, accedió á ello. Así se rescataron del cautiverio como 200 chilenos y argentinos que hacía años que gemían en los calabozos de las casamatas del Callao. La hazaña heroica se coronó por este acto de civilización y humanidad.

La Esmeralda, á la que San Martín quiso dar el nombre de Cochrane, honor que declinó el vencedor, fué bautizada con el de Valdivia en memoria de la anterior hazaña del heroico almirante, cuyo glorioso nombre murmurarán eternamente las ondas del mar Pacífico.

V

San Martín, dando gran importancia á la captura de la Esmeralda por sus efectos morales, y mayor aún á la revolución de Guayaquil por su trascendencia americana, desoyó las sugerencias del almirante, que quería comprometerlo en operaciones más arriesgadas y decisivas sobre Lima. El día 9 el convoy dió la vela de Ancón, y en una singladura tomó el puerto de Huacho, á 150 kilómetros al norte del Callao. El 10 se dió principio al desembarco de la tropa, que

terminó el 12, formándose por el ingeniero D'Albe tres reductos para la seguridad del punto y un muelle provisional para facilitar las comunicaciones con la escuadra. El ejército se internó á pie, llevando sólo 25 caballos, y el 17 acampó en una deliciosa campiña bien regada, y arbolada, abundante de víveres de todo género, forrajes, cabalgaduras y frutas agradables; de temperatura agradable y relativamente sana, pues, como en toda la región de la costa, reinan allí las fiebres intermitentes (tercianas) en el verano y las disenterías en el otoño. Este es el valle de Huaura, que tiene una extensión de 11 kilómetros de ancho y 85 de largo. El río que lo baña y le da su nombre, corre de este á oeste de cordillera á mar, y aunque de poco caudal, sólo es vadeable por puntos determinados, fáciles de defender, teniendo sobre sus márgenes algunas posiciones militares ventajosas para la resistencia contra fuerzas superiores. Sobre esta línea se estableció San Martín fortificándose sólidamente, con la firme resolución de no esquivar la batalla, pero tampoco de buscarla por el momento. En esta actitud ofensivo-defensiva, con un desierto arenoso á su frente que el enemigo tenía que atravesar, con sus reservas en Supe y sus avanzadas sobre Retes y Chancay, uno de sus flancos apoyado sobre el mar en Huacho, y otro sobre la tierra, promovía la insurrección del país, reforzándose; mantenía en jaque á Lima, interceptaba las comunicaciones del ejército realista, sus comunicaciones con las provincias del norte, debilitándolo; á la vez aseguraba las suyas por la parte de la sierra y el mar, estando habilitado siempre para sostenerse con ventaja, avanzar ó replegarse, ó reembarcarse, ó darse la mano con Arenales, según las circunstancias. La campaña estaba abierta.

Por parte del virrey, el plan para contrarrestar la

invasión, era meramente expectante y defensivo. Atrincherado en su campamento de Asnapuquio con cerca de siete mil hombres, aumentados con los refuerzos traídos del Alto Perú, limitóse á desprender á la sierra por la retaguardia y flanco, una pequeña división contra la columna de Arenales, de cuyos movimientos nos ocuparemos á su tiempo; y por su frente, al establecimiento de una vanguardia de observación. Después del movimiento parcial sobre Chancay al amago de desembarco de San Martín por Ancón, que dió por resultado el combate de Casa-Blanca, reforzó su vanguardia, la que quedó compuesta de los batallones Numancia, Infante don Carlos y Arequipa, los dos escuadrones de dragones antes mencionados y dos piezas de artillería, en todo, como 2.000 hombres, la que se extendió sobre la línea del río Chancay, cerrando el camino de la costa y ocupando las avenidas de la sierra por su flanco derecho. San Martín, provisto ya de elementos de movilidad, y su caballería, montada á dos caballos por hombre, había movido sobre Sayán, cubriéndose por el Huaura, una división de 500 hombres con armamento de repuesto, al mando de Alvarado, con el intento de penetrar á la sierra, ocupar á Tarmá y concurrir á las operaciones de Arenales, que por opuesto camino convergía hacia el mismo punto. Valdés concibió la idea de atacar esta división destacada, interponiéndose entre ella y el grueso de las fuerzas independientes: pero el virrey desaprobó este proyecto que era bien meditado y mandó retirar de la vanguardia los batallones Infante y Arequipa. San Martín, en vista del movimiento del enemigo sobre Chancay, varió de plan, y dispuso que Alvarado, con toda la caballería, compuesta de los regimientos de granaderos y cazadores montados, en número de 700 hombres, tomase el camino de la costa

con el objeto de proteger la defección del batallón Numancia, de antemano concertada por medio de los agentes patriotas de Lima y retardada por diversos accidentes.

El Numancia, como en su lugar se apuntó, formaba parte del ejército de Nueva Granada en 1819, y á consecuencia de la batalla de Maipú, fué enviado de refuerzo al del Perú á requisición del virrey Pezuela (véase cap. XVIII, párrafo VI). Este batallón, compuesto en su mayor parte de naturales de Venezuela y Santa Fe de Bogotá, con oficialidad americana, estaba impregnado de un espíritu revolucionario. Trabajado secretamente por los agentes de San Martín, auxiliados por las irresistibles seducciones de las limeñas, sus oficiales entraron en un plan de sublevación, á cuya cabeza se puso decididamente su comandante D. Tomás Heres, colombiano. Como este cuerpo constituía el núcleo de la vanguardia realista, á la sazón alejada más de 30 kilómetros de su reserva, la ocasión era propicia y la superioridad de la bien montada caballería independiente facilitaba la empresa.

Alvarado tomó con su columna el camino de la costa. Al emprender la marcha (24 de noviembre) despachó desde Huaco un emisario, escoltado por una partida de 18 granaderos montados y un guía, con una comunicación para Heres y los oficiales del Numancia, á fin de concentrar los respectivos movimientos. Esta partida, destinada á hacerse famosa por un hecho pequeño en sí, á que la tradición y la historia han dado resonancia, era mandada por el teniente Juan Pascual Pringles, á quien hemos visto aparecer en la trágica conjuración de San Luis. Sus instrucciones le prevenían situarse en la caleta de Pescadores, á 15 kilómetros de Chancay, despachar desde allí el emisario con la comunicación y esperar su regreso, debien-

do replegarse á la reserva, si la contestación se retardase ó se presentaran fuerzas enemigas, con prohibición absoluta de empeñar ningún combate. El destacamento marchó toda la noche, y el 27 al amanecer ocupó su puesto, que era un terreno quebrado, sobre la playa del mar, cumpliendo la primera parte de sus instrucciones. A esa hora fué atacado por la vanguardia enemiga al mando de Valdés, compuesta de un escuadrón fraccionado en primera línea, y el Numancia con dos piezas de artillería en reserva. Pringles, en vez de retirarse, como era su deber, arremetió temerariamente contra la primer fuerza que se le presentó por el frente, que era una compañía de Dragones del Perú, de cuádruple número, mandada por Valdés en persona. Rechazado en el choque, encontróse en su retroceso con otra compañía de dragones que le cortaba la retaguardia, á la que cargó también con resolución para abrirse paso á todo trance. Deshecho con el segundo encuentro, con tres muertos y once heridos, incluso el mismo Pringles, lanzóse al agua á caballo con sus últimos soldados, y se ha dicho que con la resolución de ahogarse antes que rendirse, pero en verdad, para rendirse honrosamente salvando la vida de sus compañeros. Sabedor Valdés del caso, acudió á escape al sitio, y ofreció garantía de la vida á los jinetes náufragos, en homenaje al valor que habían mostrado, en momentos en que Pringles estaba casi sumergido por un vuelco de su caballo espantado por el oleaje del mar. Como fuera este el primer triunfo alcanzado por los realistas durante la campaña, diéronle gran repercusión, haciendo ostentación en Lima de quince prisioneros heridos, que se habían batido cuerpo á cuerpo, uno contra diez, y arrojándose al mar antes de rendirse, lo que redundó en honor de los vencidos.

La temeridad de Pringles hizo descubrir el movimiento de la caballería independiente, y malograr la combinación con el Numancia, que habría podido poner en apuros á la vanguardia enemiga, comprometida á larga distancia de su reserva. Apercebido Valdés de lo peligroso de su situación, se replegó en el mismo día 27 al valle de Chancay, y situóse en la boca de una quebrada, cubriendo con el Numancia su caballería, reforzada con un escuadrón más. Alvarado, que al llegar á Pescadores encontró las huellas del reciente combate, se inclinó sobre su izquierda, y penetró al valle de Chancay por otra quebrada situada al este. Ambas vanguardias permanecieron á la vista observándose. La caballería independiente, fatigada por largas marchas en arenales sin agua, se replegó á la inmediata hacienda de Retes, para dar descanso á la tropa y proporcionar forraje á los animales. El 1.º de diciembre volvieron á avistarse las dos vanguardias; pero la realista en vez de aceptar el combate á que la provocó Alvarado, emprendió su retirada por una quebrada estrecha y fragosa, en que la caballería no podía operar. En su movimiento de retroceso, Valdés dejó como á diez kilómetros á retaguardia el batallón Numancia, el que aprovechando la ocasión, dió el grito de insurrección en la noche del 2, é incorporóse al día siguiente á la columna patriota, ofreciendo á la causa de la independencia americana un contingente de 650 bayonetas. San Martín colmó de honores al Numancia y le confió la custodia de la bandera del ejército libertador, declarando, que «el batallón pertenecía á los ejércitos de Colombia, y que solamente permanecería incorporado al del Perú mientras durase la guerra en su territorio.»

VI

Antes de cumplirse un mes de la apertura de la campaña, la preponderancia moral estaba decididamente de parte de los invasores. Los rápidos progresos á lo largo de las costas, los sucesivos golpes de la captura de la Esmeralda y la defección del Numancia, las ventajas obtenidas por la columna de Arenales en la sierra—de que después se dará cuenta,—el espíritu de insurrección que se extendía por todo el país, abatió el ánimo de los realistas, reducidos á una inerte defensiva, mientras los independientes, á pesar de su notable inferioridad numérica, se preparaban á tomar la ofensiva. La desertión se pronunció en las filas del ejército realista, desde la clase de coronel á soldado. La desmoralización de la opinión llegó á tal grado, que los más notables vecinos de Lima, apoyados oficialmente por la corporación municipal, elevaron una representación al virrey indicándole «la premiosa necesidad de una capitulación honorífica con »San Martín, antes de aventurarse á la suerte de las »armas, tomando por base la abertura reservada hecha »por sus comisionados al cerrarse las negociaciones de »Miraflores» (véase cap. xxvi, párrafo vi), lo que implicaba hasta el reconocimiento de hecho de la independencia. De todos estos males se culpaba á la mala dirección de la guerra dada por Pezuela, que era un efecto y no una causa. La autoridad política y la iniciativa del virrey estaban supeditadas por una conspiración sorda del ejército de Asnapuquio, fomentada por los jefes liberales, con el propósito de deponerlo del mando y substituirlo con La Serna. «El edificio realista se iba desmoronando por todas partes,»

según la expresión de un historiador español, que al pintar con los colores sombríos esta triste situación, procura explicar cómo 4.500 invasores se imponían á 23.000 soldados del rey, y lo atribuye todo «á la fatalidad del destino y al curso irresistible de los sucesos.»

La posición militar de San Martín en Huaura, aunque relativamente ventajosa, no era sólida, y en la inacción habría sido estéril. Sin más base de operaciones que el camino del mar, con las provincias del norte á la espalda ocupadas aún por las armas del rey, con uno de sus flancos al pie de la sierra y con un ejército de doble número á su frente que no podía buscar en campo abierto, estaba forzosamente obligado á una defensiva pasiva. La superioridad de su caballería y su movimiento de avance hasta Retes y el sur del río Chancay, cubriendo la posición de Sayán al tiempo de proteger la defección del Numancia, le dió desde luego el dominio de la zona de operaciones; pero esto nada decidía, y además en estas marchas había inutilizado gran parte de sus cabalgaduras. Por otra parte, las enfermedades endémicas de la región de la costa empezaban á hacerse sentir en las tropas invasoras, no aclimatadas aún. En tales condiciones, el ejército libertador era como un aerolito en los vastos espacios del virreinato del Perú, que sólo se vinculaba á los estremecimientos aislados del país invadido, por la atrevida marcha de circunvalación que simultáneamente ejecutaba la columna de Arenales en el corazón de la sierra. Era necesario ensanchar el campo de acción, para proporcionarse recursos y remontar el ejército con contingentes de la sierra; era necesario conquistar y dar consistencia política á las provincias del norte para dar un punto de apoyo á las operaciones militares, encerradas en círculo limi-

tado y sin horizontes, á fin de estrechar á Lima, que era el objetivo inmediato; y sobre todo, era indispensable dilatar la revolución y organizar la insurrección popular, sin lo cual la expedición se reducía á las proporciones de una aventura en que todo quedaba librado á la suerte dudosa de las armas ó á la acción lenta del tiempo, en que al fin las armas mismas se inutilizarían.

A una parte de estas exigencias respondía la atrevida marcha de Arenales á lo largo del interior del país. Para ligar esta operación con la posición ofensivo-defensiva del ejército en Huaura, el general en jefe, al extenderse sobre su flanco izquierdo hasta el pie de la sierra, ocupó á su retaguardia el populoso departamento de Huaylas (29 de noviembre de 1820) rico en ganados, y expulsó de él á los realistas, jurándose allí la independencia por setenta mil habitantes. Este suceso fué precursor de otro de mayor importancia, que aseguró completamente el éxito político y militar de la expedición. Casi simultáneamente, todo el norte del Perú se pronunció por la causa de la independencia. Este fué el primer movimiento de insurrección espontánea que se produjo en el país, sin el concurso inmediato de las armas libertadoras, si bien contando con su protección en virtud de los trabajos secretos iniciados por San Martín.

El norte del Perú, cuna de la colonización española, era entonces, como es hoy, el gran centro agrícola, cuyas variadas producciones constituían su principal fuente de riqueza. En 1820, casi toda esta región hallábase comprendida en la intendencia de Trujillo—una de las ocho del virreinato,—y contaba aproximadamente con una población de 300.000 almas, de las cuales como 140.000 eran indígenas, 90.000 mestizos, 20.000 hombres libres de color, 10.000 esclavos y 40.000

de raza española pura. Colindante con el virreinato de Nueva Granada al oriente de los Andes siguiendo la larga corriente del Amazonas, y especialmente con Quito y Guayaquil al occidente en la prolongación de las costas del mar, su posesión daba el dominio de las grandes operaciones estratégicas de los beligerantes sobre el Pacífico, que tenían por teatro la parte del continente de la América meridional desde el Alto Perú hasta Caracas. Teniendo en vista esto mismo, y principalmente, ligar la defensa de las costas del Perú con las de Guayaquil, el virrey Pezuela había situado en Piura una división de 1.600 hombres, de que formaba parte un batallón de línea de 600 plazas y la compañía de cazadores del Numancia, fuerte de 130 plazas, situado en la ciudad de Trujillo.

Gobernaba por entonces la intendencia de Trujillo con nombramiento del rey, el general José Bernardo Tagle y Portocarrero, limeño, más conocido por su título nobiliario de marqués de Torre-Tagle, quien, como antiguo partidario liberal de Baquijano y diputado á cortes, había alcanzado cierta notoriedad entre sus paisanos. Este personaje de carácter débil y de costumbres disolutas, que ha representado en la historia el papel de un figurón, desempeñó por esta vez el de prócer de la causa de su patria, que más tarde traicionaría. De acuerdo con San Martín, que había abierto con él comunicación secreta desde Pisco, trabajó hábilmente en preparar la opinión de las provincias del norte. El 24 de diciembre convocó en Trujillo un cabildo abierto é hizo presente lo inútil que sería toda resistencia al menor esfuerzo de San Martín para apoderarse de ese territorio, supuesto que no había tropas suficientes que oponerle, ni dinero para sostenerlas, y que por lo tanto la prudencia aconsejaba someterse al imperio de las circunstancias. Los realis-

tas, sostenidos por el obispo Carrión y Marfil, hombre de grande energía, opinaron por que se resistiese á todo trance. Torre-Tagle hizo prender al obispo y sus partidarios, y el 29 de diciembre (1820) enarboló la bandera inventada en Pisco. Fué el primer peruano que juró la independencia del Perú, y Trujillo el primer pueblo peruano que la conquistó por su solo esfuerzo cívico. En memoria de este acontecimiento lleva hoy Trujillo le denominación de «Departamento de Libertad.»

A Trujillo siguió Piura, venciendo mayores resistencias. Estaba acantonado allí con 4 piezas de artillería el batallón de línea que constituía el nervio de las guarniciones del norte, que permanecía fiel á su rey. La población estaba desarmada. Intimidado el cabildo por Torre-Tagle de que de no someterse á la causa de la independencia, sería la provincia reducida por la fuerza, un patriota decidido llamado Jerónimo Seminario, promovió su reunión con asistencia de los jefes militares, y sostenido por algunos hombres del pueblo, obligó á los últimos á firmar la orden de someterse á San Martín. El batallón, después de alguna resistencia, se dispersó, y Piura se uniformó con Trujillo (4 de enero de 1821). De este modo, todo el norte del Perú desde Chancay á Guayaquil, quedó por los independientes, San Martín tuvo una base de operaciones segura, y pudo contar con mayores recursos en hombres, subsistencias y cabalgaduras, recibiendo desde luego un contingente de 430 hombres de infantería y 220 de caballería.

VII

«Todo va bien. Cada día se asegura más la libertad del Perú. Yo me voy con pies de plomo, sin querer comprometer una acción general. Mi plan es bloquear á Pezuela. El pierde cada día la moral de su ejército: se mina sin cesar. Yo aumentando mis fuerzas progresivamente. La insurrección cunde por todas partes como el rayo. En fin, con paciencia y sin precipitación, todo el Perú será libre en breve tiempo.» Esto escribía el Fabio sudamericano en vísperas de la insurrección de Trujillo, que aseguraba su base de operaciones, en momentos en que, contrariando su propio plan que tan buenos resultados le daba, se preparaba á ejecutar un movimiento que, si bien respondía al proyecto de estrechar el cerco de Lima, era una imprudencia, cuando no un error militar, que contrasta con sus palabras tan llenas de confianza en el éxito de la expectativa paciente y activa. Por este momento psicológico pasan todos los generales en circunstancias análogas, poniéndose á veces en contradicción sus planes improvisados con sus planes madurados. Empujados á la acción por esa fuerza latente de la masa que obedece y la transmite á la cabeza que dirige, se mueven inconscientemente, armonizando en apariencia sus ideas con sus movimientos. En la guerra, así en la expectativa de las combinaciones que tiene que dar de sí por la acción del tiempo, como en medio del fuego de las batallas, hay momentos en que es preferible permanecer quieto en vez de moverse en el vacío sin objetivo claro, ó bien dejar que el choque de las masas comprometidas decida la victoria, cuando, como la bala disparada, escapa de la mano que la maneja.

San Martín no tuvo la paciencia de que blasonaba, y hubo de comprometer el éxito de la campaña faltando á la regla que se había trazado, que le estaba impuesta por la desproporción de las fuerzas y el desarrollo gradual de sus propias combinaciones estratégicas, tácticas y políticas.

Después de la defección del batallón Numancia y contando con el pronunciamiento de las provincias del norte que aseguraba su base de operaciones hasta Guayaquil, San Martín meditó un ataque combinado con la división de la sierra para estrechar á Lima, resuelto á provocar una batalla decisiva, cuando todo el ejército de Huaura no alcanzaba á 4.000 hombres, y el concierto con Arenales era, si no imposible, por lo menos muy dudoso. Su plan era avanzar de frente con todo el ejército sobre Chancay, mientras Arenales descendía de la sierra por entre el río Chancay y el Carabaillo—que cubre á Lima por el nordeste,—tomando á los realistas por el flanco. Con este propósito se movió de Huaura y avanzó hasta Retes (5 de enero de 1821), estableciendo su izquierda destacada en Palpa—al sur del Chancay,—para apoyar la incorporación de Arenales, y el resto de su fuerza escalonada en el espacio de 5 kilómetros hasta Ancón, con los transportes en este puerto. Arenales, más prudente que el general en jefe, hizo presente: que tendría que atravesar más de 100 kilómetros de camino escabroso ó desierto, para colocarse á 75 ó 100 kilómetros del ejército situado en Palpa, lo que hacía la operación tan contingente como riesgosa. El proyecto fué abandonado cuando ya las reservas de San Martín estaban á 70 kilómetros de Lima y sus avanzadas á 25 kilómetros. La división de la sierra se incorporó entonces al ejército.

La posición de San Martín era tan falsa como mal

elegida para los efectos que se proponía. Retes, que se hallaba á cinco kilómetros al nordeste del pueblo de Chancay, es un sitio malsano y escaso de forraje para las cabalgaduras, que además del inconveniente de estar muy próximo á Asnapuquio (55 kilómetros), no ofrece ventajas para la resistencia. Era, en condiciones mucho más desventajosas, la repetición del error ó del descuido de Cancharrayada. Las tropas españolas, superiores á las de San Martín en número, y principalmente en caballería, después de los refuerzos traídos por Canterac del Alto Perú, y reconcentradas como se hallaban en Asnapuquio, podían en una marcha forzada de una noche amanecer sobre Retes, y obligar á San Martín á retroceder para tomar una posición más militar. El agua quedaba del lado de las tropas del rey, mientras que las independientes tenían á sus espaldas 83 kilómetros de arenal por el camino de la playa hacia Huacho, y 50 kilómetros por el camino del pie de la sierra hasta Sayán. Si aceptaba la batalla, la arriesgaba sin probabilidades de triunfo. En el mejor caso, una retirada por tierra hasta Huaura ó un reembarco en Ancón, era una verdadera derrota. Los jefes superiores del ejército español eran hombres bastante entendidos en cosas de guerra para no comprender la ventaja que les brindaba su enemigo, cuando era hasta una necesidad para ellos el moverse sin pérdida de tiempo para recuperar la preponderancia moral perdida, evitando así ser estrechados en sus posiciones. La Serna, que había sido nombrado general en jefe, con Canterac por jefe de estado mayor, propuso al virrey un plan de ataque, que fué aceptado. Pero el ejército realista estaba tan enervado por la inacción y por los sucesivos contrastes sufridos sin pelear, que pasaron varios días antes que se pudiesen reunir los elementos necesarios de movili-

dad. Mientras tanto, los agentes secretos de Lima, que penetraban todos los secretos, comunicaron á San Martín el plan. El general independiente, apercebido de los peligros de su posición, dispuso tranquilamente la retirada (13 de enero) y volvió á ocupar su campamento de Huaura, donde aumentó sus defensas (16 de enero de 1821).

El movimiento aventurado de San Martín le proporcionó algunas de las ventajas que se proponía: El ejército independiente mostró que era capaz de maniobrar con orden al frente del enemigo; la deserción en el ejército realista volvió á pronunciarse; la insurrección en los contornos de Lima por la parte de la sierra se organizó del modo que se explicará más adelante, y el enemigo, burlado en sus planes, vió empeorarse su situación. En vano fué que Canterac se moviese tardíamente con toda su caballería sobre Chancay, debiendo La Serna apoyar este avance con el resto del ejército de Asnapuquio (enero 27). El virrey, temeroso de que alejadas sus tropas de la capital, San Martín se embarcase en Huacho y cayese sobre ellas antes de tener tiempo de acudir á su defensa, dió contraórdenes, y volvió á encerrarse en la defensiva inerte. «Los leales, según confesión de un historiador español, actor en los sucesos, se convencieron de que en el gobierno no existía plan para conjurar la tempestad que crujía, y que, si había alguno, era sólo conservar á Lima mientras pudiera, y capitular después; idea que abiertamente resistían la mayoría del ejército y demás defensores de los derechos españoles.» Desde este momento quedó decidida la deposición del virrey por los jefes de su ejército, que conspiraban contra su autoridad, movidos por un sentimiento de patriotismo, en que intervenía el pensamiento del liberalismo español que representaban en opo-

sición, según en su lugar se explicó. (Véase cap. xxv, párrafo VIII).

Por este tiempo empezáronse á hacer sentir en Lima los efectos del bloqueo marítimo y terrestre, á que concurría eficazmente un nuevo elemento popular y militar, creación de San Martín. Con su experiencia de la guerra en España, y como lo había practicado en el Alto Perú y en Salta durante su mando del ejército del norte, promovió la «guerra de recursos», por medio de partidas ó «montoneras», como las llamaban los españoles. Dióles una organización apropiada á la espontaneidad de la insurrección, las armó, les dió jefes y les trazó un plan de campaña en sus hostilidades, convirtiéndolas en una especie de vanguardia, que como antemural á su ejército, ocultaba sus maniobras y las facilitaba con exacto conocimiento de los menores movimientos del enemigo. Estas guerrillas que fueron aumentando rápidamente, y que tomaron consistencia cuando avanzó hasta Retes, alcanzaron á formar una división como de 600 hombres. Su punto de reunión era el pie de la sierra, de la que descendían repentinamente, interceptando en sus correrías los caminos, y atacaban los destacamentos y puestos avanzados, apoderándose de los convoyes de provisiones de boca y de las cabalgaduras, de manera de mantener en continua alarma á los realistas reducidos al recinto de la capital y del puerto cerrado del Callao. Fué nombrado jefe de todas las guerrillas, el comandante Isidoro Villar (argentino de Salta), que había estado prisionero largos años en las casamatas del Callao. Las diversas partidas eran mandadas por los capitanes peruanos Vidal, el héroe de Valdivia, Cayetano Quirós, Navajas, Ayulo, Elguera, y el cacique Nanivilca (que después llegó á coronel), señalándose todos ellos con proezas y golpes de mano bien

combinados, que esparcieron la desmoralización en las filas enemigas, y despertaron el espíritu nacional.

Para dar forma política y legal á la ocupación militar del país, y fijar las reglas de su conducta pública ante la masa de los gobernados, expidió en Huaura, á título de libertador y en nombre de los derechos del continente americano, una ley orgánica con la denominación de «Reglamento Provisional», á fin de preparar, según sus palabras, «la reforma del nuevo orden de cosas, y no dejar en la incertidumbre los derechos de los particulares al arbitrio de un poder indefinido.» Su preámbulo, redactado por Monteagudo, estaba lleno de frases huecas y sonoras, sin doctrina y sin declaración de principios republicanos. Su parte dispositiva se reducía á dividir el territorio ocupado por las armas libertadoras en cuatro departamentos, á saber: Trujillo, Tarma, Huaylas y la Costa, regidos por un presidente cada uno de ellos, y subdivididos en partidos ó distritos con un gobernador político cada uno de ellos. Los presidentes y gobernadores administrarían justicia dentro de sus respectivas jurisdicciones en las causas no reservadas á la potestad suprema y á la autoridad militar, ó que por su especialidad tuviesen tribunal propio, y sus sentencias serían apelables ante una corte establecida en Trujillo. Este fué el primer bosquejo de constitución administrativa del Perú y el primer ensayo de gobierno nacional.

Hacía tres meses que estaba abierta la campaña. El ejército expedicionario en este lapso de tiempo, había provocado la revolución de Guayaquil, quitando al enemigo 1.500 hombres; conquistando todo el norte, dispersando otros tantos soldados; recibido en su seno el contingente de un batallón defeccionado de 650 plazas, como 500 voluntarios y otros tantos desertores del

enemigo; insurreccionado gran parte del interior del país y de los alrededores de Lima; derrotado, muerto ó aprisionado más de 2.000 hombres en la campaña de la sierra, según se explicará; adquirido la preponderancia moral y consolidado su situación política y militar, estrechado el asedio de la capital del Perú próxima á sucumbir sin combates. Una gran batalla no habría dado mayores resultados. Todo esto se había alcanzado en el espacio de esos tres meses, con 4.000 hombres contra 23.000. El éxito daba la razón al juicioso plan de campaña de San Martín, acusado de inacción ó timidez en esta ocasión, demostrando hasta en sus desvíos y ulterioridades previstas ó lógicas, que era el único posible, dada la desproporción de las respectivas fuerzas, y la necesidad de conservar íntegras las invasoras, para consolidar la base de la independencia del Perú.

Ahora, para completar el cuadro de la campaña hasta principios de 1821, se hace necesario seguir á la división de Arenales, que dejamos en marcha al interior del país, al tiempo del reembarco en Pisco. (Véase cap. xxvi, párrafo VII).

CAPITULO XXVIII

Expedición libertadora del Perú.—(Primera campaña de la Sierra).

1820-1821

Importancia de la primera campaña de la Sierra.—Regiones del Perú.—Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra.—El valle de Jauja, nudo de las operaciones.—Zonas militares.—Prospecto general de la campaña del Perú.—Objetivos de la campaña de la Sierra.—Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra.—Arenales general de la Sierra.—Ocupación de Ica.—Combate de Nasca.—Sorpresa de Acarí.—Planes de San Martín.—Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga.—Maniobras preliminares sobre el Río Grande.—Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma.—Marcha ofensiva sobre Pasco.—Batalla del cerro de Pasco.—Marcha de Ricafort sobre Huamanga.—Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica.—Insurrección de Huamanga.—Derrotas de Huamanga, Cangallo y Huancayo.—Crueldades de Ricafort.—Aldao mantiene la insurrección de la Sierra.—La división de la Sierra se retira á la costa.—Examen de la campaña de la Sierra.

I

La primera campaña de la Sierra del Perú, como movimiento inicial de la expedición libertadora del Perú, tiene una importancia capital, por cuanto ella determinó el círculo dentro del cual debían rotar las masas puestas en acción, obedeciendo á leyes físicas subordinadas á la naturaleza y configuración del terreno. No se comprenderían bien sus complicadas marchas y maniobras sin tener una idea general del territorio en que se desenvolvieron. Una representación grá-

fica pondrá de bulto ante los ojos sus grandes lineamientos.

El Perú, en su conjunto, puede considerarse como un macizo de montañas dentro de una especie de triángulo, cuya base mide 1.300 kilómetros desde el grado 3.º de latitud austral, que se prolonga de norte á sur por el espacio de 2.500 kilómetros hasta la frontera del Alto Perú en el Desaguadero, donde se estrecha á la altura del grado 18.º, en que sólo mide 100 kilómetros. Considerado bajo su aspecto geográfico y climatológico, este territorio se divide en dos ó tres regiones, de fisonomía y aspecto diversos: la costa, la sierra y la montaña, que es una variante de la sierra. A lo largo del litoral marítimo, que describe el lado mayor del triángulo, se extiende una faja de áridos arenales como de 75 á 100 kilómetros en su mayor anchura, regada por veintitrés ríos de más ó menos importancia, cuyos cauces forman otros tantos valles cultivables, con desiertos intermedios, que accidentan laberintos de médanos movedizos al capricho de los vientos, sin indicios de vegetación, sin aves en el aire ni reptiles en el suelo, y donde no llueve jamás. Esta es la tierra caliente, la región de la costa donde á la sazón operaba San Martín con el grueso de su ejército. Al este de esta región se levanta, ex abrupta, la cadena occidental de la cordillera de los Andes, que comprende en su macizo lo que propiamente se llama la región de la sierra. Al oriente está la cordillera nevada, que forma el tercer lado del triángulo. Esta es la región conocida por antonomasia en el país con la denominación de «la montaña», en cuyas vertientes la naturaleza ostenta todo el esplendor de la zona tropical. Las cadenas de los Andes, que se bifurcan en la frontera meridional del Alto Perú, y corriendo paralelas forman sus altiplanicies (véase

cap. v, párrafo VII, y capítulo XIII, párrafo 1), reúnen-se en el Bajo Perú, y encierran dentro de sus intrincadas ramificaciones los valles y lagos andinos que le imprimen su fisonomía, marcando hasta la altura de 4.900 metros, en sus variados niveles, todos los grados del termómetro.

Según la organización política del virreinato, el Perú se hallaba dividido entonces en ocho intendencias, que para los efectos de esta explicación, deben considerarse en cuatro grupos sistemáticos. La vasta intendencia de Trujillo al norte, dominada por los independientes, formaba un país aparte, en que la costa y la sierra se ligan hasta los límites de la montaña en las nacientes del Amazonas. Las intendencias de Lima y Arequipa, comprendían la costa y parte de la sierra del centro y del sur. Las del Cuzco y Puno, con la de Arequipa, formaban el grupo del sur, en contacto más ó menos directo con el Alto Perú, ocupado por las armas españolas. Allí estaba situado el ejército de reserva que ligaba las operaciones de los tres ejércitos realistas de Lima, la Sierra y el Alto Perú. Al centro estaban las intendencias de Huancaavelica, Huamanga y Tarma, dentro de cuyo perímetro debían desarrollarse las operaciones de la división de la sierra en el corazón del país. Esta parte del territorio, en que las cordilleras se alternan y se ramifican, y las montañas se apiñan hasta la región de las nieves perpetuas, está cruzado por una red de ríos torrentosos, que sólo pueden atravesarse por puentes de maromas, que oscilan sobre los abismos en que se tienden. De la región de la costa á la sierra péntrase como por las brechas de una muralla escarpada por sinuosidades, que son como portadas plutónicas, llamadas en el país quebradas, y por senderos estrechos, llamados laderas, que contornean la montañas al bor-

de de hondos precipicios. Gradualmente se asciende como por una escalera ciclópea, desde la tierra caliente hasta la cumbre helada de la cordillera occidental, que es una alta planicie desierta y desolada. Tal era el camino que tenía que recorrer la expedición de la sierra para penetrar á las tres intendencias centrales. El rasgo más prominente del centro de la sierra son sus amenos y espaciosos valles, centros prósperos y abundantes de población y producción. El más notable, y que debía servir de base á las operaciones de la columna destacada desde Pisco sobre la sierra, es el que forma el de Río Grande ó de Jauja, que corre por su fondo de norte á sur. Cierran sus dos extremidades las populosas ciudades de Jauja y Huancayo: la primera al norte y la otra al sur. En su promedio, una punta salienté de la cordillera oriental que lo limita por el este y que se proyecta entre San Jerónimo y Concepción—dos afluentes del Río Grande,—corta el valle en dos, tomando cada uno de ellos el de la ciudad principal. En este punto está tendido uno de los puentes que comunica con la ciudad de Tarma, situada al nordeste en una boya de la cordillera oriental. Más adelante está el famoso mineral de Pasco cuyos caminos conducen directamente á las posiciones que el ejército independiente ocupaba sobre la costa. Aquí las dos cordilleras forman un nudo á la altura de más de 4.300 metros sobre el nivel del mar, que proyectan hacia el norte tres cadenas y otros tantos valles paralelos, cuyos ríos se derraman en el Atlántico y el Pacífico. Por lo tanto, el territorio de Tarma, y especialmente el valle del Río Grande, era el eje de las operaciones de la expedición de la Sierra, y Pasco su objetivo. Invadidas las intendencias de Huancavelica y Huamanga, quedaban cortadas las comunicaciones de Lima con Arequipa, el Cuzco, Puno

y el Alto Perú por la parte del sur. Ocupada Tarma, se amagaba á Lima por la espalda, y en Pasco, se abría al norte una nueva línea y una nueva base de operaciones.

Esta sinopsis geográfica pone de relieve las líneas generales del teatro de la guerra. Vese que, así como el Perú se divide en dos regiones marcadas, su territorio puede dividirse en dos ó más zonas militares, según sean los planes de campaña y las combinaciones estratégicas á que respondan. El plan de invasión de San Martín era mixto, mirado por este aspecto geográfico. La expedición de la sierra respondía á la idea de aislar el ejército de Lima y paralizar la acción del ejército de reserva del sur ó atraerlo hacia el centro, desbaratando así los planes de defensa del enemigo. La marcha por agua á lo largo de la costa, cerraba el círculo de las operaciones al norte de Lima, y dividía el Perú en dos zonas: el centro y sur ocupados por los realistas con su base en el Alto Perú, y el norte, ocupado por los independientes con su base en toda la América revolucionada á su espalda. Ambos contendientes, con un pie en la costa y otro en la montaña, tenían, el uno por punto de apoyo y el otro por objetivo inmediato, á Lima. La posesión de Lima, consolidaba para los independientes la del norte del país, pero no resolvía el problema, por cuanto no daba el dominio de la sierra. Perdida una batalla en Lima, los invasores tenían que reembarcarse y renunciar á su empresa. Por el contrario, los realistas, aun expulsados de la capital, podían replegarse á la sierra, reforzarse con sus reservas y continuar la guerra con nuevos recursos. El triunfo final estaba, pues, en la sierra. De aquí la necesidad de economizar las escasas fuerzas invasoras que apenas bastaban para lograr el objetivo inmediato, y utilizarlas de manera que obra-

sen á la vez en la costa y en la sierra concurriendo á los resultados ulteriores. Dentro de estas líneas, á que tenían necesariamente que subordinarse las evoluciones de los beligerantes, tenía que resolverse, como se resolvió en definitiva, el problema militar de la campaña final de la independencia americana en el territorio del Perú. La expedición á la sierra preparaba este resultado. Exploraba el camino, ligaba las operaciones de la región de la costa con la de la sierra, y señalaba en el centro el nudo de las dos grandes zonas del sur y del norte, en que independientes y realistas se reconcentrarían, primeramente para buscarse y medirse, y por última vez desde Pasco á Huamanga, para dirimir la contienda dentro del perímetro que iban á recorrer.

II

Posesionado San Martín de Pisco al tiempo de iniciar la invasión, y decidido á llevar la guerra al norte, concibió el atrevido pensamiento de destacar una columna volante al interior del país, que al efectuar una marcha de circunvalación, despertase el espíritu revolucionario en las provincias, reconociese las localidades y se diese cuenta de sus recursos y ventajas militares; operase una seria diversión, para impedir que las fuerzas situadas á la distancia concudiesen á engrosar el ejército de Lima; desconcertase de este modo los planes del enemigo ocultando los propios; y por último, buscase la incorporación con el grueso del ejército por el norte, después de destruir las tropas que encontrase á su paso, combinando sus movimientos con el plan general de campaña. El jefe de esta empresa no podía ser otro que el general Arenales. Sus notables cualidades de mando, su expe-

riencia en la guerra de montaña y la popularidad de su nombre en el Alto Perú por sus extraordinarias hazañas, lo señalaba de antemano. (Véase cap. v, párrafo VII). Sus instrucciones redactadas por San Martín en la víspera de denunciar el armisticio de Miraflores (4 de octubre), le prevenían atacar sin pérdida de tiempo la división enemiga que el virrey había destacado sobre Pisco al tiempo del desembarco, y replegándose á Ica. Ejecutada esta operación, penetrar en la sierra y posesionarse de Huancavelica y Huamanga. Dirigirse en seguida al valle de Jauja y establecer allí el cuartel general de la división, «fomentando la independencia en todas las provincias inmediatas y cubriendo todas las avenidas de la sierra hacia Lima.» Avanzar un destacamento hasta Tarma á la vez de remontar el valle de Jauja «partiendo del principio de que, debiendo comenzar el ejército sus operaciones por el norte de Lima sus movimientos serían en concepto de replegarse á él en caso de contraste», manteniéndose mientras tanto en la sierra. Por último, le recomendaba la humanidad para con los enemigos de la independencia y para con los españoles europeos.

La división expedicionaria se componía de los batallones núm. 11 de los Andes y núm. 2 de Chile al mando del mayor Román Dehesa (argentino); teniente coronel Santiago Aldunate (chileno); dos pelotones de granaderos y cazadores á caballo, formando un escuadrón, á órdenes del mayor Juan Lavalle y teniente Vicente Suárez (paraguayo); 2 piezas de artillería con su dotación de artillero á cargo del teniente Hilario Cabrera. Fué nombrado jefe de estado mayor el teniente coronel argentino Manuel Rojas, que había hecho sus primeras armas contra las invasiones inglesas del Río de la Plata y militado con distin-

ción en las campañas del Alto Perú. Con esta fuerza, escoltada para mayor garantía por el regimiento de cazadores montados, movióse sigilosamente Arenales en la noche del 5 de octubre en dirección á Ica con rumbo al sudeste. Por esta marcha de medio flanco quedaba cortada la columna realista, situada en Ica, fuerte de 800 hombres de infantería y caballería. El coronel Quimper que la mandaba, púsose en fuga á la aproximación de los independientes, á los que se pasaron dos compañías de infantería. Con el resto, emprendió Quimper su retirada al sur á lo largo del camino de la costa por la falda de la sierra. Desprendióse en su persecución un destacamento de 250 hombres de caballería y de infantes montados, al mando de Rojas. Marchando por caminos extraviados, situóse á tres leguas á retaguardia de Quimper, que con 600 hombres de infantería y caballería había hecho alto en el pueblo de Nasca. La caballería patriota, dirigida por Lavallo, y sostenida á la distancia por su infantería, atacó á gran galope el campo realista (15 de octubre). Fué una sorpresa completa. Cuarenta y un muertos, 86 prisioneros, entre ellos 6 oficiales, y 300 fusiles, fueron los trofeos de esta fácil jornada. Al día siguiente (16 de octubre) el teniente Suárez con 30 cazadores montados, sorprendió en Acari el convoy de Quimper, tomando 100 cargas de armamento, con la derrota de la tropa que lo custodiaba. De este modo quedó totalmente destruída la primera división desprendida del ejército de Lima contra el ejército expedicionario del Perú.

San Martín, mientras tanto, sólo esperaba que la expedición de la sierra iniciase su movimiento, para empezar á desenvolver su plan de campaña. «Arenales—escribía á O'Higgins,—debe ponerse á caballo sobre Jauja, y comunicarse conmigo por el nor-

»te. Yo debo reembarcarme para atacar al norte de
»Lima, sublevar las provincias de Huaylas, Huánu-
»co y Conchucos, de cuya decisión estoy perfecta-
»mente persuadido. Mi objeto en este movimiento,
»es bloquear á Lima por la insurrección general y
»obligar á Pezuela á una capitulación, sin desatender
»al mismo tiempo el aumento del ejército y la sub-
»yugación de la intendencia de Trujillo. Casi pue-
»do asegurar que este plan dará los mejores resul-
»tados, y que si se verifica, Lima estará en nuestro
»poder á los tres meses de la fecha.» Impaciente, ins-
»taba á Arenales para que acelerase su marcha, aun
dejaudo atrás su parque, conducido á lomo de mula.
El prudente general de la sierra, le contestaba dán-
dole razón, pero observaba: «Esto no es practicable.
»Yo no puedo ni debo dividir mi fuerza. El dejar el
»cargamento atrás, es exponerlo á un riesgo inminen-
»te, y exponerme á carecer de armamento y municio-
»nes. Con el cargamento, me batiré aunque sea con el
»mismo demonio, envalentonaré á los pueblos, y acre-
»ceré la fuerza que debe hacer respetable nuestro
»ejército.» El general en jefe, como en su lugar se
explicó (cap. xxvi, párrafo vii), debilitado por la se-
paración de la cuarta parte de su ejército, maniobró
por el espacio de quince días para ocultar el movi-
miento de Arenales, haciendo alarde de invadir á Li-
ma por el valle de Cañete, con lo que logró completa-
mente su intento de entretener al enemigo.

III

La vanguardia realista situada en Cañete á órde-
nes de O'Reylli, que debía operar en combinación con
la columna de observación de Quimper sobre Pisco,
se replegó á Lima así que San Martín apareció con

su ejército en Ancón. La atención del virrey, llamada fuertemente hacia el norte, había perdido de vista el sur, cubierto por los movimientos simulados de San Martín al reembarcarse. Hacía nueve días que Arenales estaba en marcha y tramontaba la cordillera (30 de octubre), cuando tuvo el primer aviso vago de que una columna invasora de 1.400 hombres intentaba internarse hasta Huamanga. Consideró temeraria la empresa, cuando no imposible, pues contaba de seguro que sería contrarrestada por las fuerzas que defendían las intendencias de Arequipa, Cuzco y Puno, á la sazón engrosadas con dos batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, al mando del general Mariano Ricafort, señalado en el Alto Perú por sus servicios y sus crueldades, que tenía orden de situarse en Huamanga. Además, confiaba en tres compañías de fusileros que con anticipación había hecho salir de Lima para reforzar las guarniciones del valle de Jauja. Alarmado, empero, con la repetición de los avisos, tuvo la idea de dirigir por el camino más corto una división de 1.000 infantes y 400 hombres de caballería, con el objeto de ocupar el puente de piedra de Iscuchaca sobre el Río Grande—entre Huancavelica y Huancayo,—y que se situasen allí doscientas ó trescientas cabalgaduras para activar las operaciones de las tres fuerzas combinadas.

Al proceder así, el virrey partía del supuesto erróneo, de que Iscuchaca era camino preciso para Jauja y Tarma, y tenía por seguro que allí sería detenida ó destruída la columna que intentara penetrar á la sierra. Ni aun en esto acertaba, como no acertó á realizar su mismo plan, que habría puesto en serios apuros á Arenales. Cuando al fin se convenció de que «la temeraria empresa,» era una realidad, y cuando Arenales «estaba á caballo sobre Jauja,» según las ins-

trucciones de San Martín, dispuso tardíamente (18 de noviembre) que el batallón Extremadura se dirigiese por los altos hacia Huamanga y que O'Reylli marchase con dirección al Cerro de Pasco, al frente de una división de infantería y caballería, con el objeto de ocupar Tarma, cortar el puente de la Oroya sobre el Río Grande al norte de Jauja, y reforzado con las guarniciones de la comarca, tomar á Arenales entre dos fuegos. Luego se verá cómo el general expedicionario supo burlar estas disposiciones y apoderarse de los elementos de guerra preparados en su contra.

Arenales, mientras tanto, había aprovechado su tiempo, sin perder horas. Después de destruir la columna de Quimper, ocupóse de organizar una pequeña división para cubrir su retaguardia, al mando del teniente coronel Francisco Bermúdez y del mayor Félix Aldao, natural de Mendoza y antiguo capellán del ejército de los Andes, tan valiente como disoluto, que había colgado los hábitos de fraile dominico y ceñídose el sable de los granaderos á caballo. El 21 emprendió su movimiento hacia la sierra, remontando por su margen la corriente del río Ica, y cruzó la cordillera por el paso de Castro-Virreina por entre nieves y riscos. El 31 ocupaba la ciudad de Huamanga, donde hizo alto para dar descanso á hombres y bestias. En 10 días había recorrido 415 kilómetros sin encontrar más obstáculos que vencer que los de la naturaleza. Desde Huamanga empezó á desenvolver su plan de maniobras para ocupar militarmente el valle de Jauja, pues era el punto que precisamente había indicado el virrey para detenerlo y destruirlo antes de atravesar el Río Grande.

Este río, que como queda explicado, corre de norte á sur, se desvía hacia el este frente á Huancavelica y forma un doble codo á la altura de Huamanga.

El puente de Iscuchaga, de que se hizo mención antes, está poco más arriba del desvío, y en el primer codo se encuentra otro puente de maromas llamado de Mayoc, que comunica, como el anterior con Huancayo, Jauja y con Tarma, haciendo un rodeo por la falda de la cordillera oriental.

Con estos conocimientos, olvidados por el virrey, desprendió el general desde Huamanga dos partidas á fin de apoderarse de las cabezas de los dos puentes, dirigiéndose con la columna al de Mayoc, donde se tomó prisionera la guardia que lo custodiaba.

A caballo Arenales sobre el Río Grande, el valle de Huancayo fué ocupado sin resistencia. Las tropas del rey, que lo defendían en número de 600 hombres, con algunas piezas de artillería, se replegaron sobre Jauja, y siguieron hacia Tarma buscando la protección de la columna de O'Reylli. Alcanzadas por el mayor Lavallo el 20 de noviembre, á las 9 de la noche, en una cuesta escabrosa á inmediaciones de Jauja, las atacó resueltamente con 40 granaderos á caballo y 15 oficiales voluntarios bien montados, matando 8 hombres y tomando 20 prisioneros, incluso 4 oficiales. El 21 dominaba Arenales todo el valle de Jauja. El comandante Rojas, con el batallón núm. 2 de Chile y 50 jinetes argentinos, se posesionó de Tarma, apoderándose de 6 piezas de artillería, 50.000 cartuchos y de los 200 caballos mandados reunir por el virrey, que fueron un poderoso auxilio para la fatigada división expedicionaria. El primer objeto de la campaña estaba llenado.

IV

Dueño Arenales del valle del Río Grande y de Tarma, organizó política y militarmente las provincias libertadas, armó sus milicias, estableció sus depósitos de guerra, y provisto con los abundantes recursos del país, se puso en marcha hacia Pasco en busca de O'Reylli, que, como queda dicho, había salido de Lima el 18 de noviembre al frente de una división. Componíase ésta del batallón Victoria, un escuadrón y varios piquetes de milicias regladas, la que, reforzada con algunas compañías de infantería de la comarca, alcanzaba á formar un total como de 1.000 hombres. La división de Arenales constaba de 740 infantes y 120 de caballería, incluso un piquete de voluntarios de Tarma, con 4 piezas de artillería. O'Reylli, en un principio, ocupó el mineral de Pasco, pero variando de posición, situóse en el pueblo del Cerro de Pasco, 15 kilómetros al sur, resuelto á disputar el terreno. Del éxito del combate que iba á empeñarse entre ambas fuerzas, dependía en gran parte la suerte de la expedición libertadora del Perú.

El 5 de diciembre acampó Arenales á inmediaciones de la posición enemiga, reconoció el terreno intermedio, y decidió atacar en el siguiente día. El 6, al amanecer, púsose en marcha pausada para economizar las fuerzas de su tropa. A las 9 de la mañana llegó al pie del elevado y escabroso cerro de Uliachín, que domina la población, y que se consideraba posición inexpugnable. Bajo una copiosa nevada se posesionó de su cumbre, formado en tres columnas de ataque, dos paralelas á vanguardia y una de reserva á retaguardia en la proyección del claro de ambas,

subiendo á brazo su artillería mandada por Cabrera. La atmósfera se despejó en aquel momento.

Desde la altura se divisaba al pie el pueblo del Cerro situado en una hoyada, que sólo es accesible en su descanso por senderos escarpados. Entre las faldas del cerro de Uliachín y la población se extiende un pequeño llano, cortado por un profundo barranco y dos lagunas, rodeado de terrenos pantanosos. La artillería patriota rompió el fuego desde la cumbre de Uliachín, para obligar al enemigo á descubrir su fuerza y su plan. O'Reylli, al ver coronar las alturas, movióse á tambor batiente en actitud de combate, y tendió su línea á la orilla del pueblo. A la derecha, colocó su caballería escalonada á retaguardia del flanco. Formó su infantería en dos batallones en primera línea, ocupando su izquierda una pequeña altura cubierta por las lagunas, y su centro y reserva en otra altura, cubierta por el barranco. Entre el centro y la izquierda estableció dos piezas de artillería, que batían el llano fronterizo. A su frente desplegó dos compañías de cazadores para impedir la bajada. En esta disposición, esperó el ataque que le llevaba resueltamente Arenales.

El combate se inició por parte de los independientes, en el mismo orden de columnas que llevaban al trepar el cerro. La columna de la derecha la componía el núm. 2 de Chile, al mando de Áldunate; la de la izquierda, el batallón núm. 11 argentino, á órdenes de Dehesa; la reserva, á cargo de Rojas, formábanla compañías de ambos cuerpos. La caballería, mandada por Lavalle, se situó á la izquierda en un bajo, frente á la enemiga, pero dividida de ella por el barranco y los pantanos. La artillería siguió el movimiento general por secciones, apoyando cada una de ellas el avance de las dos columnas de ataque. El nú-

mero 2 de Chile (derecha independiente), atacó á paso de trote la izquierda realista, forzando un estrecho istmo de terreno escabroso formado por las dos lagunas que la cubrían ; rompió sus fuegos á medio tiro de fusil, y bajo el humo se lanzó al asalto sobre la posición enemiga, desalojando de ella á sus sostenedores.

El punto cardinal del ataque era el centro, según el plan de Arenales. El núm. 11 de los Andes (izquierda independiente), encargado de romper la línea por esta parte, cargó simultáneamente sobre el barranco, bajo el fuego de la artillería enemiga. Mientras tanto, las compañías de cazadores del 2 y el 11, orillando la laguna occidental de Patarcocha (una de las que formaban el istmo) salvaba el barranco y flanqueaba la izquierda y centro enemigos. Forzado el obstáculo por el 11, fué recibido por una descarga cerrada á tiro de pistola, y se lanzó á la bayoneta sobre el centro, que desorganizado por lo brusco del ataque, intentó formar cuadro, y retrocedió al fin en desorden á refugiarse en la población, desbandándose en seguida. Al mismo tiempo, Lavalle cargaba con su escuadrón sobre la caballería enemiga que se ponía en fuga. Las columnas triunfantes, atravesaron la población, y se reunieron al norte de ella, continuando la persecución. La derrota de los realistas fué casi instantánea, después de los primeros choques. Los trofeos de esta acción—que por su importancia más que por el número de combatientes, merece el nombre de batalla,—fueron : 343 prisioneros, entre ellos el general O'Reylli, y el coronel Andrés Santa Cruz, á quien veremos figurar más adelante en las filas independientes ; 58 muertos y 15 heridos ; la bandera del Victoria y los estandartes de la caballería ; 2 piezas de artillería con sus pertrechos ; 360 fusiles, el parque y la caja militar. Los vencedores de Pasco fueron con-

decorados con una medalla, de oro para los jefes, de plata para los oficiales y un escudo de paño bordado de oro para los soldados.

La batalla de Pasco abría las comunicaciones de la división de la sierra con el ejército, ligaba la insurrección del norte con la del centro decidiendo el pronunciamiento de Huánuco, y salvaba el éxito de la expedición libertadora en su primer movimiento estratégico.

V

A la retaguardia de la columna expedicionaria, las armas de la revolución eran menos felices. El fuego de la insurrección, encendido en su trayecto desde Ica á Huancayo, era apagado con sangre al mismo tiempo que triunfaba en Pasco. La pequeña división dejada en Ica á cargo del comandante Bermúdez y mayor Aldao, amenazada por fuerzas superiores que operaban en la costa y en la sierra, vióse obligada á evacuar la posición. Con arreglo á sus instrucciones, se replegó hacia la sierra en busca de la incorporación de Arenales. Alcanzada su retaguardia por una columna desprendida de Lima, perdió en el encuentro 14 muertos, 13 prisioneros y parte del armamento y municiones, que conducía. Pudo, empero, continuar su retirada y llegar hasta Huancayo, hostilizada á lo largo de su penoso camino por los mismos indios que en su tránsito habían vitoreado á Arenales, y que recibieron su retaguardia con hondas y peñascos desprendidos de las alturas inaccesibles. En Huancayo tuvo la noticia del triunfo de Pasco. Arenales, sabedor de los movimientos de Ricafort en la sierra, previno á Bermúdez que continuara su repliegue sobre el valle de Jauja, evitando todo encuentro decisivo, hasta que,

reunidas todas las fuerzas independientes que operaban entre Tarma, Jauja y Pasco, pudiesen volver sobre el enemigo que amagaba su espalda.

Casi simultáneamente con el avance de Arenales sobre la sierra, el general Ricafort se había movido con el batallón 1.º del Imperial Alejandro y un escuadrón de dragones, pertenecientes á la reserva situada en Arequipa, con dirección á Lima. A la altura de Nasca, impuesta de las novedades de la costa, tomó la vuelta de la sierra, y se situó en Andahuylas, sobre las vertientes del Apurímac, de modo de cubrir las intendencias del Cuzco y Arequipa, amenazando á las de Huamanga y Tarma por la espalda y el flanco. Allí se le reunieron el batallón Castro (de Chillotes) y dos escuadrones salidos del Cuzco (el 1.º de noviembre), con lo cual formó una división como de 1.300 hombres, superior á la de Arenales. Al mismo tiempo que éste avanzaba sobre Pasco, Ricafort salía de Adahuylas y marchaba sobre Huamanga. Los indios de esta comarca, sublevados en masa, ocuparon en grupos desordenados las alturas de la entrada de su pueblo, con algunas piezas de artillería ligera y unos pocos fusiles, rompiendo un fuego tan desconcertado como inofensivo (29 de noviembre).

Atacados y fácilmente vencidos en sus posiciones, fueron pasados á cuchillo cuantos cayeron en manos del vencedor. Los dispersos, unidos á otros insurrectos, se refugiaron en el pueblo de Cangallo en número de 4.000. Intimidados de rendirse y rechazado el indulto, Ricafort marchó sobre ellos con 400 infantes, 200 jinetes y una pieza de artillería. Los indios, armados tan sólo de piedras, cargados á la bayoneta por la infantería y simultáneamente por la caballería, fueron deshechos segunda vez, dejando en el campo mil cadáveres (2 de diciembre). Los realistas no perdie-

ron un hombre, y sólo tuvieron ocho contusos y dos caballos maltratados. El pueblo de Cangallo fué saqueado durante 48 horas y entregado á las llamas. Era la repetición del sistema de terrorismo ensayado en el Alto Perú y la renovación de las bárbaras escenas de la primitiva conquista española.

Ricafort, marcando su paso con degüellos, incendios y saqueos, contramarchó sobre Huamanga, donde reconcentró su división. Allí tuvo noticia de que Bermúdez y Aldao se habían puesto al frente de la insurrección de Huancayo. Esos jefes, desatendiendo las prevenciones de Arenales y animados por la decisión de los habitantes de la comarca, resolvieron esperar al enemigo con un montón de 5.000 indígenas armados de hondas, macanas y rejonas, á que servía de núcleo un escuadrón de caballería organizado por Aldao y un piquete de fusileros con tres piezas de artillería. El día 29, á las 3 de la tarde, apareció Ricafort en la pampa de Huancayo con 1.300 hombres de las tres armas, formados en dos columnas de ataque, forzó fácilmente un desfiladero, dispersó la indiada que lo sostenía, rodeó y asaltó el pueblo entregándolo al saqueo, y pasó á cuchillo más de 500 hombres indefensos. Los realistas sólo tuvieron 21 hombres heridos y 27 caballos muertos ó heridos, lo que demuestra lo inútil de la inhumana carnicería.

Aldao, que en esta acción acreditó mucho valor y disposiciones militares, se retiró á Jauja, con los restos de su pequeño escuadrón donde, en desavenencia con Bermúdez, asumió el mando militar de la insurrección del valle, sostenido por el gobernador Francisco de Paula Otero (argentino de Jujuy), nombrado por los patriotas. Privado del apoyo de la división de Arenales, que había emprendido su marcha hacia la costa después de la batalla del Cerro, continuó

su retirada por la sierra Tarma, y se situó en Reyes, cubriendo los caminos de Pasco, resuelto á sostener el terreno. Ricafort, en vez de perseguir á los fugitivos, se dirigió desde Jauja á Lima y descendió la cordillera por la quebrada de San Mateo, hostilizada su retaguardia por los indígenas y naturales del país (enero de 1821). Aldao, á la cabeza de 260 hombres que había reunido, volvió entonces sobre Tarma con ánimo de renovar las hostilidades, recorrió el valle de Jauja reanimando la insurrección, se situó de nuevo en Huancayo y avanzó hasta Iscuchaca. En pocos días logró reunir otros 5.000 indios bajo su bandera de guerrillero, poderosamente ayudado por la activa propaganda de los curas patriotas de los pueblos de que estaba cuajada aquella comarca. Con esta fuerza colecticia, á que dió una semblanza de organización militar, ocupó los desfiladeros y las cabezas del puente del Río Grande, cuya línea se propuso defender contra una pequeña división, mandada por el activo coronel José Carratalá, quien, siguiendo los pasos de Ricafort, lo excedería en crueldades. Aldao, librado á sus inspiraciones y recursos del país, mantuvo viva la insurrección en los valles de Huancayo, Jauja y Tarma, hasta las alturas frías de Pasco, eficazmente ayudado por el gobernador Otero. Los indios, feroces por temperamento y exasperados por las crueldades de que eran víctimas, presentaron al caudillo de la insurrección dos cabezas de enemigos, como signo de fidelidad.

VI

La expedición de la sierra tenía dos objetivos: uno militar y otro político. El primero, que era efectuar una poderosa diversión y concurrir á las operaciones

del grueso del ejército invasor por el norte, estaba llenado con grandes ventajas para la causa de la independencia peruana. El segundo, que era la insurrección del interior del país, estaba también llenado en parte; pero no podía producir todos sus efectos, á menos de mantener la guerra en la sierra misma con el apoyo de tropas regulares, remontando la división de Arenales, de manera de formar un verdadero cuerpo de ejército, así para hacer frente á las fuerzas superiores que debían converger sobre ella, como para dilatar el teatro de las operaciones encerradas en estrecho círculo, y nacionalizar la expedición libertadora con el doble concurso de la opinión y de las armas. Arenales, en prosecución de sus objetivos militares, poco se cuidó de organizar la insurrección á su espalda, que entregada á su espontaneidad, era impotente, aun para mantenerse en su terreno, por mucha que fuese la decisión de las masas informes de indios que, desarmados, daban bravamente batallas por su cuenta. La decisión de Aldao pudo prolongarla y darle algún nervio, pero esta insurrección, débil é inconsistente en sí misma, inútil como elemento militar asimilable, poco ó nada podía influir en el resultado final, al que perjudicaría más bien con sus derrotas ó carnicerías brindadas al enemigo.

Al tiempo de establecerse en Huaura y recibir la noticia de que Arenales estaba en Huamanga, en marcha hacia Jauja, San Martín tuvo la intención (á mediados de noviembre), de reforzarla con una división de 500 hombres, lo que habría formalizado las hostilidades de la sierra; pero luego desistió de esta idea por los motivos que en su lugar se apuntaron. (Véase cap. xxvii, párrafo v). Desde Jauja (el 25 de noviembre), Arenales había abierto comunicación epistolar con él, anunciándole su resolución de marchar en bus-

ca de la división de O'Reylli. Después de la batalla de Pasco, cuya noticia llegó al cuartel general de Huaura el 9 de diciembre, la división de la sierra se puso en marcha hacia la costa once días después. Estas fechas, comparadas, pueden servir para ilustrar una cuestión histórica de algún interés. ¿De orden de quién se retiró Arenales de la sierra? Sus instrucciones, como se ha visto (párrafo II de este cap.), le prevenían posesionarse del valle de Jauja y de Tarma, cubrir todas las avenidas de la sierra hacia Lima, y combinar sus operaciones de manera de replegarse al ejército por el norte «en caso de contraste.» Dado el triunfo y las ventajas alcanzadas, todo aconsejaba mantener el terreno conquistado, de conformidad á las instrucciones, y volver sobre Jauja en busca de Ricafort según el plan del mismo Arenales antes de la derrota de Huancayo. Es posible que en el espacio de once días, que mediaron entre 9 y 20 de diciembre, Arenales recibiese nuevas instrucciones; y él asegura que efectuó su retirada en virtud de órdenes superiores, pero sin indicar su tenor ni determinar fecha, y su biógrafo agrega que representó en contrario antes de verificarla. Según otro testimonio autorizado, el 18 de diciembre se recibieron en el cuartel general noticias de Arenales de 11 del mismo, avisando que en esa fecha se ponía en marcha para situarse en Canta, «con arreglo á lo ordenado por el general.» El hecho es que, diez días después de su salida de Pasco (el 30 de diciembre), había repasado la cordillera y hallábase en Huamantanga, á inmediaciones de Lima, entre las nacientes de los ríos Carabayllo y Chancay, cuando el ejército permanecía aún en Huaura. Casi al mismo tiempo (á mediados de enero) Ricafort, después de abandonar Jauja, descendía paralelamente á Lima por la quebrada de San Mateo. Fué entonces cuando

San Martín inició con el ejército su aventurado avance de frente sobre Retes, y dispuso (el 2 de enero) que la división descendiese de la sierra para concurrir á un ataque combinado que pensó llevar sobre Lima. Desistió de esta idea en virtud de las juiciosas reflexiones de Arenales (véase cap. xxii, párrafo vii), siendo probablemente ésta la ocasión en que manifestó su opinión contraria á la retirada en tal situación.

De todos modos, la retirada de la división fué aprobada por San Martín, una vez ejecutada con orden ó sin ella, y expresamente ordenada con posteridad, teniendo en vista un plan combinado. Hasta entonces no había dado la debida importancia á la ocupación del territorio de la sierra. Pero inmediatamente comprendió que era un error abandonar aquel teatro que tanto prometía, error en que había incurrido el mismo enemigo. En consecuencia, dió contraórdenes (5 de enero de 1821), pero ya era tarde. La división se hallaba muy avanzada sobre la costa, y se incorporó al ejército (8 de enero de 1821), cubierta de gloriosos andrajos y rica de trofeos, después de una marcha triunfante de 1.050 kilómetros desde Ica hasta Retes. En este trayecto, en medio de dos ejércitos, había dado dos combates y una batalla, ganado banderas y cañones, y tomado cientos de prisioneros, derrotando dos gruesas divisiones del enemigo.

La primera campaña de la sierra, como operación inicial de la invasión, fué una inspiración original, y en su género, un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico, fué el más osado y bien conducido de la expedición del Perú, según lo han reconocido los mismos enemigos. Si no dió desde luego todos los resultados que debiera dadas las ventajas que obtuvo, éstas excedieron los objetos militares que se tuvieron en vista al emprenderla.

Descubrió el talón vulnerable del poder español en el Perú. Popularizó la invasión, sublevando el país en su trayecto. Derrotó moralmente á los ejércitos realistas, al demostrar prácticamente que una columna volante de mil hombres podía pasarse triunfalmente por en medio de ellos, cortar todas sus líneas, y amenazar todas sus bases, desbaratando todos sus planes y destruyendo todas sus fuerzas destacadas. Ensanchó el círculo de las operaciones y dió impulso á la opinión que debía concurrir á ellas. Exploró la región dentro de la cual debían librarse las últimas batallas de la independencia sudamericana desde Junín hasta Ayacucho, y conmemoró este teatro de la guerra final con la victoria más señalada de la campaña de San Martín. Bajo estos diversos aspectos, hay que admirar en esta operación de guerra la precisión y la amplitud de la concepción y el arrojo y la habilidad de la ejecución.

CAPITULO XXIX

Armisticio de Punchauca

1821

Estado político y militar en 1821.—Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú.—Coincidencias históricas.—Antagonismos políticos y militares entre los realistas.—Deposición del virrey Pezuela.—La Serna le sucede en el mando.—Triste situación de los realistas en Lima.—La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura.—Fortaleza de ánimo de San Martín.—Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz.—San Martín abre operaciones sobre la Sierra y los puertos intermedios.—Estrecha el sitio de Lima.—Nueva política de los liberales españoles respecto de América.—Famosa proclama-manifiesto de Fernando VII á los americanos.—Examen de esta política y sus resultados.—Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo.—Bolívar y Morillo fraternizan.—Colombia envía diputados á España para tratar de la paz.—Se rompe el armisticio de Colombia.—Carácter de la revolución de Méjico.—Aparición de Itúrbide.—El plan de Iguala.—Armisticio de Punchauca.—Entrevista de San Martín con La Serna.—San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica.—Prorrogación y rompimiento del armisticio.—Ultimátum confidencial de San Martín.—La guerra bajo la bandera de parlamento.—San Martín se decide por la guerra.—Explicación de su conducta.—El ejército español evacua Lima.—Actitud de San Martín en esta ocasión.—Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto.—Inacción de San Martín.—Inspiraciones salvadoras de los realistas.—Errores militares de San Martín.

I

A principios de 1821—cuatro meses después de abierta la campaña de la expedición libertadora,—la causa realista parecía perdida en el Perú. «El edificio español-peruano se desmoronaba, anunciando su total ruina,» según confesión de un historiador es-

pañol, actor en los sucesos. La revolución sudamericana, consolidada en el sur del continente, avanzaba triunfante por el norte. El ejército de Lima, aquejado por la miseria y reducido á la impotencia, apenas podía sostenerse en su posición y no tenía más prospecto que capitular. El ejército del Alto Perú, debilitado para reforzar al del Bajo Perú, permanecía inactivo en sus posiciones. El ejército de reserva, situado en las intendencias del sur del Perú, habíase fraccionado para hacer frente á la expedición de Arenales. Ricafort, vencedor de las bandas desordenadas de indios de la columna de la sierra, se había retirado á Lima después de evacuar el valle de Jauja. La insurrección de la sierra, tan inconsistente como era, dominaba el centro del país, y las guerrillas de los alrededores de la capital la estrechaban y hostilizaban eficazmente hasta privarla de alimentos. El virrey Pezuela, en junta de generales, había «significado sin reserva la imposibilidad de continuar la defensa del país en el estado en que se hallaba, sin fuerzas de mar superiores.» El general en jefe del ejército del Alto Perú, relegado en Puno, declaraba terminantemente á su gobierno: «Los progresos de los enemigos y decadencia de nuestros medios para contrarrestarlos no tienen remedio, si luego, luego, y cuanto antes, no se envían auxilios peninsulares, y entre éstos seis buques de guerra, de ellos tres navíos;—todo esto sin perjuicio de remitir las tropas y demás socorros sobre Buenos Aires, si se ha de poner término á esta desastrosa y desoladora guerra, que ya se abomina hasta el nombre. Sin los auxilios que se necesitan, con la mayor exigencia y prontitud, se pierde irremisiblemente la América.»

Todo esto, que hace el elogio de San Martín como general y como político, quien con tan escasos elemen-

tos había obtenido tan grandes ventajas, realza más la energía de los jefes españoles, que en tan desesperada situación, inhábilmente mandados en lo militar y en lo político, aislados y abandonados por su metrópoli, supieron sacar fuerzas de flaqueza, y levantar de nuevo con bizarría las banderas abatidas del rey de España, prolongando la guerra por cuatro años más con sólo los recursos del país.

Por una singular coincidencia, esta valerosa resolución, tomaba por fundamento un antecedente histórico que se liga en cierto modo con la vida militar de San Martín en España. Es el caso que, muerto el coronel Menacho, antiguo jefe de San Martín en la Península, mientras sostenía en 1811 el sitio de Badajoz, una junta de guerra que se reunió inmediatamente, votó en mayoría por la rendición, y sólo uno por la resistencia. La plaza capituló en consecuencia. La regencia, con aprobación de las cortes, declaró en 1812, que «mientras hubiese en una plaza un oficial que »opinara por la defensa, aun cuando fuese subalterno, no se capitularía, y se encargara del mando en el »hecho el mismo oficial que así opinase.» Apoyados en esta teoría legal, los jefes del ejército español del Perú sostenían tener el derecho «á resistir abiertamente el pensamiento de rendir las armas antes de »probar fortuna.»

Por otra coincidencia, que obedecía á la lógica, el general, que según el juicio de un historiador universal antes citado, había dado nueva fuerza impulsiva á la lucha hispanoamericana, al transponer los Andes y dar la señal de la guerra ofensiva en 1817, reaccionando sobre España misma, y contribuido así por doble y recíproca acción refleja á promover la revolución liberal de 1820 en la metrópoli, era el mismo que se encontraba en el Perú, en presencia de unq

de los resultados de su acción inicial. La expedición libertadora del Perú coincidía, de este modo, con el movimiento liberal transportado de la metrópoli á sus colonias, y al penetrar en las filas de los ejércitos realistas, debilitaba por una parte la autoridad política, si bien por otra retemplaba la acción militar, pero á costa de las fuerzas propias, que se desperdiciaban en su roce. Hay que reconocer que esta circunstancia favoreció la atrevida empresa de San Martín sobre el Perú, como hay que reconocer que él había contribuído á producirla, y que supo aprovecharla por el momento.

II

Ya se ha visto (cap. xxv, párrafo VIII), cómo el amago de la expedición chilenoargentina sobre el Perú provocó una desinteligencia entre el virrey Pezuela y el general La Serna, y entre los absolutistas y constitucionalistas españoles que representaban en el orden militar un partido político y una fuerza, complicándose esta situación con el antagonismo entre realistas indígenas y peninsulares armados. La invasión del Perú por San Martín, las desacertadas medidas del virrey para contrarrestarla, la flojedad con que fué conducida la guerra en tal ocasión y las ventajas obtenidas por los independientes, ahondaron esta profunda división. La desmoralización de la opinión, el desprestigio consiguiente de la autoridad suprema de la colonia y la relajación de la disciplina, acabaron por determinar el divorcio entre el virrey y el pueblo y el ejército. Llegó á generalizarse la creencia de que «los leales estaban vencidos;» que «en el gobierno no había plan ni capacidad para hacer conjurar la tempestad;» y se formó la conciencia de que

por ese camino «se iba derecho á una capitulación vergonzosa,» que la mayoría del ejército resistía abiertamente. Estos resultados, á que concurrían los mismos jefes militares que los deploraban, enervaban el mando y destemplaban los resortes de la obediencia, á la vez que creaban una situación que no tenía más salida que la derrota pasiva ó la resistencia activa. Antes de apelar á los medios extremos, los jefes liberales, dirigidos por La Serna é inspirados por Valdés, redujeron al virrey á crear bajo su presidencia una «junta directiva de la guerra» con voz y sin voto en ella, que al fin se redujo á la función de meramente consultiva, pero que quedó siempre como una rueda inútil en la máquina militar, que más paralizaba que activaba su acción. La inacción del virrey ante la invasión, las vacilaciones para tentar hostilidades sobre Huaura, y más que todo, las órdenes y contraórdenes para llevar un ataque sobre San Martín cuando éste avanzó atrevidamente sobre Retes, acabaron por determinar la crisis que venía preparada de tiempo atrás. La deposición del virrey quedó resuelta por la logia militar de los constitucionalistas.

En la noche del 28 de enero (1821), La Serna se retiró del campamento de Asnapuquio. Al día siguiente, Canterac y Valdés pusieron el ejército sobre las armas, y sus jefes, reunidos en junta de guerra, intimaron al virrey «entregase el mando supremo en el término de cuatro horas, por exigirlo así la suprema ley de la salud de los pueblos, como único medio de evitar disturbios y conservar á la España el Perú, que en sus manos estaba perdido, en la inteligencia de que estaban tomadas todas las medidas para que se cumpliese, ó resuelto á fin de dejar bien puesto el honor nacional.» Pezuela, dominado por la fuerza y vencido ante su propia conciencia, resignó el mando

y contestó con dignidad en el mismo día: «Sálvese la patria y sálvense mis compañeros de armas, que es lo que importa, y sea todo más feliz bajo el gobierno del Sr. La Serna.» Así quedó consumado el movimiento realistaliberal conocido en la historia con el nombre de «sublevación de Asnapuquio», que prolongó por cuatro años más la guerra hispanoamericana en el Perú. Los constitucionalistas españoles armados, al asumir esta actitud en nombre de los derechos de la madre patria, viéronse más tarde obligados por la lógica de sus deberes, á mantener en alto la bandera del rey absoluto en pugna con la independencia americana y con sus principios. Como ellos mismos lo han declarado por el órgano de su historiador: «Fiadados en su patriotismo y en su propio aliento, no pudiendo conformarse con permanecer inactivos para verse necesariamente estrechados á capitular, quisieron prolongar la resistencia y probar fortuna, como entendían se podía.» Y lo hicieron como lo dijeron, á fuer de soldados españoles.

Antes que se definiese claramente el carácter de esta variación, el nuevo virrey invitó confidencialmente á San Martín á una entrevista entre dos jefes superiores por parte de cada ejército, con el objeto de «hallar un medio que conciliase y terminase las desavenencias entre españoles americanos y europeos, lo que, según él, podría verificarse en término de veinticuatro horas, si se obraba de buena fe para arreglar las bases esenciales.» San Martín contestó: «Tendré una satisfacción superior á cuantas he sentido en mi vida pública, si al fin se acierta con el medio de conciliar los intereses de los españoles con los derechos de los americanos, ahorrando las calamidades que á todos amenazan, si se abandona al orden lento de los sucesos, la obra que podrá muy

»bien acelerar la prudencia humana, ya que no haya
»un poder capaz de detener el impulso que los dirige.»
Por parte de San Martín, fueron nombrados Guido y
Alvarado, y por parte de La Serna, Valdés y el cor-
nel Juan Loriga. Reunidos en la hacienda de Torre-
Blanca (Retes) los jefes españoles, en nombre de las
ideas liberales comunes á ambos mundos, renovaron
las proposiciones de Miraflores un tanto modificadas,
sobre la base de la aceptación de la constitución espa-
ñola. Los independientes declararon que era inútil to-
da discusión que no partiese de la base del reconoci-
miento de la independencia del Perú, sobre la cual
únicamente estaban autorizados á fijar preliminares
de paz. Agotada la discusión, Alvarado, dirigiéndose
á Loriga, le dijo:—Coronel: el Sr. Valdés y mi com-
pañero Guido parecen más diplomáticos que nosotros:
dejémoslos que discutan el tiempo que quieran, y va-
mos á dar un paseo por estas inmediaciones.—Esta
franca invitación fué bien recibida, y ambos salieron
dándose el brazo. En el curso de la conversación que
tuvieron, Loriga, ó por cálculo ó con la franqueza que
le era genial, manifestó á Alvarado:—que era posible
que muy pronto abandonasen la ciudad de Lima, pa-
ra trasladarse á las provincias de abundantes recursos
y temperatura sana de la sierra, contando con que, en
cuatro ó cinco meses más, batirían con ventaja á los
independientes dondequiera que éstos los buscasen.
—Esta confidencia fué el único resultado de la en-
trevista.

A pesar de esto, las aberturas pacíficas hechas por
el gobierno constitucional de España, hicieron conce-
bir la esperanza de un acomodamiento sobre la base
de la independencia de las colonias insurreccionadas
con el consentimiento de la metrópoli y con el concu-
so de los liberales españoles en América, mediante una

combinación monarquista, tal como se operó en el Brasil y en Méjico—según se explicará luego,—creyéndose posible se efectuara igualmente en el Perú. De aquí provino el acercamiento pacífico de independientes y realistas en Colombia, en Méjico y el Perú, y las negociaciones sobre la base independiente y monárquica de que se dará cuenta en este capítulo.

III

La variación en el mando no mejoró la condición de los realistas, ni la guerra fué dirigida por el momento mejor que antes. Por el contrario, nuevas calamidades vinieron á reducir á la última impotencia al ejército de Lima, y el nuevo general cometió los mismos errores militares de su antecesor, difundiendo el descontento entre sus mismos partidarios y el desaliento entre los realistas. El hambre y la carestía acreció en la población. Para colmo de males, la peste endémica del país en la región de la costa, se declaró en el campamento insalubre de Asnapuquio con los caracteres malignos de la fiebre amarilla. El ejército realista llegó á tener 20 muertos por día y como 3.000 enfermos. La imposibilidad de sostener por más tiempo la capital se hizo evidente. Evacuarla, era la idea de La Serna desde antes de asumir el mando, como único medio de hacer la guerra con ventaja, según Loriga lo había manifestado á Alvarado; pero aún para esto mismo tropezaba con dificultades y encontraba resistencias entre sus subordinados. A esto vino á agregarse la llegada de un comisionado regio con instrucciones pacíficas, que retardó la resolución salvadora para sus armas. Mientras tanto, movía sin concierto sus divisiones de la costa á la sierra ó las reconcentraba en Lima, ora ensanchando por demás el círculo de sus

operaciones, ora circunscribiéndolas en el estrecho espacio en que las enfermedades, el hambre y la desmoralización le hacían experimentar más pérdidas que las que hubiese tenido en una batalla campal.

La situación del ejército independiente en Huaura no era mejor. Allí también se había declarado la peste, á punto de hallarse imposibilitado de resistir al más ligero ataque que le hubiese llevado el enemigo. «Mil quinientos enfermos, escribía San Martín á O'Higgins, y otros tantos convalecientes, es el estado del ejército.» Apenas mil hombres podían sostener las armas en la mano. Hubo día de morir 100 soldados. Algunos batallones quedaron en esqueleto. El general, al levantarse de la cama después de siete días de enfermedad, exclamaba: «Mi salud está muy abatida: creo con evidencia que, si continúo así, pronto daré en tierra.» Pero si su cuerpo estaba débil, su espíritu estaba fuerte, y su genio militar y político vigoroso aún. San Martín, en esos momentos, según el elocuente testimonio de los contemporáneos peruanos, «sostenía el cadáver de su ejército desaparecido al rigor del clima, no teniendo soldados ni para el relevo de sus puestos avanzados.» Uno de sus generales, recordando etos tristes días, escribía veinte años después: «Nunca San Martín mostró más genio que entonces: ora inundando á Lima y sus alrededores de guerrilleros; ora ocultando al enemigo nuestra positiva debilidad; ora emprendiendo campaña sobre la sierra con espectros en lugar de hombres; ora expedicionando sobre la costa, ora en fin, con la negociación y la intriga que dió tiempo para superar aquella espantosa situación. Jamás en ocasión alguna lo encontraré tan grande.»

En estas circunstancias arribó al Perú el capitán de fragata Manuel Abreu, encargado por el gobierno

constitucional de España de buscar un acomodamiento pacífico. El comisionado, hombre de cortos alcances y poca discreción, desembarcó en Payta, llegó al campamento de Huaura el 25 de marzo (1821) donde fué recibido con todos los honores de embajador regio, y cordialmente obsequiado. En los cuatro días que permaneció allí, tuvo largas conversaciones con San Martín, y concibió por él una grande admiración. Trasladado á Lima, hizo sin rebozo los mayores elogios del general americano y de sus jefes, insinuando que los realistas del Perú tenían la culpa de la obstinada continuación de la guerra. Los realistas tomaron á mal estas expansiones; pero, obligado el virrey á cumplir las órdenes de su gobierno para abrir negociaciones con los insurrectos, hubo de suspender por el momento su resolución de evacuar Lima, y dió el primer paso, invitando confidencialmente á San Martín á fin de «nombrar comisionados y transar las diferencias pendientes entre los disidentes, y restituir á los países americanos su antigua tranquilidad, ganando en felicidad» (abril 9). San Martín contestó lacónicamente que «transigir las diferencias entre españoles y americanos, era un asunto de tanta gravedad, que debía proponerse oficialmente, sin cuyo requisito adolecería de nulidad la negociación que se entablase» (abril 15).

Al mismo tiempo que iniciaba esta nueva campaña diplomática, abría dos campañas militares sobre la sierra y sobre la costa, y preparaba una cuarta sobre Lima con el esqueleto de su ejército diezmado por la epidemia. Desprendió una columna á cargo de Miller, que hizo embarcar en la escuadra, para que abriese hostilidades bajo la dirección de Cochrane. Comprendiendo que había cometido un error al abandonar la sierra, y á fin de salvar sus tropas de las fiebres que

las devoraban, dispuso que otra fuerte columna, al mando de Arenales, recuperase el terreno perdido en la cordillera central. Con el resto estrechó el asedio de Lima.

Seguiremos á San Martín en este nuevo avance, dejando para después ocuparnos de la expedición Miller y de la segunda campaña de Arenales sobre la sierra, á fin de no interrumpir la unidad del relato, y continuar con las negociaciones que se abrieron en consecuencia de la llegada del comisario regio.

El ejército independiente levantó su campo de Huaura (abril 27). Tres batallones con 6 piezas de artillería embarcáronse en una caleta cerca de Huacho, con San Martín á la cabeza. Dós batallones, con un regimiento de caballería, se situaron á la defensiva á retaguardia de Huaura, entre los ríos Supe y Barranca, con los hospitales, el parque y la maestranza, fuera del alcance del ejército de Lima, con orden de replegarse á la sierra del norte caso de ser atacados por fuerzas superiores. Un regimiento de caballería cubrió las avanzadas ganando terreno. El general se presentó frente á Lima con los transportes que conducían su división, y después de practicar reconocimientos á lo largo de la costa, fondeó en Ancón, amagando un desembarco, en actitud de llevar un ataque combinado por el sur, por la cordillera, por la costa y por el pie de la sierra, sin dejar entrever el punto por donde pudiese emprenderlo. Dando libre vuelo á su caballería, engrosada con las bien organizadas partidas volantes de las guerrillas del país, dueñas de todas las quebradas inmediatas al oeste de Lima (á 30 kilómetros de distancia), encerró al enemigo dentro de sus murallas y lo redujo al pequeño triángulo comprendido entre la ciudad, el Callao y la posición de Asnapuquio. Con motivo de este despliegue fantasma-

górico, que hirió la imaginación de los realistas, y le dió desde luego el predominio moral, dice un testigo presencial: «El general San Martín poseía los más originales recursos para producir entre los enemigos cuantas ilusiones y cuidados quería, y es difícil explicar hasta qué punto llegaba su extraordinaria habilidad en esta parte.»

Bajo estos auspicios se abrieron formalmente las negociaciones pacíficas iniciadas por el virrey, de acuerdo con el comisionado Abreu.

IV

El envío del comisionado regio al Perú no es un hecho aislado: era la inauguración de una nueva política conciliatoria de la España para sus colonias insurreccionadas, impuesta á la España por su nueva situación después del movimiento liberal de 1820. Desde entonces, los rebeldes ó insurgentes de ultramar, fueron calificados de meros disidentes y reconocidos como beligerantes, en nombre de un derecho solidario. Esta política fué inaugurada por la famosa proclamamanifiesto de Fernando VII á los americanos, dictada por los constitucionalistas triunfantes. «La triste experiencia de seis años—son las palabras del rey,—y el clamor de sus demostraciones enérgicas (la insurrección en América y la revolución en la Península), habían convencido á todos de que el régimen incautamente reinstalado en 1814 (el absolutismo), acumulando los males, obligaba á retroceder en el camino tomado entonces.» El soberano, así convencido por la triste experiencia y las demostraciones enérgicas de ambos hemisferios, declaró que «los americanos españoles, extraviados en la senda del bien,

»tenían al fin lo que buscaban por medio de la guerra, »que no había producido sino desolación y lágrimas.» En consecuencia, los invitaba á tratar de la paz con sus hermanos libres de la metrópoli, «como iguales suyos.» Pero, al considerar en tales términos el absolutismo á los americanos en su resistencia y darles la razón, el rey sólo les ofrecía el goce común de la constitución de 1812, rechazada por ellos, aun antes de declarar su independencia, «para que renaciesen, »decía, las relaciones de tres siglos y las que reclamaban las luces del siglo.» Terminaba con la amenaza de la indignación nacional y el sometimiento por la fuerza en caso de ser desoído este paternal llamamiento á la concordia. Este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo á la guerra.

Los liberales españoles, que desde 1810 á 1814 tan desacertadamente manejaron las relaciones de derecho entre la metrópoli y sus colonias, al tratarlas como rebeldes y declararles la guerra, cuando éstas aun no habían salido del terreno legal en que ellos mismos se colocaron, olvidaban, al inaugurar esta falsa política, las lecciones de la experiencia por ellos invocada y la filiación de los hechos de que eran autores, así como sus consecuencias fatales. En 1820 pretendían traer á los americanos á la obediencia bajo el imperio de la constitución española, cuando su mala aplicación y su abrogación antes, y su restablecimiento revolucionario después, al dar vuelo á su revolución, había colocado la cuestión en el terreno de la independencia ó de la continuación de la guerra. Al proceder tan ilógicamente respecto de los americanos, desconocían que la revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto, por ellos iniciada, había desarmado á la España respecto de sus colonias insurreccionadas, y que la separación entre ellas y la

madre patria era, por consecuencia, un hecho á que habían concurrido. Así, esta nueva política, en apariencia pacífica, implicaba la continuación de la guerra en condiciones aun más desventajosas para la España, una vez destruído en 1820 el gran armamento de Cádiz, destinado á subyugar de nuevo la América.

En virtud de esta política artificial sin plan y sin alcance, se iniciaron las negociaciones de Miraflores entre el virrey Pezuela y el general San Martín al tiempo de la expedición libertadora del Perú, de cuyo fracaso hemos dado cuenta. Perseverando en ella, sin atinar á colocarse en equilibrio en un terreno firme, el gobierno español agravó la situación y provocó la crisis que procuraba evitar ó retardar.

En su proclamamanifiesto, Fernando VII había anunciado á los americanos la próxima reunión de las cortes constitucionales, que iban á salvar el estado y á fijar para siempre los destinos de ambos mundos. En ellas se dió una representación supletoria á las provincias americanas, menor aún que la que habían tenido en 1812, contra la cual reclamaron en vano los mismos designados para representar el papel de comparsa colonial. El primer acto de estas cortes así compuestas, fué una amnistía para la América rebelde ó disidente, seguida de la negativa de la libertad comercial en las colonias, como lo había hecho la regencia liberal en 1811. (Cap. I, párrafo XIII). El envío de mensajeros de paz, para tratar de igual á igual con los insurrectos, sobre la base de la unión constitucional de ambos mundos, fué el segundo acto de esta política incipiente, sin resolución y sin objetivo claros. Esta medida produjo los resultados más extraños y contradictorios. En unas partes, rompió las treguas pasajeras anteriormente ajustadas en virtud del llamamiento del rey, rehuendo la cuestión que debían re-

solver; en otras, desautorizó á las autoridades coloniales encargadas de mantener el predominio real, y llegó el caso de que, los comisionados, que tenían por misión convertir á los rebeldes á la obediencia, se convirtieron á la causa de la independencia. Así se reabrió la guerra y se afirmó la revolución por la independencia, con el concurso indirecto ó directo de los mismos pacificadores, como va á verse.

V

Un mes después de denunciado por San Martín el armisticio de Miraflores, y abierta la campaña libertadora del Perú, Bolívar firmaba en Colombia un armisticio con Morillo, como preliminar de paz entre los beligerantes (26 de noviembre de 1820). Provisto el general español de Costa Firme, de las mismas autorizaciones que el virrey del Perú al abrir las negociaciones de Miraflores con arreglo á la proclamamaniesto del rey, se dirigió al congreso independiente de Venezuela «proponiendo una suspensión de hostilidades á fin de realizar la paz y la reconciliación entre los hermanos libres de la opresión» (12 de junio de 1820). El congreso resolvió (julio 13) que estaba dispuesto á oír proposiciones de paz, siempre que ellas tuviesen por base el reconocimiento de la soberanía é independencia de Colombia. Después de largas contestaciones, firmóse en Trujillo, en nombre de «los gobiernos de España y de Colombia», un armisticio por seis meses, prorrogable, con el objeto «de transigir las discordias existentes entre ambos pueblos», bajo el compromiso recíproco de «enviar y recibir comisionados para ocuparse de la negociación de la paz.» (Julio 25 de 1820). No se hizo declaración ni se for-

muló base previa para tratar, guardando ambas partes silencio, así sobre independencia como sobre unión á la monarquía, aunque estas condiciones estuviesen en el fondo de lo pactado. Limitóse el convenio á determinar los respectivos territorios de los beligerantes en las posiciones militares que ocupaban. Ajustóse poco después un tratado para poner fin á «la guerra de exterminio», que por confesión propia se habían hecho ambos beligerantes, y regularizarla según las leyes de la civilización, en que se estipuló, desde la inviolabilidad de la vida de los prisioneros hasta el respeto debido á las opiniones de los vivos y á los cadáveres de los muertos en el campo de batalla, siendo obligación del vencedor tributar á éstos los honores de la sepultura.

Los dos generales, que por el espacio de seis años se habían hecho una guerra sin cuartel, se abrazaron como hermanos en el pueblo de Santa Ana (27 de noviembre), entregándose á las más calurosas expansiones de mutuo afecto. Morillo propuso que se consagrara un monumento para conmemorar la regularización de la guerra. Bolívar adoptó con entusiasmo la idea. Ambos contendores condujeron al sitio del abrazo la piedra fundamental del monumento, renovando sus efusiones. En el banquete que se siguió, Bolívar brindó «por la heroica firmeza de los combatientes de ambos ejércitos», votando al odio á los que desearan sangre ó la derramaran injustamente. El general español pidió el «castigo del cielo contra los que no estuviesen animados de los mismos sentimientos de paz y amistad.» En medio de estas escenas, que han sido objeto de ridículos encomios y de amargas burlas, los dos principales actores representaban un papel melodramático. Bolívar, que se entregaba á los transportes de su naturaleza impresionable, embriagándose

con sus propias palabras, sabía que sólo celebraba una nueva tregua, contra la opinión de su pueblo y de sus principales jefes. Y tanto era así, que después de augurar la paz en una proclama á su ejército anunciaba «la independenciam», punto excluido por tácito acuerdo en las negociaciones. Morillo tenía la conciencia anticipada de la derrota, una vez abandonado á sus propias fuerzas después del desarme de la revolución liberal de España, y aprovechaba la ocasión para su renuncia y trasladarse á la Península, llevando oculto su odio contra Colombia y contra los colombianos que lo habían quebrado.

En el intervalo, habíanse designado los comisarios regios que debían proponer la paz á los disidentes de América. Abreu fué uno de los nombrados para el Perú. A fines de 1820, los destinados á Colombia arribaron á Costa Firme, con instrucciones reservadas de no celebrar ningún tratado fuera de la base de la jura de la constitución española. No obstante, hicieron protestas generales de paz, sin insinuar el punto capital de la cuestión, instando para que Colombia enviase sus diputados á la Península, á fin de tratar de ella. Bolívar accedió, y sus comisionados pasaron á España «para llevar al pie del trono, según sus palabras, los votos del pueblo de Colombia»; pero con instrucciones á su vez de no ajustar nada fuera de la base de la independenciam.

Mientras tanto, el armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. La opinión revolucionaria hacía progresos, dando la razón á la política de Bolívar, y enervaba á los sostenedores de la causa realista. La provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse á Colombia (28 de enero de 1821). El general español Miguel de la Torre, que había sucedido

á Morillo, declaró que consideraría su ocupación como un acto hostil. Bolívar, á quien en aquel momento convenía romper las hostilidades, contestó en un tono que podría calificarse de sarcástico: que, no estando prohibido por el armisticio amparar á los que se acogiesen al gobierno de Colombia, y habiéndose eliminado en las negociaciones la entrega de desertores propuesta por Morillo, era lícito hacer lo que el tratado no prohibía, y que por lo tanto, desaprobando el acto de la ocupación, sostenía el derecho y mantenía el hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer, y las hostilidades se renovaron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática.

VI

En Méjico las mismas causas producían efectos opuestos, que tienen alguna analogía con el carácter que incidentalmente asumieron las negociaciones que iban á abrirse en Lima. Tanto en el Perú como en Colombia y Méjico, la base genérica era la paz y la conciliación, pero sin fórmula definida. En el fondo, estaba el duplo dilema de la sumisión ó la guerra y de la independencía ó la guerra. Entre estos dos extremos oscilaban los destinos de la América, al menos en el papel.

Cuando estalló en España la revolución de 1820, la revolución de Méjico estaba vencida. Tan sólo el general Vicente Guerrero, con un puñado de hombres, mantenía alzada la bandera de la insurrección entre las escabrosidades del extremo sur del territorio. Los mismos criollos, que constituían el núcleo de su orden

social, habían contribuido á este resultado directa ó indirectamente. El alzamiento de Méjico, en que intervino principalmente el elemento indígena puro, fué verdaderamente popular en su origen, pero asumió el carácter de un movimiento de proletarismo contra las clases acomodadas de la sociedad, que degeneró á veces en bandolerismo. De aquí la resistencia activa ó pasiva que encontró en el mismo país, por idiosincrasia ó por un instinto egoísta de conservación. Por esta causa la revolución mejicana no tuvo nervio civil y nunca pudo regularizarse política ni militarmente, ni constituir un gobierno nacional, y al fin no pudo resistir el empuje de las tropas realistas, sostenidas por la opinión pasiva ó conservadora de los nativos. El poder español de la colonia reposaba en esta amalgama de elementos, y faltándole uno de sus dos puntos de apoyo, perdía su equilibrio inestable, y era impotente para sostenerse. En medio de este estado complejo de fuerzas y opiniones discordes, combinadas, equilibradas ó neutralizadas, el sentimiento de la independencia estaba en la conciencia de los nativos, y sólo esperaba una oportunidad propicia para manifestarse. Esta fué, por una doble contradicción del destino, la misma derrota de la primera insurrección y la revolución liberal de España, que dió origen á una embrollada evolución pacífica, que sólo estos antecedentes del carácter de la revolución mejicana pueden explicar.

La proclamación del régimen liberal metropolitano en Méjico produjo una descomposición entre los partidos que de común acuerdo sostenían la situación colonial. Los españoles se dividieron entre absolutistas y constitucionalistas; los nativos entre republicanos y monarquistas. Gobernaba á la sazón en Méjico el virrey Apodaca, hombre apocado, pero absolutista por devoción, el cual, aun cuando en un principio

siguió el movimiento de la Península, se puso al fin al frente de una reacción, obedeciendo á sus gestiones soberanas y á las instigaciones de sus partidarios, á la vez que á sus propias convicciones. Se ha dicho—con visos de verdad,—que el mismo rey Fernando VII le escribió una carta comunicándole que se consideraba como preso bajo el dominio de los liberales, y que temiendo correr la suerte de Luis XVI, había resuelto trasladarse á Méjico, para usar libremente de la autoridad real que Dios había depositado en él, y que por lo tanto, le encargaba pusiese todo empeño en conservar á la Nueva España substraída á la constitución, para presentarse en este nuevo teatro investido de un poder absoluto cuando conviniese, dejando á su arbitrio los medios sigilosos que al efecto debían emplearse. Este plan reaccionario no podía realizarse sin el concurso de los nativos monarquistas, que constituían el nervio de la situación, únicos que podían propiciar la opinión del país convirtiendo á los republicanos, apoyar eficazmente á los absolutistas y neutralizar ó vencer á los constitucionalistas españoles. Fué entonces cuando apareció en la escena histórica el hombre destinado á dar el último golpe de muerte á la dominación española en ambas Américas, á la vez que á reaccionar contra el orden republicano que estaba en su genialidad.

Existía por entonces en Méjico un personaje de carácter equívoco, que aunque criollo, militaba en las filas realistas, en las que se distinguió por sus crueldades contra sus compatriotas insurrectos. Llamábase Agustín Itúrbide y contaba treinta y siete años de edad. Sin escrúpulos para enriquecerse por todo género de medios abusando de su posición; de costumbres disolutas ó ascético, según cuadraba á sus inclinaciones é intereses; de escasa instrucción, pero con talento

natural ; buen militar, feliz en sus empresas ; arrogante y solapado á la vez y con maneras insinuantes, estaba poseído de una ambición secreta en que intervenía el patriotismo de raza. Los laureles de Bolívar y San Martín le quitaban el sueño, y sin las grandes cualidades de los libertadores de la América meridional, aspiraba á ser el libertador de la América septentrional reaccionando simultáneamente contra las pretensiones avasalladoras de la metrópoli y las tendencias republicanas de la revolución. Este fué el hombre que eligió Apodaca para apoyar su plan reaccionario con el concurso de los nativos, de acuerdo con su camarilla absolutista. Nombrado comandante general del sur y Acapulco con el mando de una división de tropas del país para combatir los restos de la insurrección acaudillada por Guerrero, se entendió con éste, y quitándose la máscara, brindó á la madre patria con una nueva fórmula de conciliación envuelta en un guante de desaffo.

El 24 de febrero de 1820 publicó Itúrbide en el pueblo de Iguala, á 208 kilómetros de Méjico, el famoso «Plan de Iguala» que ha hecho célebre su nombre ; proclamó la independéncia, y enarboló la bandera simbólica de la nueva revolución, compuesta de tres colores, que se llamaron «trigarantes» : el blanco, símbolo de pureza religiosa, el rojo de conciliación con la España, y el verde como esperanza de emancipación. El plan contenía tres disposiciones fundamentales, de donde viene la denominación de plan de «las tres garantías» que tomó el ejército que lo apoyó. Por la primera se estableció la conservación de la religión católica, sin tolerancia de ninguna otra ; por la segunda, se declaraba la independéncia, bajo la forma de gobierno monárquico templado por una constitución análoga al país ; y por la tercera, la unión entre ame-

ricos y europeos. El rey Fernando VII era reconocido emperador de Méjico, si se presentaba á jurar la constitución que el país se diese, y sucesivamente los infantes sus hermanos, nombrando el congreso nacional en su defecto un príncipe de las casas reinantes de Europa. La igualdad de todas las razas indígenas, africanas y europeas, sin más distinción que los méritos y las virtudes individuales, complementaba este plan bien calculado para condensar todos los elementos heterogéneos de la sociabilidad mejicana. Todos los caudillos de la insurrección, empezando por Guerrero, se pusieron á sus órdenes y abjuraron por el momento sus creencias republicanas en nombre de la independencia. Los nativos que en su origen habían repudiado la revolución, la aceptaron bajo los auspicios conciliadores de la moderación y el orden. El clero, poderoso en la colonia, lo adoptó en odio á las reformas de los liberales españoles; los españoles absolutistas, en odio á la constitución, y los mismos constitucionalistas en homenaje á la concordia proclamada. Todo el país se pronunció por el Plan de Iguala. Los realistas, despojados hasta de su bandera y vencidos sin combatir, quedaron reducidos al recinto de la capital de Méjico, al puerto de Veracruz y al castillo de San Juan de Ulúa. Itúrbide fué aclamado libertador de la patria (julio de 1821).

De este modo se operó pacíficamente y casi sin lucha esta transformación instantánea, que por medio de una solución conciliatoria suprimía el dilema de la sumisión ó la independencia y la guerra, desatando el nudo entre la madre patria y la colonia sin romperlo. Así lo entendió el sucesor de Apodaca, el general Juan O'Donojú, al subscribir el Plan de Iguala, por medio de un tratado (agosto de 1821). Esto sucedía, cuando en el Brasil se preparaba una evolución

semejante á la imaginada por Itúrbide; cuando en Colombia se rompía el armisticio celebrado en nombre de la paz y la concordia, y en el Perú se interrumpían las negociaciones de Punchauca, iniciadas con una fórmula análoga á la del Plan de Iguala.

Lo que siguió después en Méjico, no entra en este cuadro. Nuestro objeto ha sido únicamente presentar las diversas fases que la iniciativa de pacificación por parte de la España en 1820 asumió en las colonias insurreccionadas y establecer su filiación. Es sabido que, no habiendo aprobado el gobierno español el tratado de O'Donojú, Méjico quedó por siempre perdido para la España, con su independencia asegurada, y con un trono vacante, que ocupó Itúrbide, coronado emperador, quien, desterrado y puesto fuera de la ley poco después, murió más tarde fusilado por sus compatriotas, al pretender recobrar su corona, reabriendo la nueva serie de los emperadores mejicanos muertos en el cadalso.

VII

El armisticio de Colombia, el Plan de Iguala y las negociaciones del Perú de que vamos á ocuparnos, marcan la última tentativa de acomodamiento de la España con sus colonias insurreccionadas, dentro del dilema de la sumisión ó la independencia y la guerra. En los tres casos, se resolvió la cuestión pendiente por la independencia ó la guerra de parte de España. Empero, en Méjico y el Perú, asumió esta tentativa formas más conciliatorias, que marcan á su vez el último conato de implantación de la monarquía en América, que, dando el mismo resultado por el momento,

debía conducir más tarde á sus iniciadores, el uno al cadalso, y el otro al ostracismo.

Las negociaciones iniciadas confidencialmente en el Perú por el virrey de Lima, se abrieron formalmente por invitación oficial de éste. El virrey nombró como adjuntos al comisario Abreu, á los americanos Manuel de Llano y Nájera y Mariano Galdiano. San Martín nombró por su parte como diputados á Guido, García del Ríó y al antiguo teniente gobernador de San Juan, José Ignacio de la Rosa. Fijóse como punto de reunión la hacienda de Punchauca, á 25 kilómetros de Lima, que ha dado su nombre á estas negociaciones. En estos preliminares, ninguna de las partes se explicó sobre sus alcances, limitándose á expresar que tenían por objeto una transacción de las diferencias pendientes entre americanos y europeos, haciendo votos ambos por la paz y la unión.

Las instrucciones que reglaban los procedimientos de la comisión española, eran las mismas de que fueron provistos los comisarios regios en el resto de la América, y en suma se reducían á proponer la aceptación de la constitución española, con algunas concesiones de detalle, conforme al espíritu de la famosa proclamamanifiesto de Fernando VII, antes analizada. La instrucción de San Martín tenía, á la inversa, por precepto «el rechazo de la constitución española como vínculo de unión,» y «como objeto esencial de pacificación, el reconocimiento de la independencia de »Chile, las provincias del Ríó de la Plata y el Perú,» sin admitir armisticio preliminar que no se ajustase al espíritu de estas bases; y caso de tratarse «del envío de comisionados á España para sujetar á su decisión la cuestión principal de la emancipación, exigía como condición previa la evacuación de Lima,» excusándose de entrar en «tratados para la regulari-

»zación de la guerra, por cuanto ella se había hecho
»hasta entonces con arreglo á la ley común de las na-
»ciones» (27 de abril de 1821).

Los comisionados españoles abrieron la discusión
por medio de una nota, en que invocaban como pre-
cedente la última palabra de San Martín en las ante-
riores conferencias de Miraflores, de «que acaso no
»sería difícil de hallar un medio de avenimiento amis-
»toso.» Como se recordará (véase cap. xxvi, párra-
fo vii), esta apertura vaga envolvía la idea de la in-
dependencia sobre la base de la monarquía con un so-
berano de la casa reinante de España, enunciada en-
tonces secretamente. Respecto de lo primero, declara-
ban no tener poderes; y respecto de lo segundo, es-
quivaban la cuestión, insinuando que «la constitución
»española era el testimonio más hermoso de los senti-
»mientos liberales del gobierno español y de sus sin-
»ceros deseos de reconciliación, incitando por último
»á ajustar un armisticio y enviar á España comisio-
»nados por una y otra parte, conforme se había prac-
»ticado en Colombia por Bolívar» (4 de mayo de 1821).
Los comisionados americanos contestaron: que «no se
»podía iniciar negociación alguna, que no fuese sobre
»la base de la independencia; pero que, reconociendo
»la falta de poderes que para tal efecto se confesaba,
»estaban dispuestos á convenir en una suspensión de
»armas, siempre que se ampliase la proposición y se
»determinasen condiciones con garantías, por cuanto
»el gobierno de Lima, en las circunstancias en que se
»encontraba, todo lo esperaba de la celebración de un
»armisticio dilatado, mientras que el general San Mar-
»tín nada esperaba de él, en razón de que lo tenía to-
»do dispuesto para la realización de sus combinacio-
»nes.» Por último, declararon respecto de la consti-
tución española, de antemano rechazada por San Mar-

tín en su proclama al tiempo de invadir el Perú, que «esperaban que en lo sucesivo no se volviese sobre este tópico, por cuanto el solo nombre de tal código era ominoso á la libertad del Nuevo Mundo» (5 de mayo de 1821).

El arrogante lenguaje de los diputados de San Martín no tuvo réplica. Los comisionados españoles se limitaron á proponer, por su cuenta y sin garantía, un proyecto de armisticio por diez y seis meses, que no fué tomado en consideración, hasta que manifestaron terminantemente estar autorizados para ofrecerlo. Entonces, los independientes formularon sus exigencias, declarando que sólo admitirían como garantía la entrega del castillo del Real Felipe y las demás fortificaciones del Callao en calidad de depósito, artillados y dotados en el pie de guerra en que se encontraban, los que debían ser guarnecidos por las tropas independientes durante el armisticio, obligándose á entregarlos en el estado en que los recibieron, si se renovaban las hostilidades, con determinación de las líneas de los beligerantes en la costa y en la sierra. Como consideración de mera forma, insinuaban al terminar su nota: «Si D. José de San Martín está resuelto á conquistar con las armas ó á negociar en el silencio de ellas la independencia de América, no está menos deseoso de unir esta parte del Nuevo Mundo á su antigua metrópoli, por los lazos de la amistad y del comercio, que forman la prosperidad recíproca» (mayo 17).

Con sorpresa de los mismos que tal exigencia hacían, el virrey accedió á ella con la sola condición de extraer de las fortalezas del Callao 12 piezas de artillería de 18 á 24, sin objetar los límites militares propuestos (mayo 19). Desde este momento no fué difícil entenderse sobre las bases de un armisticio provisional, de

común acuerdo ajustado por el término de veinte días, prorrogables si en este término no se llenasen los objetos que se buscaban. Las fuerzas conservarían las posiciones que ocupaban. Para allanar las dificultades que por una y otra parte pudieran presentarse para un armisticio definitivo, se estipulaba que el general La Serna y el general San Martín, acompañados de sus respectivas diputaciones pacificadoras, celebrarían una entrevista (23 de mayo). Tal fué el armisticio de Punchauca, que tanta resonancia debía tener en la historia.

¿Hasta qué punto los negociadores que tales bases preliminares acordaban para preparar un arreglo definitivo, procedían de buena fe y creían en su posibilidad? Por su parte, La Serna, dos días antes de protestar á San Martín su anhelo por la paz (abril 7), escribía á sus generales que operaban en la sierra, que «iba á tratar sin creer en ningún avenimiento, y »que por lo tanto era necesario prevenirse para sacar »el mejor partido, ocupando Tarma, Jauja y Pasco, »á fin de ganar posiciones ventajosas al suspenderse »las hostilidades.» Esto explica la facilidad con que se accedió á la condición de las fortalezas del Callao como depósito, en garantía del armisticio definitivo, que se consideraba una ulterioridad remota ó imposible. En cuanto á San Martín, sin esperar que la España reconociese buenamente la independencia de las colonias insurreccionadas, procedía seriamente á buscar un arreglo por medios conciliatorios, conforme con las ideas de política convencional de que estaba imbuido. Empero, buscaba ventajas como La Serna. «Han »seguido las negociaciones, demorándolas por mi parte—decía al tiempo de reabrirse por última vez las »hostilidades,—1.º para que se repongan los hombres »y caballos de la división de Arenales, que han sufrido

do en el paso de la cordillera. 2.º Para reponer mis enfermos, que no bajan de mil doscientos.» Era un doble juego con dos naipes, á cartas vistas y ocultas. San Martín sabía bien que la España, en su arrogancia, nunca admitiría la independencia como imposición, y por eso quería pactarla previamente con los jefes españoles, que, por su parte, reatados más que por sus instrucciones, por el deber y el honor, no estaban dispuestos á seguir el ejemplo de O'Donojú, que aún no se conocía en el Perú.

VIII

La entrevista pactada por el armisticio de Punchauca, es el paso político más trascendental en la vida de San Martín, pues, aunque no produjera ningún hecho inmediato, determinó un rumbo en su carrera de libertador, que debía conducirle á un camino sin salida. ¡Tan cierto es que los fenómenos invisibles que se producen en el drama fantasmagórico de la conciencia, son los que deciden de los destinos de los hombres, más que los hechos tangibles, de que á veces ellos mismos son autores! Tal es el caso de San Martín. La América española estaba independizada de hecho y republicanizada de derecho. La independencia era cuestión de tiempo. La república estaba en el orden natural de las cosas. Las provincias del Río de la Plata, Chile y Colombia, se habían constituido en repúblicas, obedeciendo á su genialidad, y esto es lo que daba razón de ser á su revolución en pro de su independencia. La monarquía era un plan artificial ó violento de gobierno, que contrariaba la tendencia de los pueblos emancipados, y sólo podía ser posible en una distribución dinástica y un acuerdo do-

méstico entre la metrópoli y la colonia, como sucedió en el Brasil. Fué entonces cuando San Martín, que había contribuído á consolidar la independéncia de una república en el Río de la Plata, fundado otra en Chile y echado las bases de una nueva en el Perú, anunció públicamente su pensamiento secreto de monarquizar el Perú, indicado confidencialmente al tiempo de las negociaciones de Miraflores (véase cap. xxvi, párrafo vii) en momentos que en Méjico se implantaba el mismo sistema por una combinación de circunstancias, pasadas las cuales, la ley revolucionaria recobraría su imperio. Antes de dar este campanazo, había hecho publicar por Monteagudo en «El Pacificador» (periódico que se imprimía en su campamento á manera de boletín), un artículo que se decía tomado de un periódico extranjero, en que se preconizaba la forma monárquica, á fin de sondear ó preparar la opinión. En él se decía: «Todo hombre que sepa leer y escribir, que conozca su país y que desee el orden, es natural prefiera una monarquía á la continuación de una inquietud y confusión. Que los enemigos de la paz del Estado sean enemigos de ese proyecto, parece indisputable.» Cierto es; que en la realización de este pensamiento, por nada entraba la ambición personal; que era una fórmula teórica de acomodamiento con la madre patria, que no perdía de vista la guerra; pero no por esto es menos grave la responsabilidad moral de San Martín ante la historia al reaccionar contra su propia obra, ni desconocerse la influencia que su plan monárquico de pacificación tuvo en su destino de libertador, aun cuando por el momento no pasase de palabras.

En tales circunstancias para la América, tuvo lugar el 2 de junio de 1821 la entrevista convenida entre San Martín y La Serna en Punchauca. Asistió á ella

el general americano de uniforme de campaña, en compañía de su comisión pacificadora, su jefe de estado mayor el general Las Heras y otros jefes de su ejército. El virrey, con la banda carmesí, distintivo de su autoridad debajo de su sobrecasaca, se presentó acompañado del comisario regio y sus dos colegas, los generales La Mar, Canterac y Valdés y varios jefes de su estado mayor. Al encontrarse ambos generales, se abrazaron. San Martín dijo: Venga acá mi viejo general: están cumplidos mis deseos. Entre los dos podremos hacer la felicidad de este país. La Serna correspondió en términos generales pero amistosos á esta franca abertura. Los dos entraron del brazo al salón, en que sus comitivas se confundieron, cambiándose recíprocas manifestaciones de estimación y respeto.

Reunidos los protagonistas de esta escena en conferencia secreta con asistencia de sus respectivos comisionados, y presentes los generales La Mar y Las Heras como segundos cabos de los ejércitos beligerantes, San Martín tomó la palabra, y con voz firme dijo al virrey: «General, considero éste como uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no á derramar sangre, sino á fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la constitución del año 12, que V. E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes. Si en España se abjuró una vez esa constitución volviendo al régimen antiguo, no es de suponer que sus primeros cabos en América, que aceptaron el compromiso de sostenerla, abandonen nunca sus convicciones, renunciando á la noble aspiración de preparar en este hemisferio un asilo seguro para sus compañeros de creencias. Los comisarios de

»V. E., entendiéndose lealmente con los míos, han
»arribado á convenir en que la independencia del Pe-
»rú no es inconciliable con los intereses de España,
»y que, al ceder á la opinión declarada de los pueblos
»de América, harían un señalado servicio, si evitan
»una guerra inútil y abren las puertas á una recon-
»ciliación decorosa. Pasó el tiempo en que el sistema
»colonial pudo ser sostenido por la España. Sus ejércitos
»se batirán con la bravura tradicional de su brillante
»historia militar; pero, aun cuando pudiera prolon-
»garse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para
»millones de hombres dispuestos á ser independientes,
»y que servirán mejor á la humanidad y á su país,
»si en vez de ventajas efímeras, pueden ofrecer empo-
»rios de comercio, relaciones fecundas y de concordia
»permanente entre los hombres de la misma raza, que
»hablan la misma lengua y sienten igualmente el ge-
»neroso deseo de ser libres. Si V. E. se presta á la
»cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabellones
»con los nuestros para proclamar la independencia del
»Perú, los dos ejércitos se abrazarán sobre el campo.»
En seguida, formuló netamente esta proposición: Que
se nombrase una regencia que gobernara independien-
tamente el Perú de que debía ser presidente La Ser-
na, designando cada una de las partes un corregente,
hasta la llegada de un príncipe de la familia real de
España que se reconocería por monarca constitucio-
nal, y ofrecióse él mismo á ir á solicitarlo, si era ne-
cesario, para demostrar ante el trono el alcance de
esta resolución, en armonía con los intereses de la Es-
paña y los dinásticos de su casa reinante, en cuanto
era conciliable con el voto fundamental de la Améri-
ca independiente.

Esta proposición, que dejó atónitos á los realistas,
y que acogieron con visibles señales de contentamiento,

tuvo el apoyo caluroso del comisario regio y de sus colegas, no obstante contrariar abiertamente las instrucciones que los gobernaban. El virrey, que había guardado silencio, pero que parecía inclinado á aceptarla, propuso consultar á las corporaciones del virreinato sobre asunto de tanta gravedad, prometiendo una contestación antes de dos días. «Transportes de gozo, dice un testigo presencial, siguieron á esta escena. Adelantándose la imaginación á los sucesos, se entró luego á discurrir sobre el día y la forma en que las tropas de los dos ejércitos reunidos en la plaza de Lima, deberían concurrir á solemnizar el acto de la independencia peruana.» En el frugal banquete que se siguió y que presidieron los dos caudillos, uno al lado de otro, el virrey brindó: «por el feliz éxito de la reunión en Punchauca, y San Martín: «por la prosperidad de la España y de la América»; pronunciándose otros brindis por la unión y la fraternidad entre europeos y americanos.

Si en todo esto no hubiese habido sino habilidad diplomática, el golpe del general americano era de mano maestra; pero había además un error fundamental. Ponía por una parte de su lado la moderación, anteponiendo el bien á la gloria; presentaba una fórmula concreta de conciliación bajo las condiciones recíprocas de la independencia y del sistema de gobierno, desatando sin violencia el vínculo entre la madre patria y la colonia; se captaba el concurso del comisario regio y de sus colegas, llevándolos hasta violar las instrucciones de su corte; halagaba las tendencias de los jefes liberales, que disponían del ejército español; persuadía al virrey, irresoluto y casi convencido, á deferir la cuestión al voto de las corporaciones del virreinato; introducía la división política en el campo enemigo, apareciendo magnánimo, y mientras tanto,

ganaba fuerza moral y material. Esto es en el supuesto de avanzar una proposición, que no podía ser aceptada por los realistas, reatados por sus instrucciones y resueltos á sostener la guerra á todo trance. En el caso de ser aceptado su plan, era una victoria «sine sanguine», como la buscaba, aunque tuviese por símbolo una corona en vez de un gorro frigio. Obtenía desde luego el reconocimiento previo de la independencia del Perú; fundaba provisionalmente un gobierno mixto nacional; comprometía al ejército español en el sostén de ambos hechos preestablecidos, y la cuestión se resolvía de este modo de hecho, cualquiera que fuese la resolución del gobierno español, como lo había sido en Méjico por la adhesión anticipada de O'Donjú al plan de Itúrbide. Era hacer triunfar la revolución con el concurso de los mismos españoles. Esto es lo que San Martín buscaba de buena fe como solución definitiva, sin perder de vista las contingencias de la guerra. Por un momento, creyó haberlo alcanzado. El, tan frío y reservado habitualmente, al levantarse de la mesa del banquete, llamó aparte á Guido, y le dió un estrecho y silencioso abrazo lleno de calor. Era que, arrastrado por sus ideas políticas de convencción, fomentadas por sus consejeros, al anteponer al credo de la revolución americana—que era también su propia creencia,—la forma del gobierno de la monarquía constitucional para la América, pensaba hacer obra buena, garantiéndole la estabilidad del orden á la par que la independencia y la libertad moderada. Se extraviaba como político que no veía claro ni preveía los obstáculos, y como guerrero, destemplaba sus propias armas de combate. Como libertador, se desautorizaba ante las nuevas naciones emancipadas; y al reaccionar contra sus tendencias espontáneas, nativamente democráticas, desconocía el carác-

ter de su revolución y el principio esencial que le daba su razón de ser y de que sacaba su fuerza. Como diplomático, comprometía ante el mundo libre y ante el mundo reaccionario la causa de las instituciones que estaba encargado de hacer triunfar en el terreno de la política así como en el de las armas. Esta claudicación de los principios de la revolución sudamericana fué un triunfo para los monarquistas europeos de la Santa Alianza, que miraban de reojo la republicanización del Nuevo Mundo, y podía enajenarle, á la par de las simpatías de los Estados Unidos que hacía frente á los reyes absolutos, el apoyo de la Inglaterra que aceptaba el hecho como irresistible. Así, escribía Chateaubriand, al conocer la monarquización de Méjico y las bases de Punchauca: «El mismo resultado» debieran esforzarse en obtener todas las colonias hispanoamericanas.» Este aplauso ante la Europa monárquica es una condenación ante la América republicana, que marca un comienzo de decadencia. Por eso hemos dicho que este paso fué el más trascendental en su vida política, pues determinó un rumbo en su carrera, que debía conducirle á un camino sin salida.

IX

Si la aceptación del plan de San Martín hubiese dependido por parte de los realistas, tan sólo del voto de las corporaciones del virreinato, de seguro que habría sido aceptado. La opinión estaba bien preparada, y los mismos historiadores españoles reconocen que contaba con numerosos partidarios en Lima. Pero La Serna comprendió que esta opinión flotante, sin el apoyo de la fuerza, no tenía valor alguno, y que no podía proceder sin el acuerdo del ejército, con

tanta más razón cuanto que la autoridad que investía, derivaba de una sublevación militar. Consultados sus jefes, declararon: que sin rechazar en su fondo la proposición, no podían aceptarla en su forma bajo la condición de hacerla desde luego efectiva en el hecho, por cuanto contravenía las reales órdenes, que si bien autorizaban ilimitadamente para poner coto á la efusión de sangre, prohibían expresamente tratar sobre la base de la independencia colonial. De su punto de vista tenían razón. Ellos comprendían que al pactar en tales condiciones, se exponían á ser desaprobados por su gobierno, dando en el primer caso la victoria al enemigo, y en el segundo teniendo que optar entre declararse rebeldes á su rey y traidores á su patria ó servidores de la revolución que combatían, como españoles y como soldados.

En vista de este pensamiento, que fué unánime, el virrey, que bien apoyado habría pasado por todo, comunicó á San Martín dentro del plazo de los dos días: «Luego que llegué á ésta (Lima) creí necesario, antes de anunciar la proposición de usted á los diputados de las corporaciones, saber la voluntad del ejército; y al paso que hallé á los jefes convencidos de que lo que conviene á ambas partes es el contenido de dicha proposición, asegurándomelo así, he visto que de modo alguno se prestan á reconocer la independencia sin dar antes el paso preliminar de anunciarlo al gobierno nacional; por cuyo motivo he suspendido la convocatoria de la junta de corporaciones, en razón á que nada adelantáramos faltando el consentimiento del ejército.»

Al mismo tiempo que el virrey se excusaba de someter la cuestión al voto de las corporaciones y se cubría con la deliberación del ejército, diputaba dos de los principales jefes que más oposición habían

hecho á la condición del reconocimiento previo de la independencia. «He creído conveniente, escribía á San Martín, pasen á verse con usted el coronel Valdés y el comandante García Camba, pues estos jefes están al corriente del asunto, y manifestarán á usted todo lo que nos es dable hacer, según mi sentir, para lograr asegurar la mutua felicidad de ambos pueblos.» La proposición del virrey sólo difería en un punto de la de San Martín: Acordar una suspensión de hostilidades por el tiempo necesario para obtener una resolución definitiva de su Corte: mientras tanto, tirar una línea de oeste á este por el río Chancay, quedando bajo el gobierno de los independientes el país que ocupaban, y que el resto del Perú fuese regido por la constitución española, nombrándose al efecto una junta de gobierno: que el mismo virrey se embarcaría para Europa, á fin de instruir al rey de lo que pasaba, y que, si San Martín quería llevar á cabo su proyecto de pedir personalmente un príncipe de la familia real de España, podrían hacer el viaje juntos. El general americano recibió á los emisarios en la cámara de la goleta Motezuma, donde había anunciado esperar la resolución del virrey, y uno de ellos ha relatado la escena que se siguió: «Esta proposición (la del virrey), fué desechada por San Martín, no obstante las probables ventajas que ofrecía á los independientes, máxime si las Cortes con el rey accedían á remitir al Perú un príncipe, como Valdés y Camba lo significaron. El caudillo enemigo se mostraba decidido por el establecimiento de una monarquía constitucional en los Andes con un príncipe de la familia real de España. Los delegados nada le objetaban en contrario sino que la resolución pertenecía exclusivamente al gobierno supremo de la nación. Los enemigos, engreídos con los sucesos que ha-

»bían obtenido, miraban con indiferencia cuanto se
»les proponía. Así, al desechar San Martín la propo-
»sición del virrey, dijo con harta ironía á los comi-
»sionados Valdés y Camba: «Siento tanta obsti-
»nación, pues veo con pesar que dentro de poco
»tiempo, no tendrán los españoles más recurso
»que tirarse un pistoletazo.» Era un ultimátum:
no quería tratar sino sobre la base de la acep-
tación previa de la independencia por parte de
los jefes españoles, y si no, prefería la continua-
ción de la guerra.

X

Después de este segundo fracaso, las conferencias pacíficas volvieron á reanudarse, reuniéndose los comisionados en el pueblo de Miraflores, en vez de Punchauca. La fórmula de San Martín flotaba inanimada en el aire: todas las combinaciones se referían á ella, y alrededor de ella giraban las proposiciones y contra-proposiciones de los negociadores. Empero, ni unos ni otros esperaban arribar á ningún acuerdo serio. Prolongaban las negociaciones, porque así convenía á ambos beligerantes, que á la sombra del armisticio preparaban el desarrollo de sus planes militares. Así, los diputados españoles, refiriéndose á la entrevista de Punchauca, renovaron oficialmente la proposición confidencial hecha por La Serna y rechazada por San Martín en la Motezuma, con la variante de nombrar de común acuerdo con una junta provisional de gobierno que rigiese el Perú en nombre de la España durante la ausencia de los dos generales beligerantes, con la división del mando de dos ejércitos (junio 8). Los diputados independientes replicaron que en la entrevista á que se hacía referencia, «San Martín había pro-

«puesto un vasto y benéfico plan que conciliaba las miras é intereses de todos, el que había quedado frustrado por resoluciones ulteriores; pero que, quedando vigentes hasta aquel momento los principios y medios sobre que había girado la negociación, no debía esperarse que ellos aceptasen un nuevo plan de «pacificación ingarantida», y terminaban prestándose á continuar y concluir la negociación pendiente sobre la base de la entrega en depósito de las fortalezas del Callao como garantía de lo que se pactase (junio 11). Los españoles confirmaron su anterior aceptación á esta exigencia (junio 11). En consecuencia, el armisticio fué prorrogado por doce días más, y se estipuló que durante ese término el general independiente, por un sentimiento de humanidad, permitiría la introducción de víveres en la ciudad en las cantidades que se calculasen necesarias para su consumo diario (julio 12).

La concesión de San Martín para la introducción de víveres en la plaza sitiada ha sido severamente criticada por unos y calificada por otros de «política militar enigmática.» Es, sin embargo, uno de los hechos más claros y que más honor hace no sólo á sus sentimientos, sino también á su habilidad política. El sabía bien que el enemigo estaba decidido á abandonar la capital, por serle imposible mantenerse en ella. No era, pues, una falta militar ofrecer un cebo para incitar á los españoles á prolongar una situación en que agotaban sus últimas fuerzas, cuya aceptación importaba reconocer la condición de sitiados, y por tanto su impotencia para la ofensiva. En otro sentido esto le proporcionó la ocasión de alcanzar un triunfo moral ante la opinión, sin comprometer ninguna ventaja real. Los españoles, humillados de que el pueblo debiese su alivio á la generosidad de los sitiadores,

anunciaron por su prensa oficial, que la concesión era condición puesta por ellos para la prórroga del armisticio. Los diputados independientes protestaron contra esta interpretación y pidieron explicaciones, lo que permitió á San Martín manifestar por su parte, que «no era á los pueblos á los que hacía la guerra, ni su intención que los habitantes inermes de la capital sufriesen los efectos de un mal que no habían causado.» Con esta política dominaba moralmente el adversario armado y se propiciaba la opinión pública, á la que convertía en agente activo de hostilidades de otro género.

El general independiente no obraba movido tan sólo por los sentimientos de humanidad de que hacía alarde. Astuto como siempre, explotaba la miseria de la ciudad sitiada, promoviendo un antagonismo entre el virrey y el pueblo, encabezado éste por la municipalidad. Los agentes secretos en Lima, de acuerdo con él, dirigieron anónimos al Cabildo, incitándolo á tomar una actitud en representación del pueblo invocando el bien general. El Cabildo, estimulado por el clamor general, dirigió al virrey una nota, que era una especie de grito de sedición en nombre de la paz: «En contorno de veinticinco leguas, no reina sino la más espantosa devastación. Los ganados, las sementeras, los frutos, todo ha perecido por el furor del soldado. Provincias las más ricas y opulentas han sucumbido á la fuerza preponderante del enemigo: otras se hallan amenazadas de igual fracaso; y esta capital sufre un bloqueo el más horroroso por el hambre, el latrocinio y la muerte. Entretanto, el soldado no respeta aún el último resto de las propiedades rurales, y acaba hasta con los bueyes que surcan la tierra y la fertilizan con su sudor en beneficio del hombre. Si continúa así esta plaga, ¿cuál será en breve nues-

otra suerte, cuál nuestra miserable condición? La paz es el voto general del pueblo. Los pueblos se reúnen á porfía bajo el pabellón de San Martín. Centenares de hombres desertan de nuestros muros para no perecer de necesidad. Un enjambre obstruye los canales de nuestra provicia, insulta y saquea nuestro hogar. El público increpa agriamente nuestro silencio, y ya son de temer males peores que la misma guerra.» El virrey contestó, esquivando la cuestión principal, y se contrajo al tópico de la paz, en términos triviales que revelaban quebranto: «Como filántropo amo y deseo la paz; pero como militar y hombre público no puedo prescindir de que sea honrosa y preferiría la guerra, aun suponiendo la preponderancia que se dé á las fuerzas del general San Martín. La guerra es un juego donde se aventura más ó menos, según la pasión de los jugadores, que tan pronto se gana, tan pronto se pierde; y cuando se gana mucho, sucede comúnmente, que el que gana continúa jugando para aumentar su bien, ó que el que pierde no quiere dejar el juego, porque espera volver á ganar lo que ha perdido, y al fin la fortuna se vuelve, y el que ganaba no sólo pierde lo que ha ganado, sino también lo que tenía ganado cuando se puso á jugar. Es cuanto por ahora puedo contestar.» Los jefes militares, ofendidos por los términos de esta representación, se quejaron amargamente al virrey en nombre del ejército, calificándola de criminal y exigieron una reparación, con la amenaza de que, de no hacerse justicia, no en vano se atacaría su honor.

De este modo se creaba un nuevo antagonismo entre el pueblo, las autoridades y el ejército. Mientras tanto, el hambre apuraba en la ciudad. San Martín, asumiendo al parecer una actitud magnánima, exigía garantías y ponía condiciones, que eran otras tantas bor-

bas explosivas, que reventaban en el campo enemigo aquejado por la miseria. «Estoy dispuesto, decía, á »permitir la introducción de víveres para el consumo »de Lima, siempre que el virrey me responda como »presidente de su ayuntamiento, que serán distribuídos »por esta corporación entre el pueblo, y de que éste »no será defraudado por la autoridad militar, no ha- »ciendo dificultad en que el soldado ocurra al mer- »cado como cualquier ciudadano, y mucho menos que »se destinen las raciones necesarias de arroz y harina »para los enfermos del ejército, porque al fin estos sol- »dados en su estado dejan de ser mis enemigos.» La Ser- na dió la explicación pedida, declaró que la concesión había sido solicitada por sus diputados y que el repar- to de víveres se haría en beneficio del pueblo. San Mar- tín se dió por satisfecho, y aceptó la palabra de honor de su adversario como suficiente garantía.

San Martín no se apresuraba á conquistar la capi- tal del Perú : quería que cayese en sus manos como una espiga madura, según sus palabras. Un distinguido marino inglés, que lo visitó en una ocasión en la Mo- tezuma, al pintarlo al natural ha consignado en un libro las ideas de que estaba poseído. «Hacía poco que »nos paseábamos por el puente de la goleta, cuando »los marineros empezaron á lavar el puente : ¡ Qué fas- »tidio ! exclamó San Martín, que esta gente se empeñe »en lavar su puente de este modo. ¡ Eh ! amigo, ex- »clamó, dirigiéndose á uno de ellos, ¿ por qué no echa »el agua del otro lado ? El marinero, que no entendió »ó estaba acostumbrado á los modos del general, con- »tinuó salpicándonos. Me temo mucho, me dijo, ten- »gamos que bajar á la cámara, que no es sino un »miserable agujero, pues parece que no es posible con- »vencer á estos diablos. En el mismo día de mi visita »(25 de junio de 1821), algunas personas vinieron de

»Lima á hablarle de negocios de Estado, y en el curso de la conversación dejó penetrar sus intenciones y los sentimientos que lo animaban.» «Se pregunta, »fueron sus palabras, por qué no marchó inmediatamente sobre Lima. No me detendría un momento, si esto conviniese á mis miras. No aspiro á la fama de conquistador del Perú. Mi única ambición es libertar este país. ¿Qué haría yo en Lima si sus habitantes me fuesen contrarios? ¿Qué ventaja sacaría la causa de la independencia en que ocupase militarmente á Lima, y aun todo el país? Mi plan es diferente. Deseo ante todo que los hombres se conviertan á mis ideas, y no quiero dar un paso más allá de donde vaya la opinión pública. Que la capital esté madura para declarar sus sentimientos, y yo le procuraré la ocasión de hacerlo con toda seguridad. A la espera de ese momento he suspendido hasta ahora avanzar. Los que conocen el alcance de los medios que han sido empleados, encuentran una explicación suficiente para mis retardos. He ganado cada día nuevos aliados en el corazón del pueblo. En cuanto á las fuerzas militares, he conseguido aumentarlas y mejorar el ejército patriota; mientras el de los españoles se ha disminuído por la miseria y la deserción. Toca al país juzgar por sí mismo cuáles son sus verdaderos intereses, y es justo que sus habitantes hagan conocer lo que piensan. La opinión pública es un nuevo resorte introducido en los asuntos de estos países: los españoles, incapaces de dirigirla, la han comprimido. Ha llegado el día en que va á manifestar su fuerza y su importancia.»

Condensando su juicio con motivo de esta conversación, dice el viajero observador: «Sería temerario asegurar que las declaraciones del general patriota fuesen sinceras, y bien que nada pueda hacerme dudar

de su lealtad, es difícil pronunciarse sobre la prudencia de sus combinaciones, aun substrayéndose á la influencia de lo que sucedió más tarde. Muchos las encontraban muy juiciosas, porque habían sido coronadas por el éxito. En cuanto á mí, debo confesar con sinceridad que las medidas que tomó en las circunstancias de que fuí testigo, me parecieron indicar mucha habilidad, circunspección y previsión. En aquel día estaba vestido con un largo levitón y una gorra de pieles. A primera vista no presentaba ningún rasgo notable que llamase la atención, pero cuando se ponía de pie y tomaba la palabra, reconocíase al hombre superior. Con mucha simplicidad en sus maneras, eran las de un hombre bien educado. Jamás noté en él la menor afectación: lleno siempre del sentimiento de lo actual: todo indicaba un carácter agradable, y debo decir, que no he conocido ninguno cuyo acceso fuera más cautivador. En la conversación iba derecho á los puntos principales del asunto, prescindiendo de los menos interesantes. Escuchaba con atención y contestaba de una manera lúcida, en términos escogidos. En la controversia desplegaba admirables recursos y una prodigiosa fecundidad de vistas, y sabía demostrar á sus oyentes que se había poseído de su pensamiento. No había nada de brillante ni de rebuscado en sus palabras: hablaba con calma y gravedad, dominando la materia. Alguna vez le sucedía animarse insensiblemente: entonces sus ojos brillaban; sus expresiones eran vivas y energicas; llamaba la atención y convencía con sus argumentos; esta metamorfosis se producía, sobre todo, tratándose de política; y si hablaba con sangre fría, no era menos admirable que cuando se expresaba con fuego. Sabía ser igualmente chistoso y familiar, según lo exigían las circunstancias. En definitiva. cual-

»quiera que sea la influencia que haya podido tener
»sobre él la posesión de una gran autoridad política,
»estoy convencido de que las cualidades de su alma
»eran blandas y benévolas, y lo considero como un
»hombre de temple poco común.

Es curioso observar que en su larga carrera nunca le faltó á San Martín un inglés observador por testigo, para comprobar el dicho, que allí donde sucede algo posible en el mundo, allí está presente un inglés; en España, lord Macduff; en San Lorenzo, el viajero Robertson; en Mendoza, Santiago y Maipú, Haigh, portador accidental del parte ensangrentado de la batalla; en Lima, el famoso marino Basil-Hall, que ha dejado este precioso medallón que lo representa bajo nuevo aspecto en un momento histórico, y Stevenson, secretario de Cochrane, que á la par de éste, lo ha difamado.

XI

Las negociaciones entabladas, continuaron por mera forma, bajo el pabellón neutral á bordo de la fragata Cleopatra, surta en el Callao. A la sombra de la bandera blanca del armisticio los beligerantes se preparaban á resolver la cuestión por las armas. Al expirar el término de la prórroga del armisticio de Punchauca, San Martín estaba decidido por la guerra. «Los enemigos, decía, como base preliminar, debían entregarme el castillo Real Felipe con las demás fortificaciones adyacentes; la fuerza marítima que viniese de la Península, debía regresar á España al mes de su llegada á estas costas; toda la parte del norte desde Chancay (inclusa la Península de Maynas), quedaba en mi poder. Para la independencia de América era ventajoso este partido, pues de mí

no se exigía más que un armisticio por diez y seis meses, y que se enviasen diputados para tratar con el gobierno español la independencía del Perú, de Chile y Buenos Aires. Yo no ignoro que con el Callao y la opinión del país, en diez y seis meses el Perú era libre; que con los recursos del territorio que me quedaban, podía mantener con economía el ejército. Pero ¿y la escuadra? ¿Como se la remito á Chile cuando sé que no tiene un peso con qué pagarla? Yo no podía sostenerla en este intervalo, y de consiguiente su disolución era positiva, perdiendo Chile por este motivo sus esfuerzos, y toda la América la respetabilidad y seguridad que le da esta fuerza naval. En este caso me he decidido por la continuacón de la guerra más feroz y destructora que han conocido los vivientes, no por las balas ni trabajos, sino por la insalubridad de estas infames costas, especialmente desde que llegó el ejército, pues no hay memoria de tantas enfermedades como en esta época. Además, me he decidido por la guerra por la situación del enemigo. El tiene igual ó mayor número de enfermos que nuestro ejército, y aunque mejor medicinados, peor alimentados; la opinión, no sólo de la América, sino de la mayor parte de los europeos sensatos, está por nosotros; su ejército minado en favor de nuestra causa, pasándose á nuestras banderas; el hambre los acosa, y no les queda otro recurso que retirarse al Cuzco para prolongar la guerra, como tengo noticia de que se proponen hacerlo. Estas consideraciones me han hecho resolver á prolongar por un poco de tiempo más los males, para que luego gocen más tranquilamente los bienés.» Ahora es el general y no el político el que habla; con un propósito deliberado, con su claridad de vistas y su perfecto conocimiento de los planes del enemigo, que pesa tranquilamente el pro

y el contra con su juicio propio en el estilo conciso y preciso que le es peculiar; es el libertador del sur llenando sus deberes militares para con la América; empero no previene todas las contingencias, y de aquí que favoreciera en cierto modo los planes del enemigo.

En cuanto al general español, su resolución estaba tomada desde antes de ajustarse el armisticio: su idea era trasladar el teatro de la guerra al interior del país. La llegada del comisionado regio Abreu, y las negociaciones que fueron su consecuencia, retardaron esta operación. Sin comunicaciones marítimas con la metrópoli, bloqueado en Lima por las armas y por el hambre, en disidencia el virrey y el ejército con el Cabildo y con el pueblo, invadida la sierra, amagados los puertos intermedios, obstruidos los caminos de las provincias del interior, del sur y del este; en impotencia para tomar la ofensiva, la evacuación de Lima se imponía como una necesidad. «El estado de la capital del Perú, dice un historiador español que habla como testigo, había llegado á tal extremo, que no se alcanzaba medio alguno de poderla conservar por más tiempo sin positivo riesgo de perder muy pronto todo el país.» Era la resolución salvadora. Los españoles abandonaban á los independientes el territorio malsano de la costa del norte, dejando á éstos en presencia de un enemigo invisible que los diezmaría; se trasladaban al clima salubre de la tierra, donde sus enfermos se repondrían; ocupaban las provincias de mayores recursos en hombres, cabalgaduras y bastimentos; reemplazaban con nuevos reclutas sus bajas; consolidaban su base de operaciones asegurando sus comunicaciones con el Alto Perú y dominaban las costas del sur. De este modo, ú obligaban á los independientes á ir á buscarlos en sus posiciones, ó se ponían en aptitud de abrir hostilidades sobre la costa cuan-

do les conviniese. Esta resolución, que hace alto honor á la inteligencia y al ánimo esforzado de los españoles en el Perú, prolongó por cuatro años más la guerra y quebró el poder militar de San Martín, que no le dió por entonces la trascendencia que tenía, y pensó erradamente que la posesión de Lima le daba el triunfo definitivo.

En prevención de la próxima evacuación de Lima, el virrey dispuso que Canterac, á la cabeza de la mayor y más saneada parte de su ejército (25 de junio), se dirigiese á Huancavelica, por el camino de Lanahuaná, ascendiendo la cordillera por el valle de Cañete. De este modo preparaba la operación meditada garantida por el armisticio, y al emprender al parecer un movimiento de retroceso, detenía la internación de Arenales, á la vez que ocupaba posiciones más ventajosas para el tiempo en que se reabriesen las hostilidades. San Martín había hecho otro tanto replegándose de Ancón á Huachio en ese intervalo. De manera que, el virrey, al quedarse en Lima con la menor parte de sus fuerzas, contaba con el tiempo y la distancia, y reposaba en la seguridad de que San Martín, debilitado también por la ausencia de sus mejores tropas en la sierra, no podía atacarlo, aun en el peor caso, con un ejército no mucho mayor, compuesto como el suyo de enfermos y convalecientes. Además, tenía por punto de apoyo inmediato las fortificaciones inexpugnables del Callao con su fuerte guarnición.

Fenecido el armisticio y en marcha Canterac con el grueso del ejército de evacuación, La Serna anunció públicamente por medio de una proclama (4 de julio), la resolución de abandonar á Lima. «Me veo precisado, decía, á usar de medios extraordinarios y de planes más vastos que los que permite la mera defensa de una ciudad situada de un modo muy con-

»trario á las operaciones militares... quedándome yo mismo sepultado entre sus ruinas y cadáveres.» Delegó el mando político y militar en el marqués de Montemira, anciano pacífico de la ciudad, con el encargo de conservar el orden y entregar la plaza á discreción del enemigo. Ofició al general San Martín, «implorándole su filantropía (5 de julio) en favor de más de 1.000 enfermos que dejaba en los hospitales», á la vez que le aseguraba que «esto en nada podía influir para que la negociación pendiente no tuviese la feliz terminación que positivamente deseaba.» Dejó 2.000 hombres de guarnición en los castillos del Callao, con escasos bastimentos para sostenerse, pero prometiendo que oportunamente acudiría con víveres en su auxilio. Con el resto, que no alcanzaba á 2.000 hombres, se puso en retirada el 6 á las cinco de la mañana por el valle de Cañete en dirección hacia la quebrada de Yauyos al este de Lima.

La ciudad estaba consternada. Los españoles comprometidos huían á encerrarse con sus familias dentro de las murallas del Callao. El vecindario amedrentado, temía que la población fuese saqueada ó por los invasores ó por la plebe, y las mujeres se refugiaban en los monasterios. San Martín se apresuró á tranquilizar á todos y dirigióse al arzobispo como representante de las conciencias, y á la municipalidad como representante del pueblo, manifestándoles que sus acciones jamás habían desmentido sus promesas, y que al garantizar el orden público, estaba dispuesto á correr un velo sobre el pasado y prescindir de las opiniones políticas que antes hubiese profesado cada uno (julio 6).

XII

Fiel á la línea de conducta que se había trazado, San Martín no se apresuró á posesionarse de Lima. Quería que la ciudad se pronunciara, para presentarse él, no como conquistador, sino como auxiliador y protector. El capitán Basil-Hall, que continuaba observándolo, cuenta, que habiendo reiterado su visita á bordo de la goleta Motezuma, curioso de explicarse esta conducta enigmática, le oyó decir : «He combatido durante diez años contra los españoles, más bien dicho contra los enemigos de la causa de la emancipación americana. Mi único deseo es que este país se gobierne por sus propias leyes. En cuanto al sistema político que adopte, no me toca intervenir. Mi intención es dar al pueblo los medios de proclamar su independencia y establecer el gobierno que le convenga. Hecho esto, consideraré terminada mi misión, y me retiraré.» Una diputación del cabildo le ofreció la ciudad, suplicándole la tomase bajo su amparo. En contestación, mandó retirar las guerrillas francas que la circundaban, que por su composición eran miradas con temor por sus habitantes, y la hizo rodear con tropas de línea, con prevención de que obedecieran las órdenes del gobernador civil para el mantenimiento del orden. Los habitantes, según el testimonio del testigo neutral antes citado, no podían persuadirse que fuesen tratados con tanta generosidad por un hombre que consideraban enemigo. Algunos llegaron á pensar que era una burla del vencedor, que se disponía á entrar insolentemente por las calles al frente de sus tropas para humillarla con su triunfo. Uno propuso que se hiciese la prueba. En consecuencia el gobernador or-

denó por escrito al comandante de un regimiento de caballería que campaba á dos kilómetros de la ciudad, que se situase en un punto más lejano. La orden fué obedecida, y el regimiento se situó cinco kilómetros más afuera. Estó bastó para dar autoridad al gobernador municipal. La comunicación entre las tropas y el pueblo no se estableció sino cuando el orden estuvo perfectamente asegurado, por medio de una policía civil bien organizada con el concurso de algunos pequeños destacamentos que penetraron modestamente al recinto de las murallas. El 9 al anochecer entró silenciosamente una división, que fué recibida en medio de aplausos populares.

El 10 de julio de 1821, á las siete y media de la noche, entró San Martín de incógnito á Lima, según su costumbre después de sus grandes triunfos, acompañado tan sólo de un ayudante, y de allí se dirigió al palacio de los virreyes. Dos frailes descubrieron su presencia. Cada uno de ellos le dirigió un discurso comparándolo con Julio César y con Lúculo, que él oyó con su acostumbrada paciencia. Así que se hubieron retirado, exclamó: «Santo Dios, ¡qué va á ser de nosotros! Esto no se acabará nunca.» El ayudante le dijo: «¡Oh, mi general! están esperando otros dos del mismo calibre.» «¡Sí! repuso San Martín, pues que ensillen los caballos y en marcha.» Pero la noticia de su entrada se había generalizado y todos querían conocer al libertador, y hombres, mujeres y niños acudieron en tropel á saludarlo. A una mujer que se precipitó á sus pies, presentándole tres hijos para que sirviesen á la patria, la hizo levantar con bondad y la abrazó. Cinco damas se presentaron inmediatamente, y todas querían abrazar sus rodillas, hablando al mismo tiempo; y las cinco pesaron tanto sobre él que hubieron de hacerle perder su equilibrio en medio

del bullicioso tumulto, logrando al fin aquietarlas con buenas palabras. Por fortuna descubrió entre la concurrencia á una niña de doce años, que lo miraba tímidamente y no se atrevía á acercársele: la levantó en sus brazos en medio de grandes aplausos. Uno gritó: ¡ Viva nuestro general! No, no, prorrumpió él; griten: Viva la independencia del Perú. El cabildo, apresuradamente reunido, se presentó en seguida. El contestó á sus felicitaciones gravemente, sin frialdad, sin muestras de suficiencia. Después de algunos discursos que le fueron dirigidos, y á que respondió con palabras apropiadas, otra dama se echó en sus brazos, lo tuvo estrechado por más de medio minuto, sollozando más que pronunciando las palabras: «¡ Mi general!» «¡ Mi general!» Al querer retirarse, San Martín, impresionado por su entusiasmo y su belleza, la detuvo respetuosamente, y le dijo sonriendo: «Debiera ser permitido demostrar la gratitud con un beso;» pero se abstuvo, y encargó á un edecán que la acompañase del brazo hasta la puerta. A las diez y media de la noche, se retiró á Mirones—punto equidistante entre el Callao y Lima,—donde había hecho acampar el ejército con objeto de establecer el sitio del Callao. Así fué como el libertador del Perú entró á la ciudad de los Reyes.

Al día siguiente se publicaron varios bandos prohibiendo que se injuriase á los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocio, que los tribunales administrasen justicia conforme á las leyes preexistentes que no contrariasen el nuevo régimen, y se destrozaron los bustos y armas reales, reemplazados por el escudo nacional inventado en Pisco, con la inscripción: «Lima independiente.»

Una proclama de San Martín, que por su tono jactancioso contrastaba con su actitud modesta de vence-

dor, llamó á las armas á los habitantes de los departamentos libres, prometiendo terminar la campaña en cuarenta días, si los pueblos lo acompañaban en sus sacrificios. No era imposible del todo tan gran resultado, si la palabra hubiese sido acompañada por la acción; pero lejos de esto, no sólo no dió nuevo impulso á la guerra, sino que la paralizó cometiendo graves errores militares, que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones, ó tan sólo un plan negativo. Había querido hacer una campaña pacífica, de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntades sin batallas, y el éxito coronaba sus designios en cuanto al objetivo inmediato: la posesión de Lima, centro aparente del movimiento reaccionario. Exagerándose la importancia de este hecho, pensaba que el enemigo quedaba inhabilitado para reaccionar y que gastaría sus últimas fuerzas en el aislamiento; que el país sublevado como elemento concurrente de las armas—que intervendría á su tiempo,—prepararía sin arriesgar nada el triunfo definitivo. Era un plan filosófico, que llevado á sus consecuencias lógicas, todo lo reducía á la fuerza de presión como medio de poner en movimiento las fuerzas activas por el simple efecto de su gravedad. Este sistema lento y expectante de hacer la guerra se fundaba en que las fuerzas populares no habían hecho causa común con los libertadores, como sucediera en Chile; en que, mientras tanto, lo ganado aseguraba la independencia, reducida á cuestión de tiempo.

Verdad es que el país no había respondido aún al llamamiento de los libertadores: que, á excepción del pronunciamiento de Trujillo y el alistamiento de las guerrillas francas sobre Lima, ningún movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las altas clases de la sociedad ni en el común del pueblo; que

la insurrección de los indígenas, débil y desordenada en sí, que sólo brindaba derrotas, no le prestaba ningún concurso eficiente; que la primera campaña de Arenales á la sierra demostraba la inercia de las masas, y cuando más, una adhesión pasiva. Todo esto le hacía considerarse como acampado y no como establecido, en un país cuyas fuerzas revolucionarias y militares no se habían asimilado con las del ejército de modo de darle un sólido punto de apoyo, fuese para acelerar la victoria ó para afrontar una derrota pasajera, sin jugar á un albur el todo propio contra una parte ajena. De estas bases de raciocinio más que de observación profunda, partía para pensar, que el solo hecho de la conservación de su ejército, como reserva militar y núcleo de opinión, garantía las posiciones conquistadas y era un triunfo positivo, pues mientras él se robustecía, el enemigo se debilitaba y consumía. No se hacía cargo del desgaste de su propia máquina de guerra en un clima mortífero, ni preveía la acción opuesta, que consideraba eliminada, cuando por el contrario se retemplaba en un clima sano y en medio de abundantes recursos de todo género. De aquí que reincidiese en los mismos errores que después de Chacabuco y Maipú, al no perseguir y dejar tiempo para repararse al enemigo quebrantado, que le brindaba la ocasión propicia para jugar la gran partida con probabilidades de éxito, aunque arriesgase algo, pues sólo así podía terminar en «cuarenta días,» como él lo decía, la campaña en que estaba empeñado. Cierto es que, como la mitad de sus mejores tropas estaba destacada en la sierra con Arenales, que su ejército no era mucho mayor que el del virrey ni se hallaba en mejores condiciones, ni estaba preparado para una campaña á la cordillera. De todos modos, su persecución pudo ser más eficaz y dar mayores resulta-

dos. Pero el más grave error en que incurrió, fué abandonar al enemigo las provincias de la sierra, cuya posesión lo compensaba de la pérdida de Lima y equilibraba la guerra, cuando él se encerraba en un círculo vicioso.

Mientras tanto, los generales españoles, después de adoptar la resolución salvadora de evacuar á Lima, encontraban las inspiraciones que debían prolongar la guerra y salvar el honor de sus armas, poniendo varonilmente en práctica la máxima formulada por La Serna en términos triviales: «el que pierde no quiere dejar el juego, porque espera ganar lo que ha perdido.» Canterac, con el primer cuerpo de evacuación de Lima, trepaba penosamente la montaña experimentando graves quebrantos al cruzar la cordillera; pero contenía el avance de Arenales por el frente á la vez que cubría las provincias del sur, su base natural de operaciones, y de este modo neutralizaba la expedición á puertos intermedios.

El virrey, á la cabeza del segundo cuerpo, después de cubrir con fuerzas inferiores el repliegue de Canterac, emprendió su retirada por el camino de la costa en dirección al valle de Cañete, sembrando su camino de desertores, muertos y moribundos, y penetró en la cordillera por la quebrada de Yauyos, al este de Lima, que lo conducía al paso de Yauliy en la cumbre de la cordillera, rectamente á Jauja, de modo de concurrir al nuevo plan de campaña amagando el flanco ó la retaguardia de la columna de Arenales en la sierra. El trayecto que tenía que recorrer, era difícil y peligroso, y los naturales insurreccionados lo esperaban en sus gargantas para cerrarle el paso. Luego se verá cómo, no pudiendo franquear este camino, tuvo que retroceder para buscar el itinerario seguido por Canterac. Durante su marcha por la costa, en un espacio de 100

kilómetros, sólo fué flojamente hostilizado á su retaguardia por un regimiento de caballería al mando de Necochea, que regresó á Lima así que le vió internarse en los primeros desfiladeros de la montaña, sin observar siquiera sus movimientos ulteriores, de manera que en su contramarcha encontró el terreno libre. Los historiadores americanos, admiradores del incontestable genio militar de San Martín, han censurado su actitud inerte en esta ocasión, y los enemigos, que tenían la conciencia de su peligrosa situación, nunca pudieron explicarse su inactividad.

El desarrollo de las operaciones de Arenales en su segunda campaña de la sierra, y de Cochrane y Miller á lo largo de las costas de los puertos intermedios, pondrá en evidencia el alcance de los errores apuntados que, si bien tienen su explicación racional según las vistas del general independiente y dada su situación, no por eso comprometen menos su responsabilidad ante la historia como director de la guerra, en presencia de los hechos que fueron su consecuencia inmediata ó ulterior.

CAPITULO XXX

Expedición Libertadora del Perú.—(Segunda campaña de la Sierra).

1821

Retrospecto.—Las quebradas centrales de la cordillera.—Explicaciones estratégicas.—La resistencia de Aldao en la Sierra.—Gamarrá es nombrado comandante general de la Sierra.—Ricafort y Valdés expedicionan á la Sierra.—Resistencia de los indígenas.—Combate de Ataura.—Retirada desastrosa de Gamarrá.—Repliegue de Ricafort y Valdés á Lima.—Combate de Quiapa.—San Martín resuelve posesionarse sólidamente de la Sierra.—Expedición de Arenales y sus objetos.—Atraviesa la cordillera y se posesiona del valle de Jauja.—El armisticio de Punchauca suspende sus operaciones.—Refriega de Huando.—Prórroga del armisticio y violación accidental de él en la Sierra.—Arenales reconcentra sus fuerzas en Jauja.—Pinceladas complementarias al retrato de Arenales.—Los realistas se disponen á evacuar Lima.—Planes de Arenales para batirlos en su retirada.—Marcha en busca de Canterac.—Conflicto en que se encuentra y contramarcha.—Correspondencia entre Arenales y San Martín sobre operaciones de guerra.—Situación lamentable de Canterac al cruzar la cordillera.—Retirada del virrey La Serna y su rechazo por los Yauyos.—Reunión de La Serna y Canterac.—Arenales se retira de la Sierra y repasa la cordillera.—San Martín le previene tardíamente permanezca en la Sierra.—Nuevos planes de Arenales.—La división de la Sierra se reconcentra á Lima.—Consecuencias de un error.

I

Hemos apuntado en el capítulo anterior que, al mismo tiempo que San Martín estrechaba el bloqueo de Lima é iniciaba las negociaciones de Punchauca, abría otras dos campañas, una sobre los puertos intermedios al mando de Miller y bajo la dirección de Co-

chrane, y otra á la sierra, al mando de Arenales. Nos ocuparemos de ésta, dejando para después la otra, que fué simultánea, y respondía al mismo plan combinado. Pero para la inteligencia de los complicados movimientos que seguirán, se hace necesario dar una idea de los caminos que, desde los campos de los dos ejércitos beligerantes—Huaura y Lima,—conducen á la cordillera y á las provincias montañosas del interior que van á ser teatro de las nuevas operaciones.

Al dar una idea general del territorio del Perú, hemos dicho antes (véase cap. xxviii, párrafo 1) que de la región de la costa á la de la sierra, sólo puede penetrarse por anfractuosidades ó «quebradas», que son como brechas ó portadas plutónicas abiertas en una muralla ciclópea, que conducen por caminos estrechos y laderas escarpadas á los pasos precisos de la cumbre de la cordillera, del otro lado de la cual se encuentran, al oriente, Pasco, Jauja, Tarma, Huancayo, Huamanga y Huancavelica, de cuya posición central se ha dado ya noticia (véase cap. cit.). Los independientes, en las posiciones que ocupaban antes de la evacuación de Lima, entre Huaura y Chancay, dominaban dos quebradas por su flanco izquierdo: la del valle de Huaura, que conduce directamente á Pasco, por el paso de Oyón, y la de Canta, al noroeste de Lima, que lleva al mismo punto ó á Jauja y Tarma. Por aquí descendió Arenales al cerrar su marcha de circunvalación en la primera campaña de la sierra. Al este de Lima está la quebrada de San Mateo, que va directamente á Jauja y Tarma, y más al sudeste se halla la de Yauyos, que por la quebrada intermedia de Huachirí comunica con el paso de Yaulu en la cordillera y va á los dos preindicados puntos. Este fué el camino que siguió el virrey en su retirada de Lima. Estas dos quebradas, aunque dominadas por los espa

ñoles, estaban ocupadas por las guerrillas patriotas que bloqueaban á Lima, así como la de Canta en la zona neutral, circunstancia que debe tenerse presente para darse cuenta de algunos hechos de armas de que fueron teatro. Siguiendo el camino de la costa hasta llegar al valle de Cañete, se penetra á la cordillera por el camino de Lanahuaná, cuyos desfiladeros conducen á Huancavelica y Huamanga al oriente de la cordillera, y éste fué el itinerario seguido por Canterac.

Con esta breve descripción á vuelo de pájaro, se comprenderá que las quebradas eran como caminos cubiertos ó trincheras laterales para ambos beligerantes, y que Arenales, subiendo por la de Huaura, ocupase á Pasco libremente, al atacar á los españoles en el valle de Jauja por el frente, y que, al descender por la de Canta, se diese la mano con el ejército patriota avanzado en Retes hasta el valle de Chancay. Vese también cómo los españoles, subiendo por San Mateo y por Yauyos, podían comunicarse con Jauja y converger en un punto á la subida—Yaulu,—al amagar el flanco ó la retaguardia de la división de Arenales avanzada sobre Huancayo, y cómo, al subir ó descender, podían encontrarse con las guerrillas que ocupaban los desfiladeros. Por último, que una división, retrocediendo desde Lima á lo largo de la costa al remontar la cordillera por el camino Lanahuaná hasta Huancavelica, podía encontrarse al frente de las fuerzas que, partiendo de Pasco á lo largo del valle de Jauja, se avansasen hacia el sur. Como precisamente fué todo esto lo que sucedió, trazamos las líneas y los puntos de interceptación, como se marcan sobre un mapa con alfileres de distintos colores las marchas de las diversas divisiones de un ejército.

En la posición estratégica que ocupaba San Martín

con su ejército, tenía el dominio de Pasco, y por esto la línea de demarcación de oeste á este de los armisticios se comprendía dentro de las posiciones de los patriotas. Al contrario, la comunicación por Canta con Jauja era contingente, á menos de estar en posesión de Lima. A su vez, los españoles podían ser simultáneamente amagados por el frente desde Huaura y por una fuerza que, dueña de la sierra, se desprendiese por las quebradas de Canta y San Mateo, y aun por Yauyos, aunque más difícilmente. Combinados estos movimientos con una expedición por los puertos intermedios, á la vez que avanzase la columna de Arenales hasta Huancayo, se interceptaban los caminos del sur, y por consecuencia el de Lima con Huancavelica. Este era el plan de San Martín. De aquí el empeño de ambos beligerantes por dominar la sierra, que además de ser un clima en que se reponían sus tropas, les proporcionaba el contingente de buenos y numerosos reclutas para remontar sus cuerpos, diezmados por las fiebres mortíferas de la costa.

Comprendiendo San Martín el error cometido al ordenar el retiro de Arenales de la sierra, la contraorden para enmendarlo no llegó á tiempo, según antes se explicó. Mientras tanto, Aldao, como queda relatado, mantenía el terreno conquistado por Arenales, y con el apoyo de las poblaciones indígenas sublevadas, reconquistaba el valle de Jauja hasta Iscuchaca y Huancayo. Ricafort, vencedor de los indios en Huamanga, se replegaba á Lima, al mismo tiempo que Arenales, vencedor en Pasco, se reconcentraba al ejército independiente en Huaura y Retes. Carratalá, con su división, quedaba al oeste del Río Grande, y en posesión de Huancavelica y Huamanga, hacía frente á la insurrección avivada por Aldao. (Véase capí-

tulo xxviii, párrafo v). Llegados á este punto, vol vemos á tomar el hilo de la narración en las operaciones de la sierra.

II

La resistencia de Aldao, tan valerosa como era, carecía de consistencia y no llenaba los objetos de una campaña seria; empero él se empeñaba en darle una semblanza de organización militar, á que eran refractarios los elementos que acaudillaba. San Martín lo comprendía bien, y le escribía, que no se alucinase con la idea de tener batallones y regimientos nominales, previniéndole que no comprometiese con ellos ninguna acción. Para enmendar el error cometido y reparar el contratiempo de la tardía contraorden, se propuso sistemar la insurrección de la sierra y darle un carácter permanente, de manera de privar al enemigo de los recursos á la vez de nacionalizar la guerra, haciendo intervenir el elemento peruano más directamente en ella, por medio de la creación de un ejército popular de reserva. Al efecto, nombró comandante general de las fuerzas de la sierra al coronel Agustín Gamarra, peruano, natural del Cuzco, que había militado en las filas españolas y pasádose á los independientes al tiempo del avance de San Martín sobre Retes. Este gozaba de gran crédito entre sus paisanos, y se le suponían aptitudes militares que no acreditó al servicio de la causa de su patria. Provisto de algunos elementos de guerra y con un cuadro de oficiales y clases, marchó á ocupar su puesto (20 de febrero de 1821), posesionándose tranquilamente de Jauja y de los depósitos de armas dejados por Arenales en Tarma. Aldao se puso á sus órdenes. Las tropas colecticias á que éste había dado una organización regimentaria, entra-

ron á figurar en el cuadro del ejército: la caballería con la denominación de «Granaderos á caballo del Perú», y la infantería con la de «Leales del Perú». Estos fueron los primeros cuerpos peruanos organizados que, con las armas en la mano, sustentaron la independencia de la nueva nación.

Para los españoles la posesión de la sierra era cuestión de vida, así por lo que respecta á las subsistencias como á las comunicaciones con el sur. Así fué que, inmediatamente después de la deposición de Pezuela, el virrey La Serna dispuso, por su parte, que una división de 1.200 hombres al mando de Valdés, marchase de Asnapuquio á reforzar á Ricafort, que había vuelto á Huancavelica y Jauja, y que unidos ambos con Carratalá, reconquistasen sólidamente y pacificasen las provincias centrales de la sierra (25 de marzo de 1821). En el intermedio, Ricafort había obtenido algunas ventajas parciales sobre Aldao, sorprendiendo una de sus avanzadas y tomándole una pieza de artillería, pero sólo pudo avanzar hasta Iscuchaca, sin poder franquear la línea del Río Grande. Su situación no dejaba de ser algo apurada. Valdés y Ricafort, reunidos, se hallaron al frente de 2.500 hombres, pero encontraron cortados todos los puentes de maromas del río, á la sazón muy crecido, y alzados los indios que dominaban su margen oriental. Ricafort vadeó atrevidamente el obstáculo con la caballería, obligó á los indios á retirarse, y restablecido el puente de Concepción, afluente del Jauja, todas las tropas expedicionarias ocuparon el oriente del valle. Los indios, que se habían replegado al puente de Ataura—otro afluente del mismo río por el oriente,—esperaron el ataque á pie firme, en número de 4.000 hombres, sin más armas que sus hondas y macanas. No fué un combate; fué una nueva carnicería. Los vencidos dejaron en el cam-

po más de 400 cadáveres. Los vencedores sólo tuvieron algunos muertos y unos pocos heridos.

Mientras tanto, Gamarra, á los primeros rumores de que iba á ser atacado, antes de que nadie lo hostilizara, hizo desprender una descubierta sobre las fuerzas enemigas, evacuó Jauja y se replegó á Pasco con 6.000 hombres de las tres armas de las fuerzas organizadas por Aldao. San Martín, sabedor del movimiento de Valdés, le previno que no comprometiera acción formal (9 de abril) hasta ser reforzado por una división de línea que iría en su apoyo. Gamarra continuó su retirada y repasó la cordillera por Oyón, perdiendo, sin combatir, la mayor parte de sus tropas y los elementos de guerra que se le confiaron.

Los realistas, triunfantes, avanzaron por Tarma y Jauja, arrollando la insurrección, y se posesionaron de Pasco. Aquí cometió La Serna el mismo error de San Martín, ordenándoles que se replegasen á Lima. Carratalá, al frente de una división de infantería y caballería, quedó ocupando la sierra, en observación sobre el paso de la cordillera en Oyón, que era la llave de las comunicaciones del ejército independiente con las provincias centrales del interior. En consecuencia, Valdés y Ricafort se pusieron en marcha con dirección á la quebrada de Canta. Al descender las vertientes occidentales de la cordillera, se encontraron con las guerrillas volantes mandadas por Vidal, asistido por los partidarios Quirós, Elguera y Navajas (2 de mayo 1821). Estas guerrillas, aunque colecticias, tenían á raya las tropas veteranas de Lima, estaban bien mandadas y regularmente armadas, poseían un organización apropiada á su objeto y una táctica especial que les daba grandes ventajas en las fragosidades del pie de la sierra que ocupaban. Posesionados de un angosto desfiladero al este de la villa de Canta, en el punto

denominado la Quiapa, y coronadas sus alturas, la vanguardia de la columna española, compuesta de la compañía de cazadores del Alejandro, fué atacada y tomada prisionera con su capitán herido, después de un vivo fuego en que agotó sus municiones. Cuando la reserva acudió en su auxilio, ya era tarde. Dejando entonces su caballería á retaguardia, que no podía maniobrar por el terreno, Valdés y Ricafort pretendieron flanquear la posición con dos columnas de infantería, mandadas personalmente por ellos. Los guerrilleros se replegaron sobre Canta, por las alturas, y tomaron nuevas posiciones. Aquí se irabó nuevamente el combate, con pérdidas por una y otra parte, siendo Ricafort gravemente herido y las guerrillas se retiraron con su presa á las escabrosidades inaccesibles de la montaña. Más adelante se renovó el ataque al día siguiente (3 de mayo) en otro desfiladero, cuyo camino estaba cortado en tres puntos; pero la posición fué flanqueada como la anterior, y sus defensores se dispersaron con alguna pérdida. Los españoles se dieron el aire de triunfadores y entraron á Lima con Ricafort tendido en una camilla, mientras las campanas se echaban á vuelo en su honor para cubrir este pequeño contraste, infligido por los «montoneros», como ellos los llamaban.

Tal era el estado de la guerra en las cordilleras al tiempo de que Arenales se dirigía nuevamente á la sierra, para abrir su segunda campaña.

III

La segunda campaña de la sierra; como concepción amplia relacionada con un plan general, corresponde, en sentido inverso, al atrevimiento y precisión de la

primera. Como operación de guerra en sus objetivos inmediatos, estaba perfectamente calculada para llenar los dos fines que se buscaban: obligar al enemigo á la evacuación de Lima, y ocupar el punto de retirada en que podía rehacerse, ganando, durante las negociaciones pacíficas que iban á abrirse, posiciones ventajosas. Como ejecución, no correspondió á su concepción ni á los cálculos que la aconsejaron, pero obtuviéronse algunos de sus resultados, como más adelante se verá.

El objetivo principal de la expedición de la sierra era batir las divisiones de Ricafort y Valdés marchando decididamente sobre ellas. Logrado esto, posesionarse de Jauja y Tarma, avanzar hasta Huancayo y extender la insurrección hasta Huamanga y Huancaavelica. Una vez obtenido el objeto principal, abrir comunicaciones por Ica con la expedición de puertos intermedios y cortar las comunicaciones del enemigo por el sur, ó bien, si las circunstancias lo aconsejasen, amenazar con toda su masa á Lima, cerrando todas sus avenidas á la sierra, á cuyo efecto las guerrillas que cubrían las quebradas, quedaban prevenidas para «obedecer ciegamente las órdenes de Arenales.» Se preveía la eventualidad de que el ejército se trasladara á Ica, y entonces debían combinarse las operaciones para cortar la retirada al enemigo, encerrándolo en las gargantas áridas de la cordillera. En caso de contraste, debía la división expedicionaria replegarse á Catajambo (provincia de Huaylas, á retaguardia de la posición de Huaura), donde quedaba establecido el parque de reserva. Los objetos que serían la consecuencia de estas operaciones, eran privar á Lima de recursos, reparar la salud de los soldados inutilizados por el clima malsano de la costa y remontar los cuerpos, que se hallaban muy disminuídos, concurriendo á la vez

á formar el plantel de un ejército nacional en la sierra sobre la base de la insurrección.

La división destinada á realizar este plan, constaba de 2.132 hombres, y se componía de los cuerpos siguientes: batallones números 1.º y 7.º de los Andes y el Numancia, regimiento de Granaderos á Caballo y 32 artilleros con cuatro piezas de montaña, sin contar jefes y oficiales, ó sea como 2.300 hombres que, reunidos á las fuerzas salvadas por Gamarra, alcanzarían á 2.500 hombres. Como el ejército independiente constara á la sazón como de 5.800 hombres, y desprendiese al mismo tiempo 600 hombres para la expedición de puertos intermedios, el general en jefe sólo quedaba con 3.000 enfermos y convalecientes, para hacer frente al ejército de más de 7.000 hombres que tenía arrinconados en Lima y el Callao y se proponía reducirlos á la última extremidad con sus combinaciones, «sosteniendo, según la enérgica expresión de los peruanos contemporáneos, el cadáver de un ejército desaparecido al rigor del clima.» Los soldados que componían la división destinada á la sierra, eran espectros en lugar de hombres, según el testimonio de uno de sus generales. Ante estos hechos, hay que reconocer que, á pesar de sus errores y del sistema lento y expectante de conducir la guerra—impuesto por otra parte por la exigüidad de sus medios,—el genio del general de los Andes conservaba todavía su inspiración y fortaleza primitivas.

Arenales, tan resuelto en la acción como cauto en la preparación, situó su campamento en el pueblo de Oyón, sobre las vertientes occidentales de la sierra, á suficiente altura para aclimatar gradualmente á las tropas en la región en que iban á operar (26 de abril de 1821). Allí se contrajo á su organización y disciplina, y cuando todo estuvo pronto, atravesó la cordille-

ra por el paso de Oyón (9 de mayo). Las alturas estaban cubiertas de nieve. Hacia la parte oriental, al descender la cuesta, el camino se extendía á lo largo de vastas llanuras cruzadas por numerosos arroyos, y las cadenas de montañas nevadas que se sucedían en lontananza, agradaban y embellecían este sorprendente espectáculo. El frío era intenso. Aldao, con los restos de su división, marchaba á la vanguardia. En este día tuvo Arenales noticia de que Ricafort y Valdés se habían replegado hacia Lima, y que sólo había quedado Carratalá con su división para hacerle frente en Pasco, y en consecuencia, se dirigió á este punto en su busca. Pocos momentos después, sintióse en la vanguardia un tiroteo. Era una partida de Aldao que se había encontrado con una avanzada realista, la que transmitió la alarma al campo de Carratalá, quien se puso luego en retirada. Arenales ocupó sin resistencia á Pasco el 11 de mayo á la 2 de la mañana, marchando sobre la nieve, y desprendió un destacamento sobre el pueblo de Reyes, á 62 kilómetros á vanguardia, con el objeto de sorprender al enemigo; pero éste lo había evacuado, incendiando el pueblo. Quince días después, la división de la sierra se hallaba en Tarma, é inmediatamente se posesionaba de Jauja, con un aumento de 600 soldados (20 á 23 de mayo). Carratalá, disputando el terreno, se retiró con serenidad á Concepción, con 400 hombres de infantería y 300 hombres de caballería. Arenales intentó por segunda vez sorprenderlo en esta posición. Al efecto, destacó 200 cazadores de infantería montada y 500 hombres de caballería al mando de Gamarra. Este jefe peruano, de quien tanto se esperaba, llegó al amanecer del 25 de mayo á la margen derecha del río de Concepción, y esperó la salida del sol para cruzarlo, dando así tiempo á Carratalá á retirarse tranquilamente por la margen

opuesta. Las fuerzas patriotas se extendieron á lo largo del valle hasta Huancayo.

Un vasto campo se abría á las operaciones de la división de la sierra. La división volante de Carratalá en retirada, sin más punto de apoyo que la débil guarnición de reserva de Arequipa, no podía oponerle resistencia hasta Huamanga y Huancavelica. Las fuerzas del general Ramírez en Puno eran de poca consideración, y además tenían la atención de la expedición á puertos intermedios. El ejército del Alto Perú, debilitado y fraccionado, y con otras atenciones, estaba lejos. Arenales, dándose cuenta de la situación, sometió al general en jefe un nuevo plan de campaña. Previendo la evacuación inmediata de Lima por el enemigo, y partiendo de la base de que, dominadas las aguas y ocupada la sierra por los independentes, los realistas quedaban sin teatro si se obtenían en mantener sus posiciones en la costa, concibió la idea de trasladar el teatro de la guerra á la cordillera, donde debía decidirse la cuestión. En consecuencia, proponía en primer lugar que pasase inmediatamente á la sierra toda la parte del ejército independiente que había quedado en la costa—salvándolo así de la mortandad que lo dieztaba,—con excepción de las fuerzas necesarias que con auxilio de las guerrillas entretuviesen el bloqueo de Lima; formar un ejército respetable en la sierra que les aseguraba la victoria, é insinuaba á San Martín la conveniencia de que se trasladase á la sierra para dirigir en persona las operaciones. En segundo lugar, proponía avanzar hasta el Cuzco con rapidez, penetrar hasta el Desaguadero y regresar á Lima por el mismo camino, ó bien buscar los puertos intermedios en combinación con la expedición de Miller, respondiendo del éxito de esta operación con su cabeza, en tres semanas. Estos planes no tuvieron la acep-

tación de San Martín, cuya atención estaba concentrada sobre Lima y el Callao, á cuya posesión daba mayor importancia, no considerando la campaña de la sierra y la expedición á puertos intermedios sino como concurrentes al logro de este objetivo.

Situado Arenales en Huancayo, abrió comunicaciones con las guerrillas de Yauyos y Huarochirí, que cerraban al sudeste de Lima el paso de Yaulu en la cordillera. Mientras tanto, Carratalá se había replegado á Huanta y posesionado del puente de Iscuchaca. El porfiado general se propuso atacarlo por tercera vez antes que fuera reforzado. Calculando que la atención del jefe español estaba sobre Iscuchaca, amagó un ataque por el frente, mientras Alvarado con la vanguardia cruzaba el río, y atravesando caminos que se reputaban inaccesibles, con el auxilio de buenos guías de la comarca, caía sobre su flanco izquierdo. Estaba á punto de realizarse la combinación, cuando Arenales recibió la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió el curso de sus operaciones. Esta tregua, si bien fué favorable para los realistas, fué más provechosa aún para los patriotas, según San Martín lo había calculado desde su cuartel general en Ancón, y lo reconoce el historiador de Arenales, quien pudo entregarse con desahogo y confianza á la remonta y organización metódica de sus tropas, á la reparación y aumento de sus medios de movilidad y al establecimiento de talleres y maestranzas para la recomposición de su material.

IV

Transcurrido el término del armisticio, Arenales volvió á su plan de destruir á Carratalá. Alvarado removó el movimiento antes suspendido, y el 29 de

Junio cayó sobre el batallón Imperial Alejandro, que se hallaba en Huando, en el fondo de una quebrada, cubriendo el flanco izquierdo de la posición de Iscuchaca, y al frente del Numancia tomó prisionera una compañía de 120 plazas. Carratalá, que estaba más á retaguardia, hacia Huancavelica, recibió al batallón en fuga, formó su caballería y emprendió la retirada. La caballería patriota iba á dar alcance á su retaguardia, cuando se presentó un oficial parlamentario, haciendo saber la prórroga del armisticio por ocho días más. Esto ha dado lugar á acusar á los independientes de violación de las leyes de la guerra. En efecto, la prórroga del armisticio había sido antes notificada por Carratalá; pero por un cúmulo de circunstancias no llegó oportunamente á conocimiento de Arenales. A tiempo que Alvarado ejecutaba su movimiento de flanco, presentóse en el puente de Iscuchaca un oficial español parlamentario, exigiendo de Aldao, que lo vigilaba, se diese por notificado. El jefe patriota contestó que no reconocía otras órdenes que las que recibiese de su general, y le negó el pase por no venir provisto de los documentos necesarios. En esos momentos tenía lugar el ataque sobre Huando: Irritado el oficial español, regresó al puente, y se dirigió por la ribera opuesta del río en dirección á Jauja donde se hallaba Arenales. Al llegar al pueblo de Moya, por donde Alvarado había pasado poco antes, los naturales, al ver acercarse por un desfiladero un oficial con cinco húsares y un corneta, que reconocieron ser realistas, cayeron furiosos sobre ellos sin respetar la bandera blanca que llevaban. Dos de los soldados fueron muertos á pedradas, y el oficial habría corrido la misma suerte sin la interposición de unos artilleros que por acaso pasaban por allí conduciendo una carga de municiones.

Después de la refriega de Huando, Carratalá se retiró á Huamanga, y Arenales reconcentró todas sus fuerzas en Jauja, al mismo tiempo que San Martín, con el convoy naval, se replegaba de Ancón á Huacho y el virrey se preparaba á evacuar la capital (principios de julio).

Había llegado el momento de prueba, el momento de los grandes y bien combinados esfuerzos para poder «terminar la campaña en cuarenta días», como lo había indicado San Martín en su proclama. Aquí es donde se puso de relieve la figura de Arenales, el segundo cabo del ejército libertador del Perú, y el único que, después de Cochrane, comparte con San Martín, como general, la gloria de esta campaña. Hemos trazado antes su retrato (véase cap. v, párrafo VII). Es el caso de agregarle algunas pinceladas complementarias. Austero, estoico, adusto, tan precavido como audaz en sus concepciones militares, como metódico y tenaz en su ejecución, reunía á un carácter recto, un sentimiento profundo de la justicia y del deber. Era duro en el mando con sus subordinados, y todos le temían y respetaban; pero cuando cometía alguna injusticia, se apresuraba á darles una satisfacción. Cuidaba de los intereses públicos más que de los suyos propios, que se reducían á bien poca cosa. No tenía más escolta que un ordenanza para su servicio y custodia, ni más tren que un caballo de batalla y una mula de marcha, en que llevaba su ligero equipaje. El mismo ensillaba y desensillaba sus cabalgaduras, y no consentía que ninguno lo hiciera. Sabía herrar como un herrador de oficio. El mismo remendaba sus botas y su uniforme. Cuidaba muy poco de su vestido, y San Martín tenía cuidado de preguntar á uno de sus hijos en qué estado se hallaba el guardarropa de su padre, para hacérselo reponer sin que él

lo notara. Jamás recibió regalos ni obsequios de nadie, ni siquiera un ramo de flores. El mismo conducía sus provisiones en una alforja, que se reducían á queso y un pedazo de carne fría. San Martín le llamaba «compañero» y respetaba mucho sus opiniones, permitiéndole franquezas que no toleraba en ninguno de sus subordinados. El, á su vez, le correspondía con la lealtad propia de su carácter, y no le escaseaba verdades en materia de operaciones de guerra, salvo obedecer estrictamente sus órdenes, bien que resguardando confidencialmente su responsabilidad moral cuando disenta de los planes de su general. De estas relaciones entre los dos generales van á verse algunas muestras características.

En Jauja tuvo noticia Arenales de que los enemigos se preparaban á evacuar á Lima para trasladarse á la sierra y que tenían el propósito de dividir su ejército, que computaba en 5.000 hombres, en dos divisiones iguales, con el objeto de atacarlo por el frente marchando por Huancavelica para unirse á Carratalá, y á su vez por su flanco á retaguardia atravesando la cordillera por San Mateo, ó Guarochirí. Inmediatamente, y sin vacilar, escribió oficial y confidencialmente á San Martín como hombre que tenía su resolución tomada y sus ideas hechas (7 de julio de 1821). «Ya se deja ver que La Serna, si logra la reunión de sus fuerzas con Carratalá, debe venir á ocupar en masa los puntos que yo ocupo. Si no se embaraza esta operación concentrada, las consecuencias son claras. Supuesto esto, resulta serme necesario abandonar la sierra ó decidirme á batir esas fuerzas, con lo que menos se aventura un ataque. Evacuar yo la sierra y atravesar la cordillera trae el preciso resultado de perder la opinión, perder la caballería, estropear la tropa, perder 1.500 reclutas, todos los recursos

»y por último esta división. Vamos claro. Ha llegado
»el caso en que es de extrema necesidad que obremos
»con todo nuestro poder sobre la sierra. Abandonada
»la capital por los enemigos, ya no se necesita fuerza
»para tomarla y poseerla. Basta tener una fuerza em-
»barcada en la costa para protegerla en su caso. To-
»da la demás fuerza debe venir en masa á este país,
»para prevenir el cambio del teatro de la guerra medi-
»tado por los enemigos. De lo contrario, la guerra se
»va á dilatar mucho por un orden regular, y el re-
»sultado se pone en duda. Por todas estas razones,
»en fuerza de los intereses del país y del honor de esta
»división y de todo el ejército, debo decidirme á dar
»el golpe, cuyo éxito aparece más probable y menos
»aventurado. Una de dos: ó yo emprendo mi retirada
»por Pasco ó por Oyón ó Canta, con la precisa condición
»de que venga á reunírseme toda la fuerza disponible
»del ejército, sin dilación y antes que los enemigos
»reunan aquí el suyo; ó es inevitable que avance so-
»bre Huancavelica, ó tal vez hasta Huamanga, á batir
»las primeras fuerzas que vienen por allí á reunirse
»á Carratalá, y en caso apurado, pasar la cordillera
»por Castro-Virreina. El objeto más interesante en el
»día, es impedir la reunión de dos divisiones enemigas
»y cortar su comunicación, mientras no se pueda batir
»con éxito una de ellas. Para esto es indispensable
»también que sin pérdida de momentos se haga venir
»toda la fuerza del ejército de la costa á reunirse con-
»migo por Lanahuaná. Para entonces daría mis ins-
»trucciones para sus marchas, de tal manera, que aun
»en el caso de serme preciso ponerme por la parte de
»Huamanga entre el general Ramírez y todas las fuer-
»zas de Lima, cortada la comunicación de aquél y
»éstos, quedarían aislados y nuestro término se hacía
»más probable y seguro.» No hay una palabra perdida

en este despacho militar, en que se establece el problema de la situación y se da una solución con tanta resolución como claridad de vistas.

El general de la sierra, á la espera de nuevas instrucciones y contando que sería apoyado, ó por lo menos, que el general en jefe maniobraría de modo de concurrir á sus operaciones, se aconsejó de sí mismo al resolverse seguir adelante así que tuvo noticias de que Canterac venía en su busca con el primer cuerpo de ejército de evacuación de Lima. Su propósito era atacar á Canterac al pasar éste la cordillera y cuando descendiese su vertiente oriental hacia Huancavelica con sus tropas fatigadas y sus cabalgaduras postradas. En consecuencia se puso en marcha por la ruta de Huancayo é Iscuchaca, siguiéndole la reserva. El ejército de Arenales constaba á la sazón de cuatro batallones, seis escuadrones y cuatro piezas de montaña, que sumaban un total de 4.300 hombres, bien disciplinados y muy decididos, con suficientes medios de movilidad para la operación calculada. El 11 de julio estaba el cuerpo de reserva reunido en Huancayo, donde se hizo alto hasta tener noticias exactas del rumbo que traía el enemigo. A las 10 de la noche llegaron los baquianos espías y avisaron que Canterac pasaba la cordillera con dirección fija hasta Huancavelica. A las 2 de la mañana se puso en movimiento la infantería para alcanzar á la vanguardia, llevando á retaguardia el parque y la artillería. El general, habitualmente poco expansivo, aseguraba que antes de cuarenta y ocho horas la cuestión quedaría decidida. Todo prometía un triunfo, que se habría probablemente alcanzado, á haber seguido Arenales sus inspiraciones.

No había amanecido aún (12 de julio), cuando Arenales recibió la noticia de la evacuación de Lima por el virrey y juntamente una carta de San Martín en que

le recomendaba que no comprometiese combate mientras no tuviera completa seguridad de vencer, y que si era buscado por el enemigo se retirase hacia el norte por Pasco ó hacia Lima por San Mateo. Para mayor confusión, el general en jefe no le daba noticia alguna de los movimientos del virrey, y se limitaba á insinuarle que, dejando á los enemigos de su propia cuenta, privados de toda comunicación marítima y en el centro de un país que los rechazaba, no tardarían en verse anulados. Esta comunicación paralizó los bien concertados planes del general de la sierra.

V

Dejemos hablar al mismo Arenales en este trance. «A las 5 de la mañana, con el pie en el estribo en el alcance de la vanguardia al punto de Iscuchaca, he recibido la de usted del 6, y con ella dos extremos opuestos. Me dice que los enemigos acabaron de abandonar Lima y se dirigían á la sierra. Ni siquiera me indica qué rumbo hayan tomado. En esta duda, si vienen á reunirse con Canterac, no puedo hacerles frente, arreglándome, como debo, á sus prevenciones. Si vienen á caer sobre mi flanco y retaguardia, debo retroceder, hasta el punto en que deje franca mi retirada. Siento este acontecimiento por las consecuencias que precisamente vamos á tocar, muy á costa nuestra y de los sacrificios del país. Hablo con franqueza. ¿Qué ganará nuestro ejército con entrar á Lima á apestarse y acabar de destruirse, cuando con grande actividad podía estar ya convalidado en las inmediaciones de la sierra? ¿Qué sucederá de las tropas de esta división con mil quinientos reclutas, si tienen que hacer una deshonor

»rosa retirada para donde los esperan los hospitales y el sepulcro? ; Doloroso es tener que hablar en estos términos! Estas expresiones no tienen ningún espíritu de reconvención; y sólo son impulsadas por el sentimiento de que nuestra empresa va á postergarse incalculablemente ó á poner en duda nuestro feliz éxito. Ya me parece que veo á ese nuestro ejército que, embelesado en Lima, no se acuerda, al menos por lo pronto, de otras cosas que nos traerán amarguras, contentándose por ahora con calcular que la división de la sierra debe batir y acabar con los enemigos, para después decir, si tenemos contraste, que por qué abandonamos la sierra, como lo dijeron antes aun aquellos que votaron por que debía reunirse el ejército. Lo bueno es que estoy cubierto con mis comunicaciones y con sus preceptos que obedezco ciegamente. A otra cosa. Si en mi lenta retirada me encontrase con la fuerza de retaguardia, la batiré, y procuraré sostenerme lo que pueda, y si me viene refuerzo, que lo espero muy remotamente ó nunca, tal vez podamos remediar algo; pero si no, la división va á perderse con su retirada á la costa. »Sea lo que Dios quiera.» Arenales veía más claro que San Martín.

Pocas horas después recibió Arenales otra carta de San Martín en que, al darle algunas explicaciones respecto de sus planes y de los movimientos del enemigo, le decía que su objetivo inmediato era la rendición del Callao, repitiéndole sus anteriores recomendaciones. Arenales repuso: «Su carta me da más luces que las que yo tenía. Aunque mis pensamientos son desemejantes con los que usted me inspira, podré acertar á obrar mejor en conformidad con los designios que nunca quisiera contrariar. Si los enemigos me fuerzan á retirarme, ha de ser en regla,

»sin que se burlen de esta división. Como pueda lograrles algún lance de los que busco en mis movimientos, unos ficticios y otros verdaderos, he de aprovechar la ocasión con fruto. Este es mi intento: »procuraré siempre consultar con la prudencia: pero »ni por falta de fibra ni por atolondramiento me la »han de llevar. Supuestas las advertencias que me »hace acerca del batallón número 11 (de refuerzo), se- »ría conveniente que todas las partidas de guerrillas »se recuesten sobre mí por Yaulu. En tal caso, em- »prenderé una guerra distinta de la que en el día »puedo hacer, para llamar la atención de los enemigos »por diversas partes, y confundirlos para que se vayan »destruyendo, sin poder reponerse.»

En el conflicto en que se hallaba Arenales reunió una junta de guerra para aconsejarse. Hizo presente que tenía la probabilidad de vencer á Canterac forzando sus marchas, pero ante las instrucciones confidenciales del general y en la incertidumbre de la dirección que llevaba la columna del virrey, no podía cargar con tan grave responsabilidad obrando por su propia inspiración. La discusión se entabló sobre dos bases conjeturales: ó bien el virrey se hallaba en aquel momento sobre alguno de los pasos de la cordillera, de San Mateo, Yaurochirí ó Yauyos, ó había seguido el movimiento de Canterac. En el primer caso, la división de la sierra podía ser cortada, dirigiéndose el virrey á Jauja ó Huancayo, y se encontraría entre dos fuertes cuerpos de ejército. En el segundo caso, Canterac, amagado, podía evitar el lance y replegar sobre el virrey que lo seguía, afrontando así fuerzas igualmente superiores y reunidas. Acordóse al fin el regreso á Huancayo.

Mientras tanto, he aquí la situación en que se encontraban Canterac y de La Serna. Salido Canterac

de Lima el 25 de junio, siguiendo el camino de Lanahuaná, atravesó la cordillera por Huancavelica casi al mismo tiempo que Arenales marchaba á su encuentro, sin noticia de la posición y fuerzas de éste, ni de la fuerza de Carratalá, que se había replegado á Huamanga, como antes se explicó. En el tránsito había experimentado considerables bajas por muertes, rezagados y desertores, y al transponer la cumbre, su tropa y sus cabalgaduras se hallaban en el más lamentable estado y sin víveres ni forrajes, á punto de no contar con 1.500 hombres en condiciones de batirse, y no poder esquivar el lance si era atacado. El mismo ha confesado que no sabe por qué Arenales no lo atacó en tan crítica situación, y se asombra de su retirada cuando tenía por cierta su derrota. Por lo que respecta á La Serna, salido el 6 de julio de Lima, penetró á la sierra por Yauyos, como queda dicho. Esta quebrada es la más fragosa de la cordillera occidental, y lo mismo que la contigua de Yaurochirí, conduce directamente á Jauja. Los naturales de estas dos quebradas estaban insurreccionados: retiraron los víveres y ocuparon en son de guerra los ásperos desfiladeros, rechazando por tres veces á los españoles con gruesos peñascos desprendidos de lo alto de las montañas inaccesibles. La Serna, ante esta resistencia, vióse obligado á retroceder con bastantes pérdidas y echar al río algunas piezas de artillería y pertrechos que no le era posible salvar por falta de animales. Volvió á desandar su camino desde el promedio de la quebrada y tomó el de Lanahuaná antes seguido por Canterac, á quien se reunió el 4 de agosto. Las pérdidas en el paso de la cordillera fueron tan considerables, que ambos cuerpos de ejército, apenas alcanzaban á formar 4.000 hombres, incluso los enfermos.

VI

Simultáneamente Arenales se replegaba á Huancayo. Aquí le esperaba otra sorpresa. El general de la sierra había contado con la eficaz cooperación de las guerrillas que ocupaban las avenidas de Lima á la sierra y los pasos de la cumbre de la cordillera, que según el tenor de sus instrucciones, debían «obedecerle ciegamente.» Pocas horas después de la carta de San Martín que paralizaba sus planes, recibió un pliego del comandante Villar que dirigía esas guerrillas, en que le avisaba haber recibido orden directa del general en jefe para acercarse á la capital, á fin de prevenir los desórdenes consiguientes á su desocupación, prescindiendo de hostilizar la columna del virrey. No había ya nada que esperar de la costa; el enemigo se retiraba sin ser eficazmente perseguido, maniobrando libremente, y en combinación ó reunido á Canterac, todo el ejército de Lima venía compacto sobre la sierra. Arenales se replegó hacia el norte, á tiempo que la vanguardia realista aparecía á las inmediaciones de Huancayo, Río Grande por medio, sobre los altos de Moya (17 de julio), y esperó al enemigo en Concepción en actitud de combate; pero Canterac no se decidió á avanzar. El 19 ocupó la villa de Jauja. Su resolución era mantenerse á todo trance en la sierra. En este día, dictó un informe motivado, en que recopilaba todas sus observaciones anteriores, y hacía presente: 1.º Que al abrirse la campaña de la sierra, habíase hecho entender á todos sus habitantes, que no serían abandonados, en consecuencia de lo cual se habían comprometido, y que la retirada de la división—salvo que fuese exigida por consideraciones

de un orden más imperioso,—produciría un desánimo de que los españoles sacarían partido. 2.º Que si la división pasase al occidente de la cordillera, se pronunciaría la deserción de los naturales, que formaban la mitad de su fuerza en número de 2.000 soldados jóvenes, mientras que, manteniendo el terreno y auxiliado con los artículos de guerra necesarios, aumentaría inmediatamente las fuerzas á un número considerable. 3.º Que el enemigo iba á quedar en el caso de la retirada, en pacífica posesión de un vasto territorio, de numerosas poblaciones y cuantiosos recursos, mientras la capital continuaría privada de éstos, y con poca diferencia, en no mejor situación que cuando estaba en poder de los españoles. 4.º Que, reconcentrando todas sus fuerzas en Lima, no tardarían en ser contagiadas por la laxitud; el espíritu nacional declinaría, la disciplina se relajaría, las tropas sucumbirían á las enfermedades provenientes del clima, y en definitiva, sería difícil sacar de la capital la mitad de los soldados que hubiesen entrado en ella. Arenales hablaba como un profeta.

En la noche del día en que dictaba este informe, recibió nuevas comunicaciones de San Martín, en que le daba noticia de la marcha de La Serna por Yauyos, y le reiteraba por tercera vez sus terminantes preveniciones de esquivar todo compromiso serio, indicándole los diversos caminos por donde podía ejecutar su retirada, lo que dejaba á su elección. Simultáneamente recibía comunicaciones de Necochea, en que le avisaba que La Serna se había internado por la quebrada de Yauyos, á la vez que recibía parte de haber sido rechazado y que retrogradaba hacia Cañete. Arenales suponía que Necochea se hubiese mantenido en observación de los movimientos de la columna enemiga que perseguía, ó al menos permanecido en el valle

de Cañete, y no podía persuadirse de que el virrey retrogradara sin encontrarse con aquél, desde que nada le decía sobre el particular, por lo que se inclinaba á creer racionalmente que La Serna se hubiese recostado sobre su izquierda para tomar el camino del paso Yaulu en la cordillera. Aquí se ve patente el error capital que cometió San Martín al no perseguir activamente á La Serna, y la falta de detalle de no observar siquiera sus movimientos al abandonar su caballería en el valle de Cañete. (Véase cap. xxix párrafo xii). Inducido Arenales en error por esta falta, arregló sus marchas y tomó sus medidas.

Conciliando las órdenes de retirada con su anhelo de hacer algo útil, resolvióse á tomar el camino de Yaulu con el designio de buscar á La Serna y batirlo antes que se reuniese con Canterac, siempre en el supuesto de que el virrey seguía esa dirección. Al efecto, se posesionó del puente de la Oroya, al norte de Jauja, y franqueando el Río Grande al occidente, se situó en el páramo de Cachicachi. El 23 estaba en el fondo de la quebrada de Yaulu, que conduce igualmente á la quebrada de Yaurochiri y á la de San Mateo, según se explicó antes. Aquí recibió la noticia de que el virrey había contramarchado y dirigiéndose á Huancaavelica en pos de Canterac. Dirigióse entonces hacia el oriente de la cordillera para tomar la quebrada de San Mateo, á fin de establecerse en una posición más segura y dar descanso á sus tropas fatigadas, desnudas y descalzas, que habían marchado varios días por entre la nieve y bajo nevadas. Aquí le esperaba la última de las sorpresas. San Martín, reaccionando sobre sí mismo, comprendía, como en la primera campaña de Arenales, el error de abandonar la sierra, y le prevenía que era preciso se sostuviese en ella, aunque con la recomendación de no comprometer acción

Desventajosa, prometiéndole reforzarlo y auxiliarlo con todo lo necesario. Arenales contestaba con razón, con cierta ironía amarga: «No puedo dejar de admirar esta advertencia, y me es sensible no poder conciliar, como quisiera, mis operaciones con sus deseos. Dije con repetición, lo digo y lo diré siempre, que si esta fuerza salía una vez del centro de la sierra, y llegaban á ocuparla los enemigos, no seríamos capaces de recobrarla. Tengo bien presente que en una de sus comunicaciones me decía usted en contestación, que poco le importaba perder la sierra en comparación con otras meditadas medidas. Pero dejemos este punto; no me toca, ni trato de inculcar sobre las disposiciones de mi superior. Conozco que, rigurosamente y sin remedio, debemos adoptar otro sistema de guerra, por otros lugares y con distintos designios. Por mi parte, yo estoy bien desengañado de que, á pesar del empeño que he puesto en observar lo que se me prevenía, todo, todo recae contra mi opinión. Bien conozco, y le signifiqué antes á usted, que si me dejaba estar en la sierra, y sucedía algún infortunio ó desventaja, lo había de pagar yo; y si me retiraba, del mismo modo. Convencido de que debo hacer lo que se me manda, prefiero no obstante consultar lo más conveniente al buen éxito de nuestra empresa, aunque mi opinión, mi crédito y mi persona padezcan.»

La prevención de San Martín, que oportunamente habría decidido á Arenales á permanecer en la sierra, llegaba tarde, como la contraorden en la anterior campaña. No era posible reconquistar las posiciones perdidas sino abriendo una campaña formal de ejército contra ejército. La guerra divisionaria se había hecho imposible, ó por lo menos muy difícil y sin resultados. Además, como lo había previsto Arenales, la ma-

yor parte de los naturales de la sierra habían desertado en la retirada, y su división, desprovista de lo necesario para emprender operaciones, estaba reducida á poco más de la fuerza con que abriera su expedición. Esto mismo representó Arenales oficialmente. Empero, dando forma práctica á su insinuación de «sostener la guerra por otros caminos y con otros designios,» propuso un nuevo plan: marchar con su división al puerto de Ancón, embarcarse allí en los transportes del ejército y dirigirse á Pisco ó puertos intermedios, á fin de hostilizar las costas del sur, con la mira de posesionarse de Arequipa y del Cuzco, y aun del Alto Perú, aunque fuese á costa de un combate, para tomar así por el flanco y la retaguardia al ejército enemigo situado en Jauja y Tarma, debiendo mientras tanto el grueso del ejército independiente operar de un modo análogo sobre Pasco y las alturas de la Oroya. Este plan, que en su sentir podía dar la pronta terminación de la guerra, tenía por objeto preservar la fuerte división de la sierra de un desmembramiento y disminución sensibles; pero, por si esto no pareciese bien, pedía órdenes para ir con su división á tomar por asalto el Callao, las que cumpliría en el momento, para quitar ese estorbo al ejército. «Lo que importa, sobre todo, acababa diciendo, es no quedarnos quietos, porque los enemigos no lo estarán un instante.» Volvía á hablar Arenales, como un general, como un profeta y como un héroe.

El ayudante de Arenales, portador de estos despachos, y encargado de dar informes verbales, encontró á San Martín en su gabinete de trabajo, rodeado de gran cantidad de mapas y papeles. El general informóse minuciosamente de todo, y se convenció de la imposibilidad de que la división volviera á la sierra. Al día siguiente ordenó á Arenales que se replegase

á Lima, y le escribió confidencialmente que el Callao estaría pronto en su poder, y en cuanto á lo demás, discutirían sus planes y otros que tenía entre manos. En consecuencia, la división entró en triunfo, con más de mil hombres de baja de los que había sacado de Jauja. El general de la sierra se substrajo modestamente á toda demostración pública, entrando de particular en Lima, en momentos en que se juraba la independencia del Perú.

Así terminó la segunda campaña de la sierra. «De este modo—como lo observa un testigo presencial que militaba en las filas independientes,—los patriotas abandonaron las provincias del interior, de las que tomaron tranquila posesión los enemigos en divisiones aisladas; y este incomprensible error de parte de los patriotas compensó á sus enemigos de la pérdida de Lima.» Este error debía costar cuatro años más de guerra.

CAPITULO XXXI

Expedición Libertadora del Perú.—(Expedición de puertos intermedios).

1821

Los puertos intermedios.—Planes de Cochrane.—Tentativas para tomar el Callao por sorpresa.—Conjuraciones tramadas al efecto.—Nuevos planes de Cochrane.—Filiación de la expedición de puertos intermedios.—Desembarco en Pisco.—Retrato de Miller.—Conjuración de Lavín en el Cuzco.—Las tercianas.—Reembarco de Pisco.—Ataque y toma de Arica y Tacna.—Landa y Portocarrero.—Miller toma la ofensiva.—Acción de Mirave.—Resultados de la campaña de Miller.—Repliegue de Miller sobre Tacna.—Suspensión de hostilidades.—Reembarco de Miller.—Actos caballerescos de los beligerantes.—Nueva toma de Pisco.—Derrota de Santalla.—Miller se posesiona de Ica.—Terminación de la campaña.—Examen de la expedición de puertos intermedios.

I

Simultáneamente con el avance del ejército de Huaura sobre Lima, de la apertura de la segunda campaña de la sierra y el armisticio de Punchauca, se desenvolvieron las operaciones de la expedición á puertos intermedios, de la que vamos á ocuparnos, para llevar de frente la narración de los sucesos hasta el momento de la ocupación de Lima por las armas independientes.

Lo que en el Perú se conoce bajo la denominación vaga de «puertos intermedios», son los que se hallan situados á lo largo de la costa del sur de Lima, esca-

las entre el Callao y Valparaíso, cuando el Pacífico era un mar cerrado y estos dos puntos extremos determinaban los lindes de su mundo comercial. Para nuestro objeto basta conocer los principales puertos de de esta zona intermedia, que con Arica, puerto de Tacna, que ya conocemos; Ilo, puerto de los valles de Moquegua y Torata, al pie de la cordillera; Islay, que corresponde á Arequipa, y la rada de Pisco con su bahía de Paracas, célebre por el desembarco de San Martín y la primera internación de Arenales á la sierra. Tal fué el espacio comprendido por las operaciones que vamos á narrar.

Cochrane, no habiendo conseguido comprometer á San Martín en empresas aventuradas sobre Lima, tenía fijos sus ojos en el Callao y en los puertos intermedios, como puntos objetivos de ataque y teatro de las excursiones á lo largo de las costas dominadas por su escuadra. El almirante en sus «Memorias» atribuye á emulación del general que no le confiara fuerzas de tierra adecuadas para realizar sus planes, y contradiciéndose, á la vez que olvida mencionar un hecho que consta de documentos originales que llevan su firma, dice que «por verse libre de sus importunidades,» le confió una división con tal objeto. Éste fué el punto de partida de la expedición á puertos intermedios, que formó parte de la combinación del avance sobre Lima y la apertura de la segunda campaña de la sierra al tiempo de iniciarse las negociaciones de Punchauca.

El almirante había proyectado apoderarse de las fortificaciones del Callao por un golpe de mano de su invención. Al efecto, practicó personalmente un reconocimiento, y se persuadió de que su plan era practicable. No había empresa imposible para el genio audaz del vencedor de Valdivia y del captor de la Es-

meralda, pero tal intento no era factible sin inteligencias en la plaza, como él mismo lo comprendió. Esta es la parte de que San Martín se encargara, al continuar los trabajos de zapa iniciados en Pisco. A este fin respondía el alarde de sus fuerzas en la bahía del Callao antes de desembarcar en Huacho, así como su aparición en el mismo punto antes de recalar con su convoy, por segunda vez, en el puerto de Ancón.

Los patriotas peruanos de Lima, dirigidos por Riva Agüero y López Aldana, provistos por San Martín de los fondos necesarios, habían iniciado de antemano trabajos secretos para poner en manos de los libertadores las fortalezas del Callao. Encontraron al parecer los hombres que necesitaban en un español llamado Juan Santalla, comandante del batallón Cantabria, que guarnecía la plaza, y el caraqueño Juan de la Cruz Cortinas, que mandaba uno de los castillos. Era Santalla un tipo singular que, á pesar de su reputación de cobarde, dominaba por su soberbia á cuantos le rodeaban: tenía las fuerzas de un Hércules, que doblaba con sus dedos un peso fuerte, rompía una baraja con tanta facilidad como un hoja de papel, y con una sola mano lanzaba al aire un hombre cual si fuese una pelota. De ideas liberales, su gran pasión era el juego, y estos dos móviles le hicieron entrar en el plan por inclinación y por sórdido interés. En cuanto á Cortinas, era un patriota que, con más inteligencia que Santalla, obraba movido por su sentimiento de americano. El primer proyecto concertado consistía en clavar los cañones de la cortina de las fortificaciones que cae á la mar brava, para facilitar el ataque de la escuadra. Al efecto, se fabricaron sigilosamente en Lima ochenta clavos arponados de los menas, de los calibres que debían utilizarse, y se distribuyó entre la tropa una fuerte cantidad de dinero. El

virrey tuvo un conocimiento vago de esta conjuración (5 de diciembre de 1820) y cambió la guarnición de los castillos. Recomenzados los trabajos de zapa, se concertó un segundo plan que consistía en posesionarse de los baluartes con una parte de la nueva guarnición sobornada, y por los puntos de acceso al mar, abrir paso á las tropas de desembarco destinadas á proteger la operación. Cuando todo estuvo dispuesto para dar el golpe, San Martín hizo embarcar en la escuadra (30 de enero de 1821) una división de 550 hombres al mando de Miller. El virrey tuvo noticia de este movimiento de fuerzas, y receloso, reforzó la guarnición del Callao, tomando nuevas precauciones. Todavía se concertó un tercer plan ideado por Cortinas, que podría servir de argumento de melodrama, más bien que de base de una operación militar, y que refleja el acaloramiento de imaginación de los agentes revolucionarios que trabajaban en las sombras del misterio. Forjáronse llaves falsas de todas las puertas de los castillos—que se trabajaron en Lima como los clavos,—y con esto, y contando con algunos individuos de tropa seducidos, pensaban apoderarse de una de las patrullas que hacían la ronda exterior, y dar acceso á las tropas de desembarco; pero, relevado Cortinas del mando del castillo que estaba á su cargo, todo quedó en proyecto.

Es interesante confrontar la correspondencia entre San Martín y Cochrane con relación á estos planes, que hasta hoy ha permanecido inédita, y en la que puede seguirse la filiación de la expedición á puertos intermedios, á la vez que completan y corrigen las «Memorias» del ilustre almirante.

En los primeros días de febrero, cuando todo estaba preparado para ejecutar el segundo plan respecto del Callao, San Martín despachó un emisario llama-

do Martín Guarnís, con instrucciones para sus agentes secretos y encargo de transmitir directamente los avisos convenientes á Cochrane, quien había entrado de lleno en el plan. «Por mis oficios, decía al general (10 de febrero), verá que hasta ahora no he podido emprender el golpe mortal que usted había dispuesto contra el enemigo; pero, créame, que cuando llegue la tropa, ningún esfuerzo que pueda hacer, faltará para lograr este objeto importantísimo.» Una semana después (16 de febrero), escribía á Monteagudo, que, habiéndose divulgado el secreto, el admirable plan fallaba totalmente, y le adjuntaba las cartas del emisario Guarnís. En el mismo día se dirigía al general diciéndole: «Hoy he visto que el enemigo ha sacado casi todos los cañones de las baterías de parte del mar, y los han vuelto hacia tierra, así como los de los torreones. Es, por ahora, impracticable hacer tentativa alguna sobre el Callao.» Al día siguiente volvía sobre lo mismo, pero con otros objetivos: «Quisiera que pudiese á usted explicar en español como en inglés en lo que fundo mis opiniones acerca de nuestra situación militar y política; pero esto no es posible, y siendo así, permítame asegurarle que mis motivos son el interés público, la gloria de usted y mis propias esperanzas, tres objetos suficientes para no comunicarle sino lo que pienso. El golpe mortal al enemigo de la toma de los castillos, habiendo sido frustrado inicuaamente á causa de algunos que han tenido noticia de sus acertadas intenciones, incapaces de callarse, espero que en ningún caso comunicará usted sus resoluciones sino á los que quiera confiar la ejecución de sus futuras empresas. El virrey ha creído que el destino de la tropa embarcada era á Cerro Azul, según voz y proclamas que esparcimos, y han salido para Chilca dos

regimientos de infantería y tres escuadrones. Lo que me parece debe hacerse por ahora, y hasta que el ejército pueda moverse, es fatigar á los enemigos con marchas y contramarchas de Chorrillos á Cañete, de Cañete á Chilca, y de una parte á otra, para caer sobre ellos de improviso. Acuérdesese, mi estimado general, cómo han obrado los atenienses con el poderoso Filipo y los romanos con los cartagineses. Si usted quiere volver los quinientos de tropa á mi disposición, responderé con mi cabeza, de ocupar á lo menos la mitad del ejército enemigo, sin riesgo ninguno. Digo si usted quiere volver la tropa, pues aunque está aquí, no quiero tomar sobre mi responsabilidad detener la que usted me ha confiado para un solo objeto, y así la envió á Huacho. A su llegada será bueno mandar preparar transportes para 3.000 hombres, á fin de distraer la atención del enemigo. Si esto se hace, yo respondo con los quinientos hombres de tener tan inquieto al enemigo, que pueda dar los recursos para la subvención de la causa patriótica. Sus tropas se fatigarán en buscarnos inútilmente, no les quedará ninguna parte del norte, y no recibiendo recursos del interior, no tendrán más tierra que la que pisa su ejército.» Y terminaba su carta protestando contra una imputación que le hacía el gobierno de Chile de haber permitido la introducción de víveres al Callao: «Ahora estoy sacrificándome sin provecho á la patria, y sin honor, en un bloqueo, que unos pícaros por su ganancia inutilizan. ¡Lea usted el oficio que en copia incluyo! ¡El original es sin firma del excelentísimo señor director! (O'Higgins). Debería yo ser ahorcado si hubiese permitido tal entrada. ¡Y qué castigo menor es debido al que ha inutilizado por dos meses los esfuerzos de usted, del ejército y de la escuadra?»

Como San Martín preparaba por este tiempo la segunda campaña á la sierra á cargo de Arenales, puso á disposición de Cochrane la división de Miller, fuerte de 600 infantes escogidos y 80 granaderos á caballo, con el objeto de concurrir á ella, haciendo una división, á la vez de interceptar la comunicación de las provincias del sur de Lima. Así fué acordada la expedición á puertos intermedios bajo la dirección de Cochrane.

II

* La primera expedición á puertos intermedios está vinculada al nombre de Miller, y su figura en ella ha sido popularizada por el retrato de cuerpo entero que se encuentra al frente de sus «Memorias». Esbelto, de rostro simpático, con patilla rubia á lo Wellington, con un antejo de larga vista en una mano y apoyada la otra en una espada inglesa envainada, llevaba en la cabeza el sombrero elástico de ordenanza, y sobre su uniforme militar, el poncho americano, con grandes espuelas peruanas de plata en los pies: en lontananza vense los Andes, y á su pie una tropa que alista sus cabalgaduras para la marcha en la montaña. En medio de este paisaje, con ese traje y tales arreos, desembarcó Miller en Pisco y se posesionó de Chincha, ocupando el pueblo bajo la protección de los cañones del San Martín, la O'Higgins y la Valdivia (22 de marzo). El coronel Lorig, que defendía el punto, pretendió sorprender la plaza cortando las avanzadas de caballería con 80 húsares, pero el capitán José Videla (argentino, de Mendoza), «hombre de pocas palabras, pero de muchos hechos,» según Miller, salióles al encuentro con 43 infantes y algunos jinetes, y los derrotó, matando seis hombres en la persecución.

El mismo día y casi á las mismas horas en que Miller tomaba pie en Pisco, una tragedia tenía lugar en el Cuzco, donde se descubrió una conjuración militar, encabezada por un argentino, á quien hemos visto antes figurar en las filas realistas como un perseguidor encarnizado de los americanos, y luego pronunciarse por la causa de la independencia. Como se recordará, el coronel José Melchor Lavín (enterreriano), de acuerdo con los agentes secretos de San Martín al tiempo de emprender su expedición, había tramado una conspiración en Arequipa, á consecuencia de la cual fué trasladado preso al Cuzco, donde fraguó otra más seria. Descubierto en sus trabajos, precipitó su estallido y se apoderó por sorpresa y con unos pocos hombres de la guardia del cuartel de la guarnición. Atacado, intentó resistirse, y fué muerto junto con sus compañeros. Así murió mártir de una causa que había odiado, como su compatriota el salteño Castro, tardíamente arrepentidos los dos, sin que su sacrificio aprovechase á la causa de la revolución que combatieron con tanto valor como pasión, pero que la posteridad ha tomado equitativamente en cuenta.

Echado Miller á tierra, el almirante se dirigió á Cerro Azul con el objeto de efectuar su desembarco, pero la fuerte marejada y la noticia de que una gruesa columna salida de Lima se dirigía sobre Pisco, le hizo desistir de su intento. Volvió entonces á insistir sobre su tema de tomar á Lima á viva fuerza, idea que no se ajustaba á los planes metódicos y á las miras políticas de San Martín, según en su lugar se explicó. «Ahora es tiempo, escribía al general (abril 8), de dar al enemigo el golpe mortal. Con 4.000 hombres responderé con mi cabeza de que, desembarcando en Chorrillos, estará usted en Lima en cuatro horas. Si se resuelve usted sobre esta medida, bajaré mañana ó

»un día después para acampañarlo en Chorrillos, ó bien
»á la caballería por tierra, si se me permite. No se ne-
»cesita más que presentarse para que la capital del Pe-
»rú caiga en su poder. Los altos de Chorrillos son defen-
»dibles contra 40.000 de tropa, y el desembarco es ex-
»celente.» Días después agregaba: «Si no puede poner
»en ejecución el plan indicado en mi última, y puede
»disponer de 500 hombres (ó trescientos además), des-
»truiré toda la división enemiga que se ha dirigido á
»Cerro Azul.» Esta posición, en la extremidad del va-
lle de Cañete, era la llave de los caminos adyacentes
de Lima, que comunicaban con la sierra y las provin-
cias del sur, y debió ser el objetivo de la expedición que
el almirante había dirigido á Pisco, por considerar esta
operación más provechosa.

San Martín, que había destacado 2.200 hombres á
la sierra con Arenales y puesto 680 á disposición de
Cochrane, que representaban como la mitad de su ejér-
cito, no podía desprenderse de más fuerzas sin quedar
reducido á la impotencia para obrar sobre Lima. El
almirante, por su parte, que al principio había pro-
puesto y aceptado una simple diversión, al verse al
frente de una división regular, imaginó formar sobre
esta base un nuevo ejército, proyectando un plan de
operaciones más vasto por su cuenta. Su propósito era
expedicionar hasta el Alto Perú. Al efecto, se dirigió
directamente al gobierno de Chile pidiéndole le man-
dase 1.000 hombres á sus órdenes, y si esto no era
posible, por lo menos 500 con 1.000 fusiles, para ar-
mar con ellos los reclutas que alistase en las provin-
cias meridionales del Perú, que se proponía conquis-
tar, sacando de ellas los recursos para su manteni-
miento. Este pensamiento coincidía hasta cierto pun-
to con el de San Martín, que comprendía la importan-
cia de convertir la diversión en operación seria de

guerra. «¡Qué ventajas se reportarían, escribía á O'Higgins, si Chile pudiese enviar á Míller, aunque no fuesen más que doscientos hombres y algún armamento á Intermedios! Este paso aseguraba la campaña de un modo positivo.» El gobierno de Chile contestó á ambos que no le era posible hacer este nuevo esfuerzo, y era la verdad.

El almirante, arrebatado por su genio impetuoso y movido por el anhelo de buscar botines de guerra, convirtió la diversión en una campaña de aventuras y en una especie de irrupción de merodeo, con grandes objetivos y pequeños medios, sin plan fijo y sin concierto. Empero, la habilidad de Míller salvó el honor de sus armas, alcanzando algunas ventajas considerables, pero sin trascendencia ulterior, como luego se verá. El desembarco en Pisco no respondía precisamente al objeto que se tenía en vista, á menos de tomar posesión permanente del punto para ejecutar correrías al interior, ó bien para dar un punto de apoyo á la columna de Arenales por la sierra, obrando en combinación. Así, la operación no produjo más resultado inmediato que apoderarse de algunas especies de particulares que existían en aquel puerto, con descrédito de la expedición.

Al norte de Pisco corren dos ríos paralelos, de cordillera á mar, á distancia de 26 kilómetros uno de otro, cuyos valles llevan la denominación de Chincha-Alta y Chincha-Baja. Míller se posesionó del segundo valle, y estableció su reserva en Pisco. Los españoles, que habían destacado desde Lima una división al mando de Camba en observación de los patriotas, se situaron en Chincha-Alta, á 41 kilómetros de distancia. Ambas fuerzas permanecieron como un mes á la estricta defensiva, haciendo sus descubiertas en el terreno intermedio, que es un arenal árido, donde so-

lían trabarse pequeñas escaramuzas. Un tercer enemigo invisible, más poderoso que los dos, los atacó y venció. La fiebre maligna de la costa—las tercianas,— los redujo á una total impotencia. A un mismo tiempo cayeron postrados los jefes de las dos divisiones, con casi todo el resto de su tropa. De los 600 hombres desembarcados, murieron 28 en un mes, y 160 de los enfermos más graves pasaron al hospital, los que fueron reemplazados por 100 esclavos reclutados en las haciendas inmediatas. En tan deplorable situación, se determinó el reembarco (22 de abril). Miller fué conducido á bordo en una camilla, con pocas esperanzas de salvarle la vida. La tropa, al tomar los botes, apenas podía sostener el peso de sus armas ni tenerse en pie. A este precio se conquistó el botín tomado en Pisco, dejando los expedicionarios en pos de sí una ingrata memoria.

El almirante se disculpaba de no haber llenado los primeros objetos de su expedición ni realizado su promesa de desembarcar en Cerro Azul, dando la preferencia á Pisco. «Era imposible efectuar cosa alguna en los caminos contiguos á Lima, con gente en tal estado, é imprudente permanecer por más tiempo en Pisco, después de embarcar el vino y aguardiente para la escuadra. Las causas para no desembarcar en Cerro Azul, las he comunicado, manifestando su imposibilidad. En lo tocante á obtener vino y aguardiente, son artículos, no solamente indispensables para la comodidad, sino para la salud de la marinería, y especialmente la extranjera, que, por el conocimiento que tengo de sus costumbres, estoy persuadido de que no serviría sin sus acostumbradas raciones.» Esta nota, en medio de su trivialidad, es característica y comparada con las anteriores promesas de Cochrane, en que respondía del éxito con su cabeza, aun

con fuerzas menores que las que San Martín puso á sus órdenes, ofrece uno de esos contrastes propios de este héroe tan grande en su conjunto y tan pequeño en sus detalles.

III

Como el general diera al almirante facultades discrecionales, resolvió dirigir la expedición al sur. El 6 de mayo estaba sobre Arica. Este punto estaba defendido por 300 hombres y una batería de 6 piezas, que barrían el desembarcadero. Intimidada rendición á la plaza, con la promesa de respetar las vidas y los intereses particulares, el jefe de ella contestóla con desprecio. La escuadra rompió sobre la ciudad un inútil bombardeo. La tropa, conducida en dos goletillas, efectuó su desembarco sin resistencia, aunque con alguna dificultad, en el morro de Sama, 52 kilómetros al norte de Arica. La columna se componía de 250 hombres—á quienes temblaban las piernas al pisar en tierra, de resultas de las tercianas,—y se dividió en dos destacamentos: uno al mando de Míller, que se dirigió atrevidamente á la ciudad de Tacna, 62 kilómetros al interior: el otro marchó sobre Arica siguiendo la costa del mar con el mayor Manuel José Soler, distinguido oficial argentino que mandaba los granaderos á caballo de la expedición de que era segundo jefe. Los enemigos, al observar este movimiento, abandonaron la posición. La batería fué tomada con sus cañones. Soler persiguió á los fugitivos que se retiraron en desbandada al contiguo valle de Azapa al sur, donde le tomó 100 prisioneros, interceptando una arria de mulas con 120.000 \$ que se dirigía á Lima. En el puerto se tomaron considerables bastimentos por valor de 300.000 \$ en mercaderías, pertenecientes

á españoles residentes en Lima. Todos estos valores fueron trasladados á bordo de la escuadra y Cochrane dispuso de ellos.

Tacna, por la índole de sus habitantes y sus antecedentes revolucionarios (véase cap. xxv, párrafo VII), era un pueblo con cuya opinión enérgica podían contar los expedicionarios. Míller fué recibido con entusiasmo, y se le presentaron inmediatamente numerosos voluntarios. La fuerza que guarnecía á Arica, compuesta en su mayor parte de tacneños, y la guarnición de la ciudad, pasóse á los patriotas, y con ellos se formó un nuevo batallón denominado «Leales del Perú», al que Cochrane entregó una bandera con un sol de oro en campo azul, símbolo del Perú y del elemento azulado de su inventor. Soler, con un destacamento y un piquete de 62 marineros con dos cohetes á la congrève, se reconcentró en Tacna.

El primer voluntario que se presentó á Míller, fué un peruano llamado Bernardo Landa, que había militado con los españoles y señaládose por sus persecuciones contra sus paisanos. Era un hombre decidido, de estatura gigantesca y conocedor de todas las personas y cosas y de todos los caminos de la provincia. «Usted necesita de un hombre, le dijo; aquí me tiene.» Le empeño mi palabra, de que no tendrá por que arrepentirse.» Y en efecto, Landa fué el hombre de la expedición; sin él habría fracasado desde el principio, y Míller no hubiera obtenido las señaladas ventajas que alcanzó. Otro hombre que prestó importantes servicios en esta ocasión, fué el coronel peruano Mariano Portocarrero, uno de los agentes secretos de San Martín antes de la invasión (véase cap. xxv, párrafo VII). A él se debió el pronunciamiento de Moquegua más tarde, donde ocupaba el puesto de subdelegado, que continuó desempeñando para servir más

eficazmente á los patriotas con sus trabajos secretos y sus oportunos avisos de los movimientos del enemigo. «Portocarrero, escribía Cochrane á San Martín, está poniendo todo en movimiento para levantar el interior. El efecto producido con el desembarco de doscientos hombres es prodigioso. Estas provincias darán muchos recursos, porque son más ricas que las del norte, y mucho más patriotas. Si tuviéramos armas, toda la provincia de Arequipa sería nuestra en pocos días. Todas las armas que teníamos y hemos recogido, están empleadas, pero no son suficientes para marchar en derechura á Arequipa, á menos que sus habitantes no se pronuncien, lo que, según estoy informado, es muy probable.»

Míller llegó á tener bajo su bandera de guerrillero como 700 hombres, que sucesivamente aumentó á 900, pero el núcleo sólido de su tropa no pasaba de 400 hombres. Impulsado por Cochrane, animado por Landa y Portocarrero, llamado por los habitantes de Moquegua, y siguiendo sus propias inspiraciones, se decidió á tomar la ofensiva, insurreccionar el interior del país, y convertir la diversión en una campaña formal.

IV

A la noticia del desembarco de Míller; todo el sur se puso en alarma exagerando el número de sus fuerzas. El general Ramírez, para contrarrestar la invasión, dispuso desde Puno la marcha de 250 hombres del batallón Centro á órdenes del comandante Felipe Rivero, para que, unidos otros 200 veteranos que marcharían desde Oruro con el coronel Cayetano Ameller y 200 algo reclutas de Arequipa, á más de 100 hombres de la guarnición de Moquegua, convergiesen al valle

de Tacna bajo el mando superior del coronel José Santos La Hera, formando un total de 800 hombres. La Hera bajó de Arequipa por el valle de Locumba, punto intermedio entre Tacna y Moquegua, con el río y valle de Ilo interpuestos, y se situó en Mirave sobre la margen derecha del río que riega la comarca, donde esperó la incorporación de la fuerza de Rivero.

Miller, bien informado por Portacarrero de los movimientos del enemigo y con los datos topográficos que le suministró Landa, comprendió que antes que las tres columnas convergentes se reuniesen, podía batir aisladamente á cada una de ellas, y no vaciló en tomar la ofensiva. Con 350 infantes y un piquete de marineros, dos coheteras, 70 granaderos á caballo y 60 paisanos voluntarios bien montados, se puso en marcha. Guiado por Landa, situóse en Buena Vista, sobre el río de Sama, á 78 kilómetros de Mirave (20 de mayo de 1821). Mediaba entre ambos puntos un desierto pedregoso sin agua ni vegetación, y un sendero escarpado y estrecho conducía al pie de la montaña. La columna patriota salvó esta distancia en una marcha forzada de diez y ocho horas, y en la noche del 21 de mayo descendió el valle de Locumba por un despeñadero, por el cual sólo podía pasar un hombre de frente hasta llegar á la orilla izquierda del río.

La Hera había establecido su campamento en una hondonada al pie de la serranía sobre la margen derecha del mismo río que forma un pequeño valle lateral, y dormía tranquilo dentro de los cercos del pueblecillo allí situado que lleva el nombre de Mirave, considerando imposible todo ataque. Eran las doce de la noche, y reinaba profunda obscuridad; una descubierta de cinco hombres que precedía á la columna, encontróse en su camino con un piquete de caballería que,

pastaba unos caballos en un alfalfar cercado, de los que se tomaron tres prisioneros, pero los otros dieron la alarma en el campo realista. Miller, que no suponía á los enemigos tan cercanos, se encontró sorprendido á su vez, y sin conocer su exacta posición, mandó que los tambores y cornetas sonasen la carga, lanzando el alarido de guerra de los indios; pero se encontró con el obstáculo del río que en aquel punto se divide en dos brazos. Los capitanes Hill y Hunn (ingleses), al frente de dos partidas de coheteros de 10 hombres cada una, sostenidos por la caballería, atravesaron el río que es allí muy torrentoso, luchando contra la corriente que hubo de arrastrarlos. Mientras tanto, La Hera había formado su tropa y roto el fuego al abrigo de los cercos, rechazando la caballería patriota que se formó sobre el valle, mientras la reserva permanecía sobre la margen izquierda. Los dos valientes capitanes ingleses con sus coheteros tomaron posición en dos alturas á derecha é izquierda del valle, y llamaron la atención del enemigo, concentrando sobre ellos sus fuegos. Fué entonces cuando Miller pudo atravesar el torrente con su infantería, montada á la grupa de los voluntarios tacneños, cubriéndose con la boscosidad del terreno, y tendió su línea de combate en una meseta, con uno de sus flancos sobre el borde escarpado del valle y el otro sobre una cadena de cerros. En esta actitud se pasó la noche.

Al amanecer (21 de mayo de 1821) se encontraban las dos líneas á dos tiros de fusil una de otra, en un declive de la montaña como de 1.700 metros de anchura. Miller dispuso inmediatamente el ataque, que se llevó con impetuosidad, frustrando los esfuerzos de La Hera, que pretendió apoderarse de una loma dominante que tenía sobre su izquierda, y cortóle así su retirada. Desalojados los realistas de su posición y

estrechados en la extremidad de un monte cortado á pique á sus espaldas, combatieron con valor desesperado, pero al fin fueron vencidos. Cuarenta y cuatro muertos, cincuenta y nueve prisioneros, la mayor parte heridos, y 400 mulas, fueron los trofeos de ésta victoria, escapando tan sólo sesenta infantes y 80 jinetes. La pérdida de los patriotas fué de 25 hombres entre muertos y heridos, siendo la más sensible la del joven Welsh (inglés), cirujano particular de Cochrane que acompañaba á la expedición como voluntario y murió gloriosamente.

No habían aún desaparecido los últimos fugitivos de La Hera, cuando se presentó por el sur el comandante Rivero, con el destacamento de Puno montado en mulas, que había dormido á poco más de cinco kilómetros del campo de batalla, que al atravesar el río, y recibido por algunos disparos de cohetes, vió que llegaba tarde, y se puso en precipitada retirada.

En la misma tarde continuó Miller la persecución y el 24 llegó á Moquegua. Landa, con una partida de paisanos armados, se había apoderado de antemano del único portezuelo de las alturas que rodean el sitio donde está situada la ciudad que toma su nombre del valle. Allí fué alcanzada la retaguardia de La Hera por el mayor Soler, y tomada casi en su totalidad prisionera. Fué entonces cuando Portocarrero dió la cara y se incorporó á las filas independientes. Mientras tanto, el destacamento de Rivero, llegado á última hora de la acción de Mirave, se retira hacia Arequipa por las alturas del valle contiguo de Torata al norte, formado por el río Ilo, que desemboca en el mar y da su nombre al puerto. El 26 le dió alcance el activo Miller en un punto llamado la Calera, en las vertientes occidentales de la cordillera, á 312 kilóme-

tros de Mirave, y casi todos fueron muertos ó prisioneros, escapando muy pocos.

Con legítimo orgullo y con verdad, dice el héroe de esta campaña que en menos de quince días después de su desembarco, un puñado de patriotas había muerto, aprisionado ó puesto fuera de combate, cerca de mil hombres, incluyendo la guarnición dispersada en Arica. El almirante, entusiasmado por estos rápidos progresos, escribía á San Martín: «Los aletargados se despiertan; los cobardes se vuelven valientes; el enemigo, intimidado y abatido. Si siguen las cosas como hasta ahora, estaremos en Arequipa dentro de ocho días. La pluma de Monteagudo y una imprenta nos hacen mucha falta, como también armas para los jóvenes que se presentan.» Pero aquí terminan los triunfos y empiezan los contratiempos, propios de toda operación sin objetivo fijo y sin base segura, por felices que sean sus comienzos.

V

Las disposiciones del general español Ramírez, contando, como contaba, con fuerzas superiores y de mejor calidad para contrarrestar la invasión, no correspondieron á su fama militar: á no ser así, aquélla no habría pasado de Tacna, y Miller hubiera tenido que reembarcarse. Afortunadamente para los españoles, las mismas fuerzas convergían espontáneamente hacia el punto del ataque. Muy luego La Hera se encontró con el aguerrido batallón Gerona que venía en su auxilio. Rivero, con sus restos, se incorporó con un destacamento de 100 hombres que llegaba de La Paz. El jefe realista hallóse al frente de una fuerte columna de 800 veteranos, y volvió á tomar la ofensiva, con

el objeto de cortar á Miller su retirada á Tacna. Noticioso Miller de esta reacción y de este movimiento, adelantó sus partidas avanzadas hasta 75 kilómetros de Arequipa, para distraer la atención del enemigo, emprendió su retirada descendiendo el río Ilo (4 de junio), y se reconcentró en Tacna, cuando La Hera se hallaba como á 21 kilómetros de distancia (12 de junio). El jefe español, considerando superiores las fuerzas patriotas, y llamada su atención á retaguardia por los partidarios, retrocedió remontando el valle hasta el pie de la sierra. En estas circunstancias se recibió oficialmente la notificación del armisticio de Punchauca, que suspendió las hostilidades.

Durante el armisticio, Miller se ocupó en dar organización á sus fuerzas, que alcanzaron á cerca de 900 hombres, regularmente armados y equipados, pero de los cuales sólo 300 merecían el nombre de soldados. Lleno, empero, de ilusiones, escribía en esta fecha á San Martín: «Estoy en comunicación con el Alto Perú. »El semblante de las cosas es lisonjero. El general »Ramírez sé positivamente está con un miedo increíble: me aseguran que tiene una porción de mulas »gordas, pronto para escapar. La llegada de unas partidas más, compuestas principalmente de milicianos, »á 14 leguas de Arequipa, ha causado fermentación »entre los realistas, tanto que el estado mayor y el general en jefe salieron á escoger mejor posición militar para el caso de ser atacados por nosotros. Todos »los habitantes del país se hallan comprometidos, y »aun cuando llegáramos á tener un suceso desgraciado, bastaría el auxilio de los pueblos para continuar »la guerra. Sería fácil formar un batallón de 800 plazas en dos meses, si hubiera armamento suficiente.» Mientras tanto, Ramírez reunía como 2.000 hombres para caer sobre él así que se reabriesen las hostilida-

des. Por su parte, Cochrane, considerando la campaña del sur malograda, se dió á la vela con la escuadra hacia el Callao, y dejó á la columna invasora abandonada con sólo tres embarcaciones mercantes menores para el caso probable de un reembarco, las que también abandonaron. A la expiración del armisticio, la situación de Miller era crítica: una tercera parte de su tropa se hallaba enferma y no podía resistir ni á los 800 hombres de La Hera. En consecuencia, vióse obligado á evacuar Tacna y replegarse á Arica (20 de julio). En este mismo día, la división de Arenales en la sierra evacuaba Jauja y se retiraba hacia Lima. En Arica encontró Miller cuatro buques mercantes, de que se apoderó de grado ó de fuerza, y en ellos embarcó su división con los emigrados comprometidos que le seguían. Cuando llegó La Hera al puerto, ya la expedición estaba á bordo pronta á darse á la vela.

Entre los hechos de esta campaña tan brillante como aventurera, deben mencionarse algunos que, hacen honor á la caballería de los dos beligerantes. Durante el armisticio, los jefes españoles manifestaron á Miller su admiración por sus rápidas marchas y afortunados golpes. Entre los prisioneros realistas tomados de Moquegua, lo fué un capitán Suárez, herido gravemente: sus compañeros de armas solicitaron que pasara á curarse á Arequipa, bajo promesa de que volvería á entregarse luego que se restableciese, y el jefe patriota lo puso en libertad sin condiciones, proporcionándole lo necesario para su viaje y los españoles agradecidos le enviaron en retribución un obsequio. El coronel Sierra y el alférez Ramírez, prisioneros en Moquegua, fueron puestos en libertad por orden del almirante: el jefe español, por una comunicación especial, agradeció este acto de espontánea generosidad,

manifestando, que «así como era tan estimable la liberalidad de sus procedimientos, así también correspondía con la reciprocidad y buena fe en nombre del gobierno español.» Al evacuar Miller á Tacna, escribió á La Hera que, confiando en su generosidad, le recomendaba tratase con humanidad á los enfermos que dejaba, y La Hera le contestó que los soldados que quedaban en el hospital serían asistidos con preferencia á los suyos, haciendo el elogio de la disciplina de las tropas patriotas. Estos actos, que dignifican la especie, fueron frecuentes en la guerra de la independencia del Perú, y forman contraste con las crueldades de Ramírez, Ricafort y Carratalá que, por parte de los españoles, han dejado en aquel país sangrienta memoria.

VI

Miller, ascendido por sus recientes hazañas al empleo de coronel, levó anclas y puso la proa al norte con viento favorable (22 de julio). Su intención era desembarcar en la caleta de Quillca, cerca de Islay, y dirigirse á Arequipa, cuya ciudad estaba sin defensa por la reconcentración de las fuerzas españolas sobre Tacna; pero lo recio del viento que dificultaba el desembarco y la falta de provisiones, le impidieron llevar á cabo esta nueva aventura. Entonces resolvió volver á Pisco bajo su responsabilidad, y se apoderó del pueblo sin resistencia haciendo huir 50 hombres que lo guarnecían. A inmediaciones de Ica hallábase acantonada una fuerza al mando de Santalla—el mismo de las conjuraciones para entregar el Callao,—quien intentó replegarse á Huancavelica; pero hostigado por los indios de la sierra sublevados, vióse obligado á re-

gresar á la costa y seguir en fuga el itinerario en que se había perdido Quimper. Tenazmente perseguido, fué alcanzado en el camino y deshechos sus últimos restos cerca de Nasca, tomándole 180 prisioneros. En medio de estos sucesos, Miller tuvo la primera noticia de la ocupación de Lima, y posesionado de Ica, asumió el mando político y militar del distrito. En Ica comenzó y terminó la campaña de puertos intermedios.

Se ha dicho que la expedición á puertos intermedios, bien apoyada, habría producido resultados decisivos. Para esto fuera necesario que respondiese á un plan general, con otros medios y bajo una dirección combinada. Concebida como diversión para inquietar á los enemigos de Lima por uno de sus flancos, é interceptar sus comunicaciones con el sur, su teatro de operaciones eran las costas, y su objetivo ulterior, obrar en combinación con la expedición de la sierra, caso que ésta avanzase hasta Huancavelica. Entonces, unidas ambas, formaban un ejército de cerca de 5.000 hombres á retaguardia del enemigo, ligando los movimientos de todas las fuerzas disponibles. Este era el mejor apoyo, y el único que podía dárseles dentro de lo posible y del radio estratégico de las operaciones generales. San Martín no podía disponer de más fuerzas que las que desprendió al lanzar 2.200 hombres sobre la sierra y 600 sobre las costas del sur, quedándose tan sólo con 3.000 soldados convalecientes para obrar sobre Lima, contra un ejército superior en número. Es evidente que, á pesar de esto, debió reforzar á Arenales en la sierra, y aun pudo trasladar el teatro de la guerra á ella, ó por lo menos maniobrar de modo de no perder las ventajosas posiciones reconquistadas en el interior del país, que prometían más ventajas que las del sur. No haciéndose esto, la expedición del sur, como movimiento excéntrico, no tenía

objeto sino como mera diversión, tal como la propuso el mismo Cochrane, que fué su inventor, y tal como lo aceptó San Martín. Desnaturalizada como lo fué, exagerada en sus dimensiones con medios exiguos y lanzada en aventuras, debió dar los resultados que dió, y eso que, por un cúmulo de circunstancias felices y merced á la actividad de Míller, alcanzó ventajas que no eran de esperarse. La prueba está en que, á pesar de esas ventajas, tuvo al fin que reembarcarse en presencia del primer núcleo de fuerza sólida del enemigo que le hizo frente, aun después de una victoria considerable y de la decisión de las poblaciones. Esto, por lo que respecta á lo que se ha dicho, sin fundar el aserto.

Puede decirse, que habría sido de todos modos conveniente robustecer la columna de Míller, para convertir la diversión en operación formal de guerra, dadas las ventajas alcanzadas; pero, aparte de que esto no era posible por falta de tropas para reforzar á la vez á Arenales y á Míller, como numéricamente queda demostrado, tal operación no hubiera podido ajustarse al plan general de campaña, á menos de trasladar el teatro de la guerra al sur con elementos poderosos, como lo propuso Arenales al retirarse de la sierra. Se requerían para ello tres á cuatro mil hombres bien organizados, y abandonar al enemigo las provincias del centro, á fin de tomarle la retaguardia ocupando Arequipa, el Cuzco y Puno, y aun esto mismo no daba el resultado de buscar una batalla decisiva. Se dividían las fuerzas que, unidas ó combinadas, podían dar el último golpe; el ejército de Lima quedaba sin papel, y la internación por esa parte reducida á una diversión en punto mayor. Suponiendo que hubiese sido posible elevar la columna de Míller hasta el número de 1.000 veteranos, esto era estrictamente

lo necesario para hacer frente á la fuerza que podía oponerle el enemigo, mientras no se alejase de las costas ; y como se ha visto, podía encontrarse con doble número al penetrar á la sierra. Elevada esa columna á 2.000 hombres, de manera de bastarse á sí misma en sus primeras operaciones, desde que ella no hubiese de obrar en combinación con Arenales, en el caso de que éste adelantase hasta Huamanga y Huancaavelica, era una operación eventual y aislada, que sólo prometía mayores ventajas á condición de formar un nuevo ejército sobre la base de las poblaciones insurreccionadas, como lo había hecho Arenales en la sierra, para que obrase en combinación con el de Lima y la expedición de puertos intermedios por Ica, cerrando el círculo de las operaciones dentro de sus límites, y decidir la cuestión en su punto estratégico, que eran las provincias centrales del interior. Dilatado el círculo de las operaciones fuera de los radios precisos, aun formando un nuevo ejército en el sur, la internación no tenía objeto, ó si lo tenía, no era decisivo, desde que le faltaba la base y objetivo determinado. Dos ejércitos, relativamente débiles, que, á tan largas distancias no podían combinar operaciones en presencia de un enemigo interpuesto y reconcentrado, con un ejército de reserva en el Alto Perú sobre la retaguardia de los invasores por el sur, era lo mismo que renunciar á la ofensiva eficiente, y peor que correr dos liebres á la vez, disminuir las probabilidades de alcanzar una de ellas.

El plan más seguro para dar mayor consistencia á la expedición de puertos intermedios, sin alterar su carácter de diversión concurrente, era ocupar Arica, fortificándola, para proporcionar una base á la insurrección y á las operaciones en los valles de Tacna, Tarapacá, Moquegua y Torata, hasta el pie de la sie-

rra y quitar al enemigo un puerto importante, amenazando á Arequipa, y aun atacándola, como lo intentó Míller á última hora. Para esto habría sido necesario que Chile hubiese auxiliado la expedición, como lo pedía Cochrane y lo indicaba San Martín, desde que en el Perú faltaban las fuerzas y el armamento suficientes. La ocupación de Pisco y de Ica no tenía objeto una vez retirado Arenales de la sierra ó de no obrar en combinación con el ejército de Lima, caso que éste tomase la ofensiva avanzando al interior.

Vese en suma por este metódico examen fundado en cifras y hechos exactos, que la expedición á intermedios, concebida como simple diversión para llamar la atención é interceptar los caminos del sur sacando ventaja del dominio de las costas, debió mantenerse dentro de sus límites, para lo cual tenía medios suficientes. Para convertirla en una diversión concurrente, era indispensable que la división de Arenales en la sierra, avanzase hasta Huancavelica. No era materialmente posible reforzarla, y aun siéndolo, no pasaba de una diversión en punto mayor. Para darle consistencia, como medio de promover la insurrección, se necesitaba el concurso de Chile, que faltó. Reforzada la expedición hasta el número de 2.000 hombres, de modo de bastarse á sí misma en sus primeros movimientos, era una operación aislada. Aun formando sobre esta base un nuevo ejército, no respondía á un plan serio de campaña que pudiese dar un resultado decisivo. Por consecuencia, ni mil ni dos mil hombres hubiesen alterado las condiciones de la lucha, tal como estaba empeñada, desde que, ensanchado el círculo de las operaciones fuera de sus radios estratégicos, las fuerzas se debilitaban al dividirse y desligar-

se, sin obrar en combinación, perdiéndose el poder de la ofensiva, uniforme y eficiente.

Todo esto no quita que la expedición fuese tan hábil como brillantemente conducida por Miller, aunque mal dirigida por el almirante, que al fin la abandonó á su suerte, cuando dió los resultados que necesariamente debió dar, una vez desnaturalizada, no obstante sus primeras victorias. San Martín, comprendiendo las ventajas que de ella podrían reportarse, con las lecciones de la experiencia, pensó renovarla después de su entrada á Lima, pero sus disidencias con el almirante, de que se dará cuenta después, le impidieron llevar á cabo este pensamiento.

Esta campaña terminó con un siniestro marítimo. El navío San Martín, depósito del botín de intermedios, que en violación del armisticio se había apoderado de un cargamento de trigo en el puerto de Mollendo, y al desembarcarlo en Chorrillos, se fué á pique, como augurando el naufragio del nombre que llevaba.

CAPITULO XXXII

La independencia del Perú

1821

La toma de Lima y la batalla de Carabobo.—Corolario histórico.—Estado de la opinión de Lima al tiempo de la ocupación.—Situación compleja de San Martín.—Síntesis política.—Declaración de principios de San Martín.—Convocatoria de una asamblea de notables para declarar la independencia del Perú.—Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana.—Sitio del Callao.—Cochrane estrecha el bloqueo del Callao e insiste sobre el ataque.—Crosbie se apodera de los últimos buques españoles en el Callao.—Golpe de mano de los independentes sobre el Callao y sus resultados.—Negociación irregular de Cochrane con el gobernador del Callao.—Condiciones y objetos de esta negociación.—Síntomas de ruptura entre San Martín y Cochrane.—San Martín se declara Protector del Perú.—Examen de este acto.—Ministerio protectoral.—La logia de Lautaro en el Perú.—Chile aplaude el acto de San Martín.—Primer acto del Protector.—Persecuciones á españoles.—Extrañamiento del arzobispo de Lima.—Apogeo de San Martín.—San Martín como hombre de gobierno.—Nueva fase de San Martín.—La obra reformadora de San Martín en el Perú.—El Estatuto Provisional.—El Consejo de Estado.—Primer síntoma aristocrático.—La *Orden del Sol* y la creación de una nueva nobleza.—La orden patriótica de las damas peruanas.—El delirio de las grandezas y modestias de San Martín.—Achicamiento de un grande hombre.

I

Al volver á tomar el hilo de la narración de los acontecimientos generales (véase cap. xxix), nos encontramos en presencia de más vastos horizontes. La toma de posesión de Lima por los independentes (6 de julio de 1821), coincidió con la batalla de Carabobo (24 de julio de 1821), el Waterloo de los rea-

listas en Colombia, que aseguró definitivamente la independencia de esta república. El gran plan de campaña continental soñado por el libertador del sur, estaba realizado á hora fija y en la medida proporcional. El libertador del norte, realizando los mismos planes y los mismos sueños en sentido opuesto, convergía hacia el centro de atracción común, donde las armas continentales se reunirían para dar el golpe final al poder español. No quedaban sobre la haz de la América más tropas que mantuvieran alzado el estandarte del rey, sino las que aun resistían en las montañas del Perú y en Quito, y una fortaleza aislada que pronto se rendiría. En los mares, tan sólo tres buques, últimos vestigios del poder marítimo de la metrópoli anonadado por Cochrane en el Pacífico, vagaban como buques-fantasmas. El triunfo definitivo era cuestión de tiempo y del esfuerzo combinado de los dos libertadores. Jamás se realizó en tan vasta escala, en tan largo espacio de tiempo y con tanta precisión matemática, una empresa que al principio pareciera un sueño, y que obedecía, empero, á una idea preconcebida con unidad de acción, compacta y persistente en las fuerzas concurrentes, y á una atracción recíproca de las masas impulsadas por las fuerzas del destino. Es que, como lo ha dicho el primer capitán del siglo y lo observa un pensador americano, « todos los grandes capitanes que han emprendido grandes cosas, las han llevado á término de conformidad á las reglas del arte, proporcionando el esfuerzo al obstáculo, convencidos de que los acontecimientos no son la obra del acaso, sino de la tensión de las leyes que gobiernan los destinos humanos. » A esto debieron su éxito los dos libertadores sudamericanos. El día que violaron esas leyes, extraviados en su camino ó cegados por la ambición, ambos cayeron como caen

los cuerpos muertos que pierden su velocidad inicial: el uno, deliberadamente, al sentir que le faltaban las fuerzas eficientes para cumplir su misión; el otro, precipitado de la altura por las fuerzas irresistibles que contrariaba.

La emancipación de la América estaba fuera de cuestión: la independencia del Perú estaba asegurada, cualesquiera que fueran los errores de los hombres y las vicisitudes de la lucha que aun se prolongaría por algunos años más. Pero esto, que veían claro los hombres de acción impulsiva ó los espíritus superiores que dominaban el gran escenario, no lo percibían bien todavía las colectividades encerradas en campos circunscriptos de lucha, por más que estuviesen en la corriente de los acontecimientos en paralelismo con las leyes de la naturaleza. Y era en el Perú donde este fenómeno se producía, precisamente en el momento supremo en que sus destinos estaban fijados para siempre por la lógica de esas leyes. Un penetrante observador imparcial, que á la sazón se encontraba allí, ha fijado en rasgos concretos el trasunto de esta situación transitiva. «La ciudad de Lima se hallaba en un extraño estado de confusión, por efecto de los inesperados sucesos que estaban en la naturaleza de la revolución, y la heterogeneidad de los elementos que obstaculizaban el acuerdo. Nadie veía claro en su camino. Los españoles, todos estaban perplejos: constituían la clase pudiente, y su posición era delicada. Si se negaban á abrazar el partido de San Martín, corrían el riesgo de ver confiscados sus bienes; por otra parte, debían temer la venganza del antiguo gobierno, que podía reconquistar el poder y castigar su defección. Los naturales del país, bien que confiados en la bondad de su causa, estaban alarmados por las consecuencias de su conducta: muchos

»dudaban de la sinceridad de San Martín, y muchos
»también dudaban que tuviese los medios para cum-
»plir sus promesas. En general, las circunstancias
»eran nuevas para la mayoría de los habitantes de
»Lima. La alarma y la incertidumbre estaban en todos
»los corazones. En esta confusión de ideas y de intere-
»ses, el más embarazado quizá era el gran motor de
»este conjunto, de quien cada uno, cualquiera que fue-
»ra su partido, esperaba protección y seguridad. En
»tales momentos se requería una mano experimentada
»para dirigir la nave del Estado.» Es que el Perú no
era todavía un país hondamente revolucionado, y por
eso la opinión pública carecía del nervio y consistencia
que sólo dan la posesión plena de la nacionalidad y
la decisión de alcanzar el triunfo á toda costa. San
Martín quiso imprimirle ese carácter declarando so-
lemnemente su independencia.

La situación de San Martín era compleja, como
libertador ante la América, como árbitro de los des-
tinos del Perú, como general de dos repúblicas cuyas
armas le estaban confiadas y como hombre público
ante su propia conciencia. Estaba en el apogeo de su
poder y de su gloria: el sueño de ocho años estaba
realizado al entrar triunfante en la ciudad de los
reyes. Sólo le faltaba un último esfuerzo para termi-
nar su obra. El momento de prueba de la potencia de
su genio y de su equilibrio moral había llegado. Co-
mo lo observaba el banquero Rothschild, se necesita
diez veces más habilidad y prudencia para conservar
una gran fortuna, que para ganarla. Los hombres que
se elevan á las grandes alturas, pierden con frecuencia
las nociones que dirigieron con seguridad sus pa-
sos, y el delirio ó el cansancio se apoderan de sus al-
mas. Lo que pasó en ese momento en el alma de San
Martín, nunca lo dejó entrever. Reconcentrado por

temperamento, reservado por sistema, las palabras con que anunció en la intimidad su triunfo—en una carta, que es relativamente la más enfática que de él se conozca,— son lacónicas y sencillas como de costumbre: «Al fin, con paciencia y movimientos, hemos reducido á los enemigos á que abandonen la capital de los Pizarros: al fin, nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independendia de la América del Sur. El Perú es libre. En conclusión, ya yo preveo el término de mi vida pública, y voy á tratar de entregar esta pesada carga á manos seguras, y retirarme á un rincón, á vivir como hombre.» Su actitud fué modesta, sin esa afectación con que se disfrazaba el orgullo; sus declaraciones públicas fueron graves y moderadas, y todos sus actos revistieron un carácter serio como inspirados en el bien público, que revelaban el dominio de sí mismo, con ideas hechas y propósitos al parecer maduramente deliberados. Empero, notábase un síntoma de delirio pasivo en la exagerada importancia que daba á la posesión de Lima y cierta inercia militar que era su consecuencia, aparte de dar ya la guerra casi por terminada, y hacerle abandonar la expedición de la sierra donde únicamente podía decidirse; pero estos errores no afectaban sino su previsión como general.

El hombre político y moral era, como siempre, un enigma, así para él como para los que lo observaban. Tenía que resolver silenciosamente los arduos problemas de una situación compleja y complicada, y no los encaraba de hito en hito. Fiaba más en la acción del tiempo que en la acción propia. Tal vez llegó á considerar insuficientes las fuerzas de que disponía, al menos para terminar por sí solo su obra. De aquí ese optimismo y ese fatalismo, que se traducían en inacción y buscaba la solución por medios indirectos.

II

Al tiempo de la ocupación de Lima, San Martín hizo publicar en su campamento, á manera de boletín, un artículo doctrinario, escrito por Monteagudo en estilo sentencioso, que era una declaración anticipada de principios y pauta de su conducta política ulterior. «El 6 de julio de 1821 alcanzará á la posteridad de cien generaciones que se sucedan, si es que los hombres no vuelven atrás en la marcha que han emprendido, y pierden la experiencia y el poder intelectual que hoy poseen.—Vasto campo se presenta á los peruanos que desean empezar á ejercitar su energía, y hacer con menos peligros que otros pueblos el ensayo de sus aptitudes sociales para una nueva forma de gobierno que ponga los cimientos de una obra, que deben perfeccionar las costumbres y no las leyes. El vencimiento de los españoles ha entrado ya en la clase de los esfuerzos subalternos que exige la independencia dirigiendo con método las operaciones militares y buscando al enemigo cuando convenga. Los españoles son impotentes para esclavizarnos. La obra verdaderamente difícil que es necesario emprender con valor, firmeza y circunspección, es corregir las ideas inexactas que ha dejado el gobierno antiguo impresas en la actual generación. La dificultad no consiste tanto en la ignorancia de los medios adecuados para conseguir tal fin, cuanto en la peligrosa precipitación con que de ordinario intentan los nuevos gobiernos reformar los abusos. Empezando por la libertad, que es nuestro más ardiente anhelo, ella debe concederse con sobriedad, para que no sean inútiles los sacrificios que se han hecho para alcanzarla. Todo pueblo ci-

»civilizado está en aptitud de ser libre; mas el grado de libertad de que goce, debe exactamente ser proporcionado á su civilización: si aquélla excede á ésta, no hay poder que evite la anarquía, y si es inferior, es consiguiente la opresión. En todos los ramos de la prosperidad hay grandes reformas que hacer: en general puede decirse, que es preciso despojar nuestras instituciones y costumbres de todo lo que sea español, é infundir á nuestra constitución política una nueva salud, para que resista sus enfermedades, según la expresión de lord Chatham. Hacer todas las reformas sin discreción, es un defecto en que debemos precavernos de incurrir, y preparar las mejoras á que está dispuesto el país, y de que era tan susceptible por la docilidad y tendencia que trae al adelantamiento de su carácter social.» Era un programa revolucionario conservador, en que, al dar casi por concluída la guerra y perseverando en hacerla lentamente, se ofrecía una libertad moderada para fundar el orden y prevenir la anarquía. Estas fueron en todos los tiempos las ideas políticas de San Martín, ideas disciplinarias, á que Monteagudo daba forma dogmática. Pero este escrito, que llamó entonces la atención del mundo por la expectabilidad de su editor responsable, y que la historia ha recogido, no tenía profesión de fe política y bajo la forma genérica de un «gobierno nuevo» envolvía una incógnita que podía acomodarse á todos los sistemas, desde el despotismo militar por el momento, hasta el establecimiento ulterior de una monarquía constitucional, sobre la base de la independenciam, único punto que ponía fuera de cuestión.

El primer acto de San Martín al establecer su cuartel general en el palacio de los virreyes, fué disponer que el cabildo convocase «una junta general

de vecinos de reconocida probidad, patriotismo y luces, que, en representación de los habitantes de la capital, expresase si la opinión general se hallaba decidida por la independencia, cuyo voto le serviría de norte, para proceder á su proclamación ó ejecutar lo que ella dictare» (14 de julio de 1821). Era con el mismo fin el mismo proceder empleado en Chile para constituir un gobierno: un cabildo abierto que estatuyese en nombre del común, con simple voto consultivo en un punto determinado, para evitar la convocatoria de un congreso deliberante, de elección popular. La junta, compuesta de notables de Lima designados por el cabildo, respondió á las veinticuatro horas: «La voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera.» Tal fué la fórmula de la soberanía de una nación nueva, sancionada por aclamación dentro de los límites de un municipio. El pueblo confirmó la deliberación con su aplauso, subscribiendo el acta de su emancipación. Simple formalidad que registraba un hecho, este documento y esta fecha marcan una época: la declaratoria solemne de la independencia ante el mundo de la última colonia española en América, donde iba á librarse la batalla final, según las previsiones de su libertador.

La proclamación y jura de la independencia peruana fué otra formalidad, pero no por eso menos memorable. El 28 de julio de 1821 una brillante cabalgata salía del palacio secular de los virreyes. Precedíanla la universidad de San Marcos con sus cuatro colegios, las corporaciones religiosas, los jefes militares, los oidores, el ayuntamiento y los principales representantes de la nobleza indígena. Seguía el libertador con su estado mayor, acompañado del gobernador político de la ciudad. A su retaguardia marchaban

la guardia cívica, los alabarderos de Lima y la escolta de húsares del general. Por último, el batallón núm. 8 de los Andes, vencedor en Chacabuco y Maipú con las banderas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y de Chile, y más á retaguardia, la artillería con los cañones que debían saludar el advenimiento de la nueva nación.

San Martín subió á un tablado levantado en la plaza mayor, y desplegó por primera vez la bandera nacional del Perú inventada por él en Pisco. Fué saludado con un inmenso aplauso. Acallado por un momento el bullicio por el ademán del libertador, exclamó con voz sonora y firme: «El Perú es desde este momento libre é independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa, que Dios defiende.» Batió el pendón por tres veces, y prorrumpió en un: «¡ Viva la patria! ¡ Viva la libertad! ¡ Viva la independencia!» que el pueblo repitió en medio del estampido de los cañones. La comitiva de la prolamación recorrió las calles en medio de una entusiasta ovación, bajo una lluvia de flores y de esencias aromáticas. De regreso á la plaza, saludó con estruendosas aclamaciones al almirante Cochrane, el héroe que compartió con San Martín la gloria de la redención del Perú, y que desde una de las galerías del palacio presenciaba aquel espectáculo, en que era uno de los primeros actores.

Un célebre testigo extraño que por acaso asistió á esta ceremonia, la encontró imponente y pintoresca. «La actitud de San Martín, en este acto, dice, fué correcta y sin afectación. Los rasgos de su fisonomía revelaban al principio ligeros movimientos de impaciencia: diríase que no se perdonaba á sí mismo prestarse á una escena de aparato. Si este embarazo fué real, pasó rápido como el relámpago. No tardó

»en recobrar su acostumbrada serenidad y paseó una mirada benévola por todos los que le rodeaban.» En seguida se distribuyeron al pueblo medallas conmemorativas:—en el anverso un sol, símbolo tradicional del Perú, con esta inscripción al contorno: «Lima libre juró su independendencia el 25 de julio de 1821»; en el reverso, al centro, en medio de laureles, esta leyenda: «Bajo la protección del ejército libertador del Perú mandado por San Martín.»

Como homenaje á los dos pueblos que habían concurrido á este resultado con sus armas, su sangre y sus tesoros, y un recuerdo á la lejana patria, San Martín devolvió á Chile, con honores, las banderas enlutadas de Rancagua, y envió á Buenos Aires cinco banderas y dos estandartes españoles conquistados por el ejército unido argentinochileno.

III

En medio de estas pomposas proclamaciones y ceremonias, se continuaba el sitio de las fortalezas del Callao, dirigido por el general Las Heras, en su calidad de segundo jefe del ejército unido. La posición era intomable á viva fuerza, dados los medios de ataque, pero su resistencia estaba tasada. San Martín, previendo este obstáculo en Mendoza, tres años antes (1818), había incluido en su plan de campaña un tren completo de sitio, que echó de menos en esta ocasión (véase cap. XIX, párrafo VI). El ejército independiente situó su reserva en la Legua, y sus puestos avanzados en Bella-Vista á 2.500 metros de los fosos. Los sitiados hicieron varios amagos de salida, y el 25 de agosto intentaron una salida bastante formal, que fué rechazada. La plaza, bloqueada por mar y tierra, contaba apenas con víveres para dos meses.

Cochrane estrechaba el bloqueo por la parte del mar. Los defensores del Callao, desesperados de su salvación, se resolvieron á echar á pique los buques que tenían en el puerto, recelosos de que cayesen en manos de sus enemigos, y empezaron por la corbeta San Sebastián. «Son las 2 de la tarde (10 de julio), »escribía el almirante al general, y el enemigo empieza »á echar á pique sus buques: temo que esta noche »vuelen los castillos. Venga, mi general, con la tropa que tenga para salvar esta plaza, que importa »más que Lima. Que no se pierda momento, á lo menos »para cortar su retirada.» Días después instaba á San Martín para que diese el ataque. «He recibido noticia »de que los españoles han determinado enviar buques »de guerra á estos mares. Mucho importa la rendición »de los castillos antes que lleguen. Aquí donde está »la escuadra, y con mar tan manso, se pueden desembarcar los cañones de á 24 para abrir una brecha. »Si usted quiere, no tiene más que ordenar.» Con la vista fija sobre los torreones, observó un día una abertura en las perchas y cadenas que rodeaban los buques enemigos, y resolvió apoderarse de ellos como de la Esmeralda. En la noche (24 de julio), el capitán Crosbie, con ocho botes tripulados con gente de pelea, se apoderó bajo el fuego de los castillos y de la fusilería de la plaza, de la corbeta de guerra Resolución de 34 cañones, del San Fernando y la Milagro, armadas en guerra, y de varios botes y lanchas, saliendo triunfante de la bahía con sus presas, sin pérdida alguna por su parte.

El 14 de agosto, el general Las Heras intentó apoderarse por un golpe de mano de la plaza del Callao. Habiendo observado que los rastrillos del Real Felipe permanecían con frecuencia abiertos y bajados los puentes levadizos, reconcentró en Bella-Vista, una di-

visión de 1.150 hombres de infantería y caballería, con el objeto de apoderarse por sorpresa de la entrada. La operación, aunque difícil, era posible. La distancia á recorrer (2.500 á 2.600 metros), podía ser salvada en 10 á 12 minutos por la caballería al galope marchando á vanguardia, y en menos de 20 minutos por la infantería en reserva á paso de trote. A pesar de la bizzarria y la velocidad con que se llevó el ataque, los enemigos tuvieron tiempo para levantar el segundo puente que cerraba el recinto fortificado. La caballería se derramó por la población del Callao sableando dispersos, y causó al enemigo una pérdida de 41 hombres, de los cuales 5 oficiales, contándose entre los prisioneros el general Ricafort, herido, que, á pesar de sus crueldades, fué asistido con todo cuidado. La infantería alcanzó hasta el glacis, y hubo de retroceder bajo el fuego de las murallas con pérdida de 10 muertos y 17 heridos. Las tropas que tomaron parte en este ataque, fueron los batallones Numancia, núm. 11 de los Andes y 4 y 5 de Chile, y el regimiento de Granaderos á caballo de los Andes, con la escolta de húsares del general.

En el mismo día en que este atrevido golpe se ponía en ejecución por las tropas de tierra, el almirante preparaba una celada, sugerida por la codicia y el despecho, indigna de sus heroicas hazañas. Persuadido de que en el Callao estaban encerradas todas las riquezas de los españoles de Lima, especialmente en plata labrada, cuyo valor estimaba en treinta millones de pesos, propuso á su gobernador La Mar hiciese entrega de los castillos y de una tercera parte de los caudales, ofreciéndole su protección y garantiendo la extracción de los dos tercios restantes, previo pago anticipado de las cantidades que se embarcasen, con libre pase para las personas, fuera de Chile y del

Perú, en buques que se comprometía á proporcionar, mediante justo precio.

Cochrane en sus manifiestos de la época y en sus «Memorias» ha procurado cohonestar esta negociación irregular y sospechosa, diciendo que era para atender á las necesidades de su escuadra, que carecía de lo necesario y pagar á los marineros con los diez millones de pesos en que estimaba el precio de rescate, y niega—contradiciéndose á sí mismo,—que su intención fuese apoderarse de las fortalezas por su autoridad bajo el nombre de Chile, para dictar leyes al Perú. Su propósito, por él mismo declarado, era ejercer un acto de guerra independiente é imponer á San Martín condiciones respecto de la política que según él debía observar en el Perú. «Si me hubiera posesionado de las »fortalezas—ha declarado en dos ocasiones,—habría dictado una ley al general San Martín; le habría »exigido el cumplimiento de sus compromisos, y per- »sistido sobre todo, en que ejecutara sus promesas »para con los peruanos, de dejarlos libres de escoger »su propio gobierno.»

La desinteligencia latente entre Cochrane y San Martín, incubaba desde Chile cuando el primero pretendió suplantar al segundo en la expedición libertadora del Perú, y ahora acentuada por la elevación del uno y las exigencias del otro, había llegado á su período álgido. La ruptura no tardaría en producirse estruendosamente entre los dos héroes, con depresión del carácter histórico de ambos, con escándalo del mundo y en menoscabo de la causa americana.

IV

La gloria de San Martín había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han

recorrido su curva ascensional. Propagador triunfante por la fuerza de su genio de los principios emancipadores de la revolución de la República Argentina, su patria; libertador de Chile y del Perú, y fundador de sus respectivas nacionalidades; era, por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del Nuevo Mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande, y el más genuinamente americano. Para ser más grande, sólo le faltaba completar su obra. La inmortalidad le estaba asegurada de todos modos. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos, únicamente podía compararse con la de Bolívar, libertador de Venezuela y Nueva Granada y fundador de la República de Colombia. Bolívar había sido aclamado libertador, y este título lo investía de la dictadura revolucionaria en su patria. San Martín, sin punto de apoyo en la patria propia, se nombró á sí mismo Protector del Perú. Ni antes ni después de Cromwell, nadie en el mundo había tomado este título. La América, alarmada, creyó entrever en el libertador del sur un ambicioso vulgar ó un déspota en germen. No era ni lo uno ni lo otro; pero, al asumir la dictadura fatal que las circunstancias le imponían, se inoculó el principio de su decadencia militar y política.

La declaración de independencia del Perú traía por consecuencia lógica y necesaria el establecimiento de un gobierno propio; pero un gobierno, que á la vez de ser nacional, se subordinase á las exigencias de la guerra, y fuese una fuerza eficiente y no un estorbo ó un peligro, y era difícil, por no decir imposible, conciliar estas dos exigencias supremas.

San Martín, generalísimo de la República de Chile, bajo cuya bandera realizaba la expedición libertadora

combinada; general en jefe del ejército de la República Argentina por aclamación de sus soldados sin patria y sin gobierno, representaba la antigua alianza argentinochilena, que tenía en sus manos las últimas fuerzas emancipadoras de los dos pueblos. Era además, un adepto de la Logia de Lautaro, llevada misteriosamente al Perú en los pliegues de sus banderas, á cuyas reglas disciplinarias estaba subordinado. Su posición para con Chile, sin un gobierno regular con quien entenderse en el Perú, era la de un procónsul ó la de un combatiente en palenque neutral, y esto era inconciliable con su carácter de libertador y anómalo respecto del derecho de gentes. El simple generalato en calidad de beligerante, sin más atributos que las armas, después de los actos soberanos, diplomáticos y gubernativos, á que había presidido á título de libertador, era mantener una situación oscilante entre el dominio extraño y el despotismo militar sin formas definidas. El Perú no tenía personalidad política, y apenas una sombra de administración: su libertador no era ante él sino un conquistador en nombre de la independencia y la libertad prometidas. Los recursos de que podía disponer para llevar á buen término su empresa, eran exiguos en proporción del obstáculo á remover, y tenían necesariamente que gastarse por la simple acción del tiempo. Ni de Chile, agotado, ni de la República Argentina, de que estaba divorciado, podía esperar auxilio. Tenía que buscar nuevas fuerzas y retemplar las viejas dentro del país libertado, identificarlo con el ejército vinculado á su carrera y su fortuna, y dar á éste el mero carácter de auxiliar, como lo había hecho antes en Chile, fundando un gobierno nacional que le sirviese de punto de apoyo.

Pero el Perú no era Chile, ni sus condiciones eran las mismas. El Perú carecía de elementos de gobierno

propio y no estaba en condiciones de fundarlo, ni aun provisionalmente todavía, como el desarrollo de su historia revolucionaria lo demostrará. Apenas si la mitad de su territorio estaba redimido del dominio español, y dos ejércitos, superiores en número, mantenían todavía la lucha en nombre del rey. Su opinión era inconsistente, y en medio de sus razas antagónicas y elementos heterogéneos, no existía un núcleo social, político ni militar, en torno del cual pudiera condensarse su nebulosa flotante. No tenía un solo hombre, ni como acción ni como pensamiento, que tuviese prestigio ni autoridad moral ante sus compatriotas. Unanue, el hombre más sabio y más puro del Perú, no era más que un sabio, de carácter indeciso y sin fortaleza para sobrellevar el peso del gobierno ó para dominar ni aun dirigir la opinión. Torre-Tagle, el único peruano vinculado á la situación por un acto de iniciativa nacional, era un mero figurón desacreditado por sus disipaciones. El único hombre de guerra del país, Gamarra, que hubiese aparecido en la escena militar con algún crédito, había resultado una nulidad. El candidato que con cierta aureola de popularidad se diseñaba en la penumbra por sus aspiraciones personales más que por sus cualidades, era Riva Agüero, espíritu inquieto y taimado, que sin la virtud ó el poder ni la ecuanimidad de O'Higgins en Chile, se presentaba más como una complicación, que como una solución, según el tiempo lo confirmó. El gobierno, pendiente la cuestión del éxito de las armas, no podía fiarse á manos ineptas, inseguras ó peligrosas, y el Perú no tenía en su cohesión, en sus hombres ni en su espíritu político, los elementos de un gobierno cooperator, siquiera fuese transitorio y de circunstancias. Pero debía tener un gobierno, y esta necesidad se imponía. Las reglas dictadas á San Martín por el gobier-

no argentino para constituir el gobierno nacional de Chile al tiempo de su reconquista, no eran aplicables al Perú en las condiciones en que se encontraba, y el senado chileno, al copiarlas con espíritu liberal, organizaba inconscientemente la impotencia ó la anarquía con una ficción que comprometía el éxito de la misma expedición libertadora. Un llamamiento al pueblo habría dado por resultado el nombramiento del mismo San Martín, y si no era él el que mandase, ninguno podía mandar, á menos de contrariar ó neutralizar su acción eficiente. Los mismos peruanos le brindaban á porfía el poder.

En tal situación, decidióse á fundar una nueva nación, bosquejar su constitución y declarar su independencia; darle un gobierno civil á título de libertador y ponerse á su frente como Protector independiente; asumir con franqueza la dictadura, al constituirse moralmente responsable ante la América y políticamente ante el Perú, mientras durase la guerra y hasta tanto llegara el momento de entregar al pueblo liberado sus destinos asegurados.

V

Declarada la independencia, una diputación del cabildo se presentó á San Martín ofreciéndole el gobierno del Perú y rogándole lo aceptara en nombre del pueblo. El contestó con una sonrisa enigmática, pero seria y benévola, que, hallándose en posesión del mando supremo por el imperio de la necesidad, lo conservaría si lo juzgase conveniente al bien público, evitando la convocatoria intempestiva de juntas y congresos, que no harían sino embarazar la expedición de los negocios públicos con vanas discusiones, retardando el triunfo de la independencia, que era ante todo.

La Logia de Lautaro, trasplantada al Perú, que la componían en gran mayoría los jefes del ejército de Chile y las Provincias Unidas, le exigió, en nombre de la seguridad común, se pusiese á la cabeza de la administración general del país, como único medio de dar vigor y punto de apoyo sólido á las operaciones militares. Al someterse á esta exigencia, convencido de que el Perú se anarquizaba sin una autoridad fuerte, escribía confidencialmente á O'Higgins: «Los «Amigos» (la logia), me han obligado terminantemente á encargarme de este gobierno: he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así, el país se envolvería en la anarquía. Espero que mi permanencia no pasará de un año, pues usted, que conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que vivir tranquilo y retirarme á mi casa á descansar.»

Al reasumir públicamente por medio de un decreto suyo el mando político y militar de los departamentos libres del Perú, con el título de Protector, dirigió al pueblo la palabra en términos que la historia debe recoger íntegramente, para darse cuenta de su criterio político y confrontarlo con sus actos posteriores (3 de agosto de 1821). «Al encargarme de la empresa de la libertad de este país, no tuve otro móvil que mis deseos de adelantar la causa sagrada de la América y de promover la felicidad del pueblo peruano. Una parte muy considerable de mis deseos se ha realizado ya; pero la obra quedaría incompleta, y mi corazón poco satisfecho, si yo no afianzara para siempre la seguridad y la prosperidad futura de esta región.

Desde mi llegada á Pisco anuncié que por el imperio de las circunstancias me hallaba revestido de la suprema autoridad, y que era responsable de su ejercicio. No han variado las circunstancias, puesto que aún hay en el Perú enemigos exteriores que

»combatir; y por consiguiente, es de necesidad que
»continúen reasumidos en mí el mando político y mi-
»litar.

»Espero que, al dar este paso, se me hará la justi-
»cia de creer que no me conducen ningunas miras de
»ambición, sino la conveniencia pública: Es demasia-
»do notorio que no aspiro sino á la tranquilidad y al
»retiro después de una vida agitada; pero tengo so-
»bre mí la responsabilidad moral, que exige el sacrifi-
»cio de mis más ardientes votos. La experiencia de
»diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca,
»Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata, me
»ha hecho conocer los males que ha ocasionado la con-
»vocación intempestiva de congresos, cuando aún sub-
»sistían los enemigos en aquellos países. Primero es
»asegurar la independendencia; después se pensará en
»establecer la libertad sólidamente.

»La religiosidad con que he cumplido mi palabra en
»el curso de mi vida pública, me da derecho á ser creí-
»do, y yo la comprometo ofreciendo solemnemente á
»los pueblos del Perú que en el momento en que sea
»libre su territorio, haré dimisión del mando para ha-
»cer lugar al gobierno que ellos tengan á bien elegir.
»La franqueza con que hablo, debe servir como una
»nueva garantía de la sinceridad de mi intención. Yo
»pudiera haber dispuesto que electores nombrados por
»los ciudadanos de los departamentos libres, designa-
»sen la persona que había de gobernar hasta la re-
»unión de los representantes de la nación peruana;
»mas, como por una parte, la simultánea y repetida
»invitación de gran número de personas de elevado ca-
»rácter y decidido influjo en esta capital para que pre-
»sudiese á la administración del Estado, me aseguraba
»un nombramiento popular; y por otra, había ya ob-
»tenido el asentimiento de los pueblos que estaban

»bajo la protección del ejército libertador, he juzgado más decoroso y conveniente seguir esta conducta franca y leal, que debe tranquilizar á los ciudadanos celosos de su libertad.

»Cuando tenga la satisfacción de renunciar el mando, y dar cuenta de mis operaciones á los diputados del pueblo, estoy cierto de que no encontrarán en la época de mi gobierno rasgos de venalidad, despotismo ni corrupción. Administrar recta justicia á todos, recompensando la virtud y el patriotismo, y castigando el vicio y la sedición en donde quiera que se encuentren, tal es la norma que reglará mis acciones mientras esté colocado á la cabeza de esta nación.»

Debe creerse racionalmente en la sinceridad de estas protestas, abonadas por sus antecedentes, y en la falta de estos propósitos, justificados por actos posteriores. Si hubo en ello ambición, fué legítima, porque era más digno que usurpar el poder de una nación informe para perpetuarse en él á título de conquistador apoyado en fuerzas extrañas, buscarlo en combinación con las fuerzas nativas. Si la prudencia y el éxito de la lucha empeñada imponían la dictadura que de hecho ejercía, hasta el instinto, cuando no la previsión y la aspiración á la gloria, aconsejaba la línea de conducta que se trazó.

El Protector nombró ministro de hacienda al doctor Unanue, en homenaje á la nacionalidad que fundaba; y que sólo le llevaba por contingente su fama científica y su carácter moral, pero cuyas ideas económicas eran atrasadas. García del Río y Monteagudo, sus dos secretarios en la campaña, fueron nombrados ministros en los departamentos de relaciones exteriores y de guerra y marina, animados ambos de principios liberales y anhelos de progreso, aunque con tendencias monarquistas. Monteagudo, de más voluntad

y con más ideas teóricas en su cabeza, que revestía con un estilo lapidario y conceptuoso, se hizo el inspirador de la reforma y fué el nervio civil del nuevo gobierno. Como merecido premio de patrióticos servicios y para halagar el sentimiento local, Riva Agüero fué nombrado jefe político del departamento de Lima con el título de presidente, que era la más alta dignidad administrativa. Las Heras se encargó del mando inmediato del Ejército Unido, á que se agregó la bandera del Perú sostenida por sus soldados nativos.

Restábase regularizar su posición para con Chile, de quien hasta entonces se declaraba dependiente, explicando y justificando este cambio fundamental en el orden político y militar de las relaciones internacionales, y lo hizo en términos explícitos. «Al confiármeme la dirección de las fuerzas para libertar al Perú—decía al gobierno de Chile,—se dejó á mi cuidado la elección de los medios para emprender, continuar y asegurar tan grande obra. En el estado en que se hallan mis operaciones militares, faltaría á mis deberes, si, dejando lugar por ahora á la elección personal de la suprema autoridad del territorio que ocupo, abriese un campo para el combate de las opiniones y choque de los partidos, para que sembrase la discordia que ha precipitado á la anarquía á los pueblos más dignos del continente americano. Destruir para siempre el dominio español en el Perú, y poner á los pueblos en el ejercicio moderado de sus derechos, es el objeto de la expedición libertadora. Es necesario purgar esta tierra de la tiranía y ocupar á sus hijos en salvar á su patria antes que se consagren á bellas teorías y se dé tiempo á sus opresores para reparar sus quebrantos y dilatar la guerra. Tal sería la consecuencia necesaria de la convocación de

asambleas populares. Apoyado en estas razones, he asumido la autoridad suprema del Perú con el título de Protector, hasta la reunión de un congreso soberano de todos los pueblos, en cuya representación depositaré el mando y me resignaré á residencia. Las tropas de ese Estado siguen con entusiasmo, y auxilian mi afán por la emancipación del Perú, y si la fortuna protege mis designios, mi mayor gloria será restituir las á su patria cubiertas de laureles.» El gobierno de Chile, en una nota laudatoria, abundando en sus vistas y haciendo honor á sus rectas intenciones al reasumir el mando, le decía : «No era bastante, para dar libertad al Perú, arrojar de su capital á los funcionarios del gobierno español, era indispensable poner á esos pueblos á cubierto de la anarquía, preservarlos de la guerra civil, y evitar el desenfreno de las pasiones al tratarse de elegir la autoridad suprema. Más difícil es conservar la libertad que adquirirla.»

Por su parte, O'Higgins le escribía aplaudiendo efusivamente como amigo su resolución : «Millones de veces bendita la Eterna Providencia por ver los días 10 de julio y del primero de la libertad de la capital de los Pizarros. Toda la amargura y desconsuelo de una cansada administración que luchaba con la incertidumbre, los ha deshecho su carta del 19 del pasado. Transportado de gozo, he sentido los momentos más plausibles de mi vida. Quisiera estuviese usted presente para darle mil abrazos ; pero recíbalos desde este asiento de miserias y trabajos, que ahora convierte en plácemes la resolución más grande y sabia, de encargarse usted del mando del Perú. Una nueva vida recibe la América meridional en el nuevo empeño que han de coronar las glorias á que la Providencia lo ha destinado. El bien más grande que usted hace á esos pueblos, es regirlos. Se va á eco-

»nomizar mucha sangre, que la anarquía no tardaría
»en derramar en gentes bisoñas y nuevas en la revolu-
»ción. Asegúrole que más de una vez he temblado en
»la desconfianza de su resolución, pero desde ahora
»confío en que todo se ha de acertar.»

El virrey La Serna, á quien San Martín comunicó la jura de la independencia y su reasunción del mando del Perú, le contestó irónicamente: «Permítame
»le diga que el haberse elegido á V. E. mismo por su-
»prema autoridad del país que llama libre, es en mi
»concepto un acto de aquéllos que sólo en un sistema
»despótico puede ser admitido; que las mismas perso-
»nas que en esa capital acaban de jurar la indepen-
»dencia, libre y espontáneamente, como dice V. E.,
»puede ser que vuelvan dentro de poco tiempo á jurar
»la constitución de la monarquía española con más
»libertad y voluntad; en fin, que el tiempo hará cono-
»cer si el nuevo título de Protector del Perú que
»ahora ha tomado V. E., es tan adecuado como el de
»Libertador.»

VI

El primer acto oficial del Protector al día siguiente de asumir el mando, fué un bando contra los españoles, riguroso en su parte dispositiva y violento en su forma, que acusaba el temperamento arrebatado de Monteagudo, quien lo aconsejó y redactó, á la vez que la pasión y el cálculo de San Martín, según sus instintos de criollo americano y de enemigo de raza, toda vez que los intereses de la revolución se encontraban en pugna con los de aquéllos.

Desde Valparaíso, al tiempo de darse á la vela la expedición libertadora, San Martín se había dirigido en una proclama á «los españoles europeos residentes

en el Perú», declarando que quería ser generoso antes de verse obligado á reclamar todo el rigor del derecho de la guerra, y que los convidaba á la paz y á la concordia, siempre que no se opusiesen á la independencia. «Vuestro destino está en vuestras manos, les decía. No vengo á hacer la guerra á las fortunas y personas de los hombres. Sólo el enemigo de la libertad y de la independencia de la América será el objeto de la venganza de las armas de la patria. Abandonad, pues, el proyecto culpable de dominación ó servidumbre. Hacedos americanos: tiempo es ya de acabar esta contienda escandalosa de pocos contra todos. Yo os prometo del modo más positivo que vuestras propiedades y personas serán inviolables, y que seréis tratados como ciudadanos respetables, si cooperáis á esta grande obra. Pero, si, sordos á mi voz, os encapricháis en oponer resistencia temeraria, yo tendré que ceder á la necesidad de ser un ministro riguroso de las leyes de la guerra.» Durante las negociaciones de Miraflores y Punchauca, había procurado propiciarse el elemento civil español, en la esperanza de hacerle servir á sus planes y miras, y como se ha visto, no le faltaron cooperadores espontáneos; pero, rotas las hostilidades y dueño de Lima, en presencia de la actitud retobada de los españoles, que por su riqueza y posición social constituían una potencia, decidióse á darle un golpe de maza que los anonadase.

El Protector, al recordar sus promesas á los españoles, les manifestaba en un bando que sabía que «murmuraban en secreto, difundiendo con malignidad la idea de que sus designios eran sorprender su confianza.» En virtud de ese considerando trivial, «declaraba—para poner el sello á las garantías dadas:—que serían amparados en sus personas y propiedad»

»des los españoles que permaneciesen en paz y jurasen
»la independencía. Los que no fiasen en esta promesa,
»debían presentarse á pedir sus pasaportes y salir del
»país con todos sus bienes muebles. Los que, some-
»tiéndose al gobierno, trabajasen ocultamente contra
»el orden, experimentarían todo el rigor de las leyes
»y perderían sus propiedades.» El bando terminaba
con estas palabras: «Bien conocéis el estado de
»la opinión. Entre vosotros mismos hay un gran
»número que acecha y observa vuestra conducta. Yo
»sé cuanto pasa en lo más recóndito de vuestras casas.
»Temblad, si abusáis de mi indulgencia. Sea ésta la
»última vez que os recuerde que vuestro destino es
»irrevocable y que debéis someteros á él.»

La seguridad pública no justificaba tanto rigor, y violaba moralmente la promesa dada, aunque de su letra pudiera deducirse una condición de sumisión absoluta como medida de guerra. Además, la oportunidad era mal elegida al inaugurar una época de reparación, y sobre todo, el tono airado y la sombra del espionaje de los hogares tan siniestramente evocada por el gobernante, empero fuera un dictador, deprimía su carácter moral. Pero en este decreto había algo más que excesiva severidad é intemperancia de lenguaje: era una medida de terrorismo, que respondía á un plan financiero. La guerra es la guerra, y la independencía sudamericana habíase sostenido en gran parte pesando sobre las fortunas de los españoles, por medio de empréstitos forzosos y confiscaciones. Iniciado este sistema de expoliación bélica en las provincias del Río de la Plata, y practicado por San Martín en Cuyo, de donde lo trasplantó á Chile, el Perú no podía escapar al código draconiano que se escribe con la sangre mezclada al sudor de los vencidos. En el fondo del fulminante bando del Protector estaba la confis-

cación de las propiedades de los españoles enemigos de la independencia, como medida y recurso de guerra, revestido de las formas del terrorismo de la revolución francesa contra los sospechosos, de que estaba imbuído Monteagudo. No importa esto eximir á San Martín de su responsabilidad, pues, además de que, como criollo apasionado y calculador, respondía á sus instintos é intereses, era su regla sistemática hacer la guerra á todo lo que directa ó indirectamente pudiese hacer daño á la causa de la independencia que sostenía. Según Cochrane en uno de sus violentos panfletos contra San Martín, éste había dicho en Pisco que su intención era dejar á los españoles «sin camisa con que mudarse.» Cierta ó no la especie, estaba en el temperamento y en el sistema del general de los Andes, y lo cumplió al pie de la letra como lo había hecho en Mendoza y aconsejado en Chile. No son los hombres sentimentales los que hacen triunfar las grandes causas en la lucha por la vida; pero, aun cuando desde el punto de vista de la necesidad ó la conveniencia, tuviese su razón de ser, debió armonizarse con los términos de la palabra empeñada, y en todo caso, no proceder al secuestro de los bienes de los españoles, sin que éstos hubiesen cometido un delito posterior violando una regla fija establecida, como se lo aconsejó Cochrane, bien inspirado en esta ocasión.

Hemos insistido sobre este punto, al parecer incidental, no sólo porque la historia debe poner de relieve como lección los errores y los lunares de los grandes hombres, sino también porque esta medida en sus consecuencias ejerció una influencia funesta sobre el destino de sus autores, como se verá á su tiempo.

Otro episodio que se liga con el sistema de persecuciones contra los españoles y el establecimiento del protectorado en el Perú, fué el extrañamiento del vir-

tuoso arzobispo Las Heras, de edad de 80 años, que había cooperado con San Martín al aquietamiento de Lima al tiempo de la evacuación por los españoles, sin abandonar á su grey, y que autorizó con su presencia el congreso municipal en que se declaró la independencia, asistiendo al Tedéum con que se solemnizara. Español de origen, con ideas liberales, era en el fondo realista. Aun cuando se doblegase ante el hecho que no podía contrarrestar, obedecía á los impulsos de su conciencia y á los mandatos del Papa, cuando «recomendaba la fidelidad al monarca español y desarraigar y destruir completamente la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo sembró en América, inspirando á su grey el justo y firme odio, sin perdonar esfuerzo.» El clero peruano, en general, y especialmente los curas, eran decididos partidarios de la independencia. No así sus altos dignatarios. El obispo de Trujillo había pretendido reaccionar contra el movimiento patriótico allí iniciado, y San Martín, por respeto á sus canas, no ejerció contra él ningún acto de represión. El arzobispo de Charcas, los obispos de Cuzco, Maynas, Huamanga, y encubiertamente el de Arequipa, habíanse constituido en promotores de la reacción contra la independencia y en predicadores ardientes de la causa realista. El arzobispo de Lima no podía substraerse á las influencias que lo rodeaban y atraían. Un incidente produjo el estallido. El protector, por medida de orden público, en momentos en que el enemigo al bajar de la sierra amagaba la capital, dispuso se cerrasen temporariamente las casas de ejercicios de mujeres. El prelado se resistió á dar cumplimiento á la orden. Se le significó que la orden era irrevocable. El contestó: que sólo los decretos del Ser Supremo eran irrevocables; y reiteró su renuncia de la dignidad archiepiscopal, con solicitud

de pasaporte para España, el que le fué otorgado, fijándosele el plazo de 24 horas para salir del país. El arzobispo por su parte, aunque realista de corazón y por deber, era un hombre de juicio sano. «Al dejar este país—escribió á lord Cochrane agradeciendo sus buenos oficios,—estoy convencido de que su independencia está sellada para siempre. Yo manifestaré esta opinión al gobierno español y á la Santa Sede. Haré al mismo tiempo cuanto pueda para vencer su obstinación, mantener la tranquilidad y secundar los votos de los habitantes de la América que tanto aprecio.»

Así se inauguró el protectorado del Perú, asumiendo el carácter de perseguidor implacable de los españoles y ejerciendo el Protector las prerrogativas del Papa, al aceptar la renuncia de un ministerio espiritual, al mismo tiempo que la más mansa de sus víctimas, al negar lo irrevocable de sus decretos temporales, reconocía como irrevocable la independencia de la América, que era en gran parte la obra de su perseguidor.

VII

Al presentar á San Martín bajo su nueva fase, en el apogeo del poder y de la gloria, y como libertador del sur del continente y árbitro de los destinos del Perú, realizados sus planes y hasta sus sueños, hemos observado que había llegado el momento de prueba de la potencia de su genio y de su equilibrio moral, por cuanto los hombres que se elevan á las grandes alturas, pierden con frecuencia las nociones que dirigieron con seguridad sus pasos, y el delirio ó el cansancio suele apoderarse de ellos. (Véase párrafo 1 de este cap.). Antes habíamos dicho, al marcar los puntos

de partida de su carrera en Cuyo, que debían tenerse presentes para comparar al hombre á sí mismo, cuando en más vasta escena, con más grandes recursos y el auxilio de mayor cúmulo de luces, le veamos relativamente empequeñecerse como político y como gobernante, porque era un fenómeno que estaba en la naturaleza de su genio concreto, que su potencia individual se desenvolviese con más amplitud y eficacia unipersonalmente en un medio análogo, en esfera circunscripta, con un objetivo determinado, para llegar á resultados precisos, previstos en la medida de sus facultades. San Martín en Cuyo es un verdadero creador, que remueve y maneja hombres y cosas, y lo dispone todo según un plan preconcebido, que coordina elementos contados, disciplina voluntades subordinadas, realiza por instinto utopías y planes, y hace brotar legiones y tesoros del suelo erial que pisa, como un Hermes Trimegisto, para fundar nuevas naciones, haciendo dar á los hombres y á las cosas todo lo que podían dar de sí y á sus cualidades todo su temple y elasticidad como la hoja de una espada de Toledo. El secreto de su potencia como hombre de acción y pensamiento, según se apuntó entonces, consistía más que en su inteligencia, en la fuerza de su voluntad concentrada y puesta en tensión, que le hacía ver claro su objetivo en su círculo de actividad, sin vacilaciones ni desperdicio de fuerzas, obrando por cálculo más que por inspiración, más por instinto que por su escasa instrucción, porque sabía lo que quería y cómo lo quería y adónde iba, como el buen tirador práctico, que con el arma que sabe manejar, hiere el blanco en el punto de su visual (véase capítulo IX, párrafos V y VI).

No era San Martín un hombre de gobierno, propiamente hablando. No poseía los grandes talentos

del administrador ni tenía las largas vistas del político en la curva trascendental. No estaba preparado para el manejo directo de los variados negocios públicos, que por otra parte le eran antipáticos, cuando no tenían un objeto determinado en que interviniera su pasión ó la ejecución de sus planes. Era indiferente en cuanto á formas de gobierno, que subordinaba á la independencia y al orden, sin perder de vista la libertad. Por eso tal vez no tenía la ambición del mando en el gobierno, y con su temperamento de libertador se adaptaba á la índole de todas las nacionalidades que fundaba, sin imprimirles un sello personal, dejando á su espontaneidad desenvolverse en su medio, sin violentarlas. Verdad que su escasa instrucción al servicio de sus raras dotes naturales, le bastaba como hombre de guerra y administrador militar. Era un político de instinto, un observador penetrante de los hombres y de los hechos, con ideas propias y criterio seguro, que se daba exacta cuenta de las situaciones y trazaba sin confusión sus líneas en el mapa intelectual de su cabeza cuando sus facultades, estimuladas por un fin más ó menos inmediato, se aplicaban á un objeto determinado ó á una situación dada. Un nuevo itinerario militar al través de un continente, el paso de los Andes combinando sus movimientos con la configuración de las montañas, la marcha estratégica de Chacabuco, las maniobras tácticas sobre el campo de batalla de Maipú, la dilatación de las armas independientes al través del mar Pacífico, las complicadas marchas y contramarchas en las costas y sierras del Perú, y sus proyecciones para determinar el punto de convergencia de las armas independientes en el centro de la América, cerrando el círculo de la lucha con la espada del libertador, he ahí las grandes líneas definidas en que su genio se dilata dentro de

la medida de su compás, á que deben agregarse su ingenio fecundo en expedientes, su voluntad potente y su carácter equilibrado.

Llamado por la primera vez á presidir directamente un gobierno en su complicado mecanismo, en teatro más vasto que el de Cuyo, y con múltiples objetivos que dividen su atención y su actividad, ya no se bastaba á sí solo, y de aquí la necesidad de auxiliares que despojan su obra de su original unidad. San Martín, Protector del Perú, no se agranda, y se muestra inferior á su misión. Su genio militar no toma nuevo vuelo; sus planes expectantes y negativos parecen inspirarse en el fatalismo más bien que en la previsión que pone los medios para alcanzar los fines que se buscan; y si se dilatan más allá de su esfera, es contando con otros elementos, otras fuerzas y otras combinaciones fuera de su alcance. Su voluntad parece que se destempla, y busca la solución de los arduos problemas de una situación por él creada, por medios y modos que contrarían la corriente de los acontecimientos, que ya no domina. Al ir á tocar el término de su gran jornada, hace un alto, y su cuerpo enfermo, que encierra un espíritu más inquieto que activo, se enerva en la inacción y comunica á la masa á que debe dar impulso, la fuerza de inercia, que resiste, pero no obra. Por eso decíamos que su gloria había llegado á la culminación de los astros que declinan.

Al mismo tiempo que San Martín se elevaba al apogeo del poder, moría maldiciéndolo en Mendoza, cuna de su gloria, su antiguo enemigo José Miguel Carrera (4 de septiembre de 1821), ¡ejecutado como un bandolero en el mismo patíbulo de sus desgraciados hermanos!

CAPITULO XXXIII

El Protectorado del Perú

1821-1822

Carácter del protectorado del Perú.—Enervación de las fuerzas libertadoras.—Situación política y militar.—Los realistas de la Sierra reabren las hostilidades.—Canterac con 4.000 hombres invade el valle del Rimac.—Alarma y entusiasmo en Lima.—San Martín con su ejército se pone en campaña cubriendo á Lima.—Hábiles maniobras tácticas de los dos ejércitos beligerantes.—Prudencia de San Martín.—Retirada de Canterac.—Rendición del Callao.—Examen de la conducta militar de San Martín en esta ocasión.—Duplo papel del Protector.—La obra reformadora de San Martín.—Nuevo estatuto provisional.—Creaciones aristocráticas.—La *Orden del Sol*.—Planes monarquistas.—Cuentas del Protector.—El rey José.—Bases del protectorado.—Constitución americana del ejército argentino-chileno.—Conato de conjuración militar contra San Martín.—Plan monarquista de San Martín.—La *Sociedad patriótica* de Lima.—Misión secreta de García del Río y Paroissien para buscar un rey en Europa.—Estado de la opinión en Chile contra San Martín.—Rechazo de la política monárquica de San Martín por O'Higgins.—García del Río aconseja á San Martín resignar el mando político y convocar un congreso.—Caducidad del protectorado.—Luces convergentes que explican un misterio histórico.

I

El protectorado de San Martín hace época en los anales del Perú. Declaró su independencia, fundó su primer gobierno nacional y bosquejó su constitución política. Pero la independencia era todavía una cuestión á resolver por las armas; el país no estaba preparado para el ejercicio de su propio gobierno; sus fuerzas no habían concurrido hasta entonces de una

manera eficiente á este doble resultado, y su organización definitiva, en medio de las tendencias monarquistas del poder que lo regía y los instintos democráticos del pueblo, era un problema obscuro, complicado con los elementos que mantenían esta situación incierta. El Perú, como antes de la expedición de San Martín, se encontraba en las condiciones de no poder libertarse por sí solo, por las causas ya señaladas, ni tampoco de reasumir su propio gobierno, y necesitaba por lo tanto del auxilio extraño para hacerse independiente y organizarse como nación, según los hechos lo demostrarán. Así, el poder del Protector era un hecho que dependía del concurso del país libertado y del apoyo de los dos ejércitos con que se había lanzado á su atrevida empresa, que hasta entonces sólo le daba el dominio disputado de la mitad del territorio, con la espina del Callao clavada en un pie del triunfador, como antes lo había sido Talcahuano en Chile. Algunas fuerzas morales y materiales del país se habían asimilado al protectorado, y las fuerzas militares que lo sostenían, mostrábanse al parecer compactas; pero unas y otras empezaban á ser trabajadas por un espíritu de resistencia nacional latente y por un fermento de indisciplina sorda, que era la consecuencia de la desobediencia de San Martín para con su patria, del origen de su mando que tenía por título el acta revolucionaria de Rancagua y de su independización del gobierno de Chile, que lo constituía en entidad aislada, dependiente del concurso de voluntades difíciles de amalgamar, y sobre todo, del concurso eficiente del país mismo, cuyos elementos orgánicos aun no habían tomado la suficiente consistencia.

San Martín, al declararse Protector del Perú, abdicaba en cierto modo su gran papel de libertador

americano, en el hecho de nacionalizarse como gobernante peruano, y se enajenaba la voluntad y el concurso directo de los pueblos y gobiernos cuyas armas mandaba, á la par que no satisfacía del todo las aspiraciones del pueblo libertado, y más bien las contrariaba con sus planes de tendencias monárquicas. Su punto de apoyo sólido era el ejército de los Andes y el de Chile, pues la organización del ejército peruano era todavía un embrión que apenas podía contarse como elemento auxiliar. Lo único que daba cierta cohesión política á estos elementos de fuerza, que tenían que hacer frente al enemigo dueño de la mitad del territorio, era la institución secreta de la Logia Lautaro, compuesta de los jefes de los mismos ejércitos y de algunos peruanos nuevamente afiliados, de la que San Martín dependía con arreglo á su ley disciplinaria. No era ya el libertador aquel general de los Andes, que reconquistaba á Chile, y asumía el papel de auxiliar y director de la guerra; ni el generalísimo de dos repúblicas que, aliadas, libertaban al Perú; ni tampoco el gobernante nacional con fuerzas propias del país libertado. No obstante que la reasunción del mando supremo en su persona fuese una necesidad y una conveniencia, y que en tal acto no interviniesen ni la ambición personal ni el desconocimiento absoluto de los derechos de los naturales, el Protector, al asumir esta actitud anormal, se presentaba al parecer ante el Perú como una imposición de fuerzas extrañas; ante éstas, como un general aventurero y un compañero de fortuna de sus comilitones, y ante las naciones á que pertenecían, como un desertor ó un súbdito emancipado. Era una de esas situaciones en la historia que no tienen sino tres salidas: ó el triunfo sobre el enemigo, que todo lo resolvía, ó la identificación con el país libertado por medio de la

creación de nuevos elementos nacionales, ó la conservación en el mando por medio de la violencia, quedando una cuarta salida, que era la abdicación del poder, ó por la fuerza de las cosas ó por la voluntad deliberada. Tales eran los complicados problemas que entrañaba el protectorado en medio de su aparente grandeza y de su real debilidad orgánica.

Lo más grave de esta situación era que el nervio militar se había destemplado física y moralmente. Los ejércitos concentrados en Lima sin más objetivo que el Callao, por efecto del abandono de la campaña de la sierra y de la expedición de puertos intermedios, participaban de las influencias del clima y del medio social, y como lo había pronosticado Arenales, la inacción, las enfermedades y la desmoralización, lo consumían. Lima se había convertido en la Capua de los libertadores, y el Aníbal de los Andes languidecía como el vencedor de Canes, bien que, como se ha dicho, no fuese el placer, sino sus dolencias físicas, lo que embotaba sus fuerzas. Todo parecía entregado á la acción lenta del tiempo, en el doble sentido de la acción eficiente y de la descomposición recíproca de los elementos que debían concurrir á ella. Mientras tanto, los jefes murmuraban y conspiraban, y Cochrane, al frente de la escuadra de Chile, se resistía á ser absorbido por la atracción que peruanizaba los elementos militares de la expedición libertadora.

En esta situación, los realistas reabrieron las hostilidades, tomando decididamente la ofensiva sobre Lima.

II

Mientras los independientes permanecían en la inacción reconcentrados en Lima, descuidando las operaciones militares, los realistas se rehacían en la sie-

tra con un tesón que hace grande honor á los jefes que los dirigían. Dueños de un país militarmente fuerte por la naturaleza del terreno, salubre y abundante en recursos; con una opinión á su favor, á que daban tono los escarmientos de que había sido teatro y la retirada de las armas independientes, así de la sierra como de la costa del sur, el general La Serna estaba en actitud de volver á tomar la ofensiva á los cincuenta días de haber evacuado, casi deshecho, la capital del Perú. La idea de volver á Lima no era popular en el ejército realista: el recuerdo de las pestes de la costa, de las miserias sufridas allí y del terrible paso de la cordillera en pleno invierno, lo amedrentaba, además de que la operación se consideraba muy arriesgada. Pero la plaza del Callao, con una guarnición numerosa—2.000 hombres,—que interesaba salvar, y escasa de víveres, tendría necesariamente que rendirse por hambre si era abandonada, y el virrey había prometido socorrerla. Por otra parte, existía allí un gran depósito de armamento, de que carecerían las tropas del rey, bloqueadas como estaban en medio del continente. Si la expedición lograba penetrar á la plaza sin combatir, podrían extraerse la guarnición y el armamento, é inutilizar las fortificaciones en último caso; y si la ocasión se presentaba propicia, era factible decidir la cuestión en una batalla con probabilidades de un buen éxito, aun cuando se arriesgase algo. Estas consideraciones prevalecieron y la expedición quedó decidida.

El general Canterac, llevando por jefe de estado mayor al coronel Valdés, fué encargado de ejecutar la difícil operación, con una columna selecta del ejército, de las mejores y más probadas tropas realistas, compuesta de 2.500 infantes, 900 jinetes y 9 piezas de artillería. El virrey, con el resto de su ejército, debía

permanecer en Jauja. El 25 de agosto (1821) movióse Canterac y atravesó en masa los Andes de oriente á occidente, descendiendo por la quebrada de San Mateo con dirección á Lima, sin encontrar en su tránsito un solo enemigo. En Santiago de Tuna, á 83 kilómetros de la capital, dividió su fuerza en dos columnas, dándoles por punto de reunión la Cienaguilla sobre el río Lurín, como á 30 kilómetros al sur de Lima. La columna de la izquierda á órdenes de Loriga, con el grueso de la caballería, tomó la quebrada contigua del Espíritu Santo, que conduce al valle de Lurín, y en su tránsito batió un destacamento patriota, haciéndole 26 prisioneros y causándole como 50 muertos. La columna de la izquierda continuó su marcha durante el día hasta el promedio de la quebrada de San Mateo, con el objeto de persuadir al enemigo de que era su ruta para descender al valle del Rimac; pero en la noche se inclinó sobre su izquierda en busca de la del Espíritu Santo, que conduce á la Cienaguilla. Con ciega temeridad se lanzó á rumbo, sin conocimiento del terreno, por un camino hasta entonces nunca transitado, en que se despeñaban los jinetes con sus caballos y la infantería rodaba por sus ásperas pendientes hasta el fondo de los precipicios. La impopularidad de los españoles era tal, que, según confesión de uno de sus historiadores, no pudieron encontrar un solo guía en todo el país. Al amanecer el día 4 encontróse la columna en medio de las áridas fragosidades de la montaña, sin senda practicable, en un terreno arenoso, sin agua y bajo el sol abrasador de los 12° de la equinoccial. La sed empezó á acosar á hombres y bestias. Para mitigarla, algunos mascaban balas de plomo ó la corteza de los arbustos que por acaso encontraban, y otros bebieron hasta sus propios orines. Llegó un momento en que la voz de mando de sus jefes fué des-

oída. Los soldados, exánimes unos, estropeados otros, se tendían en el suelo, prefiriendo la muerte á dar un paso más. Al aproximarse al río de Lurín, cuando apenas faltaban 2 kilómetros para llegar á él, se ofreció un grado á nombre del rey al primero que encontrase agua, y no hubo uno solo que se moviese. Dos compañías habrían bastado en aquel momento para rendir toda la infantería expedicionaria. Canterac, que llevaba la cabeza de aquella dispersión producida por su imprudencia, fué el primero que descubrió el agua, después de una desesperada marcha de 50 kilómetros. Esta nueva reanimó los espíritus, y se estableció un servicio de cantimploras llenas de agua, que alcanzaban á los más postrados, llegando una de ellas á Valdés, que cubría la retaguardia de la columna, en momentos en que iba á perecer de sed. El 5 estaban las dos columnas reunidas en la Cienaguilla, con algunas pérdidas de desertores, muertos ó estropeados. Los soldados españoles en su enérgico lenguaje, bautizaron por antítesis á la quebrada del Espíritu Santo, con el nombre de la «Bajada de Arrastraculos».

III

San Martín, al recibir la noticia de la invasión, en la noche del 4 de septiembre, hallábase en el teatro, y la anunció desde su palco á los espectadores, llamando al pueblo á las armas, y pidióle orden y unión para triunfar en los momentos en que iba á decidirse de la suerte del Perú. En medio de un gran entusiasmo, entonóse la nueva canción patriótica decretada por el Protector, por los jefes del ejército que se hallaban presentes, haciendo el pueblo coro, y todos prorrumpieron en vivas estruendosos. Mal preparado San Mar-

tín para la ofensiva, y apenas para la defensiva aun contra fuerzas inferiores en número, pero de mejor calidad que las suyas, expidió al día siguiente una proclama sin bríos, que indicaba una resolución pasiva más bien que una decisión heroica ó una confianza deliberada. Su ignorancia de los movimientos era tal, que el mismo día en que los españoles se concentraban en el valle inmediato de Lurín (5 de septiembre), él sólo anunciaba la presencia de dos avanzadas de 300 y 200 hombres en la quebrada de San Mateo. «Los bravos que libertaron á Lima, decía, sabrán preservarla del furor del ejército español. Mis tropas no os abandonarán. Vamos á triunfar de ese ejército que viene sediento de sangre y de propiedades, ó á perecer con honor. Nunca seremos testigos de nuestra desgracia. Unión, tranquilidad y eficaz cooperación, es lo que necesito para asegurar al Perú su felicidad y su esplendor.»

Sus obras fueron mejores que sus palabras. Su actitud resuelta y serena y sus bien calculadas medidas militares, infundieron confianza, y eficazmente ayudado por Riva Agüero, gobernador civil y tribuno de la plebe, logró entusiasmar al pueblo, á fin de hacerle concurrir á la defensa de sus hogares amenazados. La milicia se reunió en sus cuarteles y acudió la de los alrededores, aunque sin armas; los sacerdotes arribaban á la multitud en la calles con el crucifijo en una mano y el puñal en la otra; las murallas de la ciudad fueron cubiertas por los voluntarios, confiando la guarda de las portadas á oficiales veteranos con los grupos mejor armados y organizados de la milicia cívica. «Todo lo demás era jarana,» según la expresión de Monteagudo, y lo repite un historiador peruano. Era todo lo que se necesitaba para asegurar su base de operaciones contra un golpe de mano y producir

efecto moral. Canterac, al saber la decisión de Lima, desistió de todo intento contra la población, y se limitó á maniobrar tomando por objetivo el Callao.

El núcleo sólido de los combatientes patriotas lo formaban el ejército chilenoargentino que, aunque disminuído por la deserción y las enfermedades, y llenadas sus bajas con reclutas, conservaba siempre su antiguo espíritu. Numéricamente era superior al ejército invasor, pero inferior en la calidad de las tropas. En cuanto al mando, puede decirse que estaban equilibrados. Canterac, con su audacia y habilidad, se mostró digno émulo del genio militar de San Martín. El ejército independiente, sin contar las comparsas militares que sólo hacían bulto para el efecto teatral, é incluyendo la guardia cívica de la ciudad, regularmente armada y organizada y un cuerpo de línea peruano de reciente creación, constaba de 5.870 hombres, de los cuales 2.125 militaban bajo la bandera argentina, 1.595 bajo la chilena y 1.410 eran peruanos. El Protector concentró su ejército de operaciones argentino-chileno-peruano, de 4.800 hombres, 3 kilómetros al sur de las murallas de la capital. Tendió su primera línea con frente al sudeste, cubierto por el río Surco, afluente del Rimac que, aunque de poca anchura, sólo era vadeable entonces por tres puentes, á causa de sus bordes escarpados y rápida corriente. En esta actitud cerraba los caminos del sur y del este de Lima y amagaba por el flanco el del Callao. Su flanco izquierdo se apoyaba en un recodo del mismo río, y el derecho en un relieve del terreno poblado de edificios fuertes en medio de una llanura llamada pampa de San Borja, que cruza el camino real. Su infantería estaba parapetada por tres órdenes de tapias, á que sólo daban acceso estrechos callejones, lo que impedía que pudiese obrar la caballería enemiga. A su reta-

guardia se extendían las alturas llamadas del Pino, que se ligaban con las defensas de la ciudad. La caballería se situó á retaguardia de la derecha, que era el único punto por donde el enemigo podía intentar un ataque ó una marcha de flanco para dirigirse al Callao ocupando los campos de San Borja. Las guerrillas ó montoneras estaban esparcidas en todos los caminos. Canterac reconoció la posición de San Martín, y por confesión propia la consideró inatacable. El primer objeto del general independiente estaba llenado: que era cubrir la ciudad, contener al enemigo por el frente, cerrarle el acceso del este al pie de la sierra para impedirle contornear su posición, y obligarlo á maniobrar por su izquierda encerrándose sobre la faja árida de la costa en el pequeño triángulo que limita la corriente del Rimac, á menos de tentar un ataque sobre el flanco derecho de los patriotas, que era el más débil, una vez salvado el obstáculo del río Surco. Esto fué lo que hizo Canterac, porque era lo único posible.

El general español, desistiendo de todo ataque por el frente y la espalda, formó el día 9 á las 7 de la mañana en tres columnas paralelas; la de la derecha con su caballería, la del centro con la infantería y artillería y la de la izquierda con los bagajes, cubriendo la retaguardia con un escuadrón. En esta disposición emprendió una marcha de flanco sobre su izquierda costeando á la distancia el río Surco. Al llegar á la altura del tercer puente situado á dos tiros de cañón de la derecha patriota varió rápidamente á su derecha y desembocó en la espaciosa llanura de San Borja, que ocupó la caballería primero y sucesivamente la infantería, pasando por los claros de la primera para tomar la primera línea, que se estableció sólidamente parapetada de unos tapiales

que flanqueaban el camino real. San Martín, que había previsto este movimiento, hizo un cambio de frente central, retirando su derecha, que apoyó en las alturas del Pino, y avanzó su izquierda, cubierta siempre por el río Surco, en un terreno que se desenvolvía en anfiteatro, á cuyo pie se extendían otros tres órdenes de tapias como las que anteriormente resguardaban su infantería. De este modo, ambos ejércitos volvieron á quedar formados en orden paralelo. En esta disposición permanecieron observándose, sin intentar ningún movimiento por una ni otra parte, hasta las 3 de la tarde. A esta hora, el ejército independiente empezó á desfilarse por su derecha, y tendió una nueva línea, apoyando su izquierda en las alturas del Pino y su derecha sobre las murallas de Lima, amagando la izquierda enemiga para obligarlo á atacar con desventaja ó encerrarse forzosamente en el triángulo del Callao. Canterac operó al anochecer un cambio de frente perpendicular, rehuendo su derecha y avanzando su izquierda, y dió frente á Lima. Así se pasó la noche.

En la mañana del 10 apareció el ejército de San Martín con su derecha avanzada, flanqueando el camino de Lima al Callao. Canterac, temiendo que los caminos de su retaguardia fuesen interceptados, emprendió definitivamente su marcha hacia la costa, para situarse bajo el amparo de los fuegos de los castillos del Callao. San Martín, al ver moverse las columnas españolas hacia el triángulo estratégico previsto en su plan defensivo-ofensivo, restregóse las manos, como lo hacía toda vez que estaba satisfecho ó decía algo con marcada intención, y exclamó en su estilo cortado, dirigiéndose á Las Heras, que estaba á su lado, á caballo como él: «¡ Están perdidos ! ¡ El Callao es nuestro ! No tienen víveres para quince días. Los auxiliares de la sierra se los van á comer. Dentro de

«ocho días tendrán que rendirse ó ensartarse en nuestras bayonetas.» En ese momento se hizo sentir un murmullo en el campo, y poco después se presentaba Cochrane á caballo. Las Heras, que se adelantó á recibirlo, le pidió se esforzara en persuadir al general que atacase. El almirante, que estaba siempre por las resoluciones atrevidas y se avenía mal con el sistema expectante de San Martín, cogióle de la mano y le instó encarecidamente en tal sentido: pero recibió por única respuesta: «Mis medidas están tomadas.» Un campesino se acercó al general poco después, trayéndole noticias de los movimientos del enemigo, y calculadamente, ó porque le interesara, escuchaba con atención sus divagaciones. Cochrane, impacientado, increpó al campesino, diciéndole que el tiempo del general era muy precioso para emplearlo en escuchar tonterías. San Martín miró al almirante con ceño adusto; dió vuelta al caballo sin decir una palabra, y se dirigió á su alojamiento. Cochrane solicitó entonces una audiencia, y volvió á insistir en el ataque, rogándole no perdiese aquella oportunidad, y hasta se ofreció á ponerse personalmente á la cabeza de la caballería. La respuesta del Protector fué: «Yo solo soy responsable de la suerte del Perú.» Esta fué la última vez que se vieron en la vida San Martín y Cochrane.

El general de los Andes jugaba su última partida de ajedrez militar sobre el tablero del Rimac, haciendo mover según sus cálculos las masas propias y ajenas. Y como quien mueve sucesivamente los peones, los caballos y las torres para dar jaquemate, adelantó su ejército hasta el promedio del camino de Lima al Callao, que era un verdadero desfiladero, cortándolo en el punto medio denominado La Legua ó Tambo de Mirones, y apoyó su derecha sobre el Ri-

mac. Allí levantó una batería, con dos parapetos laterales, que artilló con 6 cañones de batalla y 2 obuses. La operación de la sierra había fracasado, el Callao estaba perdido irremisiblemente por los realistas, y el ejército de Canterac en riesgo inminente de perderse totalmente.

IV

El éxito de la operación de Canterac dependía de abastecer de víveres las fortalezas del Callao, y éstos no podían sacarse sino de Lima apoderándose de la ciudad, ó bien dominando sus alrededores del este y del norte para proveerse de ganados. Lo primero era imposible sin vencer el ejército de San Martín. Para lo segundo, le estaban cerrados todos los caminos. Así lo comprendió Canterac, y desde entonces sólo pensó en la retirada, abandonando el Callao á su suerte.

En los primeros días de septiembre, el gobernador del Callao, La Mar, había celebrado una junta de guerra con el objeto de disminuir la ración, en vista de la escasez de víveres; pero se acordó no hacer innovación, á la espera del auxilio prometido por el virrey. Así, al ver aparecer bajo sus muros el ejército expedicionario de la sierra, la esperanza renació en la guarnición. Pero pronto el júbilo se convirtió en desesperación al saber que los auxiliares no traían recurso alguno, y que eran otras tantas bocas hambrientas que iban á devorar en pocos días sus escasas provisiones. Para este caso, Canterac tenía instrucciones del virrey de arrasar las fortificaciones y recoger su guarnición, extrayendo de los depósitos el mayor número de armamento posible. El general La Mar se opuso á tal medida, haciendo presente que es-

to equivalía á entregar á discreción á los españoles refugiados con sus familias en los fuertes, y se desistió del intento. Entonces se procuró abastecer la plaza por medio de una contrata con varios comerciantes ingleses que se ofrecieron á introducir víveres por agua, mediante el abono de 500.000 \$, pagaderos 100.000 al contado y 400.000 en las cajas de Arequipa. Las cajas reales del Callao estaban casi exhaustas por efecto del riguroso bloqueo marítimo y terrestre, así es que fué necesario acudir al peculio particular de los refugiados y de los jefes y oficiales, y para llenar el cupo, la misma tropa de Canterac tuvo que devolver 2.000 onzas de oro que había recibido á cuenta de sus sueldos. Antes de abandonar el Callao á su suerte, discutióse en junta de guerra la idea de atacar el ejército independiente en sus posiciones, estableciendo baterías de grueso calibre sobre su línea; pero, excepto tres jefes, todos los demás opinaron por la retirada, y así quedó acordado. Al principio se pensó que cada soldado, además de sus armas, condujese, colocado á la espalda, un fusil, á fin de extraer algún armamento; pero, no sólo se desistió de este propósito, sino que se resolvió que de las siete piezas de montaña que habían bajado de la sierra, se dejaran cinco en el Callao para aligerar la marcha. La posición de los realistas era crítica. La desertión empezada á pronunciarse en sus filas: en dos días se pasaron á los independientes ocho oficiales y 200 soldados. Las cabalgaduras se iban consumiendo. El hambre era la única perspectiva que se les presentaba. Tres días más de inacción, y hasta la retirada era imposible, y tenían que capitular sin combatir. Canterac, tomando consejo de su resolución y confiado en la solidez de sus tropas, decidió retirarse por camino opuesto al que había traído, por una atrevida marcha de flanco, fiando la salvación

á los pies de sus soldados, pero resuelto á combatir, si era necesario, para ganar la sierra.

El 16 á las 4 de la tarde el ejército expedicionario de la sierra, vestido de gala, se movió en masa del Callao, y avanzó sobre el camino de Lima en campo abierto dando vivas al rey. Canterac, con una división ligera y sus dos piezas de montaña, hizo un amago de ataque sobre la posición de La Legua, para ocultar su movimiento retrógrado; pero se mantuvo fuera del tiro de cañón. Mientras tanto, el grueso de su ejército desfilaba á retaguardia por su izquierda á banderas replegadas, vadeaba el Rimac á inmediaciones de la playa en Bocanegra, y se ponía en salvo tomando la dirección del norte. Al ponerse el sol, la división destacada seguía el movimiento general, cubriendo la retirada. A esa hora se hizo sentir un cañoneo. Era un bergantín de la escuadra chilena, que barría el camino de la playa, y hacía fuego sobre la columna española, causándole algunos muertos.

Canterac, protegido por las sombras de la noche, vióse obligado á seguir el camino de la costa del mar, por un terreno montuoso y pedregoso, en que se le inutilizaron sus cabalgaduras, maltratándose los soldados, que con el cansancio y el hambre empezaron á perder sus bríos; pero tenía que esquivar su flanco derecho amenazado, y esto le hizo apresurar su marcha, dejando muchos rezagados. El 17 al amanecer se posesionó del valle de Carabaillo, como á 15 kilómetros al norte de Lima, por cuyo fondo corre el río Chillón que baja de Canta, y conduce al paso de la cordillera camino de Jauja. Aquí hizo alto y se proporcionó algunas reses para comer, descansando en tanto de sus fatigas.

V

San Martín había presenciado el desfile de Canterac desde la batería de Mirones. Impasible y silencioso, asistía á un nuevo triunfo sin combate, perseverando en su nuevo sistema de guerra de «victor sine sanguine.» Su ejército ardía en deseos de pelear, y creía segura la victoria; pero, después de la escena del almirante Cochrane, nadie se atrevía á darle consejos. Si obraba por exceso de prudencia, orgullo ó desconfianza, al permanecer en esta actitud pasiva con las armas descansadas, lo examinaremos después; pero éste habría sido el momento de arriesgar algo, aprovechando la oportunidad para completar el triunfo, ya asegurado en gran parte. San Martín, fija su atención en la rendición del Callao, que de suyo se rendía, hizo las cosas á medias, y tardíamente desprendió á Las Heras (17 de septiembre) con el grueso del ejército en persecución de Canterac.

La persecución, no bien combinada, floja en un principio, é imprudente al fin, brindó al enemigo algunas ventajas en su retirada. El 18 se hallaba el ejército perseguidor á tres kilómetros de Canterac, situado en Macas, en la prolongación ascendente de la quebrada de Carabaillo. Los partes oficiales de Las Heras acusaban cierta irresolución. «Los enemigos (escribe el 18 á las 9 de la mañana), acamparon anoche en Pueblo Viejo. A las 7 de esta mañana, aún no se habían movido, y yo marché sobre ellos consecuente á las órdenes de V. E.» A las 3 de la tarde del mismo día decía: «Ha resultado que la verdadera posición del enemigo era la de San Lorenzo, sobre un cerro. Cargado por nuestras guerrillas por su derecha, hizo una salida con una columna de infantería y mucha parte de su caballería. rechazando todas nuestras guerri-

»llas. Me ví en la necesidad de replegarme y proteger
»la dispersión con toda nuestra caballería. Nuestros
»montoneros se han reñeche. Pareciéndome sospechosa,
»como asimismo fuerte su posición, he determinado
»que el ejército permanezca en los puntos que ocupa
»hasta que decida completamente el enemigo su mo-
»vimiento.» A las 9 de la noche del mismo día: «Al fin
»decidió el enemigo un movimiento á las 4'30 de la
»tarde, corriéndose sobre su izquierda. En su conse-
»cuencia, la posición que ocupamos, es la mejor, co-
»mo asimismo para perseguirlo, según pienso.» Al
día siguiente (19 de septiembre), Las Heras no había
emprendido ningún movimiento decisivo, ni tenía un
plan hecho de persecución. A la altura de Caballeros,
á 47 kilómetros de Lima, desistió de continuarla en
masa, y desprendió á vanguardia la división de Mí-
ller, compuesta de 700 infantes, 125 granaderos á ca-
ballo y 500 montoneros, que, después de un retardo
de diez horas, sólo se movió á las 9 de la mañana
del 20.

Un esfuerzo vigoroso habría dado en aquellos mo-
mentos un triunfo completo al ejército independiente;
pero la inacción en Lima había relajado su fibra, y
además estaba sordamente trabajado por causas que á
su tiempo se explicarán. El ejército de Canterac se le
deshacía entre sus manos. Precisamente el día 18, al
tiempo de rechazar en San Lorenzo el ataque descon-
certado de los independientes, se le desertaron 30 ofi-
ciales y 500 soldados de las tres armas. Los españoles,
según confesión propia, habían perdido casi la mitad
de su infantería. Al emprender Míller su marcha,
se le presentaron 100 pasados más de los realistas.
Alucinado, ó como se ha creído generalmente, á causa
de la grave enfermedad de tercianas contraída en la
expedición de puertos, que por momentos le privaba de

calcular con exactitud lo que convenía, se lanzó en una persecución temeraria, pretendiendo, no sólo hostilizar la retaguardia del enemigo, sino también contener su marcha hacia la sierra. Con tal objeto, en la madrugada del 22, trató de apoderarse de la altura de Porochuco; pero, al llegar á su cumbre, después de una fatigosa marcha de 10 kilómetros, le salió al encuentro una emboscada mandada por el brigadier Monet, que lo obligó á replegarse, con algunas pérdidas. El 23 se adelantó de nuevo Miller hasta Huamantanga, y tomando la izquierda del enemigo, pretendió cerrarle el camino de la montaña con 400 cazadores, sostenidos por una columna de reserva. A las 11 de la mañana se trabó de nuevo un combate. Los españoles cargaron con denuedo. La división de Miller fué desalojada de la fuerte posición que ocupaba, dejando en el campo armas, muertos y prisioneros. Este fué el último zarpazo del león en retirada. Aquí terminó la persecución. Miller se limitó desde entonces á hostilizar la retaguardia del enemigo con partidas volantes de caballería, y acompañó á la columna fugitiva hasta pasar la cordillera, donde encontró el cadáver del famoso coronel Sánchez, el héroe de San Carlos y Chillán en Chile, abandonado en una choza por sus compañeros de armas (27 de septiembre).

Treinta y cinco días después de haber emprendido Canterac su expedición (1.º de marzo), estaba de regreso en Jauja, deshecha, con un tercio menos de la fuerza que había sacado, y dejando perdida la plaza que había ido á salvar. Empero, el general español acreditó en esta ocasión las dotes de un consumado táctico, y de un general intrépido en medio de los grandes peligros que lo rodeaban, á que supo sobreponerse, salvando el honor de sus armas y sus últimos soldados.

VI

Aislado el Callao y abandonado á su suerte, con sólo tres días de víveres, San Martín le intimó rendición, ofreciendo respetar las personas y los equipajes. El general La Mar aceptó la proposición para tratar, proponiendo por su parte una suspensión de hostilidades; pero pidió cerciorarse del estado del ejército realista en retirada, antes de entrar á negociar. San Martín le contestó: «Como hombre público y privado he tenido siempre derecho á ser creído. Los jefes del ejército español se equivocaron en los cálculos y han tenido que retroceder á la sierra, desorganizada toda su fuerza y huyen perseguidos. Si esta explicación aún requiriese más autenticidad, un oficial de la guarnición del Callao puede venir á informarse de ella.» La Mar replicó: «No me considero en el caso de haber ofendido su delicadeza dejando de dar crédito á sus aserciones, pero permítame manifestarle que en situación como la mía no es nueva toda detención de esta especie sin nota de agravio. Bajo este concepto y de la misma invitación que se sirve haberme, pasa el brigadier D. Manuel Arredondo á hablar con algunos de los oficiales del ejército nacional.» Cerciorado La Mar de que nada tenía que esperar, formuló sus capitulaciones de acuerdo con una junta de guerra, con arreglo del vencedor, recomendando á su generosidad, «la benemérita guarnición del Callao» y la población refugiada bajo su amparo.

Por parte del Protector fué comisionado para tratar, el coronel Tomás Guido, nombrando el gobernador de los castillos al brigadier Arredondo y al capitán de navío José Ignacio Colmenares. Estipulóse en consecuencia una capitulación honrosa para vencidos y

vencedores. La guarnición debía salir por la puerta principal de las fortalezas con todos los honores de la guerra, dos cañones y bandera desplegada. La tropa veterana que voluntariamente lo quisiera, podría transportarse á uno de los puertos intermedios y reunirse al ejército de Arequipa, pero no á ningún otro punto. Los milicianos se restituirían á sus hogares. Los generales, jefes y oficiales, empleados de hacienda y marineros, serían tratados con dignidad, pudiendo usar de su uniforme y espada por el término de tres meses, en que se restituirían á España si así lo prefiriesen, con facultad de disponer de sus bienes. Se pactó el olvido recíproco de las opiniones y servicios prestados á los distintos gobiernos. Bajo estas condiciones se convino que las fortalezas se entregarían por inventario, y que las capitulaciones se ejecutarían por una y otra parte á las dos horas de ratificadas. La Mar pretendió introducir un artículo permitiendo extraer del Callao 4.000 fusiles con bayonetas y fornituras, 200.000 cartuchos y 14 piezas de artillería de campaña con su correspondiente dotación de municiones; pero fué negado. Por un artículo secreto adicional estipulóse que los jefes y oficiales sueltos de la plaza podrían trasladarse al destino que tuviesen por conveniente, auxiliándolos el gobierno peruano con lo necesario para el transporte de sus familias y equipajes. El día 21 de septiembre (1821) se enarboló la bandera peruana en los castillos del Callao, perdiendo el rey de España su última almena al sur del continente americano. La Mar, que en su calidad de criollo simpatizaba en el fondo con la causa de la independencia, renunció en manos del virrey su grado y honores, pero por el momento se retiró á la vida privada.

El general de los Andes, libertador de Chile y del

Perú, triunfaba así sin combatir, y conservaba intacto su ejército, fiel al plan sistemático de campaña que se había propuesto; realizando, según la expresión que hace suya un historiador peruano, «el fenómeno más extraordinario en la guerra: derrotar un ejército poderoso con la fuerza sola de la opinión y de la táctica, sostenido con ardidés bien manejados.» La más formidable fortaleza de la América del Sur estaba en su poder, con centenares de piezas de artillería de plaza y campaña, millares de fusiles y grandes depósitos de municiones; una guarnición de cerca de dos mil hombres se había rendido y como mil hombres de la expedición de la sierra, que pretendió salvarla, habíanse dispersado ó pasado á su bandera; los ejércitos realistas, enflaquecidos y sin armas, estaban aislados en las montañas del Alto y Bajo Perú, en impotencia absoluta para retomar la ofensiva: y, dueño de la mitad del territorio y de toda la costa del Pacífico, sin temor de que nadie le disputase su dominio, podía dirigir libremente sus armas hacia el norte para libertar á Quito, respondiendo á la demanda de Bolívar, y volver con nuevos recursos á terminar la guerra continental en su último teatro. Una gran batalla campal no le habría dado más con menos pérdidas. Pero el papel de Fabio Cunctator impone al que lo ensaya la obligación de triunfar, y aun triunfando, la opinión suele negarle la gloria del vencedor, confundiendo la prudencia con la pusilanimidad. El general que toma por atributo de combate el escudo con preferencia á la espada, confiesa en el hecho su impotencia para cortar el nudo, y sus ventajas negativas humillan el orgullo de sus soldados, como sucedió al dictador romano cuando desde sus posiciones atrincheradas veía al enemigo á su frente dueño de un campo que no le disputaba.

El sistema de guerra adoptado por San Martín, dados los escasos elementos con que se lanzó á la atrevida empresa de libertar el Perú, había sido prudente y necesario y producido grandes resultados; pero sin obtener ninguna ventaja decisiva. El problema de la guerra quedaba siempre insoluble. Los medios triunfos, y sobre todo, los que se alcanzan sin el concurso activo de los soldados, y dejan las cosas más ó menos como estaban antes, no satisfacen á nadie, y con frecuencia se vuelven contra su autor, porque siempre se supone que pudieron ser más grandes peleando. Tal había sucedido á San Martín al tiempo de la ocupación de Lima, y tal le sucedía al rendirse las fortalezas del Callao y retirarse, deshecha, la expedición de la sierra por sus hábiles maniobras sin disparar un tiro. Ganó la fama de gran táctico; pero comprometió su renombre de general resuelto, que sabe combinar sus cálculos metódicos con las inspiraciones del campo de la acción en los momentos decisivos en que la fortuna brinda la corona ensangrentada del triunfador al coraje de generales y soldados.

VII

Todos reconocían que jamás el general se había mostrado más hábil, más dueño de sí mismo y de las voluntades de sus subordinados, pero muchos le acusaban de exceso de prudencia, y aun de timidez, por no haber comprometido el ataque cuando las probabilidades del éxito parecían estar de su lado, ó por no haber buscado más decididamente las ocasiones de obtener una victoria completa. Es un punto histórico que merece examinarse.

La responsabilidad de San Martín es grave por el

estado de inacción en que dejó caer la guerra después de la ocupación de Lima y de la retirada de la sierra y puertos intermedios. Sus armas se habían destemplado y su inteligencia militar parecía adormecida. Así, al descender la expedición realista de la sierra, no estaba preparado para la ofensiva, y malamente para la defensiva. Pero, desde que vuelve á sonar el primer toque de tambor anunciando la aproximación del enemigo, el general vuelve á ser dueño de sí; todo lo domina y todo lo prevé; infunde á todos entusiasmo y confianza y todos sus movimientos tácticos, perfectamente combinados para alcanzar un resultado preconcebido, revelan el genio del vencedor de Chacabuco y Maipú. Nada fía á la fortuna, y juega su gran partida, moviendo con aplomo magistral, á la manera de piezas de ajedrez, las masas propias y las del contrario, según un plan que se desenvuelve matemáticamente. Sus tropas, aunque algo más numerosas, eran en su mayoría reclutas, y las del enemigo eran sólidas y selectas, mandadas por un general eximio, que podía medirse con él, como lo mostró. Además, debe tenerse en cuenta que los realistas tan sólo arriesgaban una división, contando con fuertes reservas que les permitían rehacerse, mientras los independientes jugaban á un albur el único ejército de que dependía la suerte del Perú, y quizá de toda la América. Así, cuando se negó á las instancias de Cochrane para que atacase en el momento en que Canterac iba á encerrarse en el triángulo estratégico, obraba con acierto y veía claro, pues ese movimiento obligado le aseguraba la rendición del Callao, quedando á su elección, en todo caso, buscar el combate en mejores condiciones, si así lo quería. Cuando avanzaba hasta Mirones y cerraba el camino del Callao á Lima, procedía con igual acierto, en el supuesto de que el enemigo pretendiera man-

tener una posición insostenible ó se rindiese al fin, ó que, desesperado, se lanzara sobre sus fuertes posiciones, aceptando entonces el combate con la seguridad de triunfar. Hasta aquí la prudencia sanciona la conducta de San Martín, y lo reconoce como el primer táctico de la América del Sur en su tiempo.

Pero, una vez ejecutado el plan práctico, que daba por resultado determinado las últimas posiciones estratégicas en las situaciones extremas, había que prever el caso de la acción para la defensa ó el ataque y debió y pudo prepararse todo en consecuencia. Encerrados los realistas bajo las murallas del Callao, sin víveres ni forrajes, San Martín debió prever que, con generales tan resueltos y avisados como Canterac y Valdés, no podía esperar ni una rendición cobarde ni un ataque á la loca antes de ensayar otras medidas de salvación. Debió prever además la retirada, ya fuese por el camino que había traído el enemigo, ya por el del norte de que era dueño, y que era el más probable. En este punto parece que fallaron las previsiones del gran capitán. Pudo haberse preparado á cerrar estratégicamente el camino de la retirada, previendo la salida como previó la entrada. Pudo prepararse á caer con toda su masa sobre el enemigo en retirada, cuando éste, hambriento y sin esperanzas, se lanzara en busca del camino de la sierra. Pudo, en fin, organizar de antemano metódicamente la persecución, como había organizado la defensivaofensiva, hasta reducirlo á hacer lo que él quería y había previsto. Nada de esto se hizo, ó al menos se hizo incompletamente. Cuando el enemigo amagó un ataque, que no podía engañar á un general tan experto como el de los Andes, y emprendió su retirada en desfilada vadeando el Rimac por su embocadura, era el caso de tener prevenida la escuadra sobre la costa para cañonearlo, ó

bien salir á batirlo por el flanco que le presentaba á descubierto. Si no quería comprometer batalla formal, pudo anticiparse al enemigo por caminos mejores y más cortos, cerrando la entrada de la quebrada de Carabaillo, con más ventajas que la persecución por retaguardia, ú obligarlo á un combate en las condiciones más ventajosas para él. Emprendida la persecución tardíamente y de mal modo, se hizo sin plan, y no dió sino los resultados que ofrecía la desmoralización espontánea del enemigo, brindándole ventajas parciales en los únicos combates en que se cambiaron balas. Si bien de la ejecución de algunas de estas operaciones son responsables sus subalternos, que no supieron responder á sus planes, la responsabilidad mayor recae sobre él, pues les ordenó perseguir y no pelear, cuando debió ordenarles pelear y vencer, y así como el honor de la jornada era todo suyo, así también debe ser la censura ó el galardón que le toque en lote.

VIII

Estos triunfos, á pesar de no ser decisivos, consolidaban al parecer el protectorado de San Martín, aumentando su popularidad ostensible; pero los cimientos en que se apoyaba, estaban minados por un trabajo subterráneo, y la política exterior que empezó á desenvolverse desde entonces, lo divorció de la opinión del país; á lo que se agregaba un fermento de espíritu nacional que conspiraba contra su autoridad moral. El papel de San Martín, como Protector del Perú, es duplo y complejo: hay una parte que es suya, otra que es de mero reflejo, y otra peruana; pero, en su conjunto, tiene la unidad del carácter del hombre, de sus ideas políticas y de sus vistas americanas.

La obra reformadora del Perú que lleva el nombre de San Martín, fué grande y fecunda; pero, mero adorno de su corona de libertador, es la obra de sus ministros — y principalmente de Monteagudo, — que concibieron las reformas y las plantearon. A él le corresponde su parte como hombre de progreso, animado del anhelo del bien público, con ideas liberales, aparte de lo que era de su especialidad en el orden militar, y además, la mayor responsabilidad ante la historia respecto de las instituciones ó trabajos políticos que respondían á un plan secreto de organización gubernamental, á cuyo servicio puso conscientemente su poder de acuerdo con sus ministros y con su consejo de estado.

El primer semestre del protectorado de San Martín en el Perú ha quedado como la base fundamental de su organización administrativa y de su constitución política. Por eso ha merecido el título de «Fundador de la libertad del Perú,» que la gratitud póstuma le ha dado con justicia. Faltábale al Perú independiente el atributo de la fuerza. No tenía ejército, y los ejércitos extraños que lo libertaran, lo defendían dominándolo. Uno de los primeros trabajos de San Martín fué darle un ejército nacional. Creó, con el nombre de Legión Peruana, una división de naturales del país, compuesta de un regimiento de infantería, al mando de Miller, otro de caballería, al de Brandzen, y una compañía con cuatro piezas. Se organizó la hacienda pública y se reformó el sistema colonial de comercio, pagando empero su tributo á las erróneas ideas económicas de la época, de que estaba imbuído Unanue. Aboliéronse el servicio personal de los indígenas, los tributos de capitación, las encomiendas, los repartimientos y las mitas, «como un atentado contra la naturaleza y la libertad.» Se declaró la libertad de

vientres, emancipando á los esclavos (cuyo número llegaba á 40.000) que tomasen armas por la independencia. Los azotes en las escuelas quedaron suprimidos. Fundóse una biblioteca nacional, repitiendo San Martín el acto que ha vinculado su nombre en Chile y el Perú á la difusión de las luces por medio del libro. La libertad de imprenta fué organizada, aboliendo la censura previa, sin más restricciones que las que reclamaban las circunstancias, pero sometiendo en todo caso la calificación y el juicio á la deliberación del jurado. Se abolieron los tormentos y se prohibieron las penas trascendentales. La inviolabilidad del domicilio fué consagrada como «base de buen gobierno.» Estas ideas, con sus fórmulas y fundamentos teóricos, eran importaciones de la revolución argentina de que Monteagudo había sido colaborador en el Río de la Plata.

Ensanchando el círculo de la vida pública, dictó un nuevo «Estatuto Provisional», que resumía todas las facultades y derechos, en que el dictador se daba su propia regla, ofreciendo, según sus palabras, «lo que juzgaba conveniente cumplir, nivelando los deberes del gobierno como la ley de las circunstancias, para no exponerse á faltar á ellos.» Consagrábanse en términos absolutos las garantías individuales; manteníase la institución de las municipalidades por elección popular; creaba un consejo de estado con voto consultivo; confirmaba la libertad de imprenta, siempre sobre la base del jurado, y fundaba la administración de la justicia independiente «como una de las garantías del orden social,» protestando que el poder ejecutivo «se abstendría de mezclarse jamás en las funciones judiciales, porque su independencia era la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo, pues nada importaban las máximas liberales

»cuando el que hace la ley es el que la ejecuta y aplica.» Reconociáanse, por justicia y equidad, todas las deudas del gobierno español que no hubiesen sido contraídas para esclavizar el Perú ú hostilizar á los pueblos independientes de América, y quedaban en su fuerza y vigor las leyes preexistentes en cuanto no contrariasen la independencia del país y las formas del estatuto. Nadie podía ser privado de sus derechos garantidos sino por sentencia de autoridad competente conforme á las leyes, y es de notar que en una época de revolución, en que las pasiones de la lucha estaban encendidas, se declarase que «por traición, sólo se comprendía conspirar contra la independencia, y por sedición, reunir fuerza armada para resistir las órdenes del gobierno, conmover el pueblo ó parte de él con igual fin, sin que nadie pudiese ser juzgado como sedicioso por opiniones políticas.» El Protector juró públicamente el estatuto, empeñando su honor de cumplirlo fielmente, hasta que, declarada la independencia en todo el territorio, se convocara un congreso general que estableciese la constitución permanente según la voluntad de la nación. «Con estos sentimientos—decía en tal ocasión,—me atrevo á esperar que podré devolver en tiempo el depósito que se me ha encargado, con la conciencia de haberlo mantenido fielmente. Si después de libertar al Perú de sus opresores, puedo dejarlo en posesión de su destino, consagraré el resto de mis días á contemplar la beneficencia del grande Hacedor del universo, y renovar mis votos por la continuación de su próspero influjo sobre la suerte de las generaciones venideras.» El protectorado entraba de este modo en el orden de los gobiernos regulares por la puerta de la dictadura.

Este plan elemental de organización política, sin forma de gobierno definida, ni más principio funda-

mental que la independencia como hecho, la división de los poderes como teoría y la proclamación de la soberanía popular como base del derecho constitucional, era el esbozo de una democracia en embrión, tal como existía, dentro de cuyos vagos lineamientos podía dibujarse, así una república como una monarquía liberal. Tal es el pensamiento oculto que entrafaba el estatuto al no proclamar francamente la república como forma definitiva de gobierno, dejando al porvenir la solución del problema bajo la invocación de la soberanía nacional. Este pensamiento ulterior empezó á diseñarse en los primeros actos orgánicos del protectorado.

El Consejo de Estado, quinta rueda de la nueva máquina improvisada, fué constituido teniendo en vista, no la capacidad administrativa de los nombrados, sino su representación externa. Siendo miembros natos de él los ministros de Estado, el general y el jefe de estado mayor del ejército, el presidente de la cámara de justicia y el deán de la catedral en ausencia del obispo, lo completaban tres condes y un marqués de la nobleza indígena. Era así, más bien que una institución republicana, una corporación jerárquica y aristocrática, propia para servir de coronamiento ó adorno á una monarquía, y calculada para autorizar moralmente las medidas extraordinarias de una dictadura, sin profesión de fe política declarada en cuanto á la forma de gobierno. El elemento aristocrático le daba su colorido. San Martín pensaba que la nobleza peruana, si bien no era una institución social, era una influencia que debía utilizarse. Como general, al tiempo de emprender su expedición, había-se dirigido á ella por medio de una proclama, manifestándole que la revolución política de la América del Sur no se dirigía contra sus verdaderos privilegios.

«El primer título de nobleza—le decía,—fué siempre el de la protección dada al oprimido, y su dignidad jamás se ha conciliado con una obscura molicie ó un servil abatimiento.» «Separada del trono español por miles de leguas, agregaba, estaba reducida á una clase inerte y sin funciones en medio de un pueblo esclavo que obedecía; era una corporación sin los medios reales de la grandeza verdadera, sin base, sin funciones ni lugar preciso en el cuerpo social, que sólo presentaba el escándalo de un sistema opresor, con exclusión de los demás hombres, siendo las frívolas condecoraciones, no recompensas á la virtud y al mérito, sino á la vanidad y al favoritismo.» Como Protector, mandó hacer desaparecer las armas de la monarquía española y todos los signos de su dominación en América «como símbolos de esclavitud», autorizando á todos los ciudadanos para destruirlos, al mismo tiempo que declaraba subsistentes los títulos de Castilla en el Perú, con el derecho de lanzas y medias annatas, por cuanto, decía, «la nobleza peruana tiene sus timbres, y justo es que los conserve», con variación únicamente en sus blasones de los jeroglíficos opuestos á los principios proclamados.

IX

A la vez que así mantenía el aparato de la nobleza peruana y la nacionalizaba, propendía á crear en otra forma una aristocracia nacional, dándole por base los grandes servicios á la patria. En el mismo día en que juraba el estatuto, instituyó la «Orden del Sol», imitación de la de «Cincinnatus», repetición exagerada de la «Legión de Mérito de Chile», y de la de «Liberadores de Bolívar», imitación á su vez de la «Le-

gión de Honor de Napoleón.» Al fundar este nuevo patriado, con prerrogativas personales vitalicias, las hizo hereditarias hasta la tercera generación, copiando los primeros estatutos de la asociación de los Estados Unidos, que el mismo Wáshington borró con su mano ante la repugnancia que tal cláusula despertó en el sentimiento público. «He contemplado—decía,— fundando este privilegio, hacer hereditario el amor á la gloria, porque, después de derogar los derechos hereditarios, que traen su origen de la época de nuestra humillación, es justo subrogarlos con otros que, sin herir la igualdad ante la ley, sirvan de estímulo á los que se interesen en ella. La «Orden del Sol», patrimonio de los guerreros libertadores, y premio de los hombres beneméritos, durará así mientras haya quien recuerde los años heroicos, porque las instituciones que se forman al empezar una grande época, se perpetúan por las ideas que cada generación recibe, cuando pasa por la edad en que averigua con respeto el origen de lo que han venerado sus padres.» Sobre esta base histórica, la orden se dividía en tres clases: «Fundadores», «Beneméritos» y «Asociados». En cada cuerpo del ejército se conferiría la condecoración á tres oficiales, desde teniente coronel á alférez inclusive, excluyendo la clase de tropa, que la «Legión de Mérito» incluía en sus filas. Los «fundadores» gozaban del derecho de preferencia á las grandes dignidades del estado: los «beneméritos» serían preferidos para los empleos de segundo orden: los «asociados» serían atendidos en primer lugar en los empleos que ocuparon. La orden tenía su Gran Consejo, y además de sus funciones administrativas, la facultad de acordar pensiones anuales á sus socios. Se aplicaban un fondo especial y una renta perpetua á su mantenimiento. Se constituía un colegio especial para la edu-

cación de los descendientes de esta raza privilegiada. Como complemento de tan extravagante creación, se declaraba patrona y tutelar de la Orden á Santa Rosa de Lima, instituyendo una fiesta anual en su honor. Jamás sobre bases más falsas se instituyó una asociación con objetos menos elevados. Su fundador consignaba empero en su decreto: «La Orden del Sol» será »en el Estado Peruano la primera en dignidad ilustre, »y se espera de la imparcial posteridad, que la conser- »vará con el religioso respeto que merece por su ori- »gen, y por la grande época que recordará á los siglos »futuros.» La «Orden del Sol» fué inaugurada en consecuencia con gran pompa, como una institución eterna. Sus contemporáneos la condenaron, y la posteridad sólo la recuerda como una triste lección.

San Martín, como general, había dirigido antes una proclama. «A las limeñas», llamándolas á cooperar á la independencia con su atractiva influencia, al mismo tiempo que á los peruanos, á los españoles europeos y á la nobleza del Perú. Como complemento de su plan de aristocracia indígena, hizo extensivos á la mujer sus honores y sus privilegios. Partiendo de la base de que «el sexo más sensible debe ser el más patriota», decretó más tarde una orden de otra especie, pero análoga. «Las patriotas que se hubiesen distinguido por »su adhesión á la causa de la independencia del Perú, »usarían el distintivo de una banda bicolor, blanca »y encarnada, con una medalla de oro con las armas »nacionales en el anverso y en el reverso una inscrip- »ción: «Al patriotismo de las más sensibles.» Los pa- rientes inmediatos de las que obtuvieren esta distinción, serían preferidos para los empleos que pretendiesen en igualdad de circunstancias. Esta orden femenina se distribuyó con más galantería que discreción, haciéndola extensiva á las bellas y amables damas,

lo que dió motivo á murmuraciones mujeriles que el tiempo no ha apagado todavía.

Estas invenciones, al parecer de mero aparato, incluso las que revestían carácter gubernativo, respondían á un plan: eran semillas estériles de una aristocracia, atributos de una monarquía quimérica, que se esparcían en la sociabilidad peruana y se depositaban en el seno del sexo fecundo. Hasta el mismo San Martín, no obstante su sencillez espartana, acusó en su representación externa esta influencia enfermiza. Su retrato reemplazó al de Fernando VII en el salón de gobierno. Para presentarse ante la multitud con no menos pompa que los antiguos virreyes, y deslumbrar á la nobleza peruana, que la consideraba poderosa en la opinión, se dejaba arrastrar en una carroza de gala tirada por seis caballos, rodeado por una guardia regia, y su severo uniforme de granaderos á caballo se recamó profusamente de palmas de oro. Empero, nada indica que el delirio de las grandezas se hubiese apoderado de su cabeza. En medio de este fausto de oropeles conservó su modestia y su ecuanimidad. Si buscaba la monarquía constitucional, era sin ambición personal, anteponiendo, como lo decía, á sus convicciones republicanas lo que consideraba relativamente mejor para coronar la independencia con un gobierno estable, que conciliase el orden con la libertad y corrigiese la anarquía. Al establecer jerarquías fundadas en títulos cívicos y viejos pergaminos renovados, lo guiaba un espíritu conservador para dar á la sociedad, según lo entendía, la garantía de una clase gobernante y responsable. El sueldo de 30.000 \$ que se hizo decretar—lo que en su tiempo fué muy criticado, y con razón,—lo empleaba en su mayor parte en regalos y gastos de representación. En su conjunto, todo esto indicaba un principio de descomposición.

A medida que la fortuna del libertador crecía, el grande hombre se achicaba, y en su escala se marcaba su decadencia militar y política, aun conservando su nivel moral.

X

Por este tiempo empezó á atribuirse á San Martín por la vulgaridad la ambición insensata de coronarse rey. El pueblo en sus canciones y yaravis lo aclamaba emperador, evocando los antiguos recuerdos incásicos, en circunstancias que los imperios de Méjico y del Brasil se diseñaban en América. Los principales jefes de su ejército, miembros todos ellos de la Logia de Lautaro, ligados hasta entonces á su destino, empezaban á conspirar contra él, y en sus conversaciones íntimas sólo lo designaban con la denominación burlesca de «El rey José.» La descomposición se iniciaba.

Como lo hemos apuntado antes, los fundamentos en que se apoyaba el protectorado estaban minados por un trabajo subterráneo. La autoridad de San Martín como Protector del Perú, reposaba sobre dos bases: una de fuerza, que era el ejército argentinochileno, que constituía el núcleo de su poder militar; la otra moral, que era la opinión del Perú, que hasta entonces sólo había intervenido como auxiliar de la acción revolucionaria, y que al tomar consistencia, empezaba á asumir formas definidas con marcadas tendencias nacionales. El ejército de los Andes con que San Martín libertara á Chile, impregnado del espíritu de la revolución argentina, se inoculó desde un principio la pasión americana de su creador, identificándose con sus planes y su fortuna y le fué constantemente fiel desde Mendoza hasta Rancagua. El ejército de Chile, vaciado en el mismo molde del de los Andes,

para servir á los mismos propósitos, recibió el mismo sello típico. Ambos ejércitos formaron el Ejército Unido, creación de carácter internacional, con proyecciones americanas. Trasladados esos ejércitos al Perú, obedecieron á la impulsión inicial de la alianza chilenoargentina, y prevaleció en ellos el sentimiento internacional, y así, aunque desprendidos de la patria, de la que sólo tenían la bandera y la escarapela, continuaron como auxiliares á órdenes de un gobierno extraño presidido por un generalísimo, constituyendo el nervio del poder militar del libertador del sur, y una de las bases de su poder político en el país liberado ocupado por sus armas. Como los soldados griegos y macedonios después de atravesar los Balkanes y el Helesponço, fatalmente destinados á esparcirse por la superficie del Asia sin volver á ver el humo de sus hogares, los soldados argentinos y chilenos, después de atravesar los Andes y el Pacífico, estaban destinados á marcar con sus huesos el itinerario de otra gran campaña al través de otro continente; y apenas si un puñado de sus últimos sobrevivientes encanecidos, después de asistir á las últimas batallas de la independencia, volvería á la patria con su bandera hecha jirones. Tal era la constitución americana que San Martín dió á sus ejércitos, al inocularles una pasión para servir á un gran propósito, y esto explica su cohesión en países extraños, en la buena como en la mala fortuna. Como él mismo lo ha dicho, al indicar este fenómeno: «La política que me propuse seguir, fué mirar á todos los estados americanos en que las fuerzas de mi mando penetraran, como estados hermanos interesados en un mismo y santo fin. Consecuente á este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase.» Pero esta má-

quina de guerra calculada para la propaganda armada, se complicaba con otra máquina oculta, traída en los bagajes de la expedición, cuyo mecanismo secreto manejaban los mismos jefes de los ejércitos unidos en territorio extraño, y así, su cohesión dependía de la buena voluntad y de la fidelidad con que los comilitones del nuevo Alejandro continuasen identificados con los planes y la fortuna de su gran caudillo, independiente de Chile y de la República Argentina en su calidad de Protector del Perú.

Hasta entonces habían bastado, para mantener la cohesión del ejército argentinochileno, la pasión por la independencia y el amor á la gloria, combinándose en ella el patriotismo con el americanismo. Jamás el oro entrara como liga en el metal heroico de sus armas. A ración escasa, medio sueldo por acaso y mal vestido, sufriendo pestes y miserias, jamás recibió ninguna recompensa pecuniara. Sólo una vez, el gobierno de Chile prometió á los vencedores de Maipú el campo en que combatieron y triunfaron; pero esta promesa quedó sin efecto. La municipalidad de Lima, movida por Riva Agüero, arrogándose facultades soberanas, fué la primera en decretarle un premio de este género, que se hizo en parte efectivo. Dispuso que de las fincas del estado—confiscadas á los españoles,—se distribuyese entre los jefes la cantidad de quinientos mil pesos, prometiendo á los oficiales y soldados que continuasen en servicio, las tierras vacantes en las provincias que se conquistaran. San Martín aceptó la oferta, y distribuyó el medio millón entre veinte de los principales jefes y empleados de la expedición libertadora, asignandó á cada uno de ellos la cantidad de veinticinco mil pesos. Esta dádiva, que era entonces una fortuna, cuando el dinero tenía doble valor que al presente, en vez de vincular á los

jefes argentinos y chilenos á la suerte del Protector, fué causa de que surgiesen resentimientos y rivalidades, como sucede cada vez que el interés interviene en las relaciones de los hombres. Una conjuración en que aparecían complicados varios jefes superiores del ejército de los Andes, hizo sentir á San Martín que ya la voluntad de sus antiguos compañeros de armas no le pertenecía, ó que al menos empezaba á vacilar.

XI

En la noche del 15 de octubre el batallón Numancia se ponía silenciosamente sobre las armas. Al mismo tiempo, el coronel Francisco Antonio Pinto, jefe del núm. 5.º de Chile, que guarnecía con su cuerpo las fortalezas del Callao, recibía un billete urgentísimo: «Estoy impaciente por hablar con usted sobre un asunto que nos es sumamente interesante. No conviene que vaya yo al Callao. Véngase lo más pronto que pueda, y véngase á saber cosas desagradables; pero, cosas á que es menester oponer la razón, la justicia, la conveniencia y mil y mil muertes si son precisas. Véngase, véngase. Heres.» Los coroneles Necochea y Gamarra, comandantes de Granaderos á caballo de los Andes y del batallón núm. 1.º de cazadores del Perú, recibían otro billete así concebido: «Conviene que nos veamos, porque interesa á nuestra felicidad y á la de toda la América. Tomás Heres.» Reunidos en el cuartel del Numancia, Pinto, Gamarra y Necochea, el coronel Heres, les informó de que tenía conocimiento de una conspiración que preparaban los principales jefes del ejército de los Andes (que nombró), con el objeto de deponer al Protector y aun de atentar contra su vida, la que debía estallar muy pronto, y que él

estaba resuelto á contrarrestarla con la fuerza. Aunque Heres se negara á entrar en explicaciones, como asegurase que tenía datos positivos, todos fueron de opinión de participarlo al general, á fin de que tomase las medidas del caso. San Martín, que por otro conducto había recibido aviso de lo que pasaba, escuchó tranquilamente la denuncia, y contestó: «¡No hay cuidado!...» En vano el jefe del Numancia le instó para que le permitiese ocupar con su batallón el cuartel fortificado de Santa Catalina—la ciudadela de Lima,—ó que por lo menos hiciera relevar la guardia de palacio, que daba la tropa del núm 11 de los Andes, que se decía complotado. No quiso tomar providencia alguna. Pocos momentos después, se presentaba el coronel Paroissien en nombre del general en jefe del Ejército Unido, Las Heras, avisándole que el batallón Numancia estaba sobre las armas, y que se decía era con el objeto de deponerlo del mando. Contestóle lacónicamente como al primer denunciante, que no tuviese cuidado. Así se pasó la noche en medio de la doble alarma producida por la actitud, al parecer agresiva del Numancia, y la preventiva tomada en consecuencia por los demás cuerpos de la guarnición.

Al día siguiente San Martín recibía á Las Heras con una sonrisa benévola, aunque algo enigmática, y tendiéndole la mano, díjole: «El coronel Heres me ha declarado que los jefes de los Andes conspiran contra mí.» Las Heras protestó de su fidelidad en su nombre y en el de sus compañeros. El Protector pareció darse por satisfecho, no volvió á insistir más sobre el punto, y todo quedó en calma por el momento. Generalizada la noticia, con comentarios desfavorables para los jefes de los Andes, á quienes se acusaba de ingratitude é infidencia, Las Heras se presentó al Protector, manifestándole que estos rumores menoscaba-

ban su decoro, y solicitó, en representación de ellos, que los llamara á su presencia, para averiguar el origen de tan grave acusación. San Martín le contestó que lo pensaría. Dejó transcurrir diez días, y á fines de octubre convocó á todos los jefes en el palacio de gobierno. Reunidos todos en su despacho, á puerta cerrada, presentes el coronel Heres y el ministro de la guerra Monteagudo, abrió la sesión, previniendo que todo lo que iba á pasar allí tenía un carácter de profundo secreto, que interesaba al bien de la América y al honor del Ejército Unido. En seguida, interpeló á Heres—quien le había manifestado estar dispuesto á sostener su denuncia,—exigiéndole exhibiese sus pruebas. El denunciante—que según algunos fué invitado indirectamente para que se mantuviese neutral,—manifestó que había sido instruído de la conjuración por voz pública, y especialmente por el deán, gobernador del arzobispado, quien tenía la noticia por otro clérigo de su diócesis, así como por el coronel Miguel Letamendi, segundo jefe del batallón núm. 5 de Chile. Llamados los dos testigos, y careados con Heres, Letamendi negó el testimonio. El deán, que lo era el doctor Francisco Javier Echagüe (argentino), y en cuyo palacio se alojaba el estado mayor, comentó confusamente el suyo, transmitido oportunamente á San Martín, diciendo que tal noticia tenía por origen la misma actitud sospechosa asumida por el Numancia en la noche del 15. Increpado Heres por todos los jefes presentes y renegado por sus testigos, y hasta por los mismos Pinto, Gamarra y Necochea en quienes se había confiado, por considerarlos no complicados en la conjuración, guardó silencio.

A esta altura de la sesión, los jefes formularon la proposición de que el asunto se esclareciese por medio de un juicio formal, que decidiera de la conducta

de cada uno. San Martín, tomando la palabra, les recomendó tratasen al coronel Heres con equidad y consideración, salvando sus leales intenciones, y les exigió arbitrasen un medio menos ruidoso, que no redundara en daño de la causa de la independencia que todos sostenían. Entonces todos convinieron unánimemente en que el Protector resolviese por sí solo la cuestión conforme á su alta prudencia y bondad.

XII

San Martín tenía su conciencia hecha antes del juicio contradictorio provocado por los jefes, y suficientemente edificado, no quiso llevar adelante la investigación, que lo conduciría á un camino sin salida. Su objeto estaba llenado. Había dominado la situación y hecho entrar á todos sin violencia en el camino del honor y del deber, y obrando con prudencia, decidióse á sacrificar á Heres. Para averiguar, tenía que comprometer públicamente su prestigio y deshorrar á sus compañeros. Para castigar, tenía que decapitar su ejército, y aun para esto sus manos estaban atadas, pues, siendo los acusados miembros de la logia lantarina, que era el nervio oculto de su autoridad, en cierto modo anormal, no podía hacerlo sin previo acuerdo de ella. Así, Heres fué intimado de dirigirse á Colombia, su patria, en el término de cuatro días, manifestándole, sin embargo, por medio de una nota oficial, que, si bien su presencia en el país no era conveniente á los intereses públicos, y á pesar de los sucesos desagradables ocurridos entre él y el resto de los jefes del ejército, como jefe del estado y como general en jefe, debía darle las gracias por sus servicios en favor de la libertad del Perú.

Después de esto, dejó pasar otros diez días, y el 10 de septiembre dirigió un oficio á Las Heras ordenándole que recabase de los jefes presentes en la junta de guerra un informe por escrito exponiendo cada uno de ellos lo que le constase sobre los antecedentes y ocurrencias de la denuncia del coronel Heres. Doce jefes de cuerpo informaron en consecuencia, y sus atestados suministran la prueba moral de que, en efecto, varios de los jefes superiores de los Andes conspiraron en aquella ocasión contra la autoridad de San Martín, ó por lo menos estaban predispuestos á ello. El hecho es evidente; pero nada induce á creer que el plan estuviese maduro, ni acordada su ejecución, y mucho menos que se pensase atentar contra la vida del libertador, como lo insinuó Heres en su denuncia. Estaban en realidad descontentos ó quejosos de él, precisamente por los favores que les había hecho ó por faltas de que ellos eran también responsables; marmuraban en secreto, apellidándolo rey por burla; le atribuían algunas ambiciones egoístas ó planes políticos que les repugnaban, y con razón, y algunos lo deprimían como general por su conducta en la invasión, y sobre todo, en la retirada de Canterac, calificándolo de incapaz y hasta de cobarde. La tremenda responsabilidad que asumirían con tal escándalo ante la América, el hecho de no contar con los segundos jefes ni con la tropa que permanecía fiel á su antiguo capitán, y la convicción de que no tenían con quien reemplazarlo, los había contenido hasta entonces, no obstante estar sublevados moralmente. En cuanto á San Martín, con los documentos firmados por ellos que le garantían su obediencia, adquirió la triste consciencia de que su ejército ya no estaba identificado con él, como lo estuviera en Rancagua. Desde entonces meditó separarse de la vida pública, porque, según lo manifestó,

«su corazón estaba dilacerado con tantas ingraticudes y desengaños.» Algunos de los jefes superiores se retiraron del ejército con tal motivo; los más, arrepentidos ó avergonzados, permanecieron reunidos en torno de la bandera libertadora; y Alvarado, uno de ellos, según parece, fué nombrado general en jefe del Ejército Unido en reemplazo de Las Heras. Empero, la indisciplina latente quedó inoculada, y más adelante se la verá brotar.

XIII

El acto más trascendental que decidió fatalmente del destino del protectorado y del Protector, fué el malhadado plan de monarquizar el Perú, que le enajenó hasta la opinión del mismo país libertado, y aflojó más los vínculos de la disciplina militar, ya relajados. Como se ha visto, este plan, iniciado confidencialmente en Miraflores, formulado diplomáticamente en Punchauca y preparado al tiempo de promulgar el nuevo estatuto, era una idea fija en San Martín, á la que atribuía la virtud de una solución interna y externa por el golpe mágico de un cetro prestado por los reyes del Viejo Mundo. Europeo por educación, criollo por instinto, libertador de pueblos de índole diversa, sin patriotismo exclusivo, sin doctrina política confesada, genio concreto y sistemático, como lo hemos definido, tenía las preocupaciones del medio en que se criara, las pasiones de un revolucionario de raza, el método del gran capitán que todo lo subordina al cálculo, y así, su objetivo inmediato no iba más allá de la independendencia como hecho, y su ideal era el orden regular como ley disciplinaria. Ambas cosas creía alcanzar por medio del establecimiento de una

monarquía liberal, resolviendo á la vez los problemas de la guerra y la paz, ó por el apoyo de una gran potencia europea, ó por un acontecimiento dinástico con la madre patria. Su razón le enseñaba, y él lo declaraba, que la república era la forma más lógica de gobierno; «pero sacrificaba sus principios» á lo que consideraba, si no lo mejor, lo más práctico, y así decía: «Los males que afligen á los nuevos estados de América, no dependen de sus habitantes, y sí de las constituciones que los rigen. Creo que es necesario que las constituciones que se den á los pueblos, estén en armonía con su grado de instrucción, educación, hábitos y género de vida, y que no se les deben dar las mejores leyes, pero sí las más apropiadas á su carácter, manteniendo las barreras que separan las diferentes clases de la sociedad, para conservar la preponderancia de la clase instruída y que tiene que perder.» Como se ve, su ideal de legislador era, tomando por base una lección de Solón, aprendida en la lectura de los Hombres de Plutarco, una oligarquía ilustrada ponderada por una plutocracia conservadora.

Al discurrir así, desertaba de su misión, renegaba de su obra, y se aislaba del movimiento revolucionario en América, que tan vigorosamente impulsaba por las armas, y que políticamente representaba al sur del continente. Olvidaba que en un momento supremo para su propia patria, no había visto la salvación sino en la reunión de un congreso, como la «última ancla de esperanza» echada en una tempestad, y que un congreso la había salvado. No recordaba que los planes monarquistas que él había propiciado, aunque pasivamente, en el Río de la Plata, habían dado por resultado enardecer la anarquía que quería evitar, y que por salvar de su contagio, tuvo que desobedecer cuando fué llamado á sostener el monarca decretado en

conciábulo secreto por el mismo congreso, que, infiel á su origen, contrariaba las tendencias del pueblo inconsulto. No veía que, al declarar la independencia de Chile, había fundado una república obedeciendo á las mismas leyes de adaptación natural que invocaba para hacer prevalecer un plan artificial, y que al organizar políticamente el Perú y bosquejar su constitución, fundaba otra república nativa, á la que daba por atributo la soberanía del pueblo en el hecho de entregar los destinos de un pueblo democrático á las deliberaciones de un congreso libre. No tomaba en cuenta un hecho capital, á que las formas convencionales se subordinaban: que toda la América, con excepción de Méjico (que era una combinación de circunstancias pasajeras), había adoptado la república democrática como sistema necesario de gobierno, y que después de diez años de revolución en nombre de su credo político, confesado ante el mundo, no se podía imponer á los pueblos una institución que las conciencias repugnaban, que sus pasiones abominaban, que sus instintos repudiaban, y que dar á la independencia hispanoamericana una monarquía, y una monarquía de estirpe colonial, era renegar de la misma revolución proclamada en nombre de la república democrática y esterilizar los sacrificios hechos en nombre de un gran principio nuevo, que en esos momentos triunfaba en el mundo, merced á esa revolución radical.

No era más abierto ni claro su horizonte externo. No veía que Bolívar, que disponía de una fuerza poderosa, con una base firme, había ya fundado la república constitucional de Colombia por el voto de los pueblos, y que tenía que proceder de acuerdo con el libertador del norte, que venía á completar su obra como libertador del sur, bajo la bandera republicana levantada por los dos.

No veía que se ponía en pugna con la gran potencia democrática de los Estados Unidos de América, que, al amparar la independencia de las colonias hispanoamericanas, en vísperas de proclamar la doctrina de Monroe ya enunciada, se había pronunciado por la republicanización del Nuevo Mundo haciendo frente á la Europa monárquica y absolutista, coaligada contra la libertad humana.

No veía que en esos mismos momentos la Inglaterra reaccionaba contra la Santa Alianza de los reyes de acuerdo con los Estados Unidos, y estaba dispuesta á reconocer la república preestablecida como hecho irresistible que se imponía y como forma inseparable del reconocimiento de la independencia sudamericana.

Su ministro Monteagudo, su inspirador, que de demagogo exaltado había pasado á ser conservador ultra y después monarquista de oportunismo; talento más brillante que sólido y de más superficie que fondo; con espíritu más bien sistemático que lógico, con ideas propias y teorías incoherentes asimiladas, que aplicaba esporádicamente según sus impresiones, sin tener en consideración los hechos superiores que las dominaban, Monteagudo, no veía más claro que San Martín en el desenvolvimiento genial de la revolución sudamericana ni en las complicadas y trascendentales cuestiones que por este mismo tiempo (fines de 1821), trabajaban á la Europa y á la América asumiendo un carácter universal. Los dos estaban ciegos y sordos.

Para preparar el terreno que debía recibir la semilla monárquica, imaginó Monteagudo fundar una asociación literaria, á imitación de la que en 1812 había establecido en Buenos Aires para propagar los principios de la democracia, contra los que se proponía reaccionar. Denominóla «Sociedad patriótica de Lima», y

le encomendó «discutir todas las cuestiones sobre intereses público, en materias políticas, económicas ó científicas, sin otra restricción que la de no atacar las leyes fundamentales del país.» Compúsose de cuarenta miembros, como los inmortales de la Academia Francesa, elegidos por el gobierno, y cuidóse que la mayoría de ellos, incluso cuatro condes que recibieron por razón de nobleza título de sabios, perteneciesen á las ideas que formaban el programa secreto del protectorado en materia de forma de gobierno. Instalóse solemnemente en el aniversario de la batalla de Chacabuco, y como á la Orden del Sol, se le atribuyó la inmortalidad en la oración inaugural: «para que el pueblo peruano, en posesión de sus derechos, pudiese celebrar por más de cien siglos sus aniversarios, juntamente con el de la gran batalla en cuyo campo quedó trazada la unión perpetua entre los estados independientes del Perú, Chile y Provincias del Río de la Plata.»

Monteagudo, que en su calidad de ministro de gobierno, era el presidente, formuló y puso á discusión las siguientes cuestiones: «¿Cuál es la forma de gobierno más adaptable al estado peruano según el grado que ocupa en la escala de la civilización? ¿Qué causas han retardado la revolución, según comprobación de sucesos posteriores? Necesidad de mantener el orden público para terminar la guerra y perpetuar la paz.» Uno de sus miembros, sacerdote de reputación literaria, dilucidando el primer punto, sostuvo que el sistema democrático no era adaptable al Perú, y desenvolvió el tema de Homero, de que «no es bueno que muchos manden, y sí que uno solo impere y haya un solo rey.» San Martín y Monteagudo se manifestaron satisfechos; pero el discurso produjo desagradable impresión en muchos de los socios y en el

auditorio, sublevando la opinión de los patriotas, que al refutar por la prensa sus doctrinas, preconizaron el sistema democrático como el único adaptable al Perú y á la América, como consecuencia de su revolución. El autor vióse obligado á dar una explicación, diciendo que era una simple teoría, lo que no impidió fuese recompensado con una alta dignidad de la iglesia en premio de su iniciativa monárquica. Desde entonces todos pudieron ver los hilos secretos que movían aquellos títeres políticos.

XIV

En el vacío que el Protector se había hecho en la opinión patriótica del país, decididamente republicana; en suspenso la guerra con la España, de cuyo resultado dependía todo; ocupado por el enemigo la mitad del territorio que se pretendía monarquizar; en vísperas de celebrar una alianza ofensiva y defensiva con Bolívar, y acordar en una entrevista con él, según sus propias palabras, «la estabilidad del destino de la América del Sur;» pendiente el congreso nacional que había prometido, y al cual según el estatuto que se impusiera como ley, competía únicamente «establecer la constitución permanente y forma de gobierno del estado, luego que se declarase la independenciam todo el territorio del Perú,» San Martín resolvió por sí y ante sí, con el acuerdo secreto de los figurones políticos de que se rodeaba, que el Perú sería una monarquía. Aun cuando se haya dicho en su descargo, que tal resolución era un mero proyecto que debía ser sometido en todo caso al voto del congreso, ese es el hecho descarnado, según va á verse, que acusa tanta precipitación como falta de cordura.

El protectorado tenía por condición expresa de su fundador, al reasumir el mando supremo en su persona, «hacer lugar al gobierno que los pueblos del Perú tuviesen á bien elegir, cuya forma y modo determinarían los representantes de la nación peruana.» Antes de cumplirse los cinco meses de su instalación, el Protector convocaba su consejo de estado, compuesto del modo aristocrático que antes se explicó, y acordó se enviar una misión á Europa para negociar la alianza ó la protección de la Gran Bretaña, y aceptar un príncipe de la casa reinante de ella para ser coronado emperador de una monarquía limitada en el Perú, con la condición de aceptar la constitución que le diesen los representantes de la nación. En el caso de encontrar obstáculos insuperables por parte del gabinete británico, se haría la misma proposición al emperador de Rusia, como único capaz de rivalizar con la Inglaterra, aceptando un príncipe de su dinastía, ó el candidato á quien el emperador asegurase su protección. En defecto de un príncipe de la casa de Brunswik, de Austria ó de Rusia, se declaraba aceptable alguno de Francia ó Portugal; y en último caso, al príncipe de Luca, antiguo soberano imaginario de Río de la Plata, éste, con la condición de no ser acompañado de la menor fuerza armada.

Nombróse para desempeñar esta misión á García del Río y á Paroissien, con el encargo conjunto y ostensible de negociar el reconocimiento de la independencia del Perú y un empréstito en Londres. La redacción de las instrucciones se encomendó al mismo consejo de estado. Como si no bastasen los términos explícitos del acuerdo y para comprometer más á San Martín en el sostén del incipiente plan, Monteagudo dirigió un oficio á esta corporación, diciéndole: «El Protector me ha encargado manifieste al consejo no

»eché en olvido en las instrucciones de los comisionados, como punto esencial, el autorizarlos para que »soliciten, de una de las casas reinantes, un príncipe »de aptitud y prepotencia que rija los destinos del »Perú, pues está altamente penetrado de que el go- »bierno conducente á su felicidad es el monárquico »constitucional, sistema que él sostendrá en caso necesario con toda su fuerza física y moral.»

Hay momentos de descreimiento ó cansancio en la historia de los grandes hombres, en que, no encontrando inspiraciones dentro de sí mismos, se entregan al acaso de los acontecimientos ó eligen ciegamente el peor de los caminos sin medir sus proyecciones. San Martín pasaba por uno de esos momentos. Estaba triste y enfermo, y pensaba en su muerte ó en su abdicación. Los términos en que confidencialmente instruyó de su plan á su aliado y amigo el director de Chile, dan testimonio de ello. «Al fin (y por si acaso, ó bien de- »de existir ó de dejar este empleo), he resuelto, escribía »á O'Higgins, mandar á García del Río y á Paroissien »á negociar, no sólo la independencia del Perú, sino »también dejar puestas las bases del gobierno que de- »be regirlo: marcharán á Inglaterra, y desde allí, se- »gún el aspecto que tomen los negocios, procederán »á la Península. A su paso, le instruirán verbalmente »de mis deseos; si éstos convienen con los suyos y los »intereses de Chile, podrían ir diputados por ese es- »tado, que, unidos con los de éste, harían mucho ma- »yor peso en la balanza política, é influirían mucho »más en la felicidad de ambos estados. Estoy persua- »dido de que mis miras serán de su aprobación, con- »vencido de la imposibilidad de erigir estos países en »repúblicas. Al fin, yo no deseo otra cosa sino que el »establecimiento del gobierno que se forme, sea aná- »logo á las circunstancias del día, evitando por este

»medio los horrores de la anarquía.» Aquí se siente, como se ha dicho al comentar estas palabras melancólicas, el vacío de una carrera que la conciencia y el espíritu daban ya por cumplida.

El almirante Cochrane se alzó en esos momentos con la escuadra, retirándole el concurso del poder marítimo de Chile. Los comisionados del Protector se encontraron en Chile en una atmósfera contraria, preparada por los oficiales de los Andes que se habían separado del ejército y por los rumores que circulaban. Decíase—y la generalidad lo creía, tal era la mala predisposición,—que los batallones expedicionarios de Chile en el Perú iban á ser disueltos para distribuirlos en el ejército de los Andes, y que se iba á hacer cambiar de bandera á la escuadra chilena. Así, cuando se recibió la noticia del alzamiento de Cochrane, todos aplaudían la decisión del almirante, y murmuraban del Protector. Decíase—y esto era cierto,—que en una conferencia diplomática del enviado chileno en Lima, que solicitaba algunos auxilios pecuniarios del Perú por vía de indemnización de los gastos de la expedición libertadora, San Martín le había contestado, que el «gobierno del Perú abonaría esos gastos cuando el de Chile hiciese otro tanto por los erogados por las Provincias del Río de la Plata en la expedición que libertó el país en 1817.» Esto había herido á tal punto á los chilenos en su sentimiento y sus intereses, que el mismo O'Higgins en el primer momento, ordenó que se diese una contestación enérgica al Protector, y costó trabajo apaciguarlo. Bien se comprende que la negociación no podía iniciarse bajo más desfavorables auspicios.

García del Río y Paroissien, en cumplimiento de sus instrucciones, manifestaron al director O'Higgins el objeto de su misión, y le pidieron su apoyo en el

sentido indicado por San Martín. O'Higgins, con su buen sentido, les contestó lo que les habría contestado el último patán americano que viera las cosas que pasaban á su alrededor: que «no dudaba que el plan »pudiera ser ventajoso y adaptable al Perú; pero que »en cuanto á Chile, en donde no había opinión formada sobre el sistema de gobierno, en donde apenas uno »ú otro noble estaban por la forma monárquica, lo »mejor era dejar las cosas en el estado en que estaban, »pues quedaba tiempo para constituirse según mejor »les pareciese, después de observar las medidas de los »otros gobiernos de América y la marcha política de »los gabinetes europeos.» Los comisionados, al ver frustrado en su primer paso el éxito de su misión, atribuyeron la negativa indirecta del director al deseo de retener el mando de que estaba en posesión—que aun en este supuesto era un interés más legítimo que el de la monarquización de la América,—y no insistieron, limitándose á pedir que la comunicación se considerase como puramente confidencial, reservándola de los ministros y del senado, y así lo prometió y cumplió O'Higgins. Pero, como en 1818 hubiese entrado en el proyecto de monarquía fraguado en Buenos Aires cediendo á la influencia de San Martín, según se explicó antes (véase cap. XIX, párrafos VI y VII), bien que luego se apartara de él, habíase anticipado á escribir al enviado chileno en Londres—que era el mismo Irisarri, encargado entonces de proceder de acuerdo en tal sentido con las Provincias del Río de la Plata,—que «aquel plan había quedado completamente deshecho, y que, no habiéndose desde entonces »resuelto nada en materias tan difíciles como espino- »sas, é ignorándose la forma de gobierno que adoptarían en definitiva los mejicanos, los de Colombia, las »Provincias del Río de la Plata, y aun el Perú, era

»necesario considerar y conciliar la que Chile adopta-
»se con las demás del continente americano, pues é-
»sta era la opinión general, que distaba mucho del
»proyecto sugerido por la cobardía que tanto detestan
»los pueblos.» De este modo, el plan de que San Mar-
tín se prometía un milagro, era estigmatizado por su
más fiel amigo al solo recibo de su carta, y le daba
por primer resultado enajenarse la voluntad y la
cooperación de su mejor aliado. El círculo se iba es-
trechando.

XV

Cuando el libertador del sur parecía no creer en sí mismo, no era extraño que los que tomaban su temple de su fortaleza de ánimo, no creyeran ni en la estabilidad de su poderío. García del Río, uno de los inspiradores del plan monárquico y el encargado de propiciarlo en Europa, con todo su talento y habilidad, era un espíritu descreído y un carácter flexible, y parece que, después del primer contratiempo, ya no tomó á lo serio su misión diplomática. Consideraba casi caduco el poder del Protector, y presintiendo su desaparición, más ó menos cercana, aconsejaba al mismo San Martín por este mismo tiempo anticiparse por una retirada voluntaria, á una retirada que podría ser forzosa. «Aquí llegan, le escribía, las noticias más interesantes y reservadas del Perú, y también las más triviales: unas exactas, otras exageradas y otras enteramente desfiguradas. Personas hay aquí que creen que usted se ha ido de puro aburrido, y que, en lugar de tener la entrevista con Bolívar, sólo ha sido éste un pretexto para marcharse á Europa. Otros creen que usted ha tenido que ceder á la necesidad y

parecer que renunciaba para evitar el golpe de una revolución. Como la causa perdería mucho con que esto se generalizase, y por otra parte, no hay que dar margen á que se alegren nuestros enemigos, me parece absolutamente indispensable que, cuando usted regrese de su viaje, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible. En seguida proceda usted á la apertura del congreso, y allí puede renunciar el mando político, sin que entonces tenga nadie que morderle, ni quede lugar á creer que el paso ha sido forzado. Esta es mi opinión: usted resolverá sobre ella.» Con estos presentimientos, y más literato que político, no veía más prospecto á su misión que la publicación de una revista pintoresca en Europa, para llenar el vacío diplomático: «Pienso publicar en Londres un periódico mensual, adornado con grabados; y al efecto, le suplico me envíe una copia de su mejor retrato, acompañándola con algunos detalles sobre su vida, para dar á luz un artículo biográfico. Que la modestia no impida acceder á mis deseos: la patria y la amistad se interesan en que se ilustre su nombre.» Diríase un marinero cobardado, desertando la maniobra de la nave empavesada, que cree próxima á naufragar.

La carta de García del Río, escrita en su calidad de consejero de estado del Protector y confidente de San Martín, encargado de una misión que debía cambiar según su ilusorio plan los destinos de la revolución sudamericana, y á la que el enviado no daba más valor que el de un viaje literario, aconsejando á su sostenedor entregase el poder en manos del congreso peruano, que debía tener conciencia lo repudiaría, prueba que el protectorado estaba moralmente perdido á los ocho meses de nacer, y que no le quedaba más salida que la abdicación ó el despotismo, á menos de

reaccionar contra su propia política. Esta carta, la conjuración latente de los jefes del ejército argentino-chileno, la sublevación de la opinión patriótica del Perú con motivo de la propaganda monárquica de Monteagudo, el plan de monarquización propiciado por el Protector, agregado á esto el descrédito en Chile, el rechazo de su política por O'Higgins, su más constante amigo y aliado, son otras tantas luces convergentes que, unidas á otras, iluminan por su afocamiento, el gran misterio de la retirada de San Martín de la vida pública, que se ha explicado de tantos y tan diversos modos, cuando la explicación está en los hechos mismos una vez coordinados. El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra de Chile, que privó al libertador del sur de un poderoso elemento militar, y los incidentes depresivos del carácter moral que con tal motivo mediaron, aun estando la razón de parte del Protector, acabaron de consumir el prestigio del protectorado, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXIV

El protectorado del Perú.—(San Martín y Cochrane).

1821-1822

El pugilato de dos hombres ilustres.—Antecedentes sobre las desavenencias entre San Martín y Cochrane.—Cochrane reclama el pago de los sueldos y gratificaciones debidas á la escuadra.—Tempestuosa conferencia entre San Martín y Cochrane.—Notables cartas cambiadas entre ambos.—Negociaciones oficiales sobre las disidencias entre San Martín y Cochrane.—Estado de las cosas al tiempo de la invasión de Canterac.—Ultima conferencia en la vida entre San Martín y Cochrane.—Cochrane se apodera de los caudales del gobierno y de los particulares de Lima.—Discusiones con este motivo.—Atentado de Cochrane.—Correspondencia entre San Martín y O'Higgins sobre estos incidentes.—Cochrane condenado por O'Higgins y aplaudido por el pueblo chileno.—Ultimo crucero de Cochrane en el Pacífico.—Rendición de los últimos buques de guerra españoles en el Pacífico.—Nuevo conflicto entre Cochrane y San Martín.—La escuadra del Perú.

I

La historia querría en vano borrar de sus páginas las invectivas con que los dos héroes de la expedición libertadora del Perú—el uno en tierra y el otro en los mares,—se han vilipendiado recíprocamente, en su in noble pugilato, con escándalo de la América, con menoscabo de la causa que sostenían y depresión de su carácter moral. Pero como ellos mismos las han consignado en documentos ruidosos á que han dado la solemnidad de apelaciones á la opinión del mundo, y co-

mo sus reyertas, afuera de lo que tienen de personal, forman parte de la trama de los acontecimientos generales de una época, hay que tomarlas en cuenta al diseñar estas dos grandes figuras bajo la luz siniestra en que se presentaron á sus contemporáneos, para colocar á ambos en el verdadero punto de vista en que los contemplará la posteridad equitativa.

Cochrane ha insultado y calumniado á San Martín en vida y en muerte, llamándole ambicioso vulgar, tirano sanguinario, general inepto, hipócrita, ladrón, borracho, embustero, egoísta y desertor de sus banderas, tan cobarde como fanfarrón. San Martín, Protector del Perú, apostrofó á Cochrane por medio de sus ministros, como un depredador asimilable en cierto modo á los piratas, un detentador de los intereses públicos, un traficante con la fuerza marítima de su mando, como un verdadero criminal deshonorado por sus hechos; y por el órgano autorizado de sus diplomáticos lo ha calificado ante el gobierno de Chile como el «hombre más perverso que existiera en la tierra.»

El almirante, para quien no había nada grande sino sus propias hazañas y sus pasiones rencorosas, extremado en todo, así en el heroísmo como en el desprecio, juzgaba á la Inglaterra de su tiempo (1818), su propia patria, como una nación degradada, gobernada por un parlamento de bribones y á sus primeros hombres de estado como una plaga de insectos dañinos, dignos de perpetuo destierro y prisión, como los más grandes tiranos de la tierra (véase cap. xx, párrafo vi). No es extraño, pues, que en más pequeño escenario, con su intemperancia de lenguaje, exaltado por la emulación de gloria, la vanidad, la codicia y á veces el despecho, juzgase la revolución sudamericana—con sinceridad quizá,—como la liquidación de una

campaña mercantil, y pintase á sus actores como un hato de pillos, intrigantes, rateros, ineptos, cobardes y ladrones, aunque algunas veces se inclinase con altivez ante el ascendiente del genio y la voluntad de San Martín. Implacable en sus odios, con un pie en la tumba, ha reproducido sus invectivas y calumnias para reclamar el precio de sus glorias en oro, negando la gloria de sus compañeros de armas con hechos adulterados ó con documentos comprobantes truncados por él mismo, como luego se verá.

San Martín, más frío y prudente, y también más modesto, excedió la medida de las recriminaciones, y devolvió por mano ajena dirigida por él, ultraje por ultraje; pero, si cargó de sombras el retrato de su antagonista, no lo calumnió ni se ensañó con su nombre. Pasado el momento de la exaltación del pugilato provocado, en que recibía y daba golpes, no volvió á ocuparse de él en el resto de sus días, y al morir, limitóse á dejar coleccionados los documentos cambiados entre ambos durante cuatro años de amistad y compañerismo hasta su ruptura, sin comentarios ni anotación alguna.

II

Los antecedentes de las desavenencias, entre San Martín y Cochrane son conocidos ya, así como las causas y los móviles que pusieron al fin en abierta pugna á uno y otro. Cochrane, como en su lugar se explicó, sediento de gloria y de riquezas, aspiró á reemplazar á San Martín en la conquista de la tierra de los Incas, cuyos proverbiales tesoros le quitaban el sueño, y no pudo perdonarle jamás la defraudación de sus ambiciones, y que se sobrepusiera á él en el mando de la expedición libertadora del Perú. Desde entonces

le profesó un odio concentrado, que sólo esperaba una ocasión para estallar. Más tarde, al ver desatendidos sus planes aventureros, juzgó que la prudencia de San Martín era timidez, y su sangre fría indolencia, llegando á menospreciarlo como general con su acostumbrada soberbia, y empeñóse por noble emulación en eclipsar su fama con hazañas portentosas como la de la Esmeralda. El generalísimo, que en su ecuanimidad no se violentaba para hacer justicia al héroe y al consumado marino, empeñóse en vincularlo á su fortuna, fiel á la promesa que le había hecho en Valparaíso, de que la suerte de ambos sería la misma, cuando lo salvó del oprobio—según confesión del mismo almirante,—de una destitución por el gobierno de Chile, provocada por sus imprudencias. Empero, nególe siempre su plena confianza, y aun su estimación. Tenía pobre idea de él como cabeza militar en la guerra terrestre, y cuando, cediendo á sus instancias, le confió los elementos necesarios para una operación que requería método y atrevimiento, tuvo que arrepentirse de ello por los trastornos que le causó y por las exacciones que cometió. El almirante, en su vanidad, creía que procedía así por mezquinos celos, y se atribuía una importancia exagerada, hasta el extremo—como ya se relató,—de pretender apoderarse por sí solo de las fortalezas del Callao por una negociación, que era casi una infidencia; con el propósito codicioso de apropiarse grandes caudales públicos y privados, y la mira ulterior de dictar la ley política á San Martín respecto del Perú, según él mismo lo ha declarado; y tal vez con la de poner á contribución al Perú mismo, acaparando sus rentas bajo la protección de su escuadra, una vez dueño de su único puerto (véase capítulo xxxii, párrafo iii).

Un incidente de carácter nacional, en que toda la

razón estaba de parte del almirante, contribuyó á hacer más tirantes las relaciones entre él y el generalísimo. En la escuadra había dos partidos: uno que tenía por su Neptuno al héroe del mar Pacífico, y era el más fuerte: el otro, que acaudillaban Guise y Spry, enemigo declarado del almirante el primero, con quien estaba en constante pugna. Con motivo del nombre dado á la Esmeralda, Guise promovió una protesta subscripta por varios oficiales, con alusiones ofensivas al vencedor de Valdivia y en términos contrarios á la severidad de la disciplina. Los culpables fueron sometidos á juicio. Guise y Spry, nombrados para un servicio de guerra, desobedecieron. Sometidos á su vez á juicio con arreglo á la ordenanza, San Martín, que veía en Guise un futuro almirante, trató de mediar en el asunto, y lo amparó al fin con su autoridad, dejándolo en libertad en tierra, y nombró á Spry su ayudante de campo. Arrestados nuevamente á bordo los dos oficiales por Cochrane, exigió éste se les expidieran pasaportes para Valparaíso. San Martín, sin tomar ninguna resolución, autorizó tácitamente la insubordinación con menoscabo del prestigio del jefe superior de la escuadra, quien se consideró justamente agraviado. No obstante esto, las relaciones amistosas entre ambos no se alteraron, y al emprender lady Cochrane su viaje á Inglaterra, no vaciló el almirante en dirigirse al general, pidiéndole la cantidad necesaria para sufragar los gastos.

En la ocasión de jurarse en Lima la independencia del Perú, el almirante, al leer la inscripción de la medalla conmemorativa, que atribuía toda la gloria de ese hecho á los esfuerzos del ejército de tierra, con olvido de la escuadra, y sobre todo de su nombre —que juzgaba, y con razón, digno de perpetuarse en metal duro,—no pudo contener su disgusto, y reclamó

en nombre de la marina que había abierto y enseñado el camino de la expedición libertadora. San Martín le dió la razón, en cuanto la tenía, y le manifestó que así debiera haberse grabado, explicando la involuntaria omisión; pero, herido en lo más vivo de su amor propio, no se dió por satisfecho. Desde entonces empezaron á acentuarse sus reclamaciones por los sueldos y gratificaciones que se adendaban á la escuadra: al principio, en términos moderados, y luego en tono más alto, augurando sublevaciones de sus tripulaciones como presagio de tempestad.

Al tiempo de equipar en Valparaíso la escuadra y el convoy de la expedición libertadora del Perú, tocóse con la dificultad de que los marineros extranjeros no querían reengancharse, disgustados de que no se les hubiesen cumplido las promesas hechas. El tesoro de Chile estaba exhausto, y su gobierno no tenía crédito. En tal situación, se arbitró que San Martín expidiese una proclama prometiendo pagar con puntualidad después de su entrada á Lima, los sueldos de los que se alistasen voluntariamente, y además, la paga entera de un año por vía de recompensa. Así se hizo, y Cochrane firmó conjuntamente con él la proclama, allanándose de este modo la dificultad. Posteriormente, acordó cincuenta mil pesos de gratificación á los captores de la Esmeralda. Una vez en Lima, no atendió con la debida preferencia estos compromisos, aun cuando contase con dinero suficiente para atender á su ejército y á otros gastos extraordinarios. De esto se quejaba el almirante, y no sin razón. En vísperas de fenecer los empeños de los marineros enganchados (junio 30), bajo la fe del general, el almirante se lo recordó, y formuló su cuenta, incluyendo en ella, además de las gratificaciones oficiales, el valor de la Esmeralda estimada en 110.000 pesos, la cantidad de

150.000 por haberes atrasados durante un año y medio y dos años, lo que la hacía montar á 420.000 pesos fuertes. Un mes después, (julio 30), reiteró sus exigencias, haciendo presente que «sería imposible manejar la escuadra si no se pagaba en el Perú, ó se enviaba á Chile para que allí se hiciera.» A la vez se quejaba de escasez y miserias en la escuadra, pero, sin hacer mención del valor de las presas hechas ni de los artículos y candaes tomados en los puertos del Perú, que si bien no se los apropió, los empleó discrecionalmente en beneficio de la escuadra, y cuyo importe debía por lo menos figurar en el debe. San Martín se resistía al abono de los sueldos atrasados, fundándose en que era deuda que correspondía al gobierno de Chile y no al Perú, en lo que podía tener razón; pero su propia conveniencia y los deberes de la gratitud para con el país que costeara los gastos de la expedición, le aconsejaban reconocerla. De aquí una discusión agria y un sordo descontento, fomentado por el mismo almirante, que empezó á sentirse en las tripulaciones, con síntomas de sublevación.

Tal era el estado de las relaciones entre San Martín y Cochrane al tiempo de declararse el primero Protector.

III

El 4 de agosto (1821), un día después de declararse San Martín Protector del Perú, se presentó el almirante en el palacio de gobierno en Lima, con el objeto de renovar verbalmente sus reclamaciones, ignorando ó afectando ignorar el nuevo carácter de que el general se había investido. La versión de la conferencia que entre ambos se siguió, dada por el secretario de Cochrane y que éste reproduce en sus «Memorias»,

aparece confusa ó contradictoria, cotejada con los documentos que él mismo transcribe, y no puede tomarse por guía, por lo que el historiador tiene que limitarse á mencionar lo que está fuera de cuestión ó se deduce del propio contexto de los recíprocos testimonios no contradichos. Según el almirante, San Martín contestó á su reclamación declarando que no reconocería los sueldos debidos á la escuadra, sino entrando como parte del precio de venta de ella al Perú. Los ministros Monteagudo y García del Rfo, que asistieron á la conferencia, calificaron de calumniosa esta aserción, y arguyen que, teniendo San Martín la escuadra á sus órdenes, no necesitaba comprarla. Según se deduce del tenor de la versión aceptada por Cochrane, es que los términos en que formuló su reclamación, ofendieron á San Martín, quien frunciendo el entrecejo, pidió á sus ministros que se retirasen. Alarmado el almirante, hizo presente que «no hablando bien el español, deseaba quedasen los ministros como intérpretes, por temor de que pudiese considerarse ofensiva cualquiera expresión mal entendida.» San Martín volvióse entonces á él y le interrogó: ¿Sabe usted, milord, que soy el Protector del Perú?—No, señor, respondió.—Pues he ordenado á mis secretarios lo informen á usted de ello.—Es inútil ahora, pues usted mismo me lo comunica personalmente; pero espero que la amistad que ha reinado entre San Martín y yo, continuará existiendo entre San Martín y mi persona.—El general, según Cochrane, limitóse á contestar que no tenía nada que decir sino que era el Protector del Perú.

Cochrane, que desde este momento empezó á afectar un chilenismo exagerado, y que como almirante de Chile creía no deber ver en el Protector sino un general alzado del país á que servía, ó un gobernante

extranjero no reconocido por él, repuso: «Entonces, es á mí á quien compete, como oficial de Chile, y por consiguiente el más caracterizado para representar la nación, pedir se cumplan todas las promesas hechas á Chile y á la escuadra; pero, ante todo, á la escuadra.» A este discurso falta la intimación final, consecuente con la representación internacional que se atribuía, de acuerdo con su anterior insinuación de llevar la escuadra á Chile para pagarla y concordante con las palabras que pone en boca de San Martín, que era declararse desatado de toda obediencia y retirar al Perú el apoyo de su armamento naval.

San Martín repuso con reconcentrada irritación. «He ofrecido á la tripulación de la marina de Chile un año de sueldo de gratificación, y lo cumpliré. Reconozco también por deuda la gratificación de cincuenta mil pesos ofrecida á los marineros que apresaron la fragata Esmeralda, y no solamente estoy dispuesto á cubrir este crédito, sino á recompensar como es debido á los que han ayudado á libertar el país. Los sueldos de la tripulación no están en igual caso, y no habiendo respondido yo jamás de pagarlos, no existe de mi parte obligación alguna. Supongo justo, en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algún modo los gastos expedicionarios, lo que será para mí una agradable atención; pero de ningún modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos. En cuanto á la escuadra, puede usted llevársela adonde guste y marcharse cuando quiera: con un par de bergantines tengo lo bastante.»

Al observar el giro tempestuoso que tomaba la conferencia, los dos ministros se retiraron discretamente. San Martín se levantó de su asiento, y paseándose con agitación por el salón, volvióse súbitamente al

almirante, y le dijo: «Olvide, mylord, lo pasado.»— Lo olvidaré cuando pueda.—Así terminó la conferencia. El Protector acompañó al almirante hasta la meseta de la escalera, y ofreciéndole francamente la mano, repitió lo que le había dicho en Valparaíso: que su suerte sería igual á la suya.

IV

El almirante, al regresar á bordo, encontró un oficio del ministro de Guerra del Protector, ordenándole «hacer reconocer el nuevo gobierno por las fuerzas navales de su mando, dependientes de la república de Chile.» El almirante se sometió, aunque aparentemente, en la esperanza de obtener algunas ventajas pecuniarias, pues él mismo confiesa que «su ánimo era no reconocer la autoridad usurpada del Protector.» En seguida, tomó la pluma, que manejaba como espada de dos filos, y se dirigió privadamente en inglés á San Martín, aunque, esta vez, conteniendo sus ímpetus, acompañó sus golpes encubiertos con pérfidos saludos.

Llamábale por última vez, «mi querido general», y recordando la antigua amistad, reconocía que «San Martín lo había salvado en otro tiempo de ser expulsado del servicio de Chile.» «En manos de usted está, le decía, ser el Napoleón de la América del Sur ó uno de los hombres más grandes que en el día figuran en la escena del mundo. Tiene usted la facultad de elegir su carrera. Si los primeros pasos que dé son falsos, la altura á que se encuentra contribuirá á hacerle caer de una manera más violenta y segura, como del borde de un precipicio. Excepto usted, no ha surgido un hombre capaz de ele-

»vase sobre los demás y de abrazar con mirada de águila la extensión del horizonte político. Mas, si
»va fiado en las alas de la fortuna, cual otro Icaro
»con alas de cera, su caída pudiera aplastar la liber-
»tad naciente del Perú, y envolver á toda la Améri-
»ca del Sur en anarquía, guerra civil y despotismo,
»La fuerza de los gobiernos está en la opinión públi-
»ca. Nadie puede engañarse acerca de los sentimientos
»que abrigo en mi pecho; de los de los otros juzgo
»por los míos propios, y como hombre honrado, no
»tengo embarazo en expresarlos. Si los reyes y prín-
»cipes tuviesen en sus dominios un solo hombre que
»en todas las ocasiones les dijera la verdad desnuda,
»se habrían evitado errores frecuentes y menores ha-
»brían sido los males que experimenta la humanidad.
»Si yo fuera capaz de bajezas é interesado, con el
»paso que acabo de dar, bastaría para arruinar mi
»porvenir, pues al darlo, no he tenido otra seguridad
»que la buena opinión que tengo de su discernimiento
»y de su corazón.»

San Martín sintió los golpes en medio de las fintas
»encomiásticas de su antagonista, y contestó con mode-
»rada dignidad: «Conozco, mylord, que la buena fe
»del que preside á una nación, es el principio vital
»de su prosperidad. Un orden singular de sucesos
»me ha llamado á ocupar temporalmente la suprema
»magistratura de este país, y renunciaría á mis sen-
»timientos, si una imprudente presunción ó una ser-
»vil deferencia á consejos ajenos me apartase de la
»base del nuevo edificio social del Perú, exponién-
»dolo á los vaivenes que con razón teme usted en tal
»caso. Conozco que no se puede volar con alas de cera;
»distingo la carrera que tengo que emprender; y con-
»fieso que, por muy grandes que sean las ventajas ad-
»quiridas hasta ahora, restan escollos que, sin el au-

»xilio de la justicia y de la buena fe, no podran re-
»moverse. Nadie más que yo desea el acierto en la
»elección de medios para concluir la obra que he
»emprendido. Arrastrado por el imperio de las cir-
»cunstancias á ocupar el gobierno, libre que sea el
»país de los enemigos, deseo volver con honor á la
»simple clase de ciudadano. Estoy pronto á recibir
»de usted, mylord, cuantos consejos quiera darme,
»porque acaso el resplandor que de intento se me pre-
»senta delante de los ojos, me deslumbre sin cono-
»cerlo.»

Cochrane, que no quería romper del todo, no obs-
tante estar resuelto á asestar á su rival un golpe
mortal que lo desprestigiara y paralizase su carre-
ra, replicó en tono sentimental, para reanudar con
quejas la ya extinguida amistad y le llamó otra vez
«mi querido general», invocando hasta los recuerdos
de la esposa ausente. «Quisiera Dios que el sábado,
»5 de este mes, hubiese sido borrado de los días de
»mi vida, porque ha dejado tan profundas impresiones
»en mi alma, que desearía poder desarraigarlas. ¡Oh!
»las penosas impresiones que todavía vibran en mí,
»me hacen desgraciado. ¡Cómo! San Martín, el jus-
»to y honorable, ha podido, aun en un momento de
»exageración, expresar sentimientos que no debían
»haber tenido cabida en su espíritu liberal! ¿Y no
»lo ha hecho así? San Martín, á quien creía mi ami-
»go ¿no me ha dicho con fría indiferencia que mande
»la escuadra donde me plazca y vaya donde se me
»ocurra? No me ha dicho: «Puede usted irse cuando
»guste.» ¡Ah! ¡General! Ha sido un doloroso día pa-
»ra mí! No podré volver á verlo jamás mientras no
»sienta que pueda hacerlo sin una lágrima en los ojos.
»Siento deseos de evitar la sociedad de los hombres,
»porque todos hasta ahora me han hecho sufrir des-

engaños. Me retiraré adonde la amistad de lady Cochrane venga á gregarse al consuelo que siento, pues no he dañado ni pretendido dañar á hombre alguno, ni cometido acto que mi conciencia me reproche. ¡Que tenga usted éxito en todos sus esfuerzos por el bien de la humanidad; que sea usted tan grande como pueden hacerlo la justicia, el honor, la sabiduría y todas las virtudes!

San Martín, refiriéndose á su vez á la intimación de retirarse que provocaron las palabras duras de que su glorioso compañero se quejaba, decíale: «Nada tengo que añadir, si no es la protesta de que no he mirado ni miraré jamás con indiferencia cuanto tenga relación con usted. Yo le dije en Valparaíso que su suerte sería igual á la mía, y creo haber dado prueba de que mis sentimientos no han variado ni pueden variar, por lo mismo que cada día es mayor la trascendencia de mis acciones. Si á pesar de todo, deliberase tomar el partido que me intimó («retirarse con la escuadra») en la conferencia que tuvimos, éste sería para mí un conflicto á que no podría substraerme. Mas yo espero que, entrando usted en mis sentimientos, consumará la obra que ha empezado, y de la que depende nuestro común destino.»

Este duelo cortés de juego tan cerrado con puntas embotadas, entre los dos grandes antagonistas que cambiaban con enojos concentrados, pero con decoro, sus sentimientos y sus agravios, y que debía degenerar más tarde en un sangriento pugilato en que ambos quedarían mal parados, terminó con una cordial y encomiástica carta del almirante, quien, llamando por última vez «mi caro general» á su futuro enemigo, refutaba—como en la anterior,—con su propia pluma, todas las difamaciones y calumnias estampadas contra él en sus «Memorias»: «Volveré á escribir á usted en

«español, no siendo de importancia si («no») me expreso en términos propios, pues creo me entenderá cuando le aseguro de mi gratitud personal por sus cariñosas promesas. He apreciado sus intereses más que los míos propios. De esto se convencerá cuando reflexione sobre aquella línea recta que ha creído ser un deber seguir, con el riesgo de incurrir en su desagrado para siempre. Esto habría sucedido inevitablemente, si el talento de usted no le hubiese hecho ver las cosas con sus verdaderos colores, cuyo conocimiento ha adquirido usted, afortunadamente, no habiendo nacido rey, pero sí para gobernar. Creeré para siempre que ha sido una de las ocurrencias más felices de mi vida, si la franqueza con que le he hablado ha impedido que se ejecutasen consejos contrarios á su nombre y opinión universal, sin esperar por la astucia aquello que se debe adquirir de un modo franco y honorable: el único digno de un gobierno que debe servir de norma á todos los de América, y aun al mundo entero.»

V

Simultáneamente con esta singular correspondencia íntima, seguíase otra oficial de carácter más agrio, en que se ventilaban los asuntos de la escuadra que motivaron las disidencias. Sería tan inútil como enojoso reproducir las disputas que ambas partes han consignado en sus panfletos y documentos, en que la razón y la sinrazón de una y otra parte se confunden, y el encono, la imprudencia, los términos medios ó las recíprocas desconfianzas precipitan el conflicto. El almirante, á la vez que hacía alarde de chilenismo en sus reclamaciones, atribuyéndose una representa-

ción externa ante el gobierno del Perú, al dirigirse al director de Chile, le anunciaba que su escuadra estaba á merced del beligerante que le diera de comer: «Me parece muy probable que antes que pueda recibir los víveres que solicito, la escuadra estará á la disposición de cualquier gobierno que tenga en sus manos recursos del país, ya muy agotados con el doble consumo de las dos partes pretendientes.»

San Martín, con justicia y prudencia, reconoció al fin, aunque tardíamente, los haberes de la marinería por cuenta del gobierno de Chile, garantizando su pago, además de las gratificaciones á que por su palabra empeñada estaba obligado, y aun cuando estas promesas no se hubiesen hecho efectivas, los ánimos estaban más apaciguados al tiempo de la bajada de Canterac de la sierra (1.º de septiembre). Así Cochrane escribía á Monteagudo, ministro de la guerra, al presentarse los realistas frente á Lima: «Ojalá que las circunstancias me hubiesen permitido llevarles, no solamente la tropa de marina, sino también los marineros. El movimiento del enemigo parece dictado por la desesperación. Quisiera acompañar á ustedes á cosechar los laureles que les aguardan; pero, si esto no puede ser, es debido á lo que tanto tiempo he previsto y deseado evitar, cuando estaba en su poder remediarlo. El cuidado de los castillos del Callao, si su guarnición saliese á ayudar á sus compañeros, es importante, y yo haré todo lo que pueda en este caso, así como para pagar á los marineros con lo que hay aquí.»

Después de la adusta escena entre San Martín y Cochrane antes relatada (10 de septiembre), en que estos dos personajes se vieron por la última vez, el almirante retiróse airado á bordo; y su escuadra se puso en verdadero estado de motín. Dos días después es-

cribía al Protector: «Permanezco á bordo con la mira de guiar la tempestad que está formándose contra usted,» palabras que él explicó más tarde diciendo que era para evitar que las tripulaciones se alzasen con los buques y «cometiesen piraterías en alta mar, para aliviarse de sus necesidades y obtener un equivalente de lo que tan justamente se les debía.»

El Protector, por precaución, al poner la ciudad en estado de guerra á la aproximación del enemigo, había hecho depositar los caudales de la tesorería y las pastas preciosas de la casa de moneda, en un buque surto en Ancón, permitiendo se trasladasen á los transportes de guerra y á otros con bandera neutral, dineros de los particulares. Cochrane, aprovechándose de los conflictos que rodeaban á San Martín, así que lo supo, se apoderó por la fuerza de toda la plata y oro pertenecientes al estado y á los particulares, como artículos de contrabando, limitándose por toda formalidad á dar un recibo en globo de los bultos secuestrados. Se le ordenó inmediatamente que restituyese las especies, que se hallaban en un puerto de la dependencia del gobierno del Perú, sin violar ninguna disposición aduanera, á cuyo efecto se le acompañó nota de sus procedencias y propietarios.

En la imposibilidad de sostener la ficción del comiso, escribió confidencialmente á San Martín, y le volvió á llamar «mi caro amigo», diciéndole que después lo instruiría de todo de oficio, y en tanto, le declaraba que se apropiaba las especies para la escuadra: «Me es sensible que la necesidad imperiosa me haya obligado, para impedir una sublevación y la pérdida total de la escuadra á satisfacer á los marineros, quienes empezaban á considerarme como implicado en alucinarlos, tomando á bordo de esta fragata la

»plata piña y dinero que he encontrado en los trans-
»portes, de todo lo que soy responsable. El mal de la
»necesidad es grande, pero un motín y la pérdida de
»los buques hubieran sido mil veces peores. Las dudas
»que suscitó el envío del dinero á este puerto, añadi-
»do al prospecto de un largo bloqueo, quizá ha sido la
»causa de sus recelos de no ser jamás pagados. Usted
»ha tenido que pagar su ejército, sin duda porque co-
»nocía que las promesas no eran premio suficiente, y
»así, no puede usted esperar que la marina dejaría
»de esperar los sueldos que se les deben.»

Al día siguiente (16 de septiembre), recargando la ironía, le escribía en la misma forma: «He tomado
»sobre mí una responsabilidad enorme, para cortar
»consecuencias fatales á usted y quizá á los demás go-
»biernos independientes de América que dependen
»principalmente del éxito de usted. Si no hubiese da-
»do este paso, el menor que podía esperarse, hubiera sido
»levantar el bloqueo y la entrada de víveres en el Ca-
»lilao, que, como usted sabe, tiene dinero para pagar-
»los bien. Como he dicho antes, soy responsable de
»hecho, ante todo el mundo y ante usted. ¿Piensa us-
»ted que su ejército le hubiese servido con el entu-
»siasmo que vi el otro día, si no hubiesen sido pagados
»sus sueldos? Esto no ha podido esperarlo, y por con-
»siguiente, ha tomado las medidas sabias de seguir
»otro camino. Estoy cierto de que su deber público le
»hubiera hecho tomar el dinero de su mismo hermano,
»si hubiera visto en el ejército el espíritu del motín
»que existía en la escuadra, cuando los marineros veían
»que tenían una seguridad mayor que las promesas,
»que dicen ellos han sido tantas veces burladas. Di-
»cen que usted y yo firmamos un papel en Valparaíso
»asegurándoles su paga y además una gratificación á
»su llegada á Lima, y que esto no se ha cumplido:

»que lo prometió para mes y medio después de la toma del Callao, y que ya ven al Callao socorrido por el enemigo: y dicen que luego les prometieron pagarles para cuando no haya enemigos en América. Así raciocinan y nada puede convencerlos de lo contrario. De los dos males mencionados y otros muchos, he escogido el menor, y no dudo de que al fin pensará usted que este hecho es el mejor que como amigo podía hacerle.»

VI

Como el Callao aún resistía y su pronta rendición dependiese de la carencia de víveres de que el bloqueo marítimo le impedía surtirse, la cooperación de la escuadra chilena era indispensable, y San Martín hubo de contemporizar, limitándose á insistir en la devolución de los caudales de los particulares, lo que se verificó según el criterio y beneplácito del almirante. Rendido el Callao, la discusión oficial se reabrió, asumiendo por parte de Cochrane un carácter más sugestivo y sarcástico. El gobierno le indicó que, para salvar el mutuo decoro, se formasen presupuestos, á fin de pagar las tripulaciones en la bahía del Callao con intervención del intendente de guerra, á cuya caja pertenecían los fondos secuestrados. La contestación fué: «El honor del gobierno está mucho más comprometido, que en la detención del dinero hallado á bordo de los buques en Ancón sin ningún documento legal, en su aplicación á pagar los marineros, cuando se ve que pertenecían á un gobierno que se había abstenido de darles pan que comer. La necesidad carece de ley. Por más penoso que me haya sido recurrir á una medida que sabe Dios hubiese querido

«evitar, es el gobierno quien tiene la culpa y no yo.
»La transferencia de ese dinero al intendente en na-
»da contribuiría al objeto que se busca, y sólo servi-
»ría para renovar en la escuadra la insubordinación
»y la rebelión, de la que mi juramento de fidelidad al
»gobierno de Chile—en oposición de las opiniones y
»de los hechos de el del Perú,—me ha compelido á
»procurar salvarla.»

Viendo el Protector que la resistencia del almirante de Chile á todo avenimiento, siquiera de forma— aun satisfaciendo sus exigencias,—asumía el carácter de una intimación y de una reprobación internacional de su política y de los actos de su administración, cortó la discusión, y expidió una proclama á los marineros, en que confirmaba la distribución que de los dineros del gobierno extraídos en Ancón iba á hacerse. A Cochrane le escribió, que «podía emplear la plata del modo que le pareciera.» El almirante, solicitó la presencia de un comisionado que autorizara el pago, y no recibiendo contestación, procedió por sí al abono de un año de sueldo, y el resto lo reservó, según confesión propia, para necesidades de la escuadra.

Hasta aquí los procederes del almirante, si bien irregulares y violentos, podían hasta cierto punto justificarse por la ley de la necesidad que invocaba. Al fin, los dineros del tesoro público se aplicaban, con más ó menos formalidades, en beneficio de la escuadra que había prestado tan grandes servicios y merecía ser atendida, aprobando el mismo Protector la inversión. Pero, deprimida la autoridad del gobierno del Perú, alterada la paz pública, desmoralizadas las tripulaciones de la escuadra que desertaban en grupos ó promovían conflictos diarios en tierra, el Protector hizo ordenar á Cochrane por medio de su ministro de marina, en virtud de las instrucciones de Chile que lo

autorizaban á disponer de parte ó el todo de la escuadra, que se retirase inmediatamente con ella de las aguas del Perú, para dar cuenta de su conducta á su gobierno, agregando, que deploraba tener que tomar esta resolución con quien había hecho célebre su nombre por acciones señaladas. Despechado Cochrane, cometió nuevos atentados, asumiendo una actitud abiertamente hostil. Formó su escuadra en línea como en actitud de combate frente á las baterías del Callao, intentó apoderarse bajo sus fuegos de un buque que estaba á las inmediatas órdenes del Protector, y puso el puerto en una especie de bloqueo, poniendo en consternación al pueblo. Por último, llegó hasta desconocer el derecho de San Martín como generalísimo para impartirle órdenes, fundándose en que había faltado á la fidelidad que debía á Chile, y que por lo tanto no le competía darlas á su escuadra. Reiterada que le fué la orden (3 de octubre), se retiró cuando le pareció bien, pero no para dirigirse á Chile, sino para emprender de su cuenta un nuevo crucero, como más adelante se dirá.

El alzamiento del almirante Cochrane con la escuadra chilena fué un golpe para el Protector, que desprestigió considerablemente su autoridad ante propios y extraños, lo privó del concurso de un elemento poderoso de que necesitaba para terminar la guerra en el Perú, y cortó en parte su vuelo como libertador para adelantar sus planes hacia el norte en combinación con Bolívar, según después se verá. Puede, pues, considerarse como una de las causas concurrentes que determinaron más tarde el retiro de San Martín de la escena americana.

VII

La correspondencia confidencial de O'Higgins con San Martín esparce una nueva luz sobre las desavenencias del Protector con el almirante. El director de Chile, presintiendo la ruptura, escribía en vísperas de producirse (6 de agosto de 1821): «Yo he tenido que humillarme ante los jefes británicos con tal de conciliar las locuras de Cochrane con la marcha de nuestra revolución. Le he escrito sobre la necesidad de guardar moderación y tino en lo que á él toca. ¡Ojalá tenga en consideración mis reconvenciones y ayude á usted en sus trabajos!» Producido el hecho, no lo tomó de nuevo. «No me sorprende, decía, la conducta de lord Cochrane. Debe usted acordarse muy bien que repetidas veces conferenciamos y fundadamente recelábamos se verificasen alguna vez los desgraciados acontecimientos sucedidos con todo dolor nuestro y descrédito de la revolución, aunque esta parte no nos quepa á nosotros. ¡No nos quejemos de falta de previsión, y sí de resolución! Todos tenemos la culpa, y la Logia en la mayor parte. Lo más temible por último resultado será que ese mismo dinero que ha tomado y la escuadra no nos pongan en nuevos trabajos.»

Como San Martín, irritado y mal aconsejado, indigase la medida de poner á Cochrane fuera de la ley, O'Higgins, no obstante creer á su almirante hasta capaz de convertirse en merodeador, lo observaba con más serenidad: «De ningún modo conviene poner á Cochrane fuera de la ley, porque entonces, apoyándose en cualquiera provincia independiente, enarbolaría nueva insignia, nos bloquearía los puertos, dis-

tribuiría el comercio estableciendo aduanas en las islas y situaciones más análogas, y últimamente, uniendo sus intereses á los de los comerciantes extranjeros, convendrían en ideas. No debe esperarse ventaja alguna de las disposiciones de sir Thomás Hardy (el comodoro inglés en el Pacífico), que hoy corre muy bien con él, constándome hasta la evidencia que trabaja por ganarlo enteramente para afianzar la utilidad del comercio británico y darnos la ley en punto á derechos. Así, nuestra declaración fuera de la ley, además de no tener efecto alguno, aparecería desairada por no tener fuerza para ejecutar nuestra resolución, y en tal caso conviene más probar otros medios que alcancen á tan grave mal.»

Pero, si el director condenaba á Cochrane, el pueblo chileno, cuyo sentimiento halagaba, aunque exagerándolo, no sólo lo absolvía, sino que lo aplaudía. Por otra parte, el almirante, antes de lanzarse de su cuenta á un nuevo crucero, había regularizado su posición ante el gobierno de que dependía, de manera que ni aun la reprobación oficial de su conducta era posible. «Cochrane protesta volver á Valparaíso—escribía O'Higgins,—después de carenar la O'Higgins en Guayaquil, y destruir, si aún existen, las fragatas Prueba y Venganza. Estas promesas lisonjeras nos obligaban á variar nuestra política y esperar sucesos menos desagradables que los de Ancón. En Chile se ha aprobado generalmente el uso de los caudales en cuestión, para víveres y sueldos de los marineros, y las opiniones sobre esta materia se han avanzado más allá de los límites de la moderación. Hay lances en que es forzoso que el disimulo obre en el nivel de la ley y de las circunstancias. Creo, pues, que debe llamarse al orden al almirante, tocando

»cuantos medios nos pueda sugerir la política. Al efecto, se le han remitido víveres y marineros, para que pueda navegar la escuadra de regreso á este estado. »Su bajada á Guayaquil remueve los temores de usted acerca del embarazo que le oponía para la expedición á Pisco.»

Cuando los enviados del Protector, García del Río y Paroissien, se presentaron á O'Higgins con el objeto de reclamar contra los procederes de Cochrane y pedir su desaprobación, encontráronse en presencia de esta situación compleja. El director de Chile les manifestó sin embozo, que «convenía con ellos en que Cochrane era el hombre más perverso de la tierra, y que estaba convencido de que era un criminal y un impostor que trataba de alucinar al gobierno y á los chilenos con gruesos paquetes de correspondencia llenos de calumnias contra el Protector, quien, contra sus consejos y dictamen, se había empeñado en llevarlo en la expedición; pero que era preciso contemplar, por no ser conveniente la reprobación pública, ni posible dar una satisfacción al gobierno del Perú sino de una manera reservada, como se había hecho oficial y confidencialmente.»

Los conflictos entre San Martín y Cochrane no habían terminado. El almirante triunfaría al fin de la influencia del Protector ante su único aliado, y su conducta sería oficialmente aprobada por él, infligiéndole nuevas humillaciones.

VIII

Cochrane no era capaz de traicionar la causa que había adoptado, como llegó á sospecharlo O'Higgins, ni de convertirse en un merodeador marítimo como lo

suponía el director de Chile. Naturaleza desequilibrada, intemperante y arbitrario, impulsado por sus pasiones impetuosas, ensimismado y valeroso á la par que codicioso, era siempre el mismo héroe, con todos sus defectos y sus grandes cualidades. Había conquistado el predominio del mar Pacífico para la independencia sudamericana, y quería terminar su obra bariendo con su escoba vencedora las últimas naves españolas que aún flotaban errantes en sus aguas. Las fragatas Prueba y Venganza, que formaron parte de la escuadra del Callao, unidas á la corbeta Alejandro, buque mercante de 22 cañones armado en guerra, aún mantenían alzado el pendón del rey de España, habiendo escapado hasta entonces á la persecución del almirante. Era un trofeo que faltaba á su corona naval y una presa que prometía rico botín de guerra. Así, al dejar las playas del Perú (6 de octubre de 1821), el soplo de la gloria y del interés inflaba sus velas.

El almirante despachó á Chile la Lautaro y el Galvarino, y con la Valdivia, comandante Cobbets, la O'Higgins, comandante Crosbie, la Independencia, comandante Wilkinson, y las presas San Fernando y Mercedes, puso rumbo al norte. En Guayaquil (18 de octubre), embonó y avitualló sus maltratadas naves, pagándose los gastos con los premios de presas, incluso el dinero tomado en Arica que permanecía á bordo en depósito. Al dejar Guayaquil (3 de diciembre), la capitana hacía seis pies de agua por día. Empeñado en dar caza á las fragatas, continuó su navegación, registrando todas las bahías y caletas á lo largo de las costas hasta el Panamá, Tehuantepec y California (enero de 1822). Nadie le daba noticia de las misteriosas naves españolas. De regreso, supo en Atacame (costa de Esmeraldas), que desde Panamá se habían dirigido

á Guayaquil, y continuando á toda vela su rumbo al sur, se dirigió á este puerto.

Las fragatas Prueba y Venganza, desprendidas de la escuadra del Callao, sirvieron para transportar las tropas españolas que del Alto Perú se embarcaron por Arica para reforzar el ejército de Lima. En diciembre de 1820 se avistaron por la última vez frente á Cerro Azul, al sur de Lima. En virtud de órdenes secretas del virrey dirigiéronse al sur y se refugiaron en los puertos de Méjico. Puestas á órdenes del capitán general de Nueva Granada en 1821, acudieron á Panamá, donde se reunieron con la corbeta Alejandro, en circunstancias que las provincias del Istmo—Panamá y Veraguas,—se declaraban independientes (28 de noviembre de 1821), como partes integrantes de la República de Colombia. Los capitanes, viéndose aislados en medio de los mares, á lo largo de una costa enemiga, sin medios de proporcionarse ni siquiera víveres, celebraron con los independientes un convenio de suspensión de hostilidades (4 de diciembre de 1821), á trueque de algunos auxilios, y en seguida se dirigieron al sur, á buscar fortuna, y bloquearon el puerto de Guayaquil.

Hallábanse á la sazón en Guayaquil los generales Francisco Salazar y La Mar, el primero en calidad de agente diplomático del Perú, y el segundo, incorporado ya á las filas independientes como comandante de armas de la provincia. Ambos, de acuerdo con el gobierno, entraron en negociaciones con los capitanes españoles, y los convencieron de que estaban perdidos, pues si no perecían de hambre, caerían irremisiblemente en poder de Cochrane, que los perseguía. En consecuencia, las dos fragatas capitularon con el representante del Perú, obligándose á entregarlas en el Callao por sus mismos oficiales, mediante el abono de sus

sueldos devengados y la garantía de ser trasladados á su país los que no prefiriesen alistarse en las filas independientes con un ascenso en sus respectivas clases (15 de febrero de 1822). La Prueba se hizo inmediatamente á la mar bajo la fe de las capitulaciones, y cumplió su compromiso. La Venganza quedó reparándose en Guayaquil. Estos fueron los últimos buques de guerra que con la bandera soberana del rey de España flotaron en las aguas territoriales del Pacífico. La independencia marítima de la América meridional estaba consumada.

De regreso Cochrane á la isla Puná, en el golfo de Guayaquil (13 de marzo), supo que las codiciadas presas que con tanto tesón perseguía, se habían entregado al Perú. Herido en su orgullo y defraudado en sus intereses, penetró á la ría con sus buques en son de guerra, y ordenó al capitán Crosbie que ocupara á mano armada la Venganza, izando en ella el pabellón chileno al lado del peruano que llevaba. Así se hizo. El gobierno de Guayaquil reclamó, invocando los respetos á la bandera peruana y al territorio en que se hallaba el buque bajo los fuegos de las baterías, y al interpelar sus sentimientos de confraternidad americana, le manifestó que cualquier procedimiento en contrario se tendría por acto hostil, de que lo hacía responsable (marzo 14). Cochrane contestó que de los asuntos navales del mar Pacífico él solo era el encargado, en los que no tenía que mezclarse el gobierno de Guayaquil; y que, habiéndose rendido las fragatas refugiadas á consecuencia de la persecución de su escuadra, las presas le correspondían legítimamente. En precaución de mayores avances, el pueblo se armó, las baterías desmanteladas se guarnecieron y alistóse la flotilla de lanchas cañoneras de la ría. Al fin, Cochrane convino en que la Venganza quedara como propie-

dad de Guayaquil, con su bandera, la que sería saludada, juntamente con la de Chile, con prohibición de enajenarla, bajo la garantía de cuarenta mil pesos, mientras los gobiernos de Chile y del Perú decidían la cuestión, y que la corbeta Alejandra se entregase á sus primitivos dueños. El general Salazar protestó contra el convenio; pero el gobierno de Guayaquil contestó que, después de haber intimado á Cochrane, al anuncio de romper el fuego, la resolución en que estaba de destruir las fragatas, antes de dejarlas arrebatar de la bahía y obtener con esta actitud salvar los derechos del Perú, había hecho cuanto era posible para evitar mayores males y escándalos, conciliando todos los intereses.

IX

La nueva odisea del almirante del Pacífico no debía terminar sin otra tempestad, promovida por su genio turbulento. Al tocar otra vez la costa norte del Perú (abril 12), le fué negado proveerse de víveres y, hasta hacer aguada, con arreglo á las órdenes anticipadas que del Protector tenían sus autoridades. Irritado por esta negativa, dirigióse al Callao. Su aparición causó grande alarma (abril 25). La Prueba, bautizada con el nombre de Protector, y mandada por el capitán Guise, se guarneció con tropas y púsose bajo el amparo de las baterías de los castillos. El almirante dirigió un oficio al ministro de marina, quejándose del procedimiento hostil de negar víveres y aguada á su escuadra, después de ejecutar la última hazaña naval que daba á los independientes el dominio absoluto del Pacífico, y renovó sus reclamaciones sobre los premios y haberes que se le debían por el Perú, con la misma acritud que antes. El gobierno del Perú decli-

nó entrar con él en transacciones respecto de un punto que debía arreglarse amigablemente de gobierno á gobierno. El ministro se trasladó á bordo de la capitana chilena, con el objeto de traer á Cochrane á sentimientos de moderación y amistad; ofreciéndole una recepción honrosa en Lima, y encomendarle el mando de una expedición sobre las Filipinas, con las escuadras combinadas de Chile y el Perú. El almirante, intransigente y altivo, contestó que: «No era su ánimo causar al Protector ningún perjuicio, porque no le temía ni odiaba, aunque desaprobaba su conducta; y que no aceptaría honores ni recompensas de un gobierno constituido con menosprecio de solemnes promesas, ni pisaría un país gobernado contra toda ley.»

No pararon en esto los arrogantes alardes del almirante. Pocos días después, la goleta Motezuma, buque que había pertenecido antes á la escuadra chilena, pasaba por su costado sin saludarle. Este desaire, que hería su vanidad de marino, puso el colmo á su irritación. Mandó hacer fuego sobre ella, la obligó á echar el ancla á su costado y abordándola con gente armada, arrió el pabellón peruano que llevaba, substituyéndolo con el de Chile. Las hostilidades estaban á punto de romperse, cuando Cochrane se dió á la vela (mayo 10). Recibido en triunfo por el pueblo chileno, su conducta fué aprobada por el gobierno. Poco después abandonó para siempre las aguas del Pacífico, cuyas ondas murmurarán eternamente su glorioso nombre.

Sobre la base de la Prueba empezó á organizarse la nascente escuadra peruana, de la que el almirante Blanco Encalada, el captor de la María Isabel, antecesor de Cochrane, fué nombrado almirante.

CAPITULO XXXV

El protectorado del Perú.—(Planes continentales. Derrota de Ica).

1821-1822

Estado de la guerra de la independencia en el Perú.—La insurrección peruana.—Actitud de los realistas en la sierra del Perú.—Derrota de Pasco.—Incendio de Cangallo.—Situación de los beligerantes en el Alto y Bajo Perú.—Planes americanos políticos y militares de San Martín.—Nuevo plan de política peruana.—Síntesis de la situación militar del Perú.—Graves errores militares de San Martín.—Una división independiente ocupa el valle de Ica.—Es atacada por los realistas.—Derrota de la Mascona.—Triunfo de las armas independientes en Quito.—La conferencia entre San Martín y Bolívar postergada.—San Martín procura reparar el error de Ica.—Medidas que dicta al efecto.—Misiones diplomáticas á Chile y á la República Argentina.—Se prepara á abrir campaña formal sobre puertos intermedios.—Maniobras misteriosas de San Martín.—Terrorismo sistemático de Monteagudo.—Acuerdos con Bolívar, Chile y Colombia.—San Martín se dirige á Guayaquil á conferenciar con Bolívar.—Momento histórico de la América Meridional.

I

En el intervalo de los deplorables acontecimientos relatados en el capítulo anterior, que retardaban la marcha de la revolución sudamericana, habíanse desarrollado simultáneamente importantes sucesos que la encaminaban por vías nuevas y más seguras.

Después de la desastrosa retirada de Canterac, el virrey La Serna llegó á temer por su seguridad en Jauja al frente de un ejército debilitado, á 190 kiló-

metros de Lima. En consecuencia, decidió retirarse al Cuzco, antigua capital del imperio de los Incas, para establecer allí la sede del último gobierno colonial y dar á la administración militar y á la guerra dirección más conveniente. Hizo que el ejército del Alto Perú se concentrase en el Oruro y se pusiera en comunicación con el del Bajo Perú, encomendándole la defensa de la costa del sur. Reforzó la guarnición de Puno, Arequipa y Túcna, manteniendo su dominio sobre los puertos intermedios. Pidió reclutas para formar nuevos cuerpos y llenar los claros de los existentes, y se contrajo activamente á su organización y disciplina. El grueso del ejército, á órdenes de Canterac quedó ocupando el valle de Jauja, que como punto estratégico y centro de recursos, constituía la clave de toda combinación militar, la base de su seguridad y subsistencia en la sierra. En esta actitud se mantenía en una sólida defensiva para rechazar cualquiera invasión por la cordillera ó por los puertos intermedios, y se preparaba á tomar oportunamente la ofensiva con ventaja (diciembre de 1821).

Canterac, para asegurar su posición y proporcionarse recursos de que carecía—hierro, municiones y medicinas,—desprendió sucesivamente al mando del coronel Loriga dos columnas ligeras sobre Pasco, donde aun ardía el no extinguido fuego de la insurrección. El presidente de la provincia, Otero, que después de la retirada de Arenales habíase mantenido en aquel punto al frente de 200 hombres de tropa veterana, reunió en torno suyo como 5.000 indios, y armándolos de hondas y palos se resolvió á salir al encuentro de Loriga en su segunda entrada. Los realistas habíanse establecido en el pueblo del Cerro, y se ocupaban en cargar 200 mulas con pertrechos de guerra, cuando inopinadamente fueron atacados á las 3'30 de la ma-

fiana, sublevándose contra ellos los indios de la población (diciembre 7). La confusión fué grande: una parte del parque hizo explosión, el pánico cundió en sus filas al oír en la obscuridad de la noche el alarido de los asaltantes, y la dispersión iba á pronunciarse en la tropa, cuando el jefe español la contuvo con serenidad y energía. Se reconcentró sobre la iglesia, y ocupando las casas inmediatas, resolvióse á esperar el día á la defensiva. Con las primeras luces del alba, reconoció la posición de los independientes; los atacó con ímpetu, y casi sin resistencia los puso en completa derrota, matando más de 700 indios, con sólo la pérdida de un muerto, nueve heridos y dos dispersos. Fué otra carnicería como las de Cangallo, Huancayo y Ataura.

En el Alto Perú el famoso caudillo José Miguel Lanza se mantenía en armas en las inexpugnables montañas de Ayopaya—entre Cochabamba y La Paz,—rechazando triunfalmente las expediciones de los realistas dirigidas contra él. Durante la expedición de Miller á puertos intermedios, le había ofrecido su cooperación, y en la época á que hemos llegado, renovaba su decisión de concurrir activamente á la guerra de la independencia, maniobrando con su división á retaguardia del enemigo. En Potosí estalló por este mismo tiempo una sublevación (2 de enero de 1822). Sofocada prontamente por el brigadier Maroto, á la sazón presidente de Charcas, el país volvió á quedar en quietud.

La insurrección indígena, tan inconsistente como era militarmente, volvió á retoñar en la sierra en el centro del poder español. El pueblo de Cangallo, unido á los indios de Huamanga, volvió á levantarse por tercera vez (diciembre de 1821). Carratalá acudió á sofocar la sublevación, señalando su trayecto con

incendios y ejecuciones bárbaras. Cangallo, según sus propias palabras, «quedó reducido á cenizas y borrado para siempre del catálogo de los pueblos» en castigo de su rebeldía (17 de enero de 1821). El virrey La Serna aprobó esta sentencia, prohibiendo que nadie pudiese reedificar en el terreno que ocupaba. El gobierno del Perú decretó que se levantase un monumento en honor de la heroica villa, y la poesía vengó este ultraje contra las leyes de la humanidad, estigmatizándolo con marca de fuego.

Pero estas evoluciones dentro de los propios elementos, estas insurrecciones inconsistentes y estos triunfos sin trascendencia, en nada modificaban las condiciones de la lucha. La guerra se mantenía en balanza. La línea divisoria entre los beligerantes era insalvable para uno y otro. Ambos eran impotentes para destruirse en sus posiciones. Una victoria ó una derrota parcial no decidía nada. Los independientes eran invencibles en el territorio del norte del Perú que ocupaban, sobre todo, después del rechazo de Canterac y de la rendición del Callao. Los realistas, dueños de toda la sierra y del litoral del sur del Perú, si bien no eran inexpugnables en sus montañas y eran por un punto vulnerables, nada tenían que temer por el momento de los independientes, sobre todo, después de la retirada de Arenales, y del retroceso de la expedición de puertos intermedios. Aunque las fuerzas no estaban numéricamente equilibradas, la superioridad de los realistas—más de dos contra uno,—estaba neutralizada por su diseminación en una vasta extensión de territorio, desde Pasco hasta Humahuaca en la frontera argentina. La de los independientes en su totalidad no era suficiente para emprender una campaña formal. Cualquiera de los dos que operase en masa sobre el territorio enemigo, no podía prometerse

ventajas, y corría el peligro de tener que replegarse quebrado ó ser vencido.

El problema de la guerra del Perú estaba en la sierra, pero su solución dependía del acuerdo militar de la América insurreccionada, y sobre todo del de sus libertadores del sur y del norte, que tenían en sus manos su espada y sus destinos y se acercaban el uno al otro con sus masas compactas para operar su conjunción.

II

El Protector, reaccionando sobre sí mismo y sobre los acontecimientos, encaró con firmeza los arduos problemas de la situación. Cuatro grandes cuestiones la dominaban: la de Guayaquil, que estaba en suspenso; la de la lucha continental por la emancipación, que tocaba á su término; la guerra en el territorio del Perú que se mantenía en estado crónico; y el sistema político á adoptarse, respecto del cual se había comprometido en vías extraviadas. Aquí el hombre de guerra y el político americano vuelve á reaparecer. La cuestión de Guayaquil tenía tres nudos, que había que desatar sin romper: la independencia que había proclamado, su incorporación al Perú y su agregación á Colombia. Podía dar origen á un conflicto entre el Perú y Colombia, y resolvió prudentemente aplazarla, preparando la solución por la diplomacia, á cuyo efecto acreditó como ministro cerca de su gobierno al general Francisco Salazar, con instrucciones expectantes (30 de noviembre de 1821). Las otras tres cuestiones reductibles, y tenían que encararse y resolverse simultánea y armónicamente. La guerra americana que terminarse en el Perú, y para terminarla necesario allegar todos los elementos acti-

vos de la América. Y para uno y lo otro, era indispensable uniformar el sistema político de todo el continente.

La guerra continental se había simplificado, y estaba circumscripita á dos focos: el Perú y Quito. Después de la batalla de Carabobo, la guerra por su independencia había terminado en Colombia, y sólo en un punto reducido de su territorio resistían aún los últimos restos de los ejércitos realistas derrotados en Costa Firme. El último ejército realista del norte estaba aislado en Quito. Bolívar, á la vez que adelantaba sus marchas hacia el sur para tomar á Quito por la espalda, desprendía un cuerpo de ejército sobre las costas del Pacífico con el objeto de atacarlo por el frente sobre la base de Guayaquil, y escribía á San Martín (29 de octubre de 1821), buscando su acuerdo para terminar rápidamente la guerra continental en combinación con la escuadra del Pacífico. El alzamiento de Cochrane con la escuadra chilena hizo abandonar este proyecto.

San Martín, al darse cuenta exacta de la situación, aprovechó la abertura de Bolívar para buscar una conferencia, con el designio de fijar la suerte de la América del Sur en el orden militar y político (enero 1822). Así lo anunció públicamente al delegar el mando en el marqués de Torre-Tagle, determinando netamente los objetos de la entrevista. Estos eran: el arreglo de la cuestión de Guayaquil, el acuerdo de las operaciones militares para decidir de un golpe la guerra de Quito y del Perú, y la fijación de la forma de gobierno que debían adoptar las nuevas naciones, una vez resuelta la cuestión de su emancipación. Anticipándose á los acuerdos que debían sellar la alianza ofensiva y defensiva de las repúblicas americanas, resolvió prepararlos á fin de unir de hecho sus armas

con las de Colombia para terminar la guerra de Quito, y con el concurso de todas las fuerzas triunfantes rematar la guerra de la independencia en el Perú (enero de 1822). Más adelante se verá cómo se verificó este hecho preparatorio y los resultados que dió.

Sea que al proceder así, meditase ya retirarse de la escena americana—como lo declaró poco después,—dejando organizado el triunfo final, sea que, mejor aconsejado, reaccionara contra sus propias ideas, y procurase retemplar las fuerzas de la revolución al entregar al pueblo sus propios destinos, cambió de rumbo político, y á pesar de su repugnancia por las asambleas populares, de sus teorías sobre la unidad del poder en tiempo de guerra y de los planes monárquicos que había iniciado diplomáticamente, decretó anticipadamente la convocatoria del congreso peruano (27 de diciembre de 1821), á fin de «establecer la forma definitiva de gobierno, y dar al país la constitución que mejor le conviniese.» Al expedir este decreto, dijo: «El alto fin de todas mis empresas, después de dar la libertad al Perú, ha sido consolidarla. Los enemigos sólo son ya temibles donde no encuentran á quien combatir, porque sólo buscan pueblos indefensos que desolar. La opinión pública ha progresado rápidamente. Es tiempo de que se haga el primer ensayo de la sobriedad y madurez de los principios sobre que se funda.» En seguida, al anunciar su conferencia con el libertador del norte, decía: «Yo volveré á ponerme al frente de los negocios públicos en el tiempo señalado para la reunión del congreso: buscaré al lado de mis antiguos compañeros de armas, si es preciso que participe los peligros y la gloria que ofrecen los combates; y en todas circunstancias seré el primero en obedecer la voluntad general y en sostenerla.» Este programa constitucio-

nal, este prospecto militar y político, que despertaba nuevas esperanzas y aseguraba el triunfo, disipaba las últimas nubes que podían obscurecer el horizonte americano.

Quedaba la cuestión de la guerra peruana por resolver. Balanceadas las fuerzas, no obstante la desproporción numérica, inatacables los beligerantes en sus respectivas posiciones, mil ó mil quinientos más ó menos de parte de los independientes, no alteraban el equilibrio, mientras podían ser decisivos en la guerra de Quito, para traer después al Perú el concurso de las fuerzas triunfantes en el resto del continente independiente ya. De aquí la decisión de San Martín de unir sus armas con las de Colombia, aun antes de formalizar el pacto de alianza ofensivo y defensivo con Bolívar.

III

San Martín comprendió que el sistema de guerra expectante que hasta entonces había adoptado por necesidad al invadir el Perú ó seguido sistemáticamente después de su entrada en Lima, no le daría resultados, y que los realistas, posesionados de la sierra, se reharían siempre en ella, y á pesar de sus derrotas, podrían tomar nuevamente la ofensiva, dada su superioridad numérica. Decidióse por lo tanto á iniciar por partes el plan de campaña que tenía estudiado y que por insuficiencia de medios no había puesto en práctica, preparando así la reapertura de las hostilidades en escala mayor. En la imposibilidad de abrir desde luego operaciones decisivas, pensó que llamar la atención de su enemigo por varios puntos distantes en su base y convergentes á uno solo, con la sierra por objetivo, era el mejor medio de debili-

tarlo y mantenerlo diseminado, mientras reunía mayores elementos para tomar la ofensiva y darle un golpe mortal, utilizando al efecto la ventaja de ser dueño de las costas. La insuficiencia de sus elementos no daba para más, y el genio no podía alterar la pesantez específica de las masas, que harto hacía en mantener relativamente ponderadas.

La guerra, como la lucha por la vida, es la combinación complicada y el choque simultáneo ó alternativo de las fuerzas de la naturaleza, dirigidas por la voluntad humana dentro de la órbita circunscripta de sus facultades. Ningún hombre de acción ha triunfado contra las leyes inmutables del mundo físico, que así determinan la gravitación de los astros como deciden de la suerte de las batallas. Las fuerzas naturales son los polos magnéticos á que concurren todas las acciones subordinadas á ellas. Sin el concurso de las fuerzas de la naturaleza, combinadas con las fuerzas morales de las almas, jamás se alcanzó ninguna gran victoria. Lo que se llama la estrella ó la buena ó mala fortuna de los hombres de guerra, no es sino la combinación alternada de estos factores. El primer capitán del siglo fué vencido por la acción física de los fríos de Rusia y se estrelló contra la fuerza moral de la opinión popular de España. Una tempestad, lo mismo desgaja una selva secular que mata un insecto. Como se ha dicho, en las balanzas del destino en que se pesa una libra, se pesa un pueblo con otro pueblo, una masa con otra masa. Es cuestión de fuerza de percusión que equilibra los pesos, ó de fuerza de inercia que no deja penetrar ni por la percusión ni por el peso.

San Martín en su expedición al Perú supo combinar las fuerzas físicas con las morales. Tocóle por base de operaciones un territorio malsano, escaso de

recursos y pobre de hombres fuertes, en un país heterogéneo, dividido por el antagonismo de castas, con marcadas zonas étnicas que determinaban las de las operaciones de los beligerantes. La distribución de estos diversos elementos imprimió su carácter á la lucha. Debido al concurso de la opinión, San Martín no fué arrojado al mar con sus cuatro mil hombres cuando invadió sus costas defendidas por veintitrés mil soldados. Merced á ella, Arenales efectuó su triunfante marcha de circunvalación por el interior del país. Con ella entró á la ciudad de los Reyes y la defendió contra la invasión de los realistas; consolidó la ocupación del norte del país, y con menos hombres equilibró la fuerza respectiva de los ejércitos. Pero la peste de Huaura enflaqueció su ejército, hasta reducirlo á la impotencia para la ofensiva. Lima fué el sepulcro de la división vencedora en la segunda campaña de la sierra. Las fiebres redujeron á la mitad las tropas de la expedición de puertos intermedios. La molición de la Capua americana y la enervación de la disciplina militar hicieron el resto. De aquí el sistema de guerra expectante de San Martín, que pudo ser una causa concurrente de la inacción, pero que era una consecuencia de la naturaleza del teatro de operaciones y de la distribución de los diversos elementos de acción del país.

El Perú no estaba militarmente revolucionado. Sus insurrecciones populares eran inconsistentes, como se ha visto. Sus alistamientos regulares, apenas formaban un embrión de ejército, sin generales nativos ni espíritu nacional. El levantamiento patriótico del norte, y la organización espontánea de las guerrillas que tan eficazmente contribuyeron á la rendición y defensa de Lima, y el concurso prestado á Arenales en la sierra en sus dos campañas, habían sido hasta en-

tonces los únicos síntomas que revelasen la existencia de una nueva nacionalidad con fuerza propia. El nervio de la guerra lo constituían los ejércitos auxiliares de Chile y la República Argentina, como queda dicho. Mientras tanto, los realistas, vencidos en la mar, expulsados de la costa, perdidas sus fortalezas, organizaban militarmente la parte del país que ocupaban con sus armas, llenaban y aumentaban sus filas con hombres más aptos para la guerra y más avezados á las fatigas, á los que inculcaban su espíritu, en un clima más sano y en comarcas más abundantes; se rehacían por dos veces en la sierra, y por la tercera vez se preparaban en ella á tomar la ofensiva con dobles fuerzas físicas. Tal era la situación militar.

En tal situación, San Martín se convenció de que el sistema de guerra expectante no daba resultados, y si los daba, eran negativos. Era visto que el problema no estaba en la costa, sino en la sierra; pero, para resolverlo era necesario mayor concurso de fuerzas combinadas. De aquí el empeño del general en dar consistencia política y militar á la nueva nacionalidad peruana, dotándola de todos los atributos de soberanía y de poder que la complementasen, y la hicieran concurrir más eficientemente á la acción conjunta de las demás secciones americanas que luchaban por su emancipación. Pero á la vez comprendía que el Perú no tenía en sí los elementos militares suficientes para robustecer más la acción de los ejércitos auxiliares, y que era necesario buscarlos fuera del país. Empero, mientras tanto, era un deber y una necesidad que se imponían, desenvolver su acción con las fuerzas con que contaba, y se decidió á adoptar un sistema de guerra defensivo-ofensivo, iniciando á medias el plan general de campaña que tenía meditado, y que más adelante se le verá trazar con todas sus líneas.

De este modo, al consolidar su base de operaciones, se preparaba mejor para atraerse el concurso de los aliados bajo cuyas banderas había realizado la expedición, y propiciarse otros nuevos al norte del continente, prestando el concurso de sus armas á Bolívar, á condición de ser á su vez auxiliado en el Perú, para terminar de un golpe la guerra continental.

IV

El hombre de guerra reaparecía, pero sin las provisiones del general de los Andes en la distribución y manejo de las fuerzas que tenía bajo su mano. Al poner en práctica su sistema de guerra defensivo-ofensivo para entretener las operaciones, mientras llegaba el momento de desenvolverse en más vasta escala el plan de campaña ofensivo que tenía meditado, lo hizo cometiendo errores inconcebibles en un capitán tan experimentado, que había dado tan señaladas pruebas de su genio militar. Todo le aconsejaba adoptar una ofensiva sólida ligada á su reserva, que no lo comprometiese más allá de la expectativa que por necesidad y cálculo se imponía. A menos de no estar dispuesto á empeñar el todo de sus fuerzas en una operación decisiva que las circunstancias le brindasen, debió limitarse á una defensiva segura y á una ofensiva volante. Dueño de las costas y de todos los caminos al occidente de la cordillera desde Pasco hasta Huancaavelica y Huancayo, y aun de Arequipa, podía elegir sus puntos de ataque para abrir hostilidades parciales, sin ensanchar demasiado el círculo de sus operaciones. Debió evitar la ocupación de posiciones avanzadas estables que no pudiera sostener, y en todo caso proveer á los medios de retirada de sus divisiones destacadas,

ó prever todas las eventualidades á que pudieran verse expuestas. Fué todo lo contrario lo que hizo, y lo que no previó, y agravó estos errores militares con otros no menos graves en la ordenación administrativa de las fuerzas.

San Martín decidió ocupar con una división destacada el valle de Ica, penetrando por Pisco, á 286 kilómetros de su reserva en Lima, y con un desierto intermedio en la región de la costa. Ica no era una posición militar, sino considerada como punto de recursos para el avance ofensivo sobre la sierra de una columna que se bastase á sí misma, ú obrase en combinación con otra que por distinto punto amagase al enemigo posesionado de ella. Por consecuencia, la división independiente situada en Ica, desde que no concurriese directa ni indirectamente en su apoyo la reserva, estaba expuesta á ser envuelta por los españoles que ocupaban Jauja, Huancavelica, Huamanga y Arequipa, y por consiguiente su posición era tan falsa como precaria. Agréguese á esto que la opinión del vecindario de Ica era contraria á la causa de los independientes, por las repetidas exacciones cometidas en sus propiedades por Cochrane y por el mismo San Martín, y se tendrá idea de la peligrosa situación de una columna así destacada.

La división destinada á ocupar á Ica, se compuso de los batallones núm. 1 y 3 del Perú y núm. 2 de Chile, con algunas compañías sueltas de infantería, y de los escuadrones de Lanceros y Granaderos á caballo del Perú, con 6 cañones de á 4, sumando un total de 2.111 hombres. En el empeño de San Martín de hacer surgir entidades peruanas, confió el mando de esta fuerza al ciudadano D. Domingo Tristán y al coronel Gamarra, y éste fué el más craso de todos los errores. Era Tristán natural de Arequipa, pertenecien-

te á una familia noble, circunstancia que tai vez lo hizo preferir. En los primeros años de la revolución en el Alto Perú habíase pronunciado por ella; posteriormente volvió á servir con los realistas en puestos civiles, y á la sazón estaba alistado en las filas independientes. Condecorado con el título de general, se le confió el mando superior de la expedición. Siendo evidente su incapacidad militar, pues carecía de experiencia y hasta de conocimientos teóricos, puso á su lado como jefe de estado mayor y en calidad de coadjutor de guerra al coronel Gamarra, otra nulidad reconocida en todo sentido, como lo había mostrado en la campaña de la sierra.

Las instrucciones que San Martín dió á Tristán, se reducían á triviales preceptos de guerra, á máximas morales sobre la combinación de la fuerza militar y á la opinión y al estado social del Perú, prevenciones de cabo de escuadra sobre el orden disciplinario y mecánico de la tropa y armamento, y consejos más bien que órdenes sobre el sistema de hostilidades que debía seguirse. «Siendo el sistema de guerra que más conviene á la localidad del Perú, decía en ellas, el de sorpresas y posiciones, y aún más que éste, el de recursos, se tratará siempre de no comprometer ninguna acción, si no es con conocida ventaja. Se podrá subdividir la división en dos expediciones, si se creyese conveniente.» A la vez, anunciaba que daría por separado el plan de campaña que debía observarse, el cual nunca dió, porque no había plan posible sobre estas bases y con jefes reconocidamente tan ineptos. Para colmo de tantos errores, al mismo tiempo que encarecía «la unidad de acción y de mando,» confiaba la dirección á la «unión fraternal entre Tristán y Gamarra,» obrando en el orden político el primero según su prudencia, y en lo militar de acuerdo con el

segundo, según las prevenciones verbales hechas á éste. Las instrucciones verbales que el general dió á Gamarra, se redujeron á la ocupación permanente de Ica, teniendo por objeto hostilizar á los españoles dueños de la sierra y contenerlos, en caso de que intentasen bajar á la costa, á la vez que impedir que el enemigo recibiera por los puertos auxilios de armas ó de otro género, del exterior. Ninguno de estos objetivos podía llenarse. Una división, más débil que la que ocupaba la sierra, no tenía acción eficaz sobre ella para hostilizarla, y no podía sostenerse, ni aun á la defensiva, en posición aislada. Atentar á la vigilancia de toda la costa, era debilitarse, perdiendo de vista el otro objetivo, con el riesgo de ser batida fragmentariamente, cuando, por otra parte, quedaba libre á los realistas el puerto de Arica, que era por donde recibían sus auxilios del extranjero.

Todo en esta malhadada expedición, confiada á la ineptitud, lleva el sello de la imprevisión. Los más renombrados generales han tenido eclipses de genio. Napoleón en la campaña de Rusia cometió los más groseros errores técnicos, aun en el arma en que era maestro. ¡Pero verdaderamente no se concibe dónde el gran capitán americano tenía la cabeza cuando resolvió tal expedición y dictó tan insubstanciales como mal calculadas instrucciones! La única explicación que tiene esta expedición, es que con elementos nacionales se proponía fomentar la insurrección popular de la sierra, á la que daba mayor importancia de la que tenía, para aumentar el ejército peruano y mantener al enemigo en alarma, en la persuasión de que con esta atención no le sería posible tomar la ofensiva sobre la costa. Así lo indica el hecho de dotar el parque de la división de Tristán de armamento para cuatro mil hombres y de una imprenta para propagar las

ideas de la revolución. Pero, para el caso de que el enemigo tomase la ofensiva con fuerzas superiores, nada serio había previsto.

V

Situado Tristán en Ica, permaneció en la inacción á que fatalmente estaba condenado. Limitóse á extender sus partidas hasta Nasca y á observar los caminos de la sierra, despachando espías y agentes al territorio enemigo, que le transmitían avisos equivocados, cuando no falsos, pues, como queda dicho, la opinión de la comarca le era contraria. Algunas guerrillas patriotas que por el valle de Cañete se habían acercado á Ica para cooperar á las imaginadas hostilidades de la columna de Ica, hicieron incursiones al oriente de la cordillera. Tal era su situación setenta días después de abierta esta singular campaña (principios de marzo de 1821). San Martín, mientras tanto, anunciaba desde Lima una irrupción de Arenales sobre Jauja, para mantener la alarma que se proponía; pero el tiempo se pasaba, y este vano alarde no podía engañar á los realistas, que tenían conocimientos exactos de su situación.

El virrey, que conocía la supina ignorancia de Tristán, y la incapacidad militar de Gamarra, por haber tenido á ambos á sus órdenes, supo aprovecharse de la falta cometida por San Martín. El general Canterac, situado con el grueso del ejército en Jauja, y Valdés, ascendido á general, que guarnecía á Arequipa, recibieron órdenes para converger sobre Ica y destruir la división independiente allí situada. El 4 de abril movióse Canterac resueltamente de Jauja á la cabeza de 1.400 infantes y 600 jinetes con 3 piezas de artillería, casi al mismo tiempo que Valdés se ponía en marcha desde Arequipa con 500 hombres, para converger al

objetivo de Ica. Tristán, mientras tanto, suponía á Canterac en Huancayo, y según los informes falsos de sus espías, su fuerza no pasaba de 1.000 hombres. La división de Valdés fué la primera que se hizo sentir sobre la costa. Salióle Gamarra al encuentro, cuarenta kilómetros al este de la sierra de Nasca, y habría podido batirlo con ventaja, pero en esos momentos recibió orden de Tristán de replegarse á la reserva en Ica. Reunidos ambos jefes, que sumaban dos incapacidades antagónicas, supieron que Canterac avanzaba sobre ellos, pero según sus avisos, su fuerza no pasaba de 800 hombres. Convocada una junta de guerra, decidióse que la división debía retirarse al norte del río Chincha, que hubiera sido una medida prudente tomada en tiempo. Gamarra era de opinión de retirarse á un punto conveniente, 190 kilómetros al sur de Ica, donde podía batirse al enemigo si venía con fuerzas iguales, y en todo caso, replegarse más al sur alejándolo de su base de operaciones, mientras el ejército de Lima, prevenido, amagaba por su retaguardia cortarle la retirada de la sierra. Esto era lo más acertado en tan difícil trance. No se hizo ni lo uno ni lo otro, tal era la indecisión y el aturdimiento. Resolvióse esperar al enemigo en Ica, y aun salirle al encuentro si su fuerza no pasaba de 1.500 hombres, á cuyo efecto atrincheróse la ciudad y se ocuparon los caminos de la sierra en un pequeño radio, para prevenir una sorpresa sobre la plaza. Tan escasos estaban los independientes de noticias, que ni aun sabían que Canterac se había establecido en el Carmen Alto, á poco más de doce kilómetros de la plaza, al frente de dos mil hombres. Un asustado trajo á Tristán la noticia de que la fuerza enemiga pasaba de cuatro mil hombres, y le hizo perder del todo la cabeza. En el acto reunió una junta de guerra y se acordó la retirada

á Pisco, en la noche del sábado 7 de abril. Ya era tarde, aun para esto.

Canterac, que con toda su inteligencia militar no marchaba menos á ciegas que su inepto contendiente, procedía en el concepto de que Tristán hubiese evacuado Ica, y temía que, tomándole la vuelta, invadiese á Jauja, por lo cual determinó, con arreglo á sus instrucciones, retroceder á Huancayo con el grueso de su columna, avanzando un destacamento sobre Ica, para ocuparlo. Sus jefes, más avizores que él lo persuadieron á efectuar un reconocimiento antes de emprender este movimiento retrógrado. El resultado fué darse cuenta exacta de la situación de los patriotas y avanzar en consecuencia hasta el mencionado punto de Carmen Alto (6 de abril de 1821). Desde entonces, maniobró con seguridad y habilidad. En la persuasión de que los independientes se mantendrían en su posición atrincherada, situó sus tropas á ocho kilómetros de Ica, en un estrecho desfiladero de la hacienda denominada la Macacona, de manera de interceptar los caminos de Lima y de Pisco. Tristán y Gamarra ignoraban todos estos movimientos, y fué entonces cuando resolvieron retirarse á Pisco, cubiertos por las sombras de la noche que ocultaban su vergüenza, y que como era de luna, debía alumbrar con pálida luz su ignominiosa derrota. Llevaba la cabeza de la división independiente en retirada una vanguardia de tres compañías de cazadores. Al llegar á la altura del callejón de la Macacona, la infantería española, situada tras de los cercos, emboscada y dueña de las alturas de la izquierda (sur del camino), rompió el fuego. Las tres compañías desaparecieron antes que se disipase el humo, esparciendo el pánico en la columna. El núm. 2 de Chile, mandado por Aldunate, quiso sostener el combate; pero, acosado por

los fuegos de flanco y atacado por la caballería que cerraba al camino, hubo de ceder. Desde este momento todo fué desorden y confusión. En menos de una hora la división de Ica, al mando de Tristán, quedó destruída. No fué una batalla: fué una dispersión vergonzosa. A las tres de la mañana (7 de abril de 1821), el campo estaba sembrado de cadáveres de los derrotados, y los realistas eran dueños de 1.000 prisioneros, entre ellos 50 jefes y oficiales, 2 banderas, 4 piezas de artillería, 2.000 fusiles, todas las cajas de guerra, y hasta de la imprenta propagadora de las ideas revolucionarias. Un escuadrón de lanceros del Perú, que venía en marcha por tierra á reforzar á Tristán, fué sorprendido y deshecho al día siguiente en Chunchonga (8 de abril), dejando en poder del enemigo 80 prisioneros y en el campo 50 muertos. Los oficiales del batallón Numancia que cayeron prisioneros, fueron quintados y fusilados por Canterac, con violación del compromiso celebrado por los beligerantes para la regularización de la guerra (en 25 de noviembre de 1820). A consecuencia de estas derrotas, las partidas volantes de guerrilleros que se habían comprometido en la cordillera para cooperar á las imaginarias hostilidades de la división situada en Ica, fueron destruídas casi en su totalidad, fusilándose como bandoleros á los prisioneros. Después de esto, los realistas, triunfantes y cargados de trofeos, se replegaron á sus posiciones de la sierra.

Sometidos á un consejo de guerra Tristán y Gamarra, quedó evidenciado que el desastre era exclusivamente el resultado de la ineptitud y de la cobardía, y que el responsable era el Protector del Perú, director de la guerra, que concertara tan mal sus planes y fiara á manos tan incompetentes como flojas las armas y la bandera de la revolución.

VI

La derrota de Ica, aunque severa, no decidía nada. Casi simultáneamente (mayo de 1822), las armas unidas de Colombia, Perú, Chile y República Argentina, triunfaban en Quito y terminaban la guerra del norte de la América meridional, según se relatará después. La guerra en el Perú permanecía balanceada.

San Martín, poco después de despachar la expedición de Ica, embarcóse en el Callao, á fin de celebrar la proyectada conferencia con Bolívar (8 de febrero de 1822). En Huanchaco tuvo noticia de que el libertador, ocupado en terminar la guerra de Quito, no bajaría por entonces á Guayaquil, y regresó á Lima (3 de marzo), pero no asumió el mando político, ocupándose exclusivamente de la guerra. En esta situación indecisa lo encontró el suceso de Ica, que trastornaba sus planes. Había anunciado á la América que él y Bolívar eran los responsables de la estabilidad de sus destinos, fijando la victoria, y el libertador del sur no podía presentarse ante el del norte con un poder amenguado, sin un plan hecho así en el orden político como en el militar y sin medios para concurrir eficientemente á su realización. Era necesario ante todo consolidar su propia base de poder, para responder á la expectativa que él mismo había creado, y de que todos estaban pendientes. Todos sus actos indican que así lo comprendió. Sin desanimarse por el severo revés sufrido, encaró con serenidad su situación: dió nuevo temple á los resortes de su máquina guerrera, redobló su actividad administrativa, dictó medidas más acertadas, y en poco tiempo todo el mal estaba reparado hasta donde era posible.

En el fondo de todo esto había un pensamiento secreto; pensaba retirarse de la escena americana, pero no quería hacerlo sin dejar llenada su tarea. Asegurado el triunfo de la emancipación americana, quería dejar garantida la suerte del Perú, con medios propios para sostener la guerra y consolidar su orden interno, mientras le venían los auxilios que buscaba para terminarla de un solo golpe, y en seguida, eliminarse para facilitar este resultado, una vez organizados los elementos y encaminadas las cosas en ese sentido. Este pensamiento lo reveló públicamente por la primera vez al tiempo de anunciar la derrota y augurar el triunfo próximo. Al delegado le comunicó que «resolvía reasumir en su persona la suprema autoridad militar, dejándole en ejercicio del poder civil, por el tiempo que permaneciese en el territorio, con el exclusivo objeto de dar dirección á las operaciones de la guerra que debían acelerar su terminación, mientras alguna importante atención no lo llamase fuera de los límites del Perú por mar ó por tierra.» Al ejército le decía: «Vuestros hermanos de la división del sur han sido dispersados. A vosotros toca vengar el ultraje. Afilad vuestras bayonetas. La campaña del Perú debe terminarse este año.» Al pueblo le hablaba este lenguaje: «En una larga campaña no todo puede ser prosperidad. No intento buscar consuelo en los mismos contrastes, pero me atrevo á asegurar que el imperio de los españoles terminará en el Perú el año 22. Voy á haceros una confesión ingenua: pensaba retirarme á buscar un reposo después de tantos años de agitación, porque creía asegurada vuestra independencia. Ahora asoma algún peligro, y mientras haya la menor apariencia de él no me separaré de vosotros hasta veros libres.»

Antes de cumplirse dos meses del contraste de Ica,

pasaba revista en el campo de San Borja, á inmediaciones de Lima, á un ejército peruano-argentino-chileno perfectamente equipado, compuesto de 8 batallones de infantería, dos regimientos de caballería y 20 piezas de artillería, anunciándole que la campaña iba á abrirse (4 de junio de 1822). Su plan era atacar de frente á los realistas con este ejército por puertos intermedios, con la cooperación de Chile, mientras otro ejército de igual número, á órdenes de Arenales, se organizaba para invadir la sierra central y tomarlos por el flanco, contando para el efecto con las tropas que tenía en Quito y el auxilio que esperaba de Colombia. Al efecto, estaban listos en el Callao diez transportes convoyados por dos buques de guerra peruanos. Confirmando estas promesas y esperanzas, Bolívar le escribía: «Colombia desea prestar los más fuertes auxilios al gobierno del Perú, si ya las armas gloriosas del sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba á abrirse en la presente estación.» San Martín le escribía á su vez: «El Perú es el único campo de batalla que queda en América. En él deben reunirse los que quieran obtener el honor del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el continente.» Este acuerdo, más aparente que real, había sido precedido por un tratado firmado en Lima (6 de julio de 1822), entre el enviado libertador D. Joaquín Mosquera y el gobierno del Perú, por el cual se convino en «una liga de unión y confederación de paz y guerra, para poner prontamente término á la lucha americana con todos los recursos de fuerzas marítimas y terrestres de ambas partes, á fin de alcanzar la independencia y garantirla mutuamente.» Empero, este tratado concebido en términos generales, dependía de otros acuerdos parti-

culares, y ratificado por el gobierno del Perú, no lo fué por el de Colombia hasta el año siguiente.

El Protector, buscando puntos de apoyo en todas partes, procuró fortalecer su relajada alianza con Chile. Al efecto, acreditó cerca de su gobierno un ministro diplomático con instrucciones para proceder de acuerdo con el enviado de Colombia y obtener auxilios de tropas y víveres, para la expedición á puertos intermedios que preparaba. O'Higgins se prestó con gran decisión, aunque por el momento no se formulase ningún acuerdo.

Al mismo tiempo despachó un comisionado á las provincias argentinas, con una circular para todos sus gobernadores, solicitando su concurso para organizar una división de 500 hombres por lo menos, que amagase el Alto Perú por la frontera de Jujuy en combinación con el guerrillero Lanza y el ejército que debía invadir por puertos intermedios en el Bajo Perú. Encomendó la organización y mando de esta columna al coronel José María Pérez de Urdininea (alto peruano), á la sazón gobernador de San Juan. En las instrucciones al comisionado le prevenía: «Procurará por todos medios hacer presente á los respectivos gobiernos el interés general que va á reportar á todas las Provincias Unidas de una cooperación activa sobre el Alto Perú para obrar de acuerdo con el ejército que va á desembarcar en puertos intermedios, á fin de abrir su comunicación con aquéllas. Por este medio la campaña debe terminar en el presente año.» A Urdininea le escribía: «La campaña es segura, si usted me ayuda con sólo 300 hombres de la provincia de Cuyo. Una división de 4.500 hombres de mi ejército debe embarcarse para puertos intermedios al mando del general Rudesindo Alvarado. Espero los mejores resultados. La patria así lo exige y el honor de nues-

»tras armas lo reclama. La cooperación de todas esas fuerzas con las de Tucumán, Salta y Santiago del Estero, á las de Alvarado, va á decidir de la suerte de la América del Sur.»

Era, como se ve, una coalición de las cuatro repúblicas americanas entonces existentes, con un plan combinado sobre la base de los ejércitos del Perú y de Colombia, con la cooperación de Chile por el Pacífico y la de las provincias argentinas por su frontera norte. A haberse entonces ejecutado este plan, que Bolívar juzgó admirable, con el auxilio eficiente de las fuerzas colombianas, es posible que la guerra americana hubiese terminado el año 1823, aun cuando la combinación no era tan segura como lo pensaba San Martín, y tenía algo de ilusoria. Los hechos nada prueban por sí solos cuando no se relacionan con sus causas y efectos racionales; pero ellos muestran en definitiva que el problema de la guerra estaba en la sierra central del Perú, y no en puertos intermedios. Ya llegará la ocasión de examinar el plan de San Martín puesto á prueba.

VII

San Martín tenía siempre dos cuerdas en su arco: una visible y otra oculta. Por una tendencia de su naturaleza compleja—positiva y de pasión reconcentrada,—á la vez que todas sus ideas se traducían en acciones, se entregaba á elucubraciones solitarias, dando gran importancia á los manejos misteriosos. Su organización de la Logia de Lautaro, su plan de guerra de zapa antes de atravesar los Andes, sus trabajos secretos para preparar la revolución del Perú, sus tentativas de pacificación con los realistas haciendo intervenir las influencias de la masonería, y por último, sus

planes secretos de monarquía, dan testimonio de esta preocupación. Era, pues, natural que á sus trabajos públicos, acompañase algún trabajo subterráneo en la sombra del misterio.

Sea cálculo político, sea que en realidad esperase algo de los jefes del ejército español en el Perú vinculados al liberalismo por juramentos secretos, uno de los trabajos que persiguió con más persistencia, fué un arreglo de paz con los realistas, sobre la base del reconocimiento previo de la independencia. En las conferencias confidenciales de Miraflores enunció por la primera vez esta idea, conciliándola con el establecimiento de una monarquía americana. En Punauca la formuló netamente. Posteriormente, cuando O'Donoghú reconoció el imperio mejicano y se entendió con Iturbide, dirigióse á Canterac, confidencial y oficialmente, invitándolo á celebrar un armisticio y tratar sobre las mismas bases. La contestación fué que «los acontecimientos de Nueva España en nada podían influir para aceptar condiciones contrarias á la determinación de la nación española, en una contienda que las armas debían decidir, desde que no se había aceptado someterla á la decisión del gobierno español.» Con motivo de la terminación de la guerra de Quito, que coincidió con una nueva resolución de las cortes españolas para tratar con los gobiernos de América, renovó su tentativa, dirigiéndose al virrey La Serna. «El dominio español en América está limitado á las provincias que ocupan sus armas en el Perú. La España no puede ni quiere ya hacer la guerra á los americanos.» Las proposiciones fueron: que el ejército realista, en nombre de la nación española, reconociese la independencia del Perú ofreciendo á los españoles el reconocimiento de la deuda al tiempo de la ocupación de Lima, y algunas ventajas comerciales;

una amnistía general con la devolución recíproca de bienes confiscados, y pago del armamento de los realistas por su justo valor, á cuyo efecto se estipularía un armisticio por sesenta días, nombrándose comisionados por ambas partes que ajustasen un tratado sobre estas bases, bajo la garantía del congreso constituyente peruano que iba á reunirse. La contestación de La Serna fué la misma de Canterac: «Aun cuando se suponga ser un bien la independencia para el Perú, ella no puede esperarse ni establecerse según el estado del mundo político, sin que la nación la decrete y consolide.»

Esto sucedía en vísperas de ir á celebrar San Martín su conferencia con Bolívar, y precisamente en esos mismos días (julio de 1822), el libertador escribía al Protector, invitándolo á ponerse de acuerdo para tratar con los enviados españoles que en consecuencia de la resolución de las cortes nombrase el rey. «No puedo dudar, le decía, de que la independencia será la base de la negociación. Creo que no tendremos dificultad en hacer reconocer nuestros gobiernos. Mucho debe importar á la existencia de la América el manejo de este negocio, que será probablemente una de las bases de nuestra existencia política. Si los plenipotenciarios del Perú, Chile y Colombia, se aunan para entenderse con los enviados de España, nuestra negociación tendría un carácter más imponente. La política mía es hacer la paz con todo decoro y dignidad, y esperar del interés de las demás naciones y del curso de los acontecimientos la mejoría de nuestro primer tratado con la España.» La proposición de San Martín era un mera ocurrencia sin ulterioridades. La idea de Bolívar entrañaba el plan político de un congreso de plenipotenciarios americanos, cuyo germen estaba ya en su cabeza.

Perseverando San Martín en su imaginario propósito, pensó que el mejor modo de forzar la mano á los españoles, era llevarles la guerra á su territorio, y renovaba con variantes su plan de hostilidades marítimas, ideado en Mendoza en 1819: «El golpe feliz de la »campaña de Quito, había escrito antes á O'Higgins, »ha hecho tomar un nuevo aspecto á la guerra. Sin embargo como las posiciones que ocupa el enemigo en »la sierra del Perú, las puede disputar palmo á palmo, y por otra parte, la terquedad española es bien »conocida, el modo de negociar la paz con ellos es »llevarles la guerra á la misma España. Por lo tanto, »estoy siempre resuelto á que las fragatas Prueba y »Venganza y la goleta Macedonia, salgan con destino »á Europa á arruinar todo el comercio español. Sería »muy del caso y por el honor de Chile, como por el »interés general, que si pueden unirse á estas fuerzas algunas de ese estado, la expedición tendrá el »mejor resultado. De la reserva en este negocio pende »su buen éxito.» Si seriamente pensó San Martín en esta empresa, no tenía los elementos necesarios para llevarla á cabo, y no pasó de un tiento á la segunda cuerda oculta de su arco, ejercitando su propensión á lo misterioso.

Absorbido por estos trabajos públicos y secretos, el Protector había entregado ostensiblemente la dirección de la política interna al delegado Torre-Tagle, que no era sino un estafermo, siendo en realidad Monteagudo el árbitro del gobierno. Este ministro, sistemático por temperamento y terrorista por adaptación, pensaba que el más seguro medio de triunfar, era eliminar á los enemigos de raza, aunque no tomasen armas, por el hecho de no embanderarse contra la España. Ya se ha visto cómo San Martín, después de procurar propiarse la opinión de los españoles europeos, inició un

sistema de persecuciones contra sus personas y bienes, según el sistema adoptado por él en Mendoza y en Chile. (Véase cap. xxii, párrafo vi). Monteagudo exageró este sistema, hasta el punto de convertirlo en arma contra la revolución. Primeramente se dispuso que salieran del país todos los españoles que no se hubiesen naturalizado (31 de diciembre de 1822). En seguida se decretó que los expulsados dejasen á beneficio del estado la mitad de sus bienes, y los exceptuados no pudiesen ejercer el comercio ni aun por menor (20 de enero y 1.º de febrero de 1822). Los que no cumplieron estas prescripciones, fueron desterrados y secuestrados sus bienes (23 de febrero de 1823). Con motivo del contraste de Ica, arreció la persecución hasta la barbarie. Quedóles prohibido salir á la calle con capa, bajo pena de destierro. Toda reunión de más de dos españoles, era castigada con destierro y confiscación total de bienes. Todo español que saliese de su casa después de oraciones, incurriría en la pena de muerte, y al que se le encontrase una arma que no fuera cuchillo de mesa, en la de confiscación y muerte (20 de abril de 1822). Establecióse una comisión de vigilancia que conociese breve y sumariamente de sus causas con arreglo á este código draconiano, debiendo pronunciarse y confirmarse las sentencias en un mismo día. «¡Esto es hacer revolución!» exclamaba Monteagudo al firmar estos crueles decretos.

VIII

Compensado al revés de Ica con los triunfos de Quito; preparada la alianza continental, consolidada la base del poder protectoral, reorganizado el ejército y arreglado un plan de campaña para poner pronto tér-

mino á la guerra, San Martín se ocupó en verificar su postergada conferencia con Bolívar, para fijar la victoria final de acuerdo con él, como lo había anunciado públicamente, lisonjeándose de que ambos darían estabilidad á las cuatro repúblicas sudamericanas entonces existentes. Los resultados de la entrevista no debían dar inmediatamente estos frutos; pero la suerte de la América del Sur estaba asegurada por la solidaridad de sus destinos, en cumplimiento de las leyes de atracción y determinismo que gobernaban su revolución.

El momento histórico en el orden de los siglos, había llegado para la América del Sur, después de doce años de lucha por su emancipación. Nuevas naciones democráticas surgían del caos colonial. Su independencia era un hecho consumado. Los Estados Unidos la reconocían, saludándola como una nueva aurora republicana. La Inglaterra la anunciaría á la Europa monárquica como un acontecimiento que, al restablecer el equilibrio de ambos mundos, dominaría en adelante sus relaciones. El mapa político de las futuras repúblicas estaba bosquejado y sus líneas fundamentales se diseñaban netamente por agrupaciones de tendencias y voluntades espontáneas. Los dos focos revolucionarios, que simultáneamente se formaran en los extremos, se confunden en uno solo como las corrientes magnéticas. Las dos fuerzas emancipadoras se dilatan y condensan, siguiendo una dirección constante que revela el principio generador de que fluyen. Las dos grandes masas batalladoras de las colonias insurreccionadas, como obedeciendo á una atracción, se adunan, por opuestos caminos, para producir la mayor suma de fuerzas vivas en acción. Resueltos los problemas parciales del sur y del norte de la América meridional, sus revoluciones, sus fueros y sus

masas militares, convergen á un centro común, para resolver el problema general de la independenciam. El suelo americano ha sido barrido de enemigos de sur á norte y de norte á sur, y la lucha está circunscripta á un solo punto en que va á darse la batalla final «contra los vencidos en todo el continente», según la expresión de San Martín. Este es el nudo de la revolución sudamericana, cuya síntesis hemos dado antes. (Véase cap. I, párrafo 1).

Los dos grandes libertadores, impulsados por estas fuerzas, van á operar su conjunción. Han medido la América de mar á mar, en un espacio que comprende la cuarta parte del globo, desde el Plata y el Cabo de Hornos hasta el Ecuador el uno, y desde Panamá y las bocas del Orinoco hasta Quito el otro. Cada uno de ellos ha llenado su tarea en su esfera de acción. El uno lleva en alto los pendones de la República Argentina, de Chile y del Perú, que representan la hegemonía americana de tres repúblicas independientes al sur del continente, que han concurrido á consolidar otras tantas repúblicas en el punto céntrico de la condensación de las fuerzas. El otro trae las banderas triunfantes de Venezuela y Nueva Granada, que simbolizan la hegemonía del norte, y viene á completar la grande obra de la emancipación sudamericana. De esta conjunción vendrá un choque entre las dos hegemonías concurrentes; pero el principio superior á que obedecen los acontecimientos, prevalecerá al fin por su gravitación natural. El plan de campaña continental de San Martín está ejecutado matemáticamente, y se combina con otro plan análogo que la completa. El sueño épico de Bolívar está realizado. Los dos libertadores van á abrazarse repe-
liéndose, bajo el arco de triunfo del ecuador del Nue-
a)

vo Mundo, en la región de los volcanes y de las palmas siempre verdes.

Cómo se produjeron estos complicados fenómenos, coherentes entre sí, en tan vasto espacio y con tan diversos elementos; cómo se operó la condensación de las masas redentoras del sur y del norte del continente y cómo coincidieron los planes militares de los dos grandes libertadores que las dirigían; cómo se desarrollaron en el norte de la América meridional los acontecimientos que respondían á los del sur y los completaban; á qué ley determinante obedecían estas evoluciones parciales y generales y estas conjunciones en líneas convergentes, tal será la materia de los capítulos siguientes, para volver á tomar el hilo de la narración, después de establecer históricamente esta síntesis. De este modo, quedará completado el cuadro del movimiento multiforme de la emancipación de la América del Sur, coherente, colectivo y compacto, que forma el nudo de la historia de la independencia sudamericana y el fondo del asunto de este libro, en sus variados puntos de vista, su armonía de conjunto, sus lontananzas continentales y sus antagonismos también.

INDICE DEL TOMO CUARTO

CAPITULO XXVII

La expedición libertadora del Perú.—(Apertura de la campaña sobre Lima)

1820-1821

Doble campaña militar y política.—La expedición zarpa de Pisco y llega al Callao.—Ostentación de fuerzas de San Martín.—Bloqueo de las costas del Perú.—Amago de desembarco en Ancón.—Combate de «Casa Blanca».—Desembarco del ejército expedicionario en Huacho.—Revolución de Guayaquil.—Concierto entre San Martín y Bolívar.—Toma de la fragata «Esmeralda» por Cochrane.—San Martín ocupa la línea de Huaura.—Combate de Chancay.—Pringles.—El batallón «Numancia» se pasa á los independientes.—Apurada situación de los realistas.—El norte del Perú.—Pronúnciamiento de Trujillo y Piura.—Avance de San Martín sobre Retes.—Plan de ataque de los españoles.—Repliegue de San Martín.—Organización de guerrillas patriotas.—La división de la Sierra se da la mano con el ejército invasor de la costa.—Reglamento provisional de Huaura.—Tres meses de campaña.

Págs. 5 á 39

CAPITULO XXVIII

Expedición libertadora del Perú.—(Primera campaña de la Sierra)

1820-1821

Importancia de la primera campaña de la Sierra.—Regiones del Perú.—Teatro de operaciones de la expedición de la Sierra.—El valle de Jauja, nudo de las operaciones.—Zonas militares.—Prospecto general de la campaña del Perú.—Objetivos de la campaña de la Sierra.—Instrucciones de San Martín para la campaña de la Sierra.—Arenales general de la Sierra.—Ocupación de Ica.—Combate de Nasca.—Sorpresa de Acarí.—Planes de San Martín.—Arenales atraviesa la cordillera y ocupa Huamanga.—Maniobras preliminares sobre el Río Grande.—Ocupación de los valles de Huancayo, de Jauja y de Tarma.—Marcha ofensiva sobre Pasco.—Batalla del cerro de Pasco.—Marcha de Ricafort sobre Huamanga.—Movimientos de Bermúdez y de Aldao desde Ica.—Insurrección de Huamanga.—Derrotas de Hua-

manga, Cangalla y Huancayo.—Crueldades de Ricafort.—Aldao mantiene la insurrección de la Sierra.—La división de la Sierra se retira á la costa.—Examen de la campaña de la Sierra.

Págs. 40 á 62

CAPITULO XXIX

Armisticio de Punchauca

1821

Estado político y militar en 1821.—Resolución salvadora de los jefes españoles en el Perú.—Coincidencias históricas.—Antagonismos políticos y militares entre los realistas.—Deposición del virrey Pezuela.—La Serna le sucede en el mando.—Triste situación de los realistas en Lima.—La epidemia diezma el ejército independiente en Huaura.—Fortaleza de ánimo de San Martín.—Llegada de un comisario regio al Perú para buscar la paz.—San Martín abre operaciones sobre la Sierra y los puertos intermedios.—Estrecha el sitio de Lima.—Nueva política de los liberales españoles respecto de América.—Famosa proclama-manifiesto de Fernando VII á los americanos.—Examen de esta política y sus resultados.—Bolívar ajusta en Colombia un armisticio y un tratado para regularizar la guerra con Morillo.—Bolívar y Morillo fraternizan.—Colombia envía diputados á España para tratar de la paz.—Se rompe el armisticio de Colombia.—Carácter de la revolución de Méjico.—Aparición de Itúrbide.—El plan de Iguala.—Armisticio de Punchauca.—Entrevista de San Martín con La Serna.—San Martín formula un plan de pacificación sobre la base monárquica.—Prorrogación y rompimiento del armisticio.—Ultimátum confidencial de San Martín.—La guerra bajo la bandera de parlamento.—San Martín se decide por la guerra.—Explicación de su conducta.—El ejército español evacua Lima.—Actitud de San Martín en esta ocasión.—Entrada modesta de San Martín en Lima y manifestaciones de que es objeto.—Inacción de San Martín.—Inspiraciones salvadoras de los realistas.—Errores militares de San Martín.

Págs. 63 á 117

CAPITULO XXX

Expedición libertadora del Perú.—(Segunda campaña de la Sierra)

1821

Retrospecto.—Las quebradas centrales de la cordillera.—Explicaciones estratégicas.—La resistencia de Aldao en la Sierra.—Gamarra es nombrado comandante general de la Sierra.—Ricafort y Valdés expedicionan á la Sierra.—Resistencia de los indígenas.—Combate de Ataura.—Retirada desastrosa de Gamarra.—

Repliegue de Ricafort y Valdés á Lima.—Combate de Quiapa.—San Martín resuelve posesionarse sólidamente de la Sierra.—Expedición de Arenales y sus objetos.—Atraviesa la cordillera y se posesiona del valle de Jauja.—El armisticio de Punchauca suspende sus operaciones.—Refriega de Huando.—Prórroga del armisticio y violación accidental de él en la Sierra.—Arenales reconcentra sus fuerzas en Jauja.—Pinceladas complementarias al retrato de Arenales.—Los realistas se disponen á evacuar Lima.—Planes de Arenales para batirlos en retirada.—Marcha en busca de Canterac.—Conflicto en que se encuentra y contramarcha.—Correspondencia entre Arenales y San Martín sobre operaciones de guerra.—Situación lamentable de Canterac al cruzar la cordillera.—Retirada del virrey La Serna y su rechazo por los Yaupos.—Reunión de La Serna y Canterac.—Arenales se retira de la Sierra y repasa la cordillera.—San Martín le previene tardíamente permanezca en la Sierra.—Nuevos planes de Arenales.—La división de la Sierra se reconcentra á Lima.—Consecuencias de un error.

Págs. 118 á 145

CAPITULO XXXI

Expedición libertadora del Perú.—(Expedición de puertos intermedios)

1821

Los Puertos intermedios.—Planes de Cochrane.—Tentativas para tomar el Callao por sorpresa.—Conjuraciones tramadas al efecto.—Nuevos planes de Cochrane.—Filiación de la expedición de puertos intermedios.—Desembarco en Pisco.—Retrato de Miller.—Conjuración de Lavín en el Cuzco.—Las teroianas.—Reembarco de Pisco.—Ataque y toma de Arica y Tacna.—Landa y Portocarrero.—Miller toma la ofensiva.—Acción de Mirave.—Resultados de la campaña de Miller.—Repliegue de Miller sobre Tacna.—Suspensión de hostilidades.—Reembarco de Miller.—Actos caballerescos de los beligerantes.—Nueva toma de Pisco.—Derrota de Santalla.—Miller se posesiona de Ica.—Terminación de la campaña.—Examen de la expedición de puertos intermedios.

Págs. 146 á 171

CAPITULO XXXII

La independencia del Perú

1821

La Toma de Lima y la batalla de Carabobo.—Corolario histórico.—Estado de la opinión de Lima al tiempo de la ocupación.—Situación compleja de San Martín.—Síntesis política.—Declara-

ción de principios de San Martín.—Convocatoria de una asamblea de notables para declarar la independencia del Perú.—Declaratoria, jura y proclamación de la independencia peruana.—Sitio del Callao.—Cochrane estrecha el bloqueo del Callao é insiste sobre el ataque.—Crosbie se apodera de los últimos buques españoles en el Callao.—Golpe de mano de los independientes sobre el Callao y sus resultados.—Negociación irregular de Cochrane con el gobernador del Callao.—Condiciones y objetos de esta negociación.—Síntomas de ruptura entre San Martín y Cochrane.—San Martín se declara Protector del Perú.—Examen de este acto.—Ministerio protectoral.—La logia de Lautaro en el Perú.—Chile aplaude el acto de San Martín.—Primer acto del Protector.—Persecuciones á españoles.—Extrañamiento del arzobispo de Lima.—Apogeo de San Martín.—San Martín como hombre de gobierno.—Nueva fase de San Martín.—La obra reformadora de San Martín en el Perú.—El Estatuto Provisional.—El Consejo de Estado.—Primer síntoma aristocrático.—La *Orden del Sol* y la creación de una nueva nobleza.—La orden patriótica de las damas peruanas.—El delirio de las grandezas y modestias de San Martín.—Achiocamiento de un grande hombre.

Págs. 172 á 202

CAPITULO XXXIII

El Protectorado del Perú

.1821-1822

Carácter del protectorado del Perú.—Energación de las fuerzas libertadoras.—Situación política y militar.—Los realistas de la Sierra reabren las hostilidades.—Canterac con 4.000 hombres invade el valle del Rimac.—Alarma y entusiasmo en Lima.—San Martín con su ejército se pone en campaña cubriendo á Lima.—Hábiles maniobras tácticas de los dos ejércitos beligerantes.—Prudencia de San Martín.—Retirada de Canterac.—Rendición del Callao.—Examen de la conducta militar de San Martín en esta ocasión.—Duplo papel del Protector.—La obra reformadora de San Martín.—Nuevo estatuto provisional.—Creaciones aristocráticas.—La *Orden del Sol*.—Planes monarquistas.—Cuentas del Protector.—El rey José.—Bases del protectorado.—Constitución americana del ejército argentino-chileno.—Conato de conjuración militar contra San Martín.—Plan monarquista de San Martín.—La *Sociedad patriótica* de Lima.—Misión secreta de García del Río y Paroissien para boasar un rey en Europa.—Estado de la opinión en Chile contra San Martín.—Rechazo de la política monárquica de San Martín por O'Higgins.—García del Río aconseja á San Martín resignar el mando político y convocar un congreso.—Caducidad del protectorado.—Luces convergentes que explican un misterio histórico.

Págs. 203 á 256

CAPITULO XXXIV

El protectorado del Perú.—(San Martín y Cochrane)

1821-1822

El Pugilato de dos hombres ilustres.—Antecedentes sobre las desavenencias entre San Martín y Cochrane.—Cochrane reclama el pago de los sueldos y gratificaciones debidas á la escuadra.—Tempestuosa conferencia entre San Martín y Cochrane.—Notables cartas cambiadas entre ambos.—Negociaciones oficiales sobre las disidencias entre San Martín y Cochrane.—Estado de las cosas al tiempo de la invasión de Canterac.—Ultima conferencia en la vida entre San Martín y Cochrane.—Cochrane se apodera de los caudales del gobierno y de los particulares de Lima.—Discusiones con este motivo.—Atentado de Cochrane.—Correspondencia entre San Martín y O'Higgins sobre estos incidentes.—Cochrane condenado por O'Higgins y aplaudido por el pueblo chileno.—Ultimo crucero de Cochrane en el Pacífico.—Rendición de los últimos buques de guerra españoles en el Pacífico.—Nuevo conflicto entre Cochrane y San Martín.—La escuadra del Perú.

Págs. 257 á 284

CAPITULO XXXV

El protectorado del Perú.— (Planes continentales. Derrota de Ica)

1821-1822

Estado de la guerra de la independencia en el Perú.—La insurrección peruana.—Actitud de los realistas en la sierra del Perú.—Derrota de Pasco.—Incendio de Cangallo.—Situación de los beligerantes en el Alto y Bajo Perú.—Planes americanos políticos y militares de San Martín.—Nuevo plan de política peruana.—Síntesis de la situación militar del Perú.—Graves errores militares de San Martín.—Una división independiente ocupa el valle de Ica.—Es atacada por los realistas.—Derrota de la Macacona.—Triunfo de las armas independientes en Quito.—La conferencia entre San Martín y Bolívar postergada.—San Martín procura reparar el error de Ica.—Medidas que dicta al efecto.—Misiones diplomáticas á Chile y á la República Argentina.—Se prepara á abrir campaña formal sobre puertos intermedios.—Maniobras misteriosas de San Martín.—Terrorismo sistemático de Monteagudo.—Acuerdos con Bolívar, Chile y Colombia.—San Martín se dirige á Guayaquil á conferenciar con Bolívar.—Momento histórico de la América Meridional.

Págs. 285 á 315

